CETYS UNIVERSIDAD

Mireya Salazar Robles
Liliana López León
Néstor de J. Robles Gutiérrez
(coordinadores)

Educación en la frontera vulnerable

NARRATIVA SOBRE DESIGUALDAD SOCIAL EN TIJUANA

Educación en la frontera vulnerable:
Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana

Dr. Fernando León García
Rector del Sistema Cetys Universidad

Dr. Alberto Gárate Rivera
Vicerrector Académico

C.P. Arturo Álvarez Soto
Vicerrector Administrativo

Dr. Jorge Ortega Acevedo
Coordinador del Programa Editorial

Mireya Salazar Robles
Liliana López León
Néstor de J. Robles Gutiérrez
(coordinadores)

Educación en la frontera vulnerable: Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana

Textos de

Fabiola Arreola Rodríguez
Viviana Avilés Ramírez
Edgar Graniel
Iván Hernández Porras
Marco Antonio Martínez Cota
Juan Rhi
Luis H. Vigueros

EDITORIAL
CETYS
UNIVERSIDAD

Educación en la frontera vulnerable:
Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana

D. R. © Mireya Salazar Robles, Liliana López León
y Néstor de J. Robles Gutiérrez (coordinadores)

D. R. © Programa Editorial del Cetys Universidad,
Instituto Educativo del Noroeste, A. C.,
Calzada Cetys, colonia Rivera s/n,
Mexicali, Baja California, C.P. 21259.
Tel. (686) 557-3700.
www.cetys.mx

Primera edición, noviembre de 2019

ISBN: 978-607-98143-7-3

Edición y formación: Néstor de J. Robles Gutiérrez
Corrección: Mireya Salazar Robles y Liliana López León
Diseño de cubiertas: Rosa Espinoza
Foto de portada: David Ziellinski

La presente es una edición de circulación cerrada y exclusiva del Cetys Universidad. Queda prohibida, sin la autorización expresa del editor, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos reprográfico y tratamiento informático.

IMPRESO EN MÉXICO

Índice

Presentación 9
Mireya Salazar Robles

Prólogo. Desigualdad y exclusión social:
Familia, escuela y algunas propuestas de desarrollo 13
Liliana López León

Hijas de la desigualdad en tierra
de oportunidades: Un resplandor en el ocaso 41
Fabiola Arreola Rodríguez

Carne de cañón: La vida en el Cañón del Sainz 89
Marco Antonio Martínez Cota

El eco en la pintura: Crónicas de un migrante 123
Iván Hernández Porras

El laberinto de la utopía:
Un difícil camino a la docencia 155
Viviana Avilés Ramírez

La existencia de los absurdos:
Un pasado desde los lentes del profesor Jesús Ortiz 189
Edgar Graniel

¡Don Beto, ya tenemos carretera!
Encontrando el camino a la vida 227
Luis H. Vigueros

Pastor: Una mirada al niño corazón y fortaleza 263
Juan Rhi

Epílogo 297
Néstor de J. Robles Gutiérrez

Sobre los autores 301

Presentación

Mireya Salazar Robles

Una tarde de diciembre de 2018, al filo del cierre de las actividades laborales del día, recibimos un correo del Dr. Alberto Gárate donde nos escribía: "Colegas, mañana andarán mis pasos por la explanada del campus Tijuana. ¿Qué si nos vemos en biblioteca a eso de las 12:30 p.m. para platicar sobre este alocado rollo de escribir libros?".

Así fue como inició la experiencia de trabajar de nuevo juntos: la triada de Alberto Gárate, líder del proyecto de libro pedagógico, Mireya Salazar, en la gestión y administración, así como en la corrección de los textos en conjunto con Néstor Robles, editor del Programa Editorial del Cetys, quien también contribuyó en el diseño y formación de este libro pedagógico que alberga a un selecto grupo de alumnos de la Maestría en Educación (MED) de Cetys Universidad, Campus Tijuana, quienes fueron invitados por la coordinación de la MED, que a pesar de revalidar dos materias de su plan de estudios, era alterno a sus actividades, por lo que su participación y permanencia fue voluntaria.

A lo largo de las sesiones se trabajó en forma de taller, en donde las actividades consistieron en leer, reflexionar, cuestionar, redactar, leer avances y recibir retroalimentación para la construcción de entregables que fueron poco a poco estableciendo el borrado final de los relatos. Se revisaron diversos estudios sobre la desigualdad social, como fue la lectura de *Las distintas que son iguales: El naufragio de las invisibles* (Gárate, 2019), el enfoque de las capacidades (2012) de Amartya Sen y Martha Nussbaum, entre algunas otras, que permitieron establecer un contexto claro para los estudiantes sobre lo que se buscaba que tuvieran los relatos. En este aspecto se suma una integrante más al equipo, Liliana López, quien tiene una participación importante en este libro al establecer un capítulo teórico sobre desigualdad social, que sirve de marco de referencia para dar sustento a la tesis central del libro.

Fueron sesiones llenas de trabajo que giraron en torno a la desigualdad social, pues los alumnos tenían que buscar una historia con la que les fuera posible adentrarse al tema, pero tenía que ser una historia en donde el círculo de la fatalidad fuera roto, donde la razón de ello fuera una buena escuela, un buen profesor, una buena familia o un talento personal, para lograr así, a diferencia de otros proyectos, que el producto de esta experiencia fuera un libro colectivo que se integrara a la línea de investigación sobre desigualdad social, familia y escuela.

Durante este trayecto los alumnos se convirtieron en cazadores de historias, en las que, a través de la escucha, les fue posible encontrar elementos de vida que les permitió dar una ruta concreta, a través de las letras, a

la experiencia vivida de personas que habitaron la desigualdad y lograron salir del círculo de la fatalidad; que a pesar de que el proceso de redacción y corrección en ocasiones estuviera lleno de incertidumbre, frustración y miedo; gracias a la emoción, entusiasmo, pero sobre todo compromiso personal con cada una de las personas que les contaron sus historia, fue posible dejar fluir las ideas y hacerse valer de sus habilidades de redacción.

Los relatos que encontramos en este libro son historias que golpean, que asombran y al mismo tiempo nos hacen descubrir el valor de vivir, ya que dan una guía, transmiten emociones, cuestionamientos y reflexiones; y eso es algo que se le agradece al que lo escribe, quien nos hace identificar que la historia contada sea una fuente de sentido para el camino que cada uno hemos ido trazando en nuestras vidas.

El acompañar en el proceso a cada uno de los ahora escritores, en este camino un tanto incierto y desconocido para la mayoría, en un ir y venir de ideas, de correos electrónicos, en ocasiones tan llenos de silencios y en otras tan llenos de gritos desesperados, hicieron que la experiencia, que en un principio resultaba un tanto ambiciosa, hoy sea una realidad, llena de sentimiento a flor de piel, por la emoción y dedicación de cada uno de los autores por tener su relato listo, así como por lo que despiertan cada una de las historias narradas.

Somos seres narrativos, consumimos y producimos historias, las que soñamos y las que contamos a los demás y a nosotros mismos, y esto quedó de manifiesto en los alumnos que, a lo largo de seis meses, fueron capaces de ver con ojos de conocimiento relatos de vida atados

al mundo de las emociones, en donde abrazados en silencios sospechosos, escribieron relatos que permitieron que hoy tengas este libro en tus manos.

Se logró el objetivo: desarrollar un libro colectivo por alumnos de la Maestría en Educación, que una vez más deja evidencia de que si entramos al mundo de la educación debemos ser conscientes de que nos movemos en habilidades, saberes y relaciones, donde nos toca sembrar la semilla de la esperanza, consientes siempre, de que un día lo que hemos hecho servirá a otros.

Tijuana, septiembre de 2019

Desigualdad y exclusión social: Familia, escuela y algunas propuestas de desarrollo

Liliana López León

En los últimos años se ha estudiado la desigualdad social de forma interdisciplinaria. Esto, entre otros aspectos teóricos y metodológicos, significa que se consideran importantes tanto las historias de vida como sus cifras e indicadores. Es decir, su estudio se ha inclinado más hacia la comprensión de la dimensión humana. Por otra parte, la mayoría de las corrientes de estudios sobre desigualdad la relacionan con la desigualdad educativa.

Familia y escuela estarían, en un principio, encaminadas a trabajar conjuntamente para resolver la pregunta inicial de este libro: *¿cómo romper el círculo?* Este capítulo pretende mostrar un marco de referencia para comprender estos círculos y algunas propuestas teóricas que son pertinentes para ello.

Se inicia el capítulo con un apartado sobre desigualdad y exclusión, tanto una posible conceptualización, como una propuesta de comprensión de Subirats (2006). Se continúa explicando la propuesta de

desarrollo a partir del enfoque de las capacidades de Sen y Nussbaum (2006; 2012).

Posteriormente, se desarrolla un apartado sobre la relación entre familia y escuela, al que se añade una reflexión general a partir de autores contemporáneos que cuestionar el papel de la escuela y la educación ante las necesidades actuales. Por último, a modo conclusión, se describen las posturas teóricas y epistemológicas que motivan los diferentes capítulos de este libro.

Conceptualizar y comprender la desigualdad y la exclusión

La desigualdad social es un problema mundial y uno de los temas urgentes a resolver en los próximos años. Varias organizaciones mundiales le reconocen como una de las carencias de la humanidad que más impacto tienen. Hasta hace poco, se pensaba que la asimetría de oportunidades era un asunto económico, pero actualmente se ha trabajado como un objeto de estudio que se manifiesta en varias dimensiones.

Asimismo, como categoría, la desigualdad social puede estudiarse como parte de la exclusión social y aunque se encuentra relacionada con la pobreza, se le diferencia de esta categoría porque no considera las situaciones dinámicas en las que se encuentran los individuos.

Manuel Hernández señala la diferencia entre ambos conceptos:

> La exclusión social es un concepto más adecuado que pobreza para describir los procesos de marginación en las sociedades modernas desarrolladas [...] La pobreza

> se centra más en las carencias materiales y en las personas y colectivos marginados. La exclusión social incluye los procesos que generan esta situación en personas y colectivos, y los factores y dinámicas que los acompañan en un contexto específico (Hernández, 2008, p. 25).

Para Hernández, la distinción no sólo es terminológica, sino que el concepto de pobreza no es suficiente para discutir los mecanismos que generan la desigualdad. Es necesario ubicar a grupos que se encuentran fuera de la pobreza, pero en situaciones de exclusión. Así, aunque los tres términos —pobreza, desigualdad y exclusión— se encuentren relacionados, puede decirse que el estudio de la pobreza parte de una sociedad específica, y que es medida a partir de la distribución de riqueza; mientras que la desigualdad es producida por mecanismos sociales que a su vez, generan exclusión (Hernández, 2008).

En general se define la desigualdad social como una situación socioeconómica por la que un grupo experimenta carencias en distintas áreas de su vida. Si un grupo o segmento de la población no tiene acceso a recursos relacionados con: la alimentación, a la educación básica, al sistema de salud, con las oportunidades de un trabajo digno, y, por consiguiente, a causa de dicha situación de desigualdad sufre de marginación o de discriminación por otros grupos, puede entonces hablarse de situaciones de desigualdad que provocan la exclusión. Por lo tanto, aunque el concepto de exclusión suele relacionarse con pobreza y desigualdad, puede funcionar mejor para estudiar o explicar lo que ocurre en ciertos contextos donde estas carencias representan un verdadero riesgo de marginación o vulnerabilidad.

La exclusión social es un concepto dinámico y que corresponde al resultado de una desigualdad proveniente de la misma estructura social, política, económica y cultural. Este concepto también tiene aplicaciones operacionales tanto para medir como entender el nivel de inclusión o al menos de integración que una comunidad posee:

> La exclusión social es multidimensional y multifactorial, lo cual dificulta su conceptualización, su caracterización, describir los perfiles sociales afectados y, por supuesto, su medición. Más aún si aceptamos que la exclusión no es un estado, sino un proceso que afecta de forma diferente a cada individuo, dependiendo de su potencial individual y del contexto social. Aún en sociedades con desarrollo similar, no es lo mismo ser pobre en el hábitat urbano que en el rural, siendo hombre o mujer, siendo autóctono o extranjero, siendo de tez clara u oscura (Hernández, 2008, p. 16).

En este sentido, para Subirats la exclusión debe pensarse desde las relaciones sociales y no desde los individuos. Es decir, no como un rasgo peyorativo o una condición por sí misma, sino como un fenómeno social desde el cual las personas pueden construir o destruir, y a los que la sociedad les aporta o no lo necesario para su realización. Subirats propone una comprensión desde la relación y por lo tanto de la acción:

> La exclusión debemos situarla en la relación entre las condiciones de las personas y las condiciones de las propias sociedades como tales sociedades. Así la exclusión

está "en el proceso de ser" personas en sociedad y sociedad en las personas; "siendo", y por ello, una permanente interrogación (Subirats, 2006, p. 13).

De este modo la exclusión se considera relacional, porque toma significado una vez que se contextualiza, es decir, la abstracción de este concepto no es suficiente si no se toma en cuenta la dimensión biográfica, histórica y social del problema. Entonces la situación actual es resultado de ciertos acontecimientos, y circunstancias, y por lo tanto la exclusión también es resultado de ellos.

Esta otra mirada propuesta por el autor para comprender la exclusión y la desigualdad está conformada tanto de los conceptos teóricos como el de la narrativa de las vidas en cuestión, y para ello enumera reconocer cuatro elementos:

1. *En situación de.* Propone que, desde la autocrítica y la autorreflexión, los que estudien y observen la exclusión siempre tengan presente que ésta no define la identidad ni la dignidad de la persona. Aquí toma mayor significado lo relacional del concepto de Subirats. La exclusión es siempre con relación entre las condiciones de las personas y las condiciones de las sociedades.
2. *Complejidad construida.* La situación de exclusión es compleja, no sólo por la diversidad de elementos que la causan, sino por las construcciones que representan los elementos que le componen en sí misma.
3. *Matriz de exclusión.* Con este elemento, Subirats se refiere a tratar de entender la matriz completa en la que se cruzan la dimensión biográfica, histórica y

social para responder a cómo se produce cada caso. Esta matriz es esencial para evitar que un factor se convierta en un todo y la comprensión de la problemática resulte fragmentada.

4. *Retroalimentación.* Para comprender la situación de exclusión, Subirats indica que en el análisis hay que tomar en cuenta que dichas situaciones pueden agravarse por su propio origen. Es decir, las condiciones de la problemática pueden empeorarse si se dejan a su propia lógica. Este punto es clave para entender cómo revertir este proceso y comprender qué elementos pueden potenciar a la persona para salir de su propia situación de exclusión (Subirats et al., 2006, pp. 14-17).

Los cuatro elementos mencionados suponen un primer compromiso de comprensión, y posteriormente el autor propone un segundo compromiso: "otra comprensión de la realidad" (2006, p. 17). Esto implica revisar que, si se entiende la exclusión como un fenómeno relacional, la dificultad de proponer otra comprensión de esta es reconocer qué tipo de relación existe entre exclusión, biografía, historia y sociedad.

Para ello, Subirats propone una reorientación de lo siguiente:

1. Una teoría de las necesidades en relación con la pobreza y la exclusión. Esto implica que se cuestione la relación entre necesidades y bienes, y por lo tanto de los satisfactores. Esto ayuda a una nueva comprensión de las formas en que se concibe "el tener" y por tanto a otra visión sobre la dicotomía enriquecimiento-empobrecimiento.

2. Una nueva teoría que oriente a una nueva comprensión y un nuevo estatuto conceptual de los derechos y responsabilidades sociales. Que se revise, pues, el sentido en que la integración social se lleva a cabo.
3. Una nueva teoría del empoderamiento: otra comprensión sobre cómo "activar" el poder o bien, la potencia en relación con las capacidades del individuo. Esto se relaciona con la distribución del poder y, por lo tanto, con el punto anterior sobre cómo se construye una sociedad de forma compartida (Subirats et al., 2006, pp. 17-19).

En términos generales, el autor sitúa la exclusión social como un problema moral grave, más que un problema económico, y por ello apunta a la modificación del sentido en que se desarrollan las relaciones sociales, las necesidades y la participación colectiva. Esto contrasta con las posturas más economicistas que han definido las desigualdades sociales que provocan la exclusión como un fenómeno social "natural" o incluso necesario para el funcionamiento del sistema social y económico.

Hasta aquí puede entenderse que Subirats propone tanto una autorreflexión como una serie de propuestas para estudiar y explicar de forma más justa la exclusión social, entendiendo que existe la necesidad de una nueva teoría. En la actualidad, los mecanismos que provocan la desigualdad o que permiten que continúe se han vuelto más complejos. Por ello, sus propuestas se centran en nuevas formas de ver todos los elementos que componen la problemática, y se puede decir entonces que no se ha comprendido la exclusión en todas sus dimensiones.

El enfoque de las capacidades frente a las situaciones de desigualdad

En el apartado anterior, se ha visto que uno de los elementos para repensar la exclusión es revisar el sentido que tienen el poder y la activación de las capacidades en las personas en situación de exclusión. Amartya Sen desarrolla una propuesta para superar las desigualdades que hayan sido causadas ya sea por el género, la raza, o la procedencia social.

Este enfoque, conocido como el enfoque de las capacidades resultó novedoso en la década de 1990 porque se aleja de la ideas modernas del progreso y desarrollo social, ya que replantea la pobreza como problema, por lo que el producto interno bruto resulta un indicador insuficiente para conocer el nivel de bienestar en la población (Sen, 1997). El enfoque recibió críticas, sobre todo porque propone una relación ética de la redistribución de la riqueza, y porque la lógica del sistema capitalista es justamente la acumulación: ante este panorama, el enfoque de Sen parecía no tener lugar.

Sin embargo, Sen señaló que el bienestar del individuo puede lograrse a partir de la libertad de hacer y de ser, y que debe evaluarse a partir de la capacidad de dichos individuos de realizar estos logros, como un proceso centrado en la persona. El concepto de libertad es entonces, parte del mecanismo para lograr el desarrollo, pero también es un fin en sí mismo (Sen, 2000). Por ello el autor propuso que se replanteara la concepción de bienestar, a partir de una postura crítica que revise lo que hasta entonces se había entendido por éxito y felicidad.

Posteriormente, este enfoque evolucionaría ya que brindó las bases teóricas para que Martha Nussbaum desarrollara y describiera las capacidades de Sen. Nussbaum continúa bajo la premisa de que las capacidades son lo que las personas eligen para ser y hacer, y que estas se manifiestan en los funcionamientos, que a su vez concibe como: "la realización activa de una o más capacidades"(Nussbaum, 2012, p. 40):

> Bajo este modelo, existen dos tipos principales de capacidades: combinadas e internas. Por un lado, las capacidades combinadas son las oportunidades de las que dispone una persona para elegir y actuar en una situación concreta, y las capacidades internas se refieren a las características de una persona. En principio, ambas capacidades trabajan en conjunto en la construcción de mecanismos y condiciones para que las personas alcancen una calidad de vida digna.

Para la autora existen diez capacidades funcionales humanas centrales:

1. Vida. Se refiere a que el ser humano pueda vivir una vida de duración normal, no de forma prematura o de manera que la calidad de su vida se vea tan reducida que no merezca la pena vivir.
2. Salud. Que pueda mantener salud, incluida la reproductiva; la alimentación y vivienda adecuadas.
3. Integridad física. Poder moverse libremente de un lugar a otro; protegido de la violencia, incluida la sexual y doméstica. Disponer de oportunidades para la satisfacción sexual y para la elección en cuestiones reproductivas.

4. Sentidos, imaginación y pensamiento. Poder usar los sentidos, cultivándose a través de una educación adecuada. Poder usar la imaginación y el pensamiento para la experimentación y la producción de obras y eventos religiosos, literarios, musicales, y otros que pueda elegir. Poder usar la libertad de expresión tanto en el ámbito artístico como religioso. Poder disfrutar de experiencias placenteras y evitar los dolores no beneficiosos.
5. Emociones. Poder mantener relaciones afectivas con personas y objetos distintos a nosotros mismos; poder amar a aquellos que nos aman y se preocupan por nosotros, y dolernos por su ausencia; en general, poder amar, penar, experimentar ansia, gratitud y enfado justificado.
6. Razón práctica. Poder formarse una concepción del bien y reflexionar críticamente sobre los propios planes de la vida.
7. Afiliación. A) Poder vivir con y para los otros, reconocer y mostrar preocupación por otros seres humanos, participar en diversas formas de interacción social; ser capaz de imaginar la situación de otro. B) Que se den las bases sociales del autorrespeto y la no humillación; ser tratado como un ser dotado de dignidad e igual valor que los demás. Eso implica introducir disposiciones contrarias a la discriminación por razón de raza, sexo, orientación sexual, etnia, casta, religión y origen nacional.
8. Otras especies. Poder vivir una relación próxima y respetuosa con los animales, las plantas y el mundo natural.

9. Juego. Poder reír, jugar y disfrutar de actividades recreativas.
10. Control sobre el propio entorno. A) Político. Ser capaces de participar eficazmente en las decisiones políticas que gobiernan su vida; tener el derecho de participación política. B) Poder disponer de propiedades (ya sean bienes mobiliarios o inmobiliarios), y ostentar los derechos de propiedad y tener derecho a buscar trabajo en un plano de igualdad con los demás; no sufrir persecuciones y detenciones sin garantías. En el trabajo, poder trabajar como un ser humano, ejercer la razón práctica y entrar en relaciones valiosas de reconocimiento mutuo con los demás trabajadores (Nussbaum, 2012, pp. 78-80).

Según la autora, si cualquier individuo experimenta la carencia de estas capacidades se debe considerar una situación injusta. Aunque cabe añadir que este enfoque representa un punto de partida para discutir qué capacidades son las que cada cultura necesita para su desarrollo social y humano, por lo que esta lista debe ser contextualizada y ampliada.

El enfoque de las capacidades abona a la discusión sobre el enfoque por competencias actual del sistema educativo. A este último se le ha criticado la concepción de escuela como formadora de oficios y de buscar el aumento de la productividad, pero que no ha atendido las necesidades de transformación social.

Por el contrario, el enfoque de las capacidades puede representar un paradigma que permitiría definir el rumbo del desarrollo humano, ya que:

> Un enfoque educativo que tome en cuenta el desarrollo de las capacidades de la persona deviene en un proceso emancipatorio frente al paradigma instalado de "capacitar" a la persona, o hacerla "competente". Esto requiere promover prácticas pedagógicas que susciten una conciencia crítica, reflexiva y autónoma. Esto es, la formación, por demás, no tiene que ver con el desarrollo y adiestramiento de habilidades pre-estructuradas, pero sí con el cultivo de la persona como un sujeto de capacidades (Silva y Mazuera, 2019, p. 9).

Por ello, el enfoque de las capacidades ha sido base para el diseño de políticas públicas y para repensar el papel del sistema educativo. Puede decirse que la educación debe responder al estudiante como persona e impulsar sus opciones de desarrollo, considerando tanto la individualidad del sujeto como su contexto. Con este enfoque, también hay que tomar en cuenta que se está hablando más allá de la educación formal, y con ello, al referirse al individuo, puede pensarse tanto en los estudiantes como en los docentes, que suelen vivir y educar en situaciones de desigualdad.

En este sentido, el modelo de las capacidades no concibe a la escuela como un espacio en el que la capacitación técnica y utilitaria sean lo más significativos. Es a partir de este modelo que se propone valorar el papel activo y continuo de las personas para que recuperen el control propio y de su entorno, y en el que por lo tanto podrán construir conocimientos perdurables.

Además, es posible relacionar esta concepción del individuo con las propuestas que realizó Touraine a fi-

nales del siglo XX. El autor propuso una escuela plural e intercultural, orientada hacia la libertad del alumno, a la individualización del aprendizaje y hacia la gestión democrática de los problemas (2006).

Los principios que sostiene se relacionan también con las necesidades de inclusión en las comunidades vulnerables, y a que estas puedan trabajar desde su propia lógica. Con esto, se imprime la importancia de la educación como generadora de espacios de comunicación, donde la diversidad social se reconozca.

El papel de la familia y la escuela

La familia es la primera red de acogida de las personas y es el origen de la transmisión de valores y conocimientos de generación en generación. La escuela surge a partir de la familia como una extensión formadora de ésta, y por lo tanto su participación en la labor educativa en la comunidad no sólo es deseable, sino que representa por sí misma un papel fundamental en la acción educativa desde su origen histórico.

En esta época, inicios del siglo XXI, la escuela ha acumulado algunas funciones formadoras y también ha experimentado el desdibujamiento de las relaciones entre escuela y familia, así como la responsabilidad compartida:

> El ámbito afectivo de la familia es el nivel privilegiado para la primera socialización (criterios, actitudes y valores, claridad y constancia en las normas, autocontrol, sentido de responsabilidad, motivación por el estudio, trabajo y esfuerzo personal, equilibrio emocional, desarrollo social, creciente autonomía, etc.). En los primeros

años, la familia es un vehículo mediador en la relación del niño con el entorno, jugando un papel clave que incidirá en el desarrollo personal y social. Pero esta institución integradora está hoy puesta en cuestión. Si antes estaba clara la división de funciones ("la escuela enseña, la familia educa") hoy la escuela está acumulando ambas funciones y –en determinados contextos– está obligada a asumir la formación en aspectos de socialización primaria (Bolívar, 2006, p. 121).

La familia siempre ha experimentado cambios en su configuración y en su rol formador, por ello cuando se exploran los temas de la exclusión y la desigualdad resulta pertinente explorar algunas tipologías actuales sobre la misma. Una de las dificultades para desarrollar un pensamiento inclusivo es tomar en cuenta que existen tantos tipos de familias como familias existen, y que además es un concepto dinámico, que no está determinado por la moralidad.

Aunque existen varias clasificaciones y tipologías, es pertinente nombrar las más representativas. Por la organización en cuanto a miembros que la conforman se encuentran: a) familias nucleares, compuestas por dos cónyuges unidos en matrimonio y sus hijos; b) familias nucleares simples, formadas por una pareja sin hijos; c) familias en convivencia de una pareja unida sin el vínculo legal; d) hogares unipersonales, formados por una sola persona; e) familias monoparentales, constituidas por una madre o un padre que no vive en pareja y vive al menos con un hijo menor (Martín, 2000; Martínez, Estévez e Inglés, 2013) . Hasta aquí, resulta interesante destacar que, aunque tenga distintas conformaciones, estos

conceptos de familia surgen de la idea de una unión de una pareja o del cuidado de los hijos.

Posteriormente, otras clasificaciones se centran en cambios o procesos como la unión de personas que habían vivido anteriormente en pareja o que ahora se hacen cargo de los hijos de su nuevo cónyuge. También se añaden a la clasificación las familias con hijos adoptivos, las familias homoparentales y aquellas familias extensas o compuestas que están constituidas por variaciones de las tipologías mencionadas, o que la convivencia en el hogar no se limita a una pareja o a una sola generación (Martín, 2000; Martínez et al., 2013).

Al final, entender que hay distintos tipos de familias abona a la capacidad de formar en la inclusión, y también de comprender las necesidades de la comunidad en que se educa. Al respecto, varios autores coinciden en que la familia ha debilitado su función integradora (Bauman, 2000; Beck, 2006; Lipovetski, 1996). Por ello es necesaria la comprensión de que el educador actúa como alguien que guía y forma a aquél que es diferente y no solo forma en el "deber ser "o "debiera ser", sino en la aceptación y en la acogida.

Si se piensa, por ejemplo, en un niño o niña que ha crecido en un núcleo familiar no muy estable, como lo sería el paso por varias casas hogares o resultado de una migración forzada, puede entenderse que es un estudiante que necesita ser comprendido en esta complejidad. En ese sentido, la familia puede ser diversa, y por lo tanto la escuela y los cuerpos docentes también podrían prepararse para formar a partir de esta diversidad.

Por ello, las narraciones e historias de vida son clave para entender la relación entre educación y desigual-

dad social. Como se ha mencionado anteriormente, la situación de los sujetos entonces es resultado de una serie de historias. Algunos han logrado salir (o no) de este círculo de la desigualdad a partir de entender que otras narraciones de su propia vida son posibles, y también porque ha estado presente una figura educativa, que puede ser un educador o una comunidad formativa que le ha acogido o una comunidad formativa que le ha acogido. Lo anterior incluye también un sistema en el que sea posible construir oportunidades de movilidad.

Respecto al lenguaje, Blanco afirma que las formas de representar el mundo y de construir relaciones dan lugar a diferentes tipos de relaciones dentro de las familias y, por tanto, a diferentes tipos de socialización de los hijos. Para explicar esto, el autor retoma algunos conceptos planteados por Pierre Bourdieu:

> Dentro de este esquema, los alumnos que pertenecen a posiciones sociales bajas, alejadas de la cultura dominante, desarrollan habitus devaluados en el sistema educativo. Éstos se manifiestan, por ejemplo, en formas de producción oral y escrita poco refinadas, o en el desconocimiento de los contenidos de la "alta cultura" [...] El resultado es la reproducción de posiciones sociales de partida a través del fracaso educativo (Blanco, 2013, p. 167).

Las premisas anteriores también resaltan la necesidad de un sistema educativo inclusivo, ya que su lógica interior ha reproducido los estándares de la clase media y alta, y por lo tanto está reproduciendo la desigualdad de forma indirecta. Entonces, el desarrollo del lenguaje dentro del núcleo familiar se relaciona, positiva o nega-

tivamente, pero de forma estrecha, con la capacidad de interpretar y producir símbolos en la escuela.

En esta situación, donde existen otros agentes socializadores, como los medios de comunicación, la implicación de las familias en la construcción de un nuevo discurso educativo lejos de la desigualdad y la exclusión, es necesaria tanto porque las escuelas no pueden actuar de forma aislada (Bolívar, 2006) y porque es dentro del núcleo familiar donde la persona construye las primeras bases de su biografía.

Algunos datos de contexto sobre desigualdad y exclusión

La desigualdad social es un problema global que se encuentra en las agendas públicas del mundo como una tarea pendiente que representa a su vez, otras problemáticas. En este sentido, varios de los Objetivos del Desarrollo Sostenible atienden como prioridad la eliminación de la pobreza y el hambre, el acceso a la educación de calidad, la salud y el bienestar, el derecho a un trabajo digno, así como la reducción de las desigualdades.

Al respecto, la ONU explica la importancia de este objetivo:

> La desigualdad de ingresos está en aumento —el 10 por ciento más rico de la población se queda hasta con el 40 por ciento del ingreso mundial total, mientras que el 10 por ciento más pobre obtiene solo entre el 2 y el 7 por ciento del ingreso total. En los países en desarrollo, la desigualdad ha aumentado un 11 por ciento, si se considera el aumento de la población. [...]. Para frenar este aumento de las disparidades, es necesario adoptar políticas sólidas

> que empoderen a las personas de bajos ingresos y promuevan la inclusión económica de todos y todas, independientemente de su género, raza o etnia. (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2019).

Y existen otros datos alarmantes sobre desigualdad. En 2016, uno por ciento de la población recibió 22 por ciento del ingreso global, mientras que 10 por ciento del ingreso fue recibido por 50 por ciento. Según la ONU, de no resolverse la distribución de ingresos a una repartición más equitativa, el porcentaje más rico del mundo alcanzará 39 por ciento del ingreso global para el año 2050 (PNUD, 2019). En pocas palabras, de seguir así, la parte más rica del mundo duplicará sus ingresos en aproximadamente tres décadas.

Según la Oxfam, en 2014, 85 personas poseían la misma riqueza que la mitad de la población mundial y para 2015, esta cifra se redujo a ochenta. En México, la riqueza se ha concentrado en un grupo reducido de personas: "mientras el PIB per cápita crece a menos del 1% anual, la fortuna de los 16 mexicanos más ricos se multiplica por cinco" (Esquivel, 2015, p. 8).

En este país, uno de cada dos niños, niñas y adolescentes vive en pobreza, y de estos, 20 por ciento se encuentra viviendo en la pobreza extrema. Es decir, más de la mitad de los 39 millones de niños y adolescentes mexicanos viven en la pobreza (Castillo, 2014). Esto, sumado a los patrones de movilidad social intergeneracional que indican que hay alta persistencia en la posición de origen socioeconómica de la persona y bajas probabilidades de experimentar un cambio de realización económica, da como resultado un panorama desalentador para la juven-

tud. Se estima que 70 de cada 100 que nacen en condiciones de pobreza no logran salir de ella (Delajara, De la Torre, Díaz-Infante y Vélez, 2018).

Además de la escasa movilidad social, existen otros aspectos que forman parte de la desigualdad en México o bien, que son consecuencia de esta: a) la tasa de pobreza en la población indígena es cuatro veces mayor a la general; b) la educación pública en contraste con la privada; y c) la violencia a causa de la marginación. Esto también explica por qué el concepto teórico de pobreza revisado al principio del capítulo, resultaba insuficiente para entender la situación de exclusión.

Como otros países de Latinoamérica, México ha experimentado el desarrollo económico, pero no ha resuelto a la par sus problemas de desigualdad. Baja California, contexto en el que se desarrollan las historias de este libro, es un estado mexicano que en los últimos cincuenta años ha crecido significativamente tanto en lo poblacional, como lo económico, pero que tampoco ha desarrollado suficientemente las condiciones para el bienestar de todos (Ruiz y Aceves, 1998).

Es una región en la que ha aumentado la inversión extranjera, la oferta de servicios, el desarrollo del arte y la formación de profesionales, pero junto con este crecimiento coexisten otras problemáticas: la deserción escolar, la mano de obra barata en la industria manufacturera, el impacto de una urbanización ubicada cerca de fábricas contaminantes. Además, carece de algunos servicios básicos para algunos sectores de la población, como el acceso a agua corriente y a la electricidad. El transporte público es insuficiente y de eficiencia baja, y los espacios

públicos son poco propicios para la convivencia. Es una ciudad en donde predominan los automóviles como medio de transporte, por lo que, si hay recursos económicos, la adquisición de un coche de segunda mano proveniente de Estados Unidos es algo habitual. Lo anterior explica una movilidad urbana que no es incluyente para todas las clases sociales.

Para 2015, en Baja California se contaba ya con 3 315 766 millones de habitantes, de los cuales 22.2 por ciento vive en situación de pobreza (Coneval, 2016; Inegi, 2015). Además, el estado posee 13.3 por ciento de rezago educativo (Coneval, 2016). Esto significa que casi medio millón de personas se encuentran en edad escolar y no está asistiendo a ningún centro de educación básica o bien, que de acuerdo a su edad no ha concluido la primaria o secundaria.

La mayoría de las historias de este libro se desarrollan en la ciudad de Tijuana. Este municipio de Baja California poblado por 1 641 570 habitantes, ha sido un símbolo de crecimiento económico en el estado. Sin embargo, 29.5 por ciento de la población tijuanense se encuentra en la pobreza, y 1.8 por ciento en la pobreza extrema (2015). Esto indica que la inversión industrial y la expansión empresarial no han implicado el bienestar ni el desarrollo social de toda la población.

Hasta hace unas décadas, la desigualdad social no había sido parte importante de la historia de Tijuana; aunque siempre hubiera estado presente. Más bien se le reconocía como una ciudad de alternativas para quienes huían de la precariedad (Ruiz y Aceves, 1998). No obstante, el crecimiento demográfico superó la capacidad

de la ciudad para resolver los aspectos básicos como el acceso a la salud, vivienda digna, distribución de agua corriente y acceso a la educación básica.

Hay que indicar también que Tijuana es ahora caracterizada como una ciudad relacionada con la violencia, el narcotráfico y el crimen organizado. La precarización del trabajo formal, el incremento de trabajos informales o ilícitos, han sido factores de riesgo para la familia y la comunidad. En el caso de Tijuana, las mujeres, los migrantes, las personas mayores y los niños son grupos vulnerables a la violencia y a la discriminación (López, 2015).

Es por ello que la prensa nacional e internacional ha construido un relato, hiperbolizado quizá, de Tijuana como un espacio violento, de un sitio donde la vida resulta difícil. En este sentido, hay que reiterar la necesidad de "darle un rostro" a las cifras de desigualdad y exclusión, cómo se ha dicho antes: de contar las historias.

Sobre las posturas teóricas de este libro

Este capítulo, además de operar como un marco referencial, también intenta explicar las posturas teóricas empleadas en el libro, así como a describir las reflexiones metodológicas en los capítulos escritos por cada autor. Como se ha reiterado anteriormente con las propuestas de Subirats, Sen, Nussbaum y Hernández, no se intenta homogeneizar la postura teórica ante la desigualdad y la exclusión social, sino contextualizarlas.

Cada autor parte de una misma base teórica. La naturaleza del proyecto proviene del programa de estudios de posgrado en Educación de CETYS Universidad. Los au-

tores han compartido el aula en distintos cursos y discutido los contenidos de sus asignaturas. Sin embargo, cada quien ha desarrollado su propio bagaje teórico (antes y después de los cursos) y por lo tanto han desarrollado una visión particular ante los temas de desigualdad, exclusión y educación.

Puede decirse que las variaciones entre estas posturas se relacionan más con la esperanza o desencanto con que han experimentado los temas en campo, así como la experiencia en la labor educativa que ha tenido cada uno. Sin embargo, todos sostienen en común que es posible entender de forma más holística las situaciones de exclusión si se comprenden tantos los contextos económicos y sociales, como las historias individuales.

Asimismo, los autores parten, en concordancia con la postura de Nussbaum y Sen (1996) que atender la desigualdad no debe verse como la causa de las dificultades de los que no se encuentran en ella, y que la concepción del éxito en la vida de una persona es algo más que la estabilidad económica, y por lo tanto, las ideas de desarrollo y calidad de vida pueden replantearse.

Hay que señalar que tampoco se concibe la desigualdad como fenómeno natural de la sociedad y este libro se aleja de la línea más economista que sugiere que la desigualdad estimula la innovación o el crecimiento económico (Lazear y Rosen, 1979), también se excluyen los estudios que se enfocan más en la redistribución como una solución, pues en estas corrientes de pensamiento el individuo es más bien estudiado como capital humano (Ostry, Berg y Tsangarides, 2014). Es decir, se pretende haber desarrollado una postura humanística ante el tema,

aunque se reconoce que se está trabajando con un objeto de estudio que puede ser sujeto a la medición.

Comúnmente, la compasión atraviesa estilo de escritura de los textos biográficos que hablan sobre desigualdad y exclusión, así como de otros acercamientos narrativos al tema. Sin embargo, en este libro se reconoce que se necesita otra mirada, a propósito de Subirats (2006), y que además hay que desarrollar otra postura epistemológica: el otro siempre parece diferente al investigador, pero todas las personas son básicamente resultado de una serie de situaciones y oportunidades. Y las problemáticas estudiadas se encuentran en la misma lógica de la comunidad que todos habitan. Se parte entonces, de que esta problemática es un asunto también de todos.

Este libro procura aportar algo respecto al reconocimiento *del otro*: cada autor reconoció a priori que el tema a desarrollar implicaría aceptar cómo el manuscrito le había hecho repensar a aquellos teóricos que en algún momento fueron pilares en su formación académica. Poner sobre la mesa a pedagogos, filósofos, sociólogos, psicólogos y a otros, y al mismo tiempo contextualizar las problemáticas en vidas reales, y tratar de explicarlas, resultó además de un reto, una tarea interesante. No siempre concordante, e incluso algunas veces una labor con contradicciones.

Lo anterior incluso motivó a que los autores cuestionaran su estilo de escritura. Por ejemplo, una elipsis que omite un detalle de la biografía de la persona entrevistada, puede hablar más del investigador y de su visión de la otredad que del estilo con el que escribe. La búsqueda de ciertos términos, que fueran más justos y precisos, que

fuesen más descriptivos, y el tener cuidado de no autocensurarse, significó también un desafío creativo.

Los autores de este libro además tuvieron que repensar las estrategias metodológicas sobre el tema: la creación de un instrumento también requiere de empatía, de escucha activa, dejar hablar no sólo en el sentido literal sino también respecto a un marco de interpretaciones en el que el otro no sea, por así decirlo, lejano a sí mismo o a las personas que conocerían su historia.

Para finalizar, hay que considerar que una de las dificultades de comprender o explicar la exclusión y la desigualdad es que al final se está tratando con algo intangible, aunque existan instituciones y cuerpos de investigación que estudien sus indicadores. En este sentido, tanto los datos estadísticos como las experiencias narradas son esenciales para dar sentido a esta línea de investigación.

Por lo que resta decir, las personas retratadas en este libro no "ayudaron" con una investigación, no son los entrevistados o los sujetos de estudio. Son personas que tuvieron la capacidad de abrirse, organizar su historia y contarla, tanto para quienes están del otro lado de la desigualdad y no han logrado comprenderles, o bien, para quienes han entendido que la misma lectura ya les hace partícipes.

Referencias

Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Argentina: FCE.

Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Blanco, E. (2013). *Los límites de la escuela. Educación, desigualdad y aprendizajes en México*. Ciudad de México: El Colegio de México.

Bolívar, A. (2006). Familia y escuela: Dos mundos llamados a trabajar en común. *Revista de Educación,* 39. Recuperado de http://ibdigital.uib.es/greenstone/collect/portal_social/index/assoc/miso1089/4_002.dir/miso10894_002.pdf

Castillo, A. (Ed.). (2014). *Pobreza y derechos sociales de niñas, niños y adolescentes en México, 2014.* México: Coneval/Unicef. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/Medicion/Documents/Estudio-Pobreza-Coneval-Unicef.pdf

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). (2015). Pobreza a nivel municipio 2015. *Coneval.* Recuperado de https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/BajaCalifornia/Paginas/pobreza_municipal2015.aspx

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval). (2016). Porcentaje, número de personas y carencias promedio por indicador de pobreza. Baja California. Recuperado de https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/BajaCalifornia/PublishingImages/BajaCalifornia_Cuadro1.JPG

Delajara, M., De la Torre, R., Díaz-Infante, E. y Vélez, R. (2018). *El México del 2018. Movilidad social para el bienestar.* México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias. Recuperado de https://ceey.org.mx/wp-content/uploads/2018/06/El-México-del-2018.-Movilidad-social-para-el-bienestar.pdf

Esquivel, G. (2015). *Desigualdad extrema en México: Concentración del Poder Económico y Político.* Ciudad de México: Oxfam México. Recuperado de

https://www.oxfammexico.org/sites/default/files/desigualdadextrema_informe.pdf

Hernández, M. (Coord.). (2008). *Exclusión social y desigualdad*. Murcia: Universidad de Murcia.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). (2015). Número de habitantes. Baja California. *Inegi*. Recuperado de http://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/bc/poblacion/

Lazear, E. y Rosen, S. (1979). *Rank-Order Tournaments as Optimum Labor Contracts* [reporte de trabajo]. Cambridge, MA: National Bureau of Economic Research. Recuperado de https://doi.org/10.3386/w0401

Lipovetski, G. (1996). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.

López, S. (2015). *La realidad social y las violencias. Zona metropolitana de Tijuana*. Tijuana: El Colef.

Martín, E. (2000). F*amilia y sociedad: una introducción a la sociología de la familia*. Madrid: Ediciones Rialp.

Martínez, M. C., Estévez, E., y Inglés, C. (2013). Diversidad familiar y ajuste psicosocial en la sociedad actual. *Psicología.com*, 17(6), 1-22. Recuperado de http://hdl.handle.net/10401/6171

Nussbaum, M. (2012). *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*. Barcelona: Paidós.

Nussbaum, M. y Sen, A. (1996). *La calidad de vida*. Ciudad de México: FCE.

Ostry, J. D., Berg, A. y Tsangarides, C. G. (2014). Redistribución, desigualdad y crecimiento. *Revista de Economía Institucional*, 16. Recuperado de https://www.economiainstitucional.com/esp/vinculos/pdf/No30/jostry.pdf

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). (2019). Objetivos de Desarrollo Sostenible. PNUD. Recuperado de https://www.undp.org/content/undp/es/home/sustainable-development-goals.html

Ruiz, B. y Aceves, P. (1998). Pobreza y desigualdad en Tijuana. *El Bordo*, 2, 10-62. Recuperado de https://uia-foundation.org/wp-content/el-bordo/02/Tijuana-05.php

Sen, A. (1997). *Bienestar, justicia y mercado*. Barcelona: Paidós.

Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. México: Planeta.

Silva, W. H., y Mazuera, J. A. (2019). ¿Enfoque de competencias o enfoque de capacidades en la escuela? *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 21(1). https://doi.org/10.24320/redie.2019.21.e17.1981

Subirats, J. (Dir.). (2006). *Fragilidades vecinas. Narraciones biográficas de exclusión social urbana*. Barcelona: Icaria Antrazyt. Recuperado de http://www.icariaeditorial.com/pdf_libros/Fragilidadesweb.pdf

Touraine, A. (2006). *¿Podremos vivir juntos?* México: FCE.

Hijas de la desigualdad en tierra de oportunidades: Un resplandor en el ocaso

Fabiola Arreola Rodríguez

Dedico este proyecto a mi hija, el amor que me impulsa a ser mejor cada día.

En este breve testimonio que perdurará más allá de mi propia existencia, agradezco a Dios por su divina providencia, a mi familia por su apoyo incondicional, en especial a mi mamá, por ser mi ejemplo a seguir.

A cada una de las personas que me acompañaron a lo largo de esta aventura los llevo en mi corazón.

Introducción

Por su ubicación geográfica, Tijuana ha sido conocida desde principios del siglo XX como una "tierra de oportunidades", a pesar de que contaba con una población de tan sólo 245 habitantes. Diversos acontecimientos como: la Ley Seca en Estados Unidos, el juego y las apuestas autorizadas en México, el cruce frecuente de extranjeros con fines comerciales, el gran número de turistas procedentes del país vecino para asistir a clubes nocturnos, la inmigración

de los nacionales desde el sur del país y la instalación de numerosas empresas manufactureras, generaron un crecimiento a pasos agigantados de la población, llegando a más de los 2.5 millones de habitantes en la actualidad (Comité de Turismo y Convenciones de Tijuana, 2014).

Debido al acelerado crecimiento demográfico y a que las oportunidades no son las mismas para todos, el desarrollo económico no ha llegado a gran parte de la población, ocasionando que esta tierra de oportunidades cobre un nuevo rostro en el que la pobreza y la desigualdad son cicatrices que reflejan un deterioro en la ciudad.

Para hablar de pobreza y desigualdad, podríamos acudir a diversos conceptos, estudios y estadísticas que nos darían un panorama general de la realidad, pero detrás de esos datos fríos, hay innumerables historias que reflejan una verdad de sufrimiento, dolor, sacrificio y sueños inconclusos, por lo que aquí escucharemos las voces de ocho mujeres que nos hablan de experiencias que a lo largo de su vida las han convertido en las hijas de la desigualdad.

Durante más de dos años he tenido la oportunidad de participar en un proyecto denominado Educación Sustentable para Adultos Mayores (ESAM), que es proporcionado por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) campus Tijuana, cuyo objetivo es brindar herramientas a los adultos mayores de la localidad que los ayuden a tener una mejor calidad de vida en la cual ellos puedan alcanzar la plenitud. Ahí he sido receptora de historias de vida que han marcado su adultez de manera significativa. Historias de abuso físico y emocional, de sueños truncados, de sentimientos de soledad, duelo y desesperanza.

Por lo anterior, decidí convocar a las participantes de ESAM a este proyecto, en donde el tema principal es la desigualdad social, la educación y la familia. A esta invitación respondieron ocho mujeres de entre 55 y 75 años, y que de alguna manera ellas consideraban haber vivido en condiciones de desigualdad. Se llevaron a cabo dos sesiones de entrevistas —cuatro horas cada una— a través de un grupo focal en donde se plantearon dos preguntas: ¿cómo llegué a ser quién soy? y ¿qué representa para mí la educación? Pero estas fueron sólo una caja de Pandora que al abrirse les dio la oportunidad de dar a conocer su historia.

Lo que sucedió ahí —durante las entrevistas— fue algo sorprendente, porque se generó un espacio de confianza, honestidad, empatía y amor, por lo que tengo que reconocer que obtuve más de lo que esperaba. Me convertí en un testigo, cuyo principal papel fue abrir el telón a las protagonistas.

Ellas fueron las que marcaron la pauta, y aunque no todas tienen la misma participación, de ahí se desprendieron cuatro ejes que me permitirán mostrar algunas de las caras de la desigualdad.

En el primero de ellos se aborda el tema del trabajo infantil, de cómo las privaciones motivaron a que todos los integrantes de la familia se vieran obligados a participar en la economía del hogar, convirtiendo a las madres en proveedoras, a las hijas en responsables del hogar, generando que casi todos los integrantes de la familia, incluso los menores de edad, buscaran su propio sustento para la sobrevivencia, aunque aún tuvieran las manos pequeñas.

El segundo eje plantea el menosprecio a la mujer como consecuencia del machismo en la sociedad mexicana y cómo está íntimamente ligado a la marginalidad. Aquí podremos ser testigos de cómo la desigualdad de género es otra manera de desigualdad social que se origina por el sólo hecho de ser mujer. El rechazo ha llevado a muchas mujeres a preguntarse "¿por qué no fui niño?".

El tercer eje nos muestra una realidad tan común como triste en nuestra sociedad. Cuando las hijas huyen de casa suelen tener diversas razones, entre ellas, una gran pobreza que no les deja otro camino más que salir a buscar su propio sustento y apoyar a la economía familiar. Pero otra realidad más triste aún es la que aquí se expone y se refiere al maltrato físico y emocional, a una exagerada carga de trabajo y a patrones generacionales que poco a poco van generando un oscuro vacío y de pronto la única luz que se puede percibir es la puerta de salida y así huir de casa.

Durante el recorrido a través de los recuerdos de nuestras protagonistas, se devela parte de la historia de su infancia, adolescencia y adultez y es precisamente eso lo que nos lleva al último de los cuatro ejes; el punto de la bifurcación. En donde ellas tienen que tomar decisiones que, aunque no son fáciles, pudieron romper con el círculo de la desigualdad que las ataba al pasado para darse la oportunidad de cambiar su futuro sembrado en el presente.

Por último, se presenta en forma de conclusión, un breve análisis de los hechos que llevaron a nuestras ocho protagonistas a ser hijas de la desigualdad en una tierra de oportunidades y de cómo, al igual que el sol en su ocaso, muestran un bello resplandor de amor y fortaleza.

Manos pequeñas

Las historias aquí contadas, reflejan una realidad de sufrimiento, dolor, sacrificio y sueños inconclusos en donde las privaciones motivaron a que todos los integrantes de la familia se vieran obligados a participar en la economía del hogar, convirtiendo a las madres en proveedoras, a las hijas en responsables del hogar y generando que todos, incluidos los menores de edad, buscarán su propio sustento para la sobrevivencia.

Aunque, de acuerdo con Alfonso Navarrete —secretario de Trabajo y Previsión Social durante la presidencia de Enrique Peña Nieto—, "el trabajo infantil, además de vulnerar los derechos de la infancia, no resuelve los problemas de pobreza ni las carencias familiares; por el contrario, reproduce entre generaciones, entornos de desigualdad, baja escolaridad y ausencia de capacidades" (2014, p. 14), aquí seremos testigos de cómo la infancia e inocencia de las protagonistas se ve interrumpida por la necesidad de aportar a la economía del hogar a través del trabajo infantil, trabajo realizado cuando sus manos aún eran pequeñas.

Juana Santos
(63 años, divorciada, originaria de Tijuana)

Soy la segunda de once hijos y nací literalmente en el río, aquí en la parte sur de Tijuana, en la zona de lo que era el río Tijuana. Mis papás son de Jalisco y llegaron cuando yo estaba por nacer y ya tenían a su primera hija. Como no tenían casa, se instalaron a un lado del río en donde sólo había árboles o carrizos o no sé qué eran, pero eran unas plantas. El caso es que ahí nací.

Al principio vivieron con una persona, pero mi mamá, que siempre fue muy trabajadora, muy luchona y responsable, le dijo a mi papá que no quería vivir rentando y menos de arrimada. Entonces mi papá se pone a trabajar en una compañía en donde envasaban cloro, pero mi mamá sabía que con ese sueldo no iban a poder tener su propia casa y ella se puso a lavar y planchar ajeno; a vender comida, ropa usada, frutas y verduras; y compraban cerdos, cabras y borregos para criar y después los vendían; también unas vacas que ordeñábamos y con la leche hacía queso para vender. Finalmente, con todo su esfuerzo, compraron un terreno y entre ellos dos y con sus propias manos empezaron a construir primero un cuartito y otro hasta hacer una casa grande; pero los niños no dejaban de llegar, aunque por lo menos ya tenían en dónde nacer. Creo que de los once que fuimos, siete nacieron en la casa. La única del río fui yo.

Lo que recuerdo es que éramos una familia feliz, hasta que tuvieron como el quinto hijo y mi papá empezó a caer en la adicción al alcohol. Eran muy trabajadores; mi mamá era muy guapa, muy bonita, le gustaba vestirse bien, le gustaba tener joyas, aunque no eran buenas, pero le gustaban los perfumes y todo. Ella trabajó toda su vida hasta unos tres meses antes de su partida.

Cuando cumplí seis años ya había varios niños, no recuerdo la cantidad, pero nuestra casa ya era muy grande. Ese día yo tenía un festival de la escuela y mi vestido estaba colgado, entonces la casa se empezó a quemar y yo veo cómo mi vestido se quema y todo se destruye. Mi mamá me comienza a gritar "¿En dónde está tu hermano?" y yo sólo escuchaba que estaba llorando y le dije "¡En su cuna!".

Entonces ella se metió en medio de las llamas, lo envolvió en una cobija y cuando iba a salir, el techo se cae y la quema desde el cuello hasta los pies, y mi papá, tristemente perdido en el alcohol. Allí me di cuenta de que estábamos solos.

Nos quedamos únicamente con lo que teníamos puesto y como mi mamá era muy alta, en toda la comunidad no había zapatos que le quedaran por el tamaño de su pie y una vecina le consiguió unos zapatos de un señor. Hasta ese momento, nuestra economía era estable, pero con esa tragedia y el alcoholismo de mi papá, tuvimos que empezar de cero a construir un cuartito como de tres por dos metros con piso de tierra, y para ese entonces éramos como cinco niños.

Yo recuerdo que nos educaban bien, siempre nos decían: "Tienes que comer con tenedor, tienes que sentarte bien, tienes que ponerte la servilleta". Después del incendio, nos llevaron con una vecina y me sirven un taquito de frijoles y yo pido tenedor, entonces mi mamá me pregunta "¿Para qué pides un tenedor?". Y respondí "Porque así nos enseñó a comer, siempre nos dijo que nunca comiéramos sin tenedor", y ella me dijo: "¡Tu vida ya cambió!". Así, con aquella autoridad y con aquella seguridad, nunca la vi llorar.

Para ese entonces ella ya no tomaba en cuenta a mi papá porque no contaba con él, y nos dijo: "A partir de hoy vamos a comer como podamos y lo que tengamos". Ella empezó a vender cosas, a mí me tocó vender elotes en un carrito afuera de la farmacia que estaba por la calle Ermita y después puso un puestecito. Yo tenía seis años y mi hermana mayor tenía ocho, mi mamá hacía tamales y nos mandaba a vender, le regalaban cosas y de lo que

no nos quedaba, las ponía en una bolsa y nos mandaba a vender. Recuerdo que sólo tenía mis calzoncitos y mi fondo porque hacía mucho calor. A partir de ahí lo único que nos quedaba era trabajar, trabajar y siempre trabajar a pesar de que era muy pequeña e inocente, tanto que yo no sabía cómo llegaban los niños, yo veía que mamá se iba un día al hospital —porque los últimos niños ya nacieron en el Hospital General— y regresaba con otro niño. Un día el carnicero se corta dos dedos con la máquina de la comida y lo llevan al hospital, y yo dije "¡Uy! Van a traer un bebito". Así de inocente.

Ma. Alicia Reyes
(57 años, divorciada, residente de Tijuana desde hace 57 años)

Vengo de una familia de doce. Mi papá y mi mamá se conocieron en San Luis Potosí y se vinieron a Tijuana en los años treinta del siglo pasado, según palabras de mi abuela. Mi papá era muy, pero muy flojo y pues mi mamá se puso a trabajar en una tortillería y desde que recuerdo mi mamá siempre trabajó y mi papá siempre fue un padre ausente, porque de pronto se fugaba a San Luis Potosí por meses y hasta años, pero cada vez que venía, mi mamá quedaba embarazada.

En total fuimos ocho mujeres y seis hombres, aunque dos mujeres murieron; una de ellas fue atropellada, por eso digo que somos doce. Cuando ellos vivían en la colonia Libertad Parte Alta, en donde llegaban los camiones azules o burras del seis, como les decían en aquellos tiempos, cuentan que la niña iba a la tienda y en un descuido de mi mamá, que siempre andaba en las nubes, la atropellan y muere. Después de eso los padres de mi papá

le dan dinero para que pusiera un negocio y se van para San Luis Potosí, pero cuenta mi hermano mayor que allá, a pesar de tener un granero lleno, ellos se estaban muriendo de hambre y entonces mi mamá se regresa a Tijuana con mis hermanos. Y así se la pasó mi mamá, de aquí para allá y de allá para acá.

Cuando nací —como mi mamá siempre estaba embarazada—, ya no tenía leche materna para alimentarme. Me platica mi hermana, la más grande —que en ese entonces tenía como trece años y era la que nos cuidaba, porque mi mamá nunca estaba por estar siempre detrás de mi papá—, que en aquellos días llovía muy feo, tanto que parecía que el cielo se iba a caer, y desesperada porque yo estaba llorando de hambre, me agarró y me tapó con una cobija y cruzó la plaza del pueblo porque ahí había una señora que también acababa de tener un hijo, y mi hermana le pidió que si por favor me podía dar de comer porque mi mamá estaba muy enferma y no podía. Al principio la señora se negó, pero finalmente cansada de escucharme llorar, accedió, y así estuvo mi hermana como tres semanas llevándome con esa señora para que yo no me muriera de hambre hasta que mis papás se vinieron otra vez a Tijuana.

Cuando ya tenía como cuatro años comencé a trabajar, porque yo miraba que no había nada de comer, y recuerdo que me iba a barrer y a lavar trastes con mis tías que vivían cerca de donde vivíamos. Yo siempre desde los cuatro o cinco años he tenido dinero en mi mano, por mi propio esfuerzo gracias a Dios, pero todavía me acuerdo que cuando llegaba de trabajar, lo primero que hacía mi mamá era revisar mis manos para ver cuánto

dinero traía y me lo quitaba porque según ella nunca tenía dinero, ¡ah! pero entonces venía mi papá —que como dije, se desaparecía por meses o años—, y como por arte de magia, mi mamá le tenía su queso fresco, su aguacate y su Coca-Cola, y para nosotros la señora no tenía nada.

Cuando ya tenía como ocho años empecé a ir a la primaria, y pues mis hermanos cansados de esa vida se iban yendo y sólo quedamos tres hermanos y yo. Para ese entonces mi mamá le cuidaba a sus dos niños a mi hermana la más grande, pero mi mamá me los dejaba para que yo los cuidara, además de cuidar a mis tres hermanos porque mi mamá tenía chamacos y se lo iba dando a las más grandes, hasta que un día le digo a mi hermana: "¡Oye! Le pagas a mi mamá para que te cuide los hijos, pero yo los cuido, mejor págame a mí", y pues ahí me pasaron a perjudicar las dos, porque a mi mamá le pagaba veinte dólares y a mí sólo me daba ocho y los cuidaba todo el día y luego me iba a la primaria y cuando llegaba le hacía el quehacer, todo como gente grande. Como éramos muchos, mi mamá se puso a vender comida afuera de la casa y le iba muy bien, pero adivinen a quién le tocaba la chinga.

Nina
(57 años, divorciada, reside en Tijuana desde hace 55 años)

Crecí en los ranchos de Rosarito. La escuela estaba como a dos kilómetros y medio de donde yo vivía y nada más había escuela primaria, entonces eran cinco kilómetros que yo tenía que caminar para ir y venir a la escuela todos los días. Donde crecí, había sembradíos y los fines de semana a los niños se nos contrataba para cortar fresas y

tomates que teníamos que poner en unas canastitas verdes, acomodábamos todo en las cajitas muy ordenadito. Para mí era jugar, aunque ese trabajo sí ayudaba a los gastos de la casa.

Cuando pasé al cuarto grado de primaria, mis papás se vinieron a vivir a Tijuana, aunque duraron muy poco tiempo porque habían comprado una pequeña propiedad por aquellos rumbos y en cuanto terminé la primaria, ellos regresaron a Rosarito, y otra vez no había a dónde ir a la escuela. Fuimos nueve hijos en total —cinco mujeres, cuatro hombres— y mis papás sólo enviaron a los varones a estudiar la secundaria, pero a las niñas no, porque decían "¿Las niñas para qué? Si se van a casar y las va a tener el marido en su casa nada más teniendo hijos".

Vivíamos con muchas carencias, pero no de comida porque afortunadamente donde crecí era una zona muy bonita donde había muchísimo que comer porque estaba cerca del mar y de las rancherías. Recuerdo que íbamos todos —mi mamá, mis tías y mis hermanos— con bolsas de malla de plástico —de esas de colores— y con muy poquito dinero comprábamos todos los vegetales que las rancherías sembraban y como mi papá era pescador además de ranchero, recuerdo que nos preguntaba: "¿Tú qué quieres comer?", y yo le decía "¡Yo quiero lenguado!", y mi hermana la chiquita le decía "¡Yo quiero langosta!", y de verdad comíamos esas cosas que ahora son exorbitantemente caras. Mi mamá, para ayudar a la economía familiar, cuidaba los niños de unas personas que vivían en una isla cercana y ellos le regalaban langosta seca empacada y abulones. Sí, vivimos con austeridad, pero afortunadamente con las pancitas bien llenas.

Cuando crecí, me acuerdo de que le dije a mi papá: "¡Papá, ya no me queda la ropa, necesito ropa más grande, no tengo ropa interior! ¿Qué vamos a hacer?" y él me dijo: "Yo te voy a comprar". Yo sabía que no se podía, entonces cuando tenía catorce años me vine a Tijuana a buscar trabajo y comencé a trabajar en la Mueblería Azteca. Aunque tenía catorce años me veía más grande —ya tenía la estatura que hoy tengo, era delgadita y me vestía según yo como grande—, cuando fui a pedir trabajo me vestí lo mejor que pude, me puse unas zapatillas y unos pantalones acampanados y me entré como empleada de piso.

Allí el sueldo era muy poco, pero como era muy buena vendedora empecé a ganar muchas comisiones, pero no me las pagaban completas porque era muy jovencita —prácticamente una niña— a diferencia de lo que les pagaban a los agentes que eran mayores de edad, y además de eso, empecé a recibir mucho acoso por parte de los empleados, así que un día, en mi hora de comida, empecé a recorrer las calles del centro de Tijuana en busca de otro trabajo y vi en una *boutique* de zapatos —que estaban en la calle Constitución, entre la Tercera y Cuarta— que se solicitaba empleada con experiencia. Aunque apenas iba cumplir quince años, salió el dueño y me dijo: "¿Tienes experiencia?" y le dije "¡Pues yo vendo muebles y los zapatos son más chicos!". Y me dijo: "Bueno, vente mañana".

En las historias aquí plasmadas, nos podemos percatar de que el trabajo infantil es sólo una de las consecuen-

cias de la desigualdad social. Aunque la prioridad de todo gobierno y de cualquier padre o madre de familia debería ser salvaguardar la seguridad, integridad y bienestar de los niños y niñas. Según datos oficiales del año 2007, en México uno de cada ocho niños entre los cinco y los 17 años trabaja, lo cual da una suma superior a los tres millones y medio de niños y niñas en ese rango de edad (Inegi, 2007).

El trabajo infantil no fue una decisión, fue la única opción para la sobrevivencia de estas mujeres que a su corta edad no tuvieron más alternativa que —como ellas mismas lo han expresado— trabajar, trabajar y trabajar, aunque sus manos eran aún muy pequeñas.

¿Por qué no fui niño?

El machismo en la sociedad mexicana está íntimamente ligado a la marginalidad. El menosprecio a la mujer es solamente una forma más de violencia en contra de la población llamada "el sexo débil". Es otra manera de desigualdad social que se origina por el sólo hecho de ser mujer. Carmen Lugo (1985), en su artículo titulado "Machismo y violencia", dice:

> El mejor y más doloroso ejemplo de machismo lo vivió en carne propia la escritora Rosario Castellanos prematuramente fallecida, quien recordaba un hecho doloroso de su infancia: al morir su único hermanito, en las visitas de pésame a sus padres, hubo quienes lamentaron que no hubiese sido ella, la niña, la muerta... Entonces la futura escritora supo que su vida de mujer era considerada como mucho menos valiosa que la vida de un varón.

Luz del Carmen Valdez
(55 años, soltera, originaria de Tijuana)

Mi padre nació en El Centro, California, pero lo registraron en Mexicali. Mi mamá nació en Puebla. Ellos se conocieron en la Ciudad de México, mi papá andaba de vago allá —él siempre fue la oveja negra de la familia— y mi mamá se había ido a trabajar desde muy jovencita para ayudar a su familia porque tenía muchos hermanos y eran muy pobres. Ambos apenas terminaron la secundaria, pero mi mamá estudió corte y confección y a eso se dedicaba.

Cuando se casaron vivieron allá por un tiempo y tuvieron a mi hermano. Él era todavía muy pequeño cuando se vinieron a Tijuana y se quedaron a vivir con una hermana de mi papá —que se había divorciado porque su esposo la maltrataba—, ella los recibió, y como no había podido tener hijos, a mi hermano lo quiso muchísimo. Después nací yo. Mi papá era bueno, pero al igual que mi abuelo, fue cayendo poco a poco en el alcohol y mi mamá fue la que tuvo que sacarnos adelante.

De niños no nos dábamos cuenta de que había carencias porque nos daban todo y mucho cariño. Cuando mi papá falleció, como mi mamá trabajaba todo el tiempo, la que se hacía cargo de nosotros era mi tía, aunque yo le decía "abuela" porque era como una segunda mamá. Yo la quise muchísimo, pero me sentía relegada porque para ella lo más importante era mi hermano, él era sus ojos mientras que a mí me hacía sentir que valía menos —no sé si por ser mujer. Aún recuerdo que cuando iba por mí a la escuela me regañaba y me decía: "Es que eres tonta, ¿por qué eres tan tonta?, ¿por qué no hablas?", siempre se dirigía

a mí con palabras de menosprecio, de por sí yo era muy callada y cohibida y como ella me decía mucho eso creo que a mí se me quedó. Recuerdo mucho que me decía: "¡Eres una gorda!", pero yo no estaba gorda, estaba flaquita.

Edilia Vázquez
(59 años, divorciada, originaria de Tijuana)

De mi infancia, lo primero que se viene a mi mente, es una reja grande de dos puertas, un pasillo largo lleno de árboles a los lados como que eran departamentos. Nuestra familia estaba conformada por mi papá, mi mamá, mi abuelita —mamá de mi mamá—, mi prima Gloria, mi primo Gerardo, mi hermano y yo. Mi mamá trabajaba de día y de noche porque era la que llevaba la mayor parte del sustento al hogar. Mi papá era velador y pues todo el tiempo estaba trabajando.

Uno de los recuerdos más alegres de mi infancia es que dos veces a la semana, mi abuelita y mis dos primos barrían el patio de los apartamentos y la señora a la que le rentábamos, les pagaba una *peseta*[1] a cada uno. Entonces cada dos días limpiaban todo el patio —que era muy grande— y cuando les pagaban, mi abuelita iba a la tienda y traía medio kilo de tortillas y un paquete de Sabritas —eran fritos con chile y limón—, y hacía una salsa picosa para que comiéramos y eran como días festivos. Mi abuelita nos platicaba que mi mamá ganaba un dólar[2] al día en el restaurant en donde trabajaba y el sueldo

[1] En la frontera norte de México, se les conoce así a las monedas de veinticinco centavos de dólar estadounidense.

[2] Hasta finales de la década de 1970, la moneda que circulaba en Baja California y parte de Sonora era el dólar estadounidense (Fuentes y Fuentes, 2004).

no alcanzaba porque éramos muchos. A pesar de todo, recuerdo que esa etapa de mi vida fue bonita, digo, con carencias de todo, pero la disfruté.

Vivíamos en la calle Once y Ocampo, y cruzando la calle había una hielera, pero después nos cambiamos a otra casa que estaba en el fraccionamiento Cubillas, atrás de las pinturas Calete —que ya no existen— y siento que ahí empezó mi tristeza, tal vez porque entré en la adolescencia y comencé a darme cuenta de cosas que cuando estaba más chiquita no notaba, una tristeza tan grande que todavía a mis cincuenta y nueve años tengo pesadillas.

Yo era un cero a la izquierda, no existía. Mi mamá trabajaba mucho para sacarnos adelante y en las pocas veces que la veía, trataba de llamar su atención, siendo la mejor estudiante y participando en los bailables de la escuela, aunque ella nunca me daba permiso. Mi maestro veía mis inquietudes y me motivaba a participar, recuerdo que me decía: "Le voy a decir a mi esposa que te haga el vestuario, pero tú consigue el permiso" y mi abuelita era la que me apoyaba, me decía: "Pues si tú quieres bailar, baila, sólo no le digas a tu mamá". Un día recité "El brindis del bohemio" y estaba toda ilusionada de que mi mamá me viera porque me habían maquillado y vestido muy bonito para la ocasión, pero mi mamá nunca llegó.

Todo lo que mi mamá me negó, lo recibí a manos llenas de mi abuelita. Yo me daba cuenta de la diferencia que hacía mi mamá, de cómo trataban a mis hermanas Rocío y Susana, y mi hermano Felipe, pero no entendía y pensaba que era normal, que así eran las familias. Mi mamá no quería que estudiara porque era de las personas que creía que la mujer no debía estudiar, que las mujeres

eran para la casa, para aprender a bordar y hacer manualidades, pero eso sí le agradezco a mi papá, porque él dijo: "Por lo menos la secundaria y si quieren seguir pues que trabajen" y gracias a eso pude estudiar.

Cuando entré a la preparatoria mis papás se separaron y mi mamá comenzó a tomar y llegó el momento en que llegaba con una pareja y con otra. Recuerdo que mi mamá no creía que iba a la escuela y me gritaba que era una prostituta que no quería estar en la casa, pero en ese tiempo tenía una vecina que se daba cuenta de todo y ella —en muchas ocasiones— me ayudaba dándome dinero para que pudiera ir a la escuela y lo poco que estudié fue con muchos sacrificios.

Yo no entendía por qué mi mamá sentía ese rechazo por mí. Un día yo le pregunté "¿Qué te hice para que no me quieras?". Fue la única vez que me atreví, porque en esa ocasión intenté besarle la mano y con el dorso de su mano me pegó una bofetada. Nunca me pude acercar a ella, y ese día me atreví a preguntarle "¡¿Por qué me odias? ¿Qué tienes contra mí?!". Y aún recuerdo su mirada de rechazo y su voz que con desprecio me grito: "¡Me arruinaste la vida!".

Hace algunos años tuve la oportunidad de participar en un retiro espiritual que organizaba el padre Chava.[3] Era un retiro de tres días en un hotel en Rosarito. Fue una preparación de tres días de pláticas y ejercicios de

[3] P. Salvador Romo: director y procurador de fondos para el Desayunador Salesiano de Tijuana, que brinda ayuda a personas en situación vulnerable, sobre todo migrantes de México, Centroamérica y haitianos, personas discapacitadas, mayores solos y personas en situación de calle o que viven en la extrema pobreza. Fue significativo líder en la Sociedad Tijuanense.

yoga para relajarte y al final fue una regresión, y yo ahí me enteré de mi origen y de por qué mi mamá me odiaba.

Nos pidieron un tapete para hacer yoga y nos acostamos ahí, nos pusieron música relajante y el padre empezó a pedir que nos imagináramos que estábamos en la playa de modo que me sentía muy relajada, todo era bonito, pero de repente me perdí, y me vi en una burbuja arriba en el techo y veía a mi cuerpo como dormida, luego todo fue oscuridad y ya no vi nada, aunque percibía los sonidos. Sentí como si fuera un parque, podía percibir el ruido de las ramas y sentir el calor que se transmitía por medio de lo que tal vez eran unas manos, no sé, pero ese calor me llegaba como si fuera alguien caminando agarrados de la mano y oí una voz varonil y otra de mujer, el hombre decía que se sentía feliz porque va tener un bebé y le decía que la pistola y el rifle iban a ser para él y hablaban de proyectos de vida.

De repente todo se desvaneció y me sentí en un lugar lleno de agua, como en un tubo a punto de salir, pero no me explicaba dónde estaba y en ese momento como que algo me jalaba y escuché la voz de un hombre y de una mujer. Yo sentí que algo me jalaba afuera de ese tubo, pero yo no quería salir, sentía miedo, sentía terror de salir de ahí. Era mi nacimiento. Alcancé a percibir una flamita a lo lejos y una mujer acostada, a un varón y otra persona, de repente sentí que me tomaron de las piernas y en ese momento salió otra persona que no había visto y sentía mucho dolor en mi cuerpo porque me jaloneaban y en ese momento oí chasquidos y desperté.

Desperté histérica y llorando a gritos. El padre me pregunto qué era lo que había pasado y cuando le plati-

qué, me preguntó si había alguien de la familia que pudiera confirmar lo que acababa de ver. Dos meses después fue cuando me atreví a enfrentar a mi abuelita y le dije lo que me había pasado y ella se soltó llorando. La persona que me había salvado era mi abuelita, mi papá me iba a azotar en la pared cuando vio que yo era mujer, estaba la partera y mi abuelita fue la que forcejeó con él para salvarme de las manos de mi padre, porque él me había querido matar. Después de que nací mi papá dejó a mi mamá y por eso ella me culpaba a mí. Después de saber eso siempre me pregunté por qué no fui niño.

A pesar de que el machismo ha sido parte, no sólo de nuestra cultura, sino también de una forma de vida que ha predominado en nuestro país, ha propiciado la desigualdad de género que es un fenómeno social y cultural en el que se produce discriminación entre personas debido a su género, básicamente entre hombres y mujeres. Además, su impacto se deja notar en diferentes planos como el laboral, social, familiar entre otros.

La Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), citado por *El Economista (*Mujeres en México siguen sufriendo desigualdad y violencia: OCDE, 4 de octubre de 2017), precisa que muchos factores generan estas desigualdades: Los estereotipos aún limitan las opciones de mujeres y niñas, y las mexicanas se encargan, sin remuneración alguna, de más de tres cuartas partes de los quehaceres domésticos y del cuidado de los niños.

"¿Por qué no fui niño?" es una pregunta que se hacen Carmen y Edilia —las protagonistas de estas historias—, y

estoy segura de que es la pregunta que se han hecho a lo largo de la historia muchas mujeres, no sólo en nuestro país sino en el mundo. Ellas son sólo una pequeña muestra de algunas de las consecuencias de este tipo de desigualdad. Con recuerdos dolorosos que marcaron su vida sin que hubiera nada que pudieran hacer para evitar las duras experiencias que tuvieron que enfrentar por el sólo hecho de ser mujer.

Puerta de salida

No es justo que los niños y las niñas de los hogares más pobres tengan casi el doble de probabilidades de morir antes de cumplir cinco años que los niños de los hogares con mayores recursos. No es justo que las niñas de las familias más pobres tengan más posibilidades de casarse, abandonar sus estudios y de tener hijos —aun siendo menores de edad—, que las niñas que hayan nacido en familias con más recursos (Crowley, 2015).

Cuando las mujeres huyen de casa pueden ser motivadas por muchas razones, entre ellas, una gran pobreza que no les deja otro camino más que salir a buscar su propio sustento y apoyar a la economía familiar. Pero otra realidad más triste aún es la que aquí se expone y se refiere al maltrato físico y emocional, a una exagerada carga de trabajo y a patrones generacionales que poco a poco van creando un oscuro vacío y de pronto la única luz que se puede percibir es la puerta de salida y así huir de casa.

Juana Santos

Cuando apenas era una adolescente, mi hermana la mayor, que tenía catorce años, decide irse de la casa en busca de oportunidades. Se fue a los Estados Unidos, porque

conocía a una muchacha que trabaja allá cuidando niños —en aquellos tiempos ganaba 20 dólares a la semana— así que también se fue a cuidar niños. Fue tan bendecida que al poco tiempo sus patrones la impulsaron a terminar la escuela, le dieron carrera y ella se quedó cuidando niños, estudiando, limpiando casa, ayudando a la señora hasta que terminó su carrera.

En ese tiempo, mi otra hermana que era más chica que yo, también dijo: "¡Yo ya estoy harta, yo ya me voy!" y se fue a escondidas. Mi mamá casi se vuelve loca porque para ella su vida fuimos sus hijos, éramos lo más grande, lo más sagrado que tenía y siempre trabajo por nosotros. Entonces yo me quedo como la grande y era puro cuidar y cuidar niños. En cortos períodos de tiempo que mi papá no estaba perdido en el alcohol, trabajaba ampliando la casa y creo que éramos como ocho hijos cuando se vuelve a quemar una parte de la vivienda, y otra vez aquella tragedia, pero en esta ocasión quedaron muchas cosas por lo que no quedamos en la ruina como la primera vez y seguimos adelante. Después del incendio hubo personas que le dijeron a mi mamá que por qué no daba en adopción a unos niños y ella dijo: "¡Eso jamás, yo voy a vivir para mis hijos!".

Mi hermana, la que se fue a Estados Unidos, un día me dijo: "Tú tienes que estudiar y yo te voy a pagar una carrera de secretaria". Y terminando la primaria me fui a una academia comercial. En ese tiempo nos sacaron del río porque expropiaron esa zona para la canalización y nos mueven a un lugar sin servicios y alejado de todo. Tenía que caminar como cinco kilómetros todos los días para tomar el transporte a la escuela. No tenía-

mos luz y a medianoche yo tenía que hacer mis trabajos de taquigrafía y mecanografía con una vela o con un aparato de petróleo.

Cuando terminé la carrera de secretaria, yo quería seguir estudiando y mi hermana me dijo: "Vente para acá, te busco una casa para que cuides niños y ojalá te toquen personas como las que me tocaron a mí". Entonces me fui, pero no me tocó la misma suerte y me regresé. Teníamos unos vecinos que eran emigrados y en la época de vacaciones de verano, se iban a trabajar al *fil*[4] —a la pizca —y me fui con ellos a Hemet, California. Teníamos como una semana en la pizca de chabacano cuando llegó la migra[5] y comenzaron a revisar los papeles de todos y como mis vecinos eran legales, no tuvieron problema. Recuerdo que yo estaba arriba de un árbol y no me quería bajar, pero me vieron y me bajaron, y días después, me deportaron. Una verdadera pesadilla.

Me sacaron por la garita de San Ysidro. Eran las dos de la mañana. Sin un sólo centavo, con mi sueño de ganar dinero para entrar a la secundaria totalmente destruido y sin saber qué hacer. Me fui caminando al centro en donde vivía una amiga. Ella trabajaba en Deportes Vikingo y ahí le rentaban un cuarto. Cuando llegué, empecé a golpear hasta que me abrió la puerta. Yo era grandotota y ella chiquitita, por lo que no tenía ropa para prestarme. Yo estaba toda sucia, sin cambiarme por tres días. Ella se metió a la tienda y agarró ropa de ahí y me dijo: "Yo la pago".

[4] Así les nombran los campesinos mexicanos a los campos de siembra en los Estados Unidos, haciendo referencia al *field* (campo).

[5] Nombre que le dan los inmigrantes a los agentes del Servicio de Migración de los Estados Unidos.

Cuando llegué a mi casa, me pregunto mi mamá "¿Qué pasó?", pero no le dije nada porque ella sufría mucho con tantos hijos y pensé ¿para qué le cuento todo lo que viví? —Ella lo supo muchos años después—. Ahí me di cuenta de que no iba a poder estudiar y empecé a buscar trabajo.

Mi papá murió como alcohólico en la calle y mi mamá nunca se volvió a casar. Se convirtió en una mujer amargada, quejumbrosa y peleonera, y la vida se fue tornando más difícil para mí. Cuando mis hermanos crecen, estudian la secundaria y después la preparatoria, pero era yo quien los movía, los llevaba, los traía, firmaba boletas, iba a las juntas, en pocas palabras, tenía que hacer todo porque mi mamá tenía que trabajar —no porque estuviera de floja—, pero la responsabilidad de la casa era mía.

Para ese entonces, ya estaba muy cansada porque estaba trabajando como auxiliar contable y seguía siendo responsable de la casa. Cuando tenía diecisiete años, conocí a un hombre diecisiete años mayor que yo, pero como lo que yo más quería era salirme de ahí, pensé que él me ayudaría. Mi sueño era bañarme con regadera porque yo tenía que calentar agua con leña para ahorrar gas, y como ya no aguantaba el maltrato de mi mamá, decidí casarme. Cuando le digo y mamá que me voy a casar, me dijo "OK". El día de mi boda le dije: "Ya me voy a casar". Ella estaba lavando y me preguntó: "¿Lo quieres?". Y le dije "¡No!". Y nuevamente me preguntó: "¿Entonces?". Y le contesté: "¡Porque ya no la aguanto a usted!". Y me fui.

Edilia Vázquez

Cuando tenía catorce años, empecé a dar catecismo y ahí conocí a una religiosa que me invitó a un retiro vocacional en

donde me dieron información y me gustó la vida religiosa —estando ahí sentía paz y la aceptación que nunca recibí de mí mamá—, y le pedí que fuera hablar con mi mamá. Al poco tiempo fue el padre y la religiosa a hablar con ella para decirle que yo tenía la inquietud de entrar como religiosa y mi mamá los corrió, ni siquiera les abrió la puerta y los maldijo detrás de la puerta —me sentí muy triste y decepcionada— y le dije: "¡Me voy a ir con el primero que pase!". Y sí, con el primero que me habló me casé. Duramos un año de novios y a los diecinueve años me salí de mi casa.

Cuando fue a pedirme acompañado de su mamá y de un hermano que había venido de la ciudad de México exclusivamente a eso —como yo ya trabajaba, le había dado dinero a mi mamá para que hiciera un mole, y sí lo hizo—, llegaron a la casa y mi mamá se encerró en su cuarto y nunca salió. A mí me dio mucha vergüenza la grosería que les hizo. Entonces fuimos con mi abuelita que vivía cerca de ahí y fue ella la que me entregó, me dio su bendición y fijamos la fecha. Me casé de blanco con fiesta y todo, aunque no por la iglesia porque, aunque era mi sueño, mi mamá no me quiso dar mi boleta de bautismo.

Ahora sé que no me casé enamorada, porque lo único que quería era alejarme de los maltratos y el desprecio de mi madre, ya que nunca me dio ninguna muestra de cariño y mucho menos de amor a pesar de que todo lo que yo hacía —desde que tengo uso de razón—, era tratar de agradarle, de complacerla y de que sintiera orgullo por mí.

Como lo mencioné en la introducción de este apartado, cuando las hijas huyen de casa pueden ser motivadas por

muchas razones, entre ellas, una gran pobreza que no les deja otro camino más que salir a buscar su propio sustento y apoyar a la economía familiar. Pero también mencioné que otra realidad más triste aún, se refiere al maltrato físico y emocional, a una exagerada carga de trabajo y a patrones generacionales.

Desafortunadamente, en estas breves historias de vida, podemos apreciar todas las causas antes mencionadas. Fuimos testigos de que el buscar una puerta de salida fue la única opción de nuestras protagonistas —que sin pensar en las consecuencias—quisieron huir de un hogar en el cual la carga tanto física como emocional era demasiado pesada para sus jóvenes hombros.

Su infancia y su juventud fue robada por su condición de desigualdad, los sueños de cualquier adolescente de disfrutar su juventud con amigas, fiestas, maquillaje, novio, etcétera, no tuvieron espacio en una realidad que trasformaba los sueños en pesadillas.

Punto de bifurcación

Partiendo de la idea de que una bifurcación es la separación o división de dos posibilidades, o toma de direcciones distintas, se puede afirmar que a lo largo de nuestra vida estamos tomando decisiones. Esto nos coloca en una posición de que independientemente de nuestro origen, contexto y experiencias siempre tenemos la oportunidad de elegir un nuevo camino —para bien o para mal.

Nuestras protagonistas nos narran las experiencias en donde la desigualdad —tanto en el contexto social como familiar— ha estado presente desde su nacimiento, niñez, adolescencia y madurez, pero aquí nos relatan

el momento en el que se encontraron en un punto de bifurcación —de elegir entre continuar con los patrones conocidos o tomar un camino distinto, entre culpar a su entorno o hacerse cargo de su propio destino.

Gudelia García
(73 años, divorciada, residente en Tijuana desde hace 33 años)

Mi madre fue la quinta de una familia con doce hijos, pero por haber nacido morenita —cuando todos eran blancos—, mis abuelos siempre la discriminaron, y cuando era muy joven la enviaron a cuidar a una tía y ahí desafortunadamente sufrió violencia física y sexual, por lo que regresó a casa de sus papás. Creo que toda la violencia que vivió le sirvió para que esa historia no se repitiera con sus hijos. Ella fue muy cariñosa, muy cuidadosa pero aun así sufrí violencia. Mi padre se fue a los Estados Unidos a trabajar antes de que yo naciera y ella se quedó sola.

Nací de una madre preocupada, buscando un lugar para que yo naciera, por lo que regresó a casa de mis abuelos con mis dos hermanos mayores y se quedó ahí un buen tiempo trabajando para mantenernos. Cuando yo tenía cinco años, regresó mi padre y nos llevó a vivir a otra parte en donde sufrimos mucha carencia de comida, de amor y de apoyo porque el traía ideas muy liberales de los Estados Unidos —él se fue en busca de dinero, pero allá encontró otra familia. Mi mamá trabajaba mucho, pero no sólo para mantenernos a sus tres hijos, sino también a mi padre.

En ese tiempo, un tío quiso abusar de mí —y no fue una, sino varias veces—, y me amenazaba con que, si yo le decía algo a alguien, mi papá le iba a pegar a mi mamá

y por mucho tiempo no dije nada, pero un buen día se me ocurrió decirle a mi mamá que me llevara a trabajar para no quedarme en la casa y me comenzó a llevar con ella —era lavandera y ganaba muy bien porque siempre buscó trabajos en lugares con gente de mucho dinero.

Mi madre, harta de tanta violencia, conoce a otra persona que la convence de dejar a mi padre y aún recuerdo que cuando nos estábamos marchando, mi madre dijo: "Le voy a dejar sus trajes y su dinero aquí" —refiriéndose a las cosas de mi padre. En ese momento lo vi como un acto noble, pero ahora me pregunto cómo puede una mujer amar tanto a un hombre que es tan violento, abusivo e injusto.

Nos fuimos a vivir a Oaxaca para que mi padre no nos encontrara y cambió totalmente mi vida. Estuvimos mejor económicamente y con mejor trato por parte de mi padrastro. Ahí vivimos por tres años, yo tendría nueve años aproximadamente. En ese tiempo aprendí lo que era ir a un restaurante, supe lo qué era ir de paseo. Había mucha comprensión y amor de parte de esa persona que eligió mi madre.

Más tarde llega una vez más el gran amor de mi madre —cuando una mujer se enamora como mi madre de mi padre, llega a perder la cabeza— y regresa con él. Dejó a mi padrastro, pero duró muy poco —como dos meses— y regresamos otra vez con mi padrastro y nuevamente la aceptó.

Cuando tenía como quince años, mi padrastro quiso abusar de mí, pero en aquel tiempo vivíamos en Chiapas, y cerca de nuestra casa estaban construyendo una presa y salíamos seguido a cazar —no sé qué cazábamos, pero teníamos rifles—, entonces agarré el rifle y le dije: "¡Te me

acercas y te mato!". Él se tiró al piso y me dijo: "¡No, no me hagas nada, perdóname!". No iba a permitirle a nadie que abusará de mí. Analizándolo, es muy poco el tiempo que tienes para reaccionar, ni siquiera pensé que me podían meter a la cárcel, simplemente no permití que sucediera.

Pasó el tiempo y mis hermanos se casaron y yo también me casé, pero al año me divorcié porque a mi esposo un día se le ocurrió tomarme del brazo y hablarme fuerte, y dije ¡no se lo voy a permitir! Aunque me había casado por todas las leyes y con todos los honores, no me interesaba estar casada con alguien así. A partir de ahí tuve que trabajar para salir adelante y no fue fácil porque ya tenía dos meses de embarazo.

Con el tiempo me di cuenta de que una mujer puede atraer a muchos hombres y no todos con la mejor intención, pero como mujeres tenemos la oportunidad de elegir y no ser elegidas. Yo pensaba; trabajo voy a tener, y si no trabajo alguien me va a dar, pero ¿a cambio de qué? Entonces decidí seguir trabajando.

Carmen Valdez
(55 años, soltera, originaria de Tijuana)

Desde muy niña me ha gustado mucho el estudio. Recuerdo que papá, desde muy chiquita, me enseñó el idioma inglés. Me hablaba en inglés y no me dejaba que le contestará en español. Fuéramos a donde fuéramos, ya sea de compras o a lavar —en ese tiempo se acostumbraba a ir a lavar a Estados Unidos—, incluso si quería una nieve, me hacía que la pidiera en inglés.

Mi tía abuela me enseñó a leer y a escribir de chiquita. Era la típica niña que tenía muñecas, pero también

tenía dos mesabancos que mi papá me había comprado, un pizarrón grande y un escritorio para jugar a la escuelita con los vecinos o yo sola. Me encantaba. Mi ideal era casarme, tener una casa bonita, hijos, ser profesionista y así, todo bonito como en un cuento de hadas.

Ya de más grande estaba entre estudiar para doctora —siempre quise estudiar medicina— o maestra porque me gustaba enseñar. Hice mi examen para la normal, según yo estaba bien porque siempre fui de dieces, pero no lo pasé. Entonces mi tía, que había estudiado en la normal y conocía a mucha gente, fue a hablar con el director y él le dijo que yo había salido muy bien, pero que dejé en blanco la pregunta de qué era el magisterio, y la verdad yo no sabía qué era eso.

Me dolió mucho no haber pasado el examen, pero como apenas había salido de la secundaria, pues entré a la preparatoria y cuando terminé, como seguían decidida a estudiar medicina, pues entré. Dos veces me di el lujo de entrar, aunque estaba muy peleada esa carrera. La primera vez entré aquí en Tijuana, pero me salí porque decidí darme un año de no hacer nada, y la segunda, fue en Mexicali porque cometí el error de darme de baja definitiva aquí. Después hubo la necesidad de trabajar porque nuestra economía no era muy buena y ya dejé la escuela.

En retrospectiva y siendo sincera conmigo, después de tanto tiempo de traer cargando un costal muy pesado —hoy me estoy dando la oportunidad de abrirlo y sacar todo lo que trae adentro, durante estos días he estado pensando que, a pesar de que nuestra economía no era la mejor, siempre tuve la oportunidad de estudiar, pero por alguna razón nunca concluí mis estudios.

Ahora pienso que fue un autosabotaje, porque el que siempre me impulsó a continuar con mi educación, fue mi papá. En estos días de reflexión, recuerdo que cuando estaba chiquita íbamos muy seguido a Estados Unidos porque allá vivía un hermano de mi papá. Un día que veníamos en el camión de regreso, mi papá me traía en sus piernas y sin decir nada me tocó y a mí me dolió. Esto jamás se lo platiqué a nadie. Sólo cuando tenía la necesidad de desahogarme, decía dentro de mí: "¡Por favor, papá Dios, sé que tú me escuchas!"; y le preguntaba: "¿Por qué me pasó esto, por qué él hizo esto?". Yo tenía a mi papá en un altar, él me enseñó el hábito de la lectura, y mi amor al estudio siempre fue por él. Siempre me decía: "Sal adelante, estudia, cultívate, nunca te dejes, tú vales", y por lo mismo, con gran dolor en mi corazón, nunca entendí por qué me hizo eso.

Ahora me he puesto a pensar que probablemente, aunque quería continuar con mis estudios, siempre desistía por una especie de sabotaje hacia él, una forma de decirle "¡Mira, tú que tanto me decías que estudiara!". Aunque él murió cuando yo tenía dieciséis años, de alguna manera renunciar a mis estudios creo que fue una forma de castigarlo a él.

A pesar de todo, mi amor al estudio no ha cambiado, por lo que siempre que puedo tomo cursos, diplomados —tengo uno en periodismo—, cursos de religión en Edoctus,[6] La Salle,[7] en donde he podido. Como trabajo, a veces no tengo tiempo, pero me encanta.

Cuando decidí entrar aquí, fue por la invitación de una amiga. Aunque no sabía en qué consistía este progra-

[6] Escuela Diocesana Católica de Teología para Seglares.

[7] Institución educativa, inspirada en el carisma de San Juan Bautista de La Salle.

ma de educación para adultos, si se trataba de estudiar, yo dije ¡quiero estar ahí! Y ha sido una bendición para mí.

Considero que siempre tenemos la oportunidad de valorarnos y darnos algo a nosotras mismas. Si no tuve la oportunidad de terminar mi carrera —por lo que haya sido— ahorita estoy aquí y vale la pena el esfuerzo, porque gracias a Dios he conocido a gente linda y el día de hoy he tenido la oportunidad de sacar algo que me ahogaba.

En ocasiones, veo que los muchachos de aquí de la universidad nos miran como raro, y aunque al principio me molestaba, me digo a mí misma ¿por qué me va a molestar, si yo estoy haciendo algo que me gusta? Y estoy muy orgullosa de estar aquí. Al principio veía como que los jóvenes nos discriminaban o se burlaban por vernos aquí, cargando nuestra mochila, pero ¡estoy decidida! Ya no me voy a sabotear, ya no me voy a dejar, porque estoy haciendo lo que quiero, lo que me gusta y voy a luchar por seguir aquí, por seguir estudiando lo que siga, lo que siga y lo que siga hasta que pueda.

Anyi
(55 años, casada, residente en Tijuana desde hace 32 años)

Soy la tercera de una familia de diez hijos. Nací en Culiacán, Sinaloa, pero tengo treinta y dos años en Tijuana. Mi papá era una persona excesivamente trabajadora, y aunque siempre fuimos pobres estábamos mejor que el resto los pobres. Teníamos mejor comida —no vestuario porque, pues éramos muchos—, pero teníamos una televisión y siempre había muchas bolsas de pan Bimbo, de hecho, a todos los amiguitos de la vecindad, les

gustaba ir a la casa porque siempre había fruta y algo para comer. A mi papá y a mi mamá les gustaba mucho vivir en Guadalajara, así que frecuentemente nos íbamos para allá un año o dos años, pero siempre regresábamos porque la economía era más difícil allá.

Mi papá era un excelente sastre, desde que llegamos a la ciudad, él ya tenía trabajo. Desde que amanecía hasta que oscurecía él trabajaba. Yo siempre viví orgullosa de él y traté de imitar todas esas cosas buenas que tenía él como persona. Gracias a él, soy lo que soy.

Cuando estudiaba la primaria, en una ocasión llegué tarde a la escuela y tenía que entregar un trabajo y antes de que se fuera la maestra, una compañera le dijo: "Falta Angélica" y alcancé a escuchar cuando la maestra le dijo: "¿La mugrosita?, ¿la de la blusa mugrosa?". Y mi compañero le dijo: "Es que ella es pobre". En ese tiempo —como mi papá era sastre— me hacía los pantalones y las camisas, claro eran corte de hombre, no era nada femenino, pero la blusa era limpia porque yo la lavaba todos los días —tenía dos uniformes y todos los días los lavaba. Era una tela corrientita y con el uso se desgastaba por lo que a mí me ofendió mucho lo que dijo esa maestra y le dije: "Mi blusa siempre está limpia". Yo me sentía diferente, discriminada porque mis compañeros me veían como pobre.

Mi papá, además de sastre, empezó a vender nieve —que era el negocio de su familia— y en su entorno él era una persona muy querida. Sin embargo, en diferentes épocas de su vida hubo alcoholismo de su parte —era una persona cansada—, él murió hace poco de cáncer, pero durante su agonía seguía diciendo: "Ahora que salga voy a seguir con el trabajo".

Como nuestra familia era muy grande, a los hijos mayores —o sea, yo— siempre se les cargaba el trabajo de la casa, y pues yo era la asignada. Durante toda mi vida fui la encargada de la comida. Cuando era adolescente me levantaba a limpiar la casa y luego a hacer comida para luego irme a la escuela. Mi mamá trabajaba por épocas limpiando casas y de pronto traía ropa que le daban en las familias en donde trabajaba. Yo tenía dos falditas que no me quitaba, lavaba una y me ponía la otra y siempre las traía.

Cuando estudié la secundaria, tuve que estudiar con adultos por las tardes para no descuidar las labores de la casa y sabía que la universidad no era para mí porque éramos muchos y nuestra economía no era buena y pensaba que podría ser maestra, enfermera o trabajadora social —era lo único a lo que podía aspirar— pero cuando estaba en tercero, hice un curso de primeros auxilios y pensé "si me gusta, le sigo" y decidí estudiar enfermería —de diez hijos, la única que estudió fui yo.

Así fue como determiné mi destino y gracias a eso, hice la diferencia en mi familia, porque cuando terminé de estudiar, logré entrar al Seguro Social y le conseguí trabajo a seis de mis hermanos. Ahora casi todos tenemos una jubilación asegurada y un trabajo bien remunerado —dentro de lo que cabe—, eso hizo una gran diferencia. Aunque otro de mis hermanos tuvo problemas de drogadicción durante su adolescencia y otro tiene problemas de esquizofrenia, mi papá siempre estuvo al pendiente de todos.

Creo que lo que hizo que yo siguiera con los estudios a pesar de que ninguno de mis hermanos lo hizo, fue

la admiración que yo sentía por mi papá; de hecho, tengo otro hermano que también quiso estudiar medicina y por eso nos vinimos a Tijuana. Él había tratado de entrar a la escuela militar pero no lo aceptaron porque tenía criptorquidia —cuando un testículo no baja— luego intentó entrar en Culiacán y pues tampoco lo aceptaron y luego aquí en Tijuana sí lo aceptaron, pero sólo estudió un año por causa de nuestra mala economía.

En el tiempo que mi hermano estudió, íbamos a la misma escuela —él a medicina y yo a enfermería— y un día que se asoma por la ventana a mi salón cuando estábamos haciendo un examen, me vio copiando. Desde entonces siempre me decía que yo era una copiona y a mí me molestaba mucho porque lo decía enfrente de mis hijas y sentía que dañaba mi imagen ante ellas, pero hace como cuatro o cinco años, en una carne asada en la casa, me volvió a decir que era una copiona y yo le respondí: "Te voy a decir algo que probablemente te moleste y me dejes de hablar, pero te aseguro que me vas a dejar de decir así, ¡yo seré una copiona, pero yo sí terminé la escuela!". Y desde entonces me dejó de decir así.

Pilar Molina
(62 años, divorciada, residente en Tijuana desde hace 31 años)

Nací en la ciudad de México, en el Distrito Federal. Mis padres son del Estado de Hidalgo, los dos de Tulancingo. Ellos se conocieron en el D.F., mi papá tenía sesenta años y mi mamá veinte. Él vivía en una casa en un bulevar de la delegación Azcapotzalco y ella llegó de Hidalgo escapando de un hombre con el que tenía dos hijos, y rentó un cuarto atrás de donde vivía mi papá. Él era casado y

tuvo diez hijos con su esposa, era abogado y mi mamá era una persona con rasgos indígenas —era india Otomí—, ella no estudió porque su mamá falleció cuando era muy niña y como su papá era alcohólico descuidó a sus tres hijos y a los quince años se la robó un español de por ahí. De esa relación ella tuvo dos hijos, pero creo que ella no le gustó esa situación y huyó.

Mi papá la vio pasar por el bulevar con sus hijos y se enamoró de ella. Comenzaron a tener una relación extramatrimonial —que era muy mal visto en aquel entonces— y empiezan a tener hijos —yo soy la quinta de ellos—; entonces cuando yo iba a nacer, mi papá decide dejar su casa e irse a vivir con mi mamá a un cuarto. Era 1956 y todo mundo estaba en contra de mi mamá y de él porque habían trasgredido las reglas. En defensa de mi papá, dice que descubrió una carta donde su esposa lo engañaba desde antes, pero él se quedó callado. Cuando les enseñó la carta a sus hijos, lo perdonaron, pero sus hijas no.

Cuando yo nací, mis padres ya vivían juntos y él era puro amor conmigo. Yo me acuerdo de que entre ellos había mucho cariño y comprensión, se ayudaban y se apoyaban a pesar de que eran de dos mundos diferentes. Él, un abogado siempre de traje y muy guapo, y mi mamá una indígena que nunca supo leer ni escribir, incluso cuando empezaba el programa del INEA,[8] le llevé una bolsa llena de libros para que aprendiera a leer y nunca quiso —sólo sabía firmar—, pero su inteligencia era natural. Ella fue comerciante desde niña, vendía comida en una estación donde había camiones y nunca se

[8] Instituto Nacional para la Educación de los Adultos de la Secretaría de Educación Pública.

quiso casar con un camionero —tenía otras expectativas para su vida— y mi papá le llenó el ojo a pesar de que era cuarenta años mayor que ella. Mi papá me quería mucho y me llevaba a todos lados. Incluso, de los diecisiete hijos que tuvo con tres mujeres diferentes, me eligió a mí como albacea de su casa en su testamento porque él me considerada la mejor de todas tus hijas.

Mi mamá siempre fue estricta y distante, sin embargo, de mi papá recibí mucho amor. Él y yo siempre platicábamos, recuerdo que yo le cortaba el cabello, le hacía sus baberos para comer, le recogía su bacinica —en aquel tiempo la gente utilizaba bacinicas para no tener que ir al baño en la noche—, le tendía su cama, le sacaba las espinillas, ¡era mi ídolo! Con mi mamá tenía una relación más tediosa, pero aun así ella me ayudó mucho. Cuando mi hermano y yo terminamos de estudiar la preparatoria, mi papá dijo: "Tú ya no vas a estudiar. Porque tú eres mujer y las mujeres son para casarse y estar en la casa", y mi mamá le dijo: "¡No, ella va a estudiar!". Y como él no estaba de acuerdo, mi mamá me pagaba la escuela de odontología y él a mi hermano la escuela de medicina.

Por la clara diferencia entre mi papá y mi mamá, —tengo que admitirlo— yo me sentía avergonzada de ella, pero cuando crecí y maduré, me di cuenta de que mi mamá me dio lo más importante. Mi papá nos dejó una casa que dividimos entre todos y han pasado más de treinta años y no se ha podido hacer nada. Sin embargo, mi mamá me dejó educación y ha sido como un cheque en blanco con el que he logrado muchas cosas. Entonces cada uno me dio lo que pudo darme.

De todos sus hijos sólo mi hermano y yo terminamos una carrera. Eso me ha dado la oportunidad de acceder a otros niveles sociales y a otros niveles de bienestar, a que mis hijos sean mejores, que tengan más oportunidades. Cuando llegué a Tijuana hace 31 años, entré a trabajar al IMSS y de ahí he recibido muchas bendiciones, muchas a amistades y cosas muy bonitas que si yo no hubiera estudiado tal vez no las hubiera tenido.

Nina

Como desde los catorce años comencé a trabajar para ayudar a los gastos de la familia y también para tener una mejor calidad de vida —a la cual no podía aspirar viviendo en la ranchería en donde vivía. Además de que no había secundarias, sólo pude concluir la primaria. Y por esa razón siento que perdí muchos privilegios que pude haber tenido cuando era adolescente.

Cuando trabajaba, llegué a ser la empleada de confianza de mi jefe y me mandaba al banco a realizar depósitos. Cuando llegaba —como siempre me vestía muy bien— me decían los banqueros: "¿Porque no metes una solicitud aquí?", y yo decía: "Es que estoy a gusto con mi trabajo", y sí estaba a gusto, pero la verdad era que no podía tener más oportunidades porque no tenía estudios.

Mientras estaba en ese trabajo, recuerdo que a unas señoras muy elegantes —a las que les estaba vendiendo unas botas de piel— me dijeron: "¿Por qué no te inscribes en el certamen de señorita Baja California?", y yo dije: "¡No!, pero ¿cómo?", y me dijeron; "¡Sí, inscríbete!". Y nuevamente les dije que no. Días después llegaron tres señores que eran promotores del certamen

y me dijeron: "Te denunciaron y te invitamos a que te inscribas en el certamen". Habían sido las señoras. A pesar de que ya tenía dieciséis años —edad mínima para inscribirse al certamen—, les dije que no me quería inscribir. "Pero, ¿por qué?", me preguntaron y recuerdo que les dije: "Ahí enfrente, en la ferretería Macons, hay muchas muchachas muy bonitas, ¿por qué no van ahí y les preguntan a ellas?". Y me respondieron: "No nada más tienen que ser bonitas, tienen que tener una actitud de reina, pero de una reina noble y tú lo tienes". Y finalmente les dije: "¿Qué voy a decir cuando me pregunten qué estás estudiando? Si yo solamente estudié la primaria". Entonces me dijeron: "Eso no es problema, si no has estudiado, te voy a poner entre las últimas diez participantes porque creo que lo puedes hacer", pero yo creía y creo que el estudio es muy importante, así que dije ¡no! Creo que la educación me hizo mucha falta para hacer muchas cosas que tal vez hubiera hecho diferente como, por ejemplo; no me hubiera casado a los diecisiete años.

Creo que los jóvenes a veces desaprovechan su juventud y la utilizan para casarse y tener bebés —o sea, un niño cuidando otro niño—, por eso, aunque yo me casé antes de cumplir dieciocho a mi primer bebé lo tuve a los veintiún años. De hecho, me enojé con mis padres porque me dieron permiso de casarme. Un día les dije: "¿Por qué dieron permiso de casarme? ¿Por qué fueron a firmar? Yo era menor de edad y ustedes deberían haberme aconsejado que no lo hiciera". Siempre me arrepentí, aunque no viví una mala vida cuando estuve casada, de hecho, las razones de mi divorcio no tienen que ver con

eso —son razones más profundas—, pero creo que la educación me hizo mucha falta.

Debido a que siempre he creído que la educación es algo bonito y necesario cuando tuve a mis bebés —un niño y una niña—, a pesar de que cuando me casé me fui a vivir a una ranchería en Rosarito, en donde no había agua ni luz, decidí enseñar a leer a mi hijo desde muy pequeñito y como yo quería que le gustará mucho la escuela, compré unas letras de madera y nos poníamos a formar palabras y a jugar a la escuelita.

Cuando iban los niñitos de las rancherías a buscarlo para jugar, él los sentaba y les decía: "Vamos a jugar a la escuelita" y le daba un libro a cada niño y como ellos se aburrían, se iban. Hasta que un día les preguntó: "¿Quieren que mi mamá los enseñe a leer?". Y le dijeron que sí —aunque sólo querían ir a la casa porque yo siempre les hacía galletas— y fue así que tuvimos una escuelita. Yo enseñé a muchos niños de ahí a leer y a escribir antes de entrar a primer año porque allá no había kínder. Todo eso fue una experiencia muy bonita.

Ma. Alicia Reyes

Como en mi casa éramos muchos —diez hijos más mis padres— sólo se le dio la oportunidad de estudiar a una de mis hermanas —ella es ingeniero civil—, y como era la consentida de mi mamá, pues no hacía otra cosa más que estudiar. Como a mí desde chiquita me tacharon de burra y tonta, pues no me dejaron seguir estudiando y me quedé en la casa ayudando a mi mamá con las responsabilidades de la casa. Yo no sabía lo que era jugar, tuve una infancia de adulta en un cuerpo de niña.

Mi mamá me casó a los trece años con un señor veintitrés años mayor que yo y quedó trunca mi primaria. Un día tuve un pleito muy fuerte con el papá de mis hijas, porque yo quería seguir estudiando y él no me dejaba —en aquel tiempo le tenías que pedir permiso a tu marido— y a escondidas comencé a estudiar en el IMSS y pude terminar la primaria, pero yo sabía que sin la secundaria no podía conseguir trabajo en ningún lado aunque con la primaria pude agarrar trabajo en una fábrica y gracias a eso obtuve Infonavit,[9] y a los diecisiete años tuve mi primer apartamento en Zona Río.

Tiempo después me metí a estudiar la secundaria, pero no pude terminar porque mis padres se fueron a vivir a mi casa con mis otros hermanos y la única que trabajaba era yo —trabajaba en un restaurante que abría veinticuatro horas—, en muchas ocasiones doblaba turno y además tenía que hacerme cargo de la casa y de mis hijas, fue demasiada carga y nuevamente dejé la escuela, pero como me faltaba sólo un año, me aferré y finalmente la terminé. Duré varios años sola, pero a los veintitrés años me junté con un hombre veintiocho años mayor que yo, creo que estaba buscando un papá en lugar de un esposo.

A pesar de que tuve una vida difícil, llena de violencia, abuso físico y sexual, me he esforzado por sacar a mis hijos adelante y he hecho todo para que ellos estudien y se preparen —de mis tres hijos, los tres terminaron la

[9] El Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores mexicanos. Su función principal es proporcionar a los trabajadores créditos hipotecarios y no hipotecarios relacionados con la vivienda, así como obtener rendimientos de los ahorros de pensión de jubilación del Fondo Nacional de Pensiones.

universidad. Creo que como yo no tuve la oportunidad de estudiar, fui muy tajante con ellos y siempre les dije que flojos y burros, en mi casa no. Reconozco que no fui apapachadora, fui más papá que mamá, porque su papá se perdió treinta años y pues yo me tuve que hacer cargo de todo. Ellas ahora dicen que yo era muy dura y me reclaman que yo era como un sargento, que les exigía mucho a las dos. Ya con mi hijo fue diferente, porque él nació casi catorce años después. A él sí lo llevé a escuela Montessori, y actualmente está estudiando artes en Los Ángeles, California, y me dice que se siente muy orgulloso de mí y eso realmente me llena mi corazón. Si de algo puedo estar orgullosa yo en la vida, es de mis tres hijos.

Gracias a Dios, el año pasado pude terminar la preparatoria, pero en el transcurso de ese tiempo estudié cultura de belleza y repostería —con el dinero que ganaba haciendo pasteles, me pagué las clases de cultura de belleza— y después fui maestra de corte y confección en el DIF y ahora estoy aquí en la universidad.

Edilia Vázquez

Mi matrimonio sólo duró seis meses porque mi esposo se escapó con su prima hermana, pero en ese corto tiempo quedé embarazada y mi bebé no conoció a su papá. Como en ese tiempo no había ultrasonidos —y si había, no tenía dinero para hacérmelo— yo no sabía si iba a ser niño o niña, aunque yo tenía la seguridad de que sería una niña y se llamaría Teresa Edilia. Cuando nació y vi que era niño, lloré mucho y sentí cierto rechazo hacia él —no entendí por qué—, sin embargo, lo crié con amor y es mi adoración al igual que mis niñas.

Yo siempre deseé niñas, incluso cuando era niña —como no tenía juguetes—, tenía botellas de Pepsi arregladas como muñecas y los nombres que tenían mis botellas de Pepsi los tienen ahora mis hijas y sólo tenía una botella de la cerveza Tecate y por obra del destino, fue el único niño que tuve y también le puse el nombre de la botella.

Seguí estudiando y trabajando en el departamento de contabilidad de la tienda Comercial Mexicana —cuando se abrió en la Zona del Río— y ahí conocí al papá de mis hijas y comenzamos una relación al año de conocernos. Después, nos casamos y todo fue muy bonito porque íbamos a retiros, organizamos cursos de verano para los niños y aparentemente yo era feliz, pero en realidad no lo era.

Él también era alcohólico y por consecuencia vino la infidelidad. Amigas mías se acercaban y me decían que lo habían visto con otras mujeres, pero yo no les creía. Pensaba que me tenían envidia porque era feliz. Yo lo veía como a un dios porque me dio el hogar que yo nunca tuve, me dio una familia grande —porque tenía ocho hermanas y pues ellas sus esposos, sus hijos y todo era una familia enorme— que estaba al pendiente de mí. Yo aprendí a cocinar, a planchar, a hacer cosas porque mi suegra fue una maravillosa mujer, que en paz descanse —la vi como una madre—, y como yo sentía mucho agradecimiento con él, le permitía todo y no aceptaba que hablaran mal de él.

En ese tiempo yo participaba en el proyecto salesiano dirigido por el padre Chava. Cuando me detectan cáncer de matriz —como mi esposo se perdía por días

y a veces no teníamos ni para comer—, él fue quien me ayudó. También me ayudó con los estudios de mis hijos. Yo me salgo de la escuela para cuidar a mi niña la mayor que nació con problemas en los pulmones y aunque me di de baja temporal, jamás regresé.

A pesar de que yo tenía idealizado a mi esposo, cuando quiso golpear a mis hijos, fue cuando tomé la decisión de separarme. Un año antes de mi separación, mi mamá se acercó a mí —fue el año más maravilloso de mi vida—, pero al poco tiempo ella cayó enferma de cáncer y Dios me la quitó —me molesté mucho con Él porque apenas la estaba disfrutando. En su funeral yo tenía una foto de mi mamá conmigo de cuando yo estaba chiquita —como de tres años—, con el hermano mayor de ella. Yo se la estaba enseñando a toda la familia que fue el funeral y cuando se le enseñé a mi suegra le dije: "Mire, mi mamá cuando estaba joven", y me preguntó "¿Él es tu papá?", y mi papá estaba enfrente sentado y le dije: "¡No! Es el hermano de mi mamá", a lo que sólo dijo: "¡Ah! Pensé que era tu papá porque tu mamá me dijo que él —señalando con la mirada al que yo siempre consideré mi padre— no era tu papá". En ese momento yo me di la vuelta y seguí enseñándole la foto a los demás. Ese día yo enterré a mi mamá y a mi papá —ahí me enteré de que no era mi papá, por eso me trataba diferente, pero yo amo a mi papá y hasta hoy en día sigo teniendo su afecto.

Después de mi segundo fracaso matrimonial, yo tenía mucho coraje con el que fue mi esposo. Lo culpaba del cáncer que tuve en mi matriz, del derrame cerebral a consecuencia de su maltrato y por haberme dejado sola con mis hijos. Con el tiempo comprendí que no era sólo

su culpa sino mía también porque yo lo permití. Comprendí que no era amor, sino codependencia y finalmente lo perdoné y ya no guardo rencor en mi corazón.

Juana Santos

Con creces pagué haberme casado para salirme de mi casa porque sufrí mucho con el que fue mi esposo porque él era muy violento, me maltrataba, me humillaba porque yo era pobre y nunca me valoró. Él era diecisiete años mayor que yo y no me dejaba hacer nada, pero como yo trabajaba, a escondidas empecé a estudiar en lugares como el IMSS[10] y el DIF.[11] Aprendí corte, confección, repostería —saqué mucho dinero vendiendo pasteles, hacía toda clase de pasteles, de novias, de 15 años, lo que fuera. No me gustó coser porque era muy cansado, pero lo aprendí a hacer. Me metí a clases de manualidades, clases de inglés, siempre he estado estudiando algo.

Me divorcié hace veinte años, me quedé sola con mis hijos, pero gracias al ejemplo maravilloso de mi madre —de esfuerzo, trabajo y lucha—, mis hijos tienen carrera, mi hija psicóloga, tengo un hijo que nada más llegó hasta la preparatoria, pero es comerciante y el otro terminó la licenciatura en criminología. Trabajé en Estados Unidos en un restaurante turno y medio para que mis hijos tuvieran educación y me hice ciudadana americana. Tengo una carpeta de reconocimientos de todo lo que he hecho, he estado en cuidados paliativos, acabo de terminar un diplomado de tanatología, otro en computación y ahora aquí en la universidad en ESAM.

---

[10] Instituto Mexicano del Seguro Social.

[11] Sistema de Desarrollo Integral para la Familia.

Mi madre falleció hace dos años a causa del cáncer. Trabajé mucho con ella para que sacara todo el coraje y rabia que sentía y finalmente, gracias a Dios, lo logró y se fue en paz. Pero hace tres años —después de veinte años de abandono— aparece el padre de mis hijos, enfermo de cáncer. Mis hijos hablaron conmigo y me dijeron que unas personas lo habían recogido hace un año, pero ya no lo querían. Actualmente está en fase terminal y está en mi casa. Solamente estamos esperando el momento en que deje de respirar, en una condición terrible, espantosa, como un esqueleto viviente. Pero sigue enojado, y sigue maltratando a nuestra hija y a todos, pero lo que hago, no es por él, lo hago por mí, por mis hijos y por Dios hasta su último respiro.

A pesar de que puede parecer que el destino está marcado y es inevitable seguir el camino establecido por una fuerza poderosa que nos pone en un lugar y en un tiempo determinado que, en definitiva, no pudimos elegir. También tenemos como seres humanos la capacidad —en un punto de nuestra vida —de cambiar el rumbo o permanecer ahí.

En este último apartado, hemos podido ser testigos de un momento mágico y maravilloso, en donde ocho mujeres que, por las experiencias vividas se encontraron en un punto de bifurcación que parecía no llevar a ningún sitio seguro, pero en lugar de romperse, se fortalecieron y tomaron decisiones para cambiar los patrones que habían recorrido el mismo camino por generaciones. Elegir salir del círculo que las apresaba no fue fácil, fue un acto

de valentía y amor que sin duda las convirtió en guerreras de la vida y fortaleza para los que de ellas dependían.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo ha sido mostrar una realidad que definitivamente, aunque no puede ser llamada generalizada, es una verdad de marginación y desigualdad. La pobreza, el machismo, el alcoholismo, la ignorancia y los prejuicios sociales han sido algunos de los villanos que a toda costa quisieron derrotar a las valientes guerreras de las historias aquí presentadas.

A lo largo de este texto, se pudo observar cómo la desigualdad ha hecho acto de presencia en las diferentes etapas de vida de nuestras protagonistas. Desde su nacimiento sufrieron violencia y discriminación por el sólo hecho de ser mujeres y por esta causa, durante mucho tiempo se preguntaron "¿por qué no fui niño?". En su niñez su inocencia fue robada por la necesidad de sobrevivir a la pobreza sin importar que sus manos aún fueran pequeñas. Durante su adolescencia, no hubo más escapatoria que buscar una puerta de salida que las sacara de una realidad que no querían ni merecían vivir. Y, por último, en su madurez experimentaron violencia, desamor, miedo, discriminación, maltrato, culpa y dolor, pero todo eso las llevó a un punto de bifurcación en donde se erigieron en otro tipo de personas que ahora tenían el poder de elegir qué camino tomar.

Las hijas de la desigualdad son digno ejemplo de fortaleza y lucha constante para cambiar una realidad dolorosa por una vida llena de esperanza, en donde la familia y la educación han sido determinantes para convertirlas en lo

que hoy son. Ocho mujeres que enfrentaron la desigualdad en una tierra de oportunidades, pero que, al llegar al ocaso de su vida, al igual que el sol, resplandecen majestuosas para permitirnos disfrutar de su preciosa existencia.

Referencias

Comité de Turismo y Convenciones de Tijuana. (2004). La historia de Tijuana: Más de un siglo de acontecimientos importantes. *Tijuana: Ciudad sin Fronteras*. Recuperado de http://www.descubretijuana.com/es/tijuana/la-historia-de-tijuana-mas-de-un-siglo-de-acontecimientos-importantes

Crowley, I. (2015). *Informe anual: UNICEF México*. Recuperado de https://www.unicef.org/mexico/spanish/UNICEFMX_15_low.pdf

Fuentes, C., y Fuentes, N. (2004). Desarrollo económico en la frontera norte de México: De las políticas nacionales de fomento económico a las estrategias de desarrollo económico local. *Araucaria*, 5(11).

Lugo, C. (1985). Machismo y violencia. *Nueva Sociedad, 78*, 40-47. Recuperado de http://nuso.org/media/articles/downloads/1288_1.pdf

Módulo de trabajo infantil. (2007). Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo Inegi. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825001946

Mujeres en México siguen sufriendo desigualdad y violencia: OCDE. (4 de octubre de 2017). *El Economista*. Recuperado de https://www.eleconomista.com.mx/empresas/Mujeres-en-Mexico-siguen-sufriendo-desigualdad--y-violencia-OCDE-20171004-0129.html

Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS). (2014). *El trabajo infantil en México*. México: Secretaría del Trabajo y Previsión Social. Recuperado de http://www.stps.gob.mx/bp/gob_mx/librotrabajoinfantil.pdf

Carne de cañón: La vida en el Cañón del Sainz

Marco Antonio Martínez Cota

Your world was made for you by someone above,
but you chose evil instead of love.

Black Sabbath, *Lord of this world*

1.

El panorama

Si abordas el taxi de ruta color rojo y negro que lleva de la Zona Centro a la colonia Presa en la ciudad de Tijuana, éste recorre todo el boulevard Díaz Ordaz. En esta calle podrás observar un sinfín de negocios, comercios, plazas, mercados, el estadio de futbol, las famosas torres, restaurantes, el crucero 5 y 10, la torre de Agua Caliente, la colonia Cacho, el IMSS...

Para la vida de quien habita en Tijuana, el boulevard representa un hastío del caos de la ciudad: tráfico, *calafias*, taxis, gentío, gentrificación, consumo sin límites.

Para otros es el camino que han tenido que tomar día tras día para llegar a su hogar. Una ciudad construida bajo el ideal del "ahí se va" o el "así mero" nos dejó con un número de colonias, residenciales, escuelas, *infonavits*, con entradas y caminos mal construidos. Una vía rápida que a las seis de la tarde camino a casa o a tu trabajo se vuelve un tormento.

Ciudad industrial, ciudad maquila. Tijuana la sucia. Al llegar al final del recorrido del taxi, antes de llegar a la colonia La Presa, una de las colonias más antiguas de Tijuana, pides la parada en el crucero Simón Bolívar. Podrás ver a lo lejos el cerro Colorado y el eslogan "Jesucristo es el señor". Sin notar mucha diferencia a tu alrededor habrás llegado al final del camino y el comienzo a la entrada del Cañón del Sainz.

Nunca había escuchado de este lugar. Cuando era un adolescente me jactaba de conocer Tijuana. Una ciudad chica de la cual uno cree conocer todo al recorrer un par de bulevares. Sin embargo, no es el caso. La expansión de la ciudad ha sido exponencial y feroz. Bien lo indica Castro (2007): Tijuana crece tres hectáreas diarias. ¿Te imaginas? Tan sólo adquirir un pedazo de terreno hoy en día puede involucrar toda una vida de labor, por medio de la vía legal claro, la del iluso. Se podría jugar a la cuestión del huevo y la gallina, tratando de descifrar qué ocasiona este crecimiento. ¿Será la frontera? ¿La inmigración? ¿El trabajo de maquila? ¿La buena actitud norteña? ¿La carne asada? Tal vez sean todas. Lo que sí se sabe es que han llevado a la creación de decenas de colonias, la mayoría de ellas marginadas. Entre ellas, la colonia a la cual nos enfocamos.

Por mucho tiempo se ha dicho que Tijuana es una ciudad de "clase media" liderada por los pequeños burgueses, los pequeños empresarios. Habrá los que estén en desacuerdo y piensan "Tijuana no es más que un gran gueto" —"otro niño ha nacido en el gueto [...] y su mamá llora", cantaría Elvis Presley (1969). No importa quién seas, si naciste en Tijuana tienes algo de "barrio", no lo puedes evadir. Pero para las personas en el Cañón del Sainz esta realidad es una muy diferente. Un gueto dentro de un gueto.

El Cañón del Sainz es una colonia que se (de)construye debido a la necesidad de expansión y crecimiento de la ciudad. Tuvieron que pasar años para que oficialmente tuviera un servicio de drenaje, electricidad, pavimentación y, lo que nos concierne, educación básica accesible. Con la industrialización de la ciudad, las personas que vivían en esta zona se vieron obligadas a cambiar. De ser una zona de rancherías, en el que las personas vivían pacíficamente, a convertirse en una "zona marginada". Pareciera algo a lo que pudiéramos llamar una semi-urbanización. Una realidad rural negándose a transformar, a realizar el proceso de metamorfosis, en el cual aquel ranchero inmigrante pasa de tener una vida sencilla a verse obligado a incorporarse a la sociedad capitalista-industrial. Pasar de vivir "bien" a ser "pobre".

La historia de la señora Carmen

Dentro de esta historia se encuentra una serie de historias. Como lo es la historia de la señora Carmen, una mujer que ha vivido toda su vida en esta zona. Se le hizo una entrevista y nos logra describir algo sobre esta transición.

Ella tiene sesenta años y ha tenido once hijos, de los cuales la mayoría de ellos asistieron a escuelas en el Cañón del Sainz.

Su nombre es Rosa del Carmen Muñoz Salvatierra. Nació en Guatemala y tiene cuarenta y siete años viviendo en Tijuana. Como muchas personas se vino buscando el sueño americano, pero en el recorrido se quedó viviendo aquí:

—Mi mamá enviudó y se vino a los Estados Unidos para tratar de darnos una mejor vida, según ella, ¿verdad? Bueno, y sí, pero cuando pasó, pasó cierto tiempo para que fuera ella por mí. Somos cinco hermanos. De esos cinco hermanos, dejó tres con una familia y dos con mi abuela. De los dos que nos quedamos con mi abuela somos mi hermano y yo. Pasaron tres a cuatro años y mi mamá ya fue por mí. Me trajo y me dijo vamos para el otro lado. Pero por equis circunstancias no pudimos cruzar en ese momento y nos quedamos aquí.

»Yo me quedé aquí pero mi mamá un tiempo sí se fue y ya no venía. Tenía quince ya. Mi mamá sí se fue, regresó y luego se volvió a ir. Apenas siete años que regresó del otro lado. Pero allá vivió veinte años.

»Mi mamá vivió en Los Ángeles, con la misma familia que iba a trabajar. Ahí se echó los veinte años. Yo me quedé aquí con los que eran patrones de mi mamá cuando ella trabajó aquí en Tijuana. Ella era una maestra y tenía negocios. Y pues me quedé con ella porque me puse a trabajar. Ya cuando fui mayor de edad ya me salí de ahí y me puse a trabajar por fuera.

»Acá me quedé a vivir (en el Cañón del Sainz) y aquí he estado todo el tiempo. Aquí me junté con mi pareja.

La relación duró treinta y tres años y tuvimos once hijos. Pero no sé, gracias a que mi pareja fue buen hombre. En su momento fue buen hombre. Yo no trabajaba, sólo dependía de él. Creo que por eso tuve tantos hijos verdad. Porque si hubiera tenido que trabajar no hubiera podido.

»Mi mamá me ayudaba mucho. Siempre mi mamá me apoyaba, ya que me junté con este hombre mi mamá aun así siempre me apoyaba, cuando los hijos estaban en la escuela. Hasta hace unos años que las chamacas estaban en la prepa mi mamá siempre me ayudó. Y es lo mismo que estoy haciendo yo ahora con mis hijos y sus hijos. Mi nieto más grande ya tiene veinte años.

»Cuando vivíamos en la colonia Obrera y estábamos haciendo la casa aquí, decíamos que íbamos al rancho. Estaba muy bonito. Ahora no, ahora está feo. Pero sí estaba muy bonito, había mucha tranquilidad. No había negocios. Todo eso echa a perder la tranquilidad. Ahora donde están los yonques había un rancho para acá, otro para allá. Igual más para acá donde están los centros (de rehabilitación) eran ranchos, de las mismas familias, pero habían diferentes. Ahora ya todo se ha hecho negocio. Carros y carros. Sólo había una gasolinera. Todos nos conocíamos.

»Algunas personas sus hijos ya se las llevaron. Arreglaron papeles y se las llevaron, sólo vienen los fines de semana. Pero si queda gente, de que nos conocemos y nos preguntamos por nosotros "Hey, ¿dónde está tu mamá?". Sigue habiendo personas que nos conocemos y nos conocemos entre familias.

»Vivo en la colonia Zapata. Está también la colonia Santa Cruz, colonia San Luis y otras que forman parte de

la comunidad Cañón del Sainz. Siempre están creando nuevas cosas por acá. Un día me hicieron referencia a un fraccionamiento y dije: "¡¿Dónde está eso?!".

Con el paso de los años, vino el crecimiento de la colonia de la mano con la "modernización". La misma gente que siempre había vivido ahí, como es el caso de la Sra. Carmen, ha vistos los años pasar. Un lugar donde las personas llegaron por la necesidad de una vida mejor. Después de asentarse y tener una vida tranquila pasaron a tener una vida austera, llena de problemas. Al lugar que han llamado casa lo ven ahora con lejanía y observan la industrialización como ajena. La escuela se presenta entonces como una opción para salir de esa situación, de mejorar su estado económico e incorporarse a la sociedad presente. Sin embargo, muchas personas optan por otros caminos.

A razón de los problemas que presenta la colonia, como lo son la delincuencia, la drogadicción, las pandillas, el desempleo, etcétera, las personas prefieren evitar salir tanto a la calle. Mantener a los hijos dentro de casa o en la escuela, comenta la Sra. Carmen. De estar en una situación de tranquilidad, el crecimiento de la colonia empujó a las personas a buscar cosas mejores. Un estado constante de búsqueda. Una búsqueda por algo mejor. La escuela llega con una promesa, como esta solución a esos problemas: "Estudia para que puedas salir adelante, ¡para de sufrir!". Tener una vida mejor se vuelve una constante búsqueda. Nunca termina. Tal como la Sra. Carmen se fue de su hogar (en Guatemala) a tratar de encontrar

una vida mejor. Llega al Cañón del Sainz y de nuevo pareciera que necesita buscar una vida mejor. Para ella ese lugar se volvió su hogar, el cual no lo ve con ojos como las personas que podrían llegar a decirle que su situación no es una de buena condición. Ella siempre estuvo bien. Ella siempre ha estado bien. La escuela representa el sitio donde sus hijos pueden estar sin que estén en la calle. Porque en la calle es donde corren peligro. ¿Pero antes existía ese peligro? Pudiera ser que ese peligro se encuentra entrelazado intrínsecamente con la escuela. La calle representa el mal. La calle es Irak y su amenaza nuclear. Ese mal imaginario que se necesita para mantener el estado de *shock*. Mientras se mantenga ese estado pueden existir políticas de control. Enlístate en el ejército, defiende a tu país del terrorismo: inscribe a tu hijo a la escuela, mantenlo fuera del peligro de las calles, del peligro, para que superé la desigualdad.

¿Si no existiera la desigualdad social, tuviera que existir la escuela? ¿O viceversa? ¿Si no existe la inseguridad es necesario utilizar un ejército para proteger a sus ciudadanos? O si no existe un infierno porque sería necesario tratar de ser buenos. ¿Será el caso de la educación que necesita de la pobreza o de la idea de que uno sufre en la desigualdad y por lo tanto es necesario que salga de ella?

2.

El ethos cañonero

El camino para llegar al Cañón del Sainz es un viaje por el inframundo. El taxista es el barquero al cual le pagas con una moneda y si tienes suerte habrá el espacio suficiente para sentarte. Sin embargo, la primera vez fui en

automóvil propio. Recuerdo que después de llegar a la supervisión escolar, donde me designaron por parte del Instituto Educativo de Servicios Pedagógicos (ISEP), la profesora encargada de la escuela en la que trabajaría me dijo que sería necesario que la siguiera en mi auto, ya que no encontraría el lugar por mi cuenta o tal vez pensaría que estoy perdido. No sabía muy bien a lo que se refería, pero pensé qué tan mal puede estar.

Siempre he creído que tengo un sentido instintivo para encontrar el lugar que busco, pero luego me doy cuenta por experiencia que no siempre es así. Aún recuerdo el asombro que tuve al empezar a manejar por el camino. Parecía una escena de una película posapocalíptica. Una serie de rancherías, *yonques*, fábricas abandonadas, rastros, casas entre cerros —algunas construidas con los deshechos del país vecino— y caminos que parecen dar a ningún lugar eran parte del panorama. Carros *chocolate*, camiones, taxis, entre otras cosas mirabas. Una pavimentación destruida, llena de baches y agua tirada. Zonas de drenaje expuestas y basura por todas partes. Un par de gasolineras y unas tiendas Oxxo.

Los primeros cinco minutos de manejo me parecieron normales. Cuando veía que el camino no terminaba fue cuando empezó el pánico. "¿En dónde he caído?". Pensaba que todos me miraban: "Ahí viene un forastero", a pesar de habitar la misma ciudad. Me llegué a topar con un mundo desconocido. Lleno de *Urbis* y calles mal construidas. Sueños caídos de una vida pacífica y un futuro próspero. Al menos eso era lo que prometían los carteles de las ventas de casas Urbi, ahora envueltas en grafiti. Una foto de una familia sonriendo,

ahora llena de *tags* de pandillas. Aislados en el Cañón del Sainz y sus alrededores.

Lo curioso es que el camino entre el Calimax y el Autozone (que se encuentran en la entrada a esta zona) no parece que llevé a un lugar tan grande. Pensarías: "Ah, okey, allá atrás debe de haber una colonia". Un carril con tráfico todo el día, de personas que buscan salir a laborar y después, de regreso con urgencia, a descansar. Pues tomemos en cuenta que estamos ante una colonia obrera. Haces casi treinta minutos en salir de ella de tantas personas que buscan escapar a través del embotellamiento. Jamás pensarías que allá en el fondo existiera un mundo de personas. Una realidad social aislada; escondida. Después de quince minutos de manejar desde el bulevar Díaz Ordaz llegas al *Cañón* y un cruce donde convive un sinfín de pequeñas historias.

La primera impresión de la zona ya nos dice mucho de las personas que viven en este lugar. El paisaje que se vive diario, el cual tienen que atravesar para salir al trabajo o ir a alguna otra parte de la ciudad es imprescindible. No podemos evitar interiorizar el ambiente. En su película acerca del concepto de ideología, Zizek (2012) nos habla un poco sobre esto. Menciona que el desperdicio y la basura nos remiten a un sentido histórico en el que vemos el cambio del capital. La vida capitalista nos mantiene siempre en el presente, en nuevas necesidades. La basura se esconde: "¡Salió el nuevo iPhone, tira el pasado o véndelo!". Porque la basura nos hace pensar en nuestro consumo, en la falsedad que produce el fetiche de la mercancía y eso nos deprime, nos despierta y nos lanza frente a la realidad (nos desvela, en un sentido budista).

Nos despertamos de una pesadilla y luego nos volvemos a dormir. Un cementerio del capital, donde se puede observar el ciclo de la mercancía. Cuando podemos observar la "cultura abandonada" y apoderada de nuevo por la naturaleza, en ese momento experimentamos la historia y el cambio como el único eterno constante. Todo es desechable, nada es real. Lo único real es el regocijo del momento. El momento que uno tiene algo que acaba de adquirir o comprar y después la emoción pasa. Esta nos da hincapié a conocer el ethos del cañón. Sólo es cuestión de poner atención a las canciones de los "nuevos artistas", el reflejo de un "ultracapitalismo", la competencia salvaje, *cash rules everything around me* (Wu-Tang Clan, 1993). El dinero es lo único que hay, fuera el romance. Eso es del siglo pasado, cayó con el muro en 1991. El dinero es nuestro nuevo dios. Pero este no nos une, nos separa. "El altar permanece, pero ya no es lugar para el sacrificio y la abnegación, sino del bienestar, del culto a sí mismo" (Sabato, 2000, p. 53)

Las personas que llegan a este lugar, en su gran mayoría, al igual que la Sra. Carmen y las muchas de las personas que viven en Tijuana, vienen buscando una vida mejor, un bienestar. Cruzarse la frontera. Muchos se quedan, no por su voluntad. Pretendían cruzar y no pudieron por alguna razón. Muchas de ellas son personas del sur que emigran porque su situación no era muy buena. Salen en busca de una aventura, de algo mejor. Se topan con una industrialización que les presenta una nueva simbolización de la vida y de los sucesos a su alrededor. En el hecho de quedarse o en su caso de haber sido devuelto en una deportación se crea un resentimiento, un

rechazo a la civilización que los ha discriminado y los ha hecho tener una constante batalla. Una lucha interna que les dice: ¡tienes que cambiar, sal del hoyo en el que estás! Por eso se segregan, se van al cañón a separarse de la sociedad. En busca de la tranquilidad y una sociedad que no los juzgue (*only God can judge me*).

Muchas de las personas de las que he conocido en el Cañón del Sainz se niegan a cambiar. Su mentalidad sigue siendo la de una persona que busca defender su pequeño pedazo de tierra y que su hija se la lleve el mafioso adinerado a cambio de algún material. No hay una creencia en la educación. Sin embargo, envían a sus hijos a la escuela porque no quieren que terminen como ellos. Tal como los padres de los mexicanos viviendo en Estados Unidos, los envían a la escuela para que ellos se incorporen correctamente a la sociedad que viven. No quieren que ellos sean discriminados.

Muchos de los padres de familia que llegan a la escuela a inscribir a un alumno no saben escribir. Se alcanza a percibir una vergüenza en ello y no quieren que sus hijos sean así. Se puede decir que desconfían de la escuela. Saben que es la fuerza que los impulsará a salir, pero no lo han evidenciado. Mi abuela solía decir: "Los que estudian ya dejan de creer en Dios". Las personas del Cañón tienen esa mentalidad. Pero en una realidad sin valores, la escuela perdió su rol social crítico. Hoy es más similar a un reclutamiento.

En un estudio socioeconómico de los padres de los alumnos de nuevo ingreso a la escuela secundaria técnica en el Cañón entre 2017 y 2018 (Encuesta Escolar de Inscripción de Nuevo Ingreso, 2017-18), 36.5 por ciento

de 170 personas encuestadas respondieron que el mayor grado de estudios que habían logrado era la secundaria, 22.6 por ciento primaria y 14.2 por ciento preparatoria. Los demás abundan entre escuelas no terminadas, algunas carreras técnicas, etcétera. La mayoría de los empleos entre los varones son trabajo en la fábrica, mecánica, vendedor, construcción, chofer, comerciante, policías, entre otros. En cuestión de ocupación, la gran mayoría de las mujeres dijo ser amas de casa. Del total de los alumnos encuestados, 58 por ciento viven con sus padres (mamá y papá) y 30 por ciento con sus madres solamente; los demás con abuelos, tíos, tutores, etcétera.

En los días de cotidianidad en el trabajo, hablando con los profesores, se aprende muchas cosas de los alumnos. Es interesante observar, por ejemplo, las diferentes perspectivas de los profesores acerca de la vida de los alumnos, especialmente cuando tienen una tendencia conservadora. Los profesores por un lado pueden tener la noción de que necesitan auxiliar a las personas, desde su perspectiva que les dice ayudar al prójimo. Ellos piensan que están ante una comunidad perdida. Carente de valores familiares. Por ello interpretan que el estado en el que viven esas personas no es una muy buena.

Uno de mis amigos profesores, me dijo en alguna comentó lo siguiente:

—¿Cómo podemos tener una educación si en las casas donde viven los alumnos les falta drenaje, agua, luz, etcétera? Si están pensando en si se me cae la casa. Ves eso, los postes —me dice mientras vamos en el carro—, son diablitos para robar luz. ¿Qué tipo de educación es-

peras que tenga un alumno? Cuando su mamá después de llegar de la maquila llega a tener relaciones con el nuevo novio. Recuerda que estas personas viven en casas de un cuarto, dos cuartos. ¿Qué valores les enseñas?

Los que trabajamos en la escuela solemos decir, al menos los que me rodean, que en el Cañón del Sainz existe una actitud de "te chingas o te chingo". Un ambiente selvático, en el que todos la pagan. Esa actitud que se observa claramente en el conductor común de la colonia. Los altos no existen porque "una vez vi que alguien se lo pasó y me ganó cuando era mi turno. La siguiente vez no me pasará y seré yo el ganador". El cañón del Sainz es una zona donde todos siempre quieren ser el primero, porque no entienden el fin de hacer una fila. La fila es para los perdedores, para los tontos. Si no rompes las reglas no llegas a tiempo al trabajo, así que mejor métete a la fuerza. Es la única forma de lograrlo. Un *ethos* heredado del individuo que siempre le han oprimido y que no conoce más que el exceso de voluntad para lograr su cometido. Observa a los policías. ¿De dónde crees que vienen? ¿De las colonias de gente adinerada? Sería poco probable. El pequeño burgués no gasta su vida por los demás, gasta su vida por él nomás.

Para entender el ethos del Cañón es necesario entender que las personas viven una situación aislada. Es necesario pasar al menos treinta minutos para salir de la colonia y necesitas tener automóvil o tomar un transporte público. Recuerdo que un compañero de trabajo decía: "Es bueno que a veces a los alumnos los llevemos al cine o algún paseo, algunos ni siquiera han salido nunca del Cañón". Tal vez sea una exageración de una realidad no

muy lejana. Esa es la realidad de los niños que viven en el cañón y no la conciben errónea. No crecen pensando en que están mal o que necesitan cambiar. Esa idea llega con la escuela. Con la excursión a la preparatoria Xochicalco. Los alumnos entonces son capaces de comparar con un futuro que son incapaces de tener. Si uno les comenta si piensan estudiar en esa preparatoria, te dicen que está muy cara y que no es posible. Algunos dicen que sí, pero que sus padres no los apoyan. Con base en ello, empiezan a construir conciencia de su clase social. Sus padres utilizando la frase "no hay dinero" constantemente para negar o acceder alguna decisión. Junto con las películas, televisión y vidas que observan que son monetariamente más estables que la de ellos. Sin embargo, no es hasta que la idea se encuentra en su inconsciente que esta realidad empieza a tener sentido, un autoadoctrinamiento. Un entendimiento de la realidad a partir del lenguaje del dinero, del bienestar. No se crea una conciencia de clase, sino la idea de que siempre puedes tener más.

El paso del agua

Rafael Urbina, un alumno que perteneció a la primera generación de Escuela Técnica en el Cañón, ahora un tatuador reconocido de la ciudad, me dice:

—Sabes, yo sentí que estuve tanto tiempo en el cañón, que pensé que había estado veinte años cuando sólo habían sido trece.

El Cañón es un lugar así, donde pareciere que el tiempo pasa más lento. Todo a su paso, paso lento. Alejado de la velocidad de la ciudad afuera de tu casa. Esto les daba, a las personas que vivían ahí, la libertad de hacer lo

que quisieran. Tener el patio para uno mismo. Construir su casa con toda la tierra a su alrededor dispuesta para uno. Del cual emana el sentido anárquico que emana de los chicos. Los niños perdidos. Sin ley, sin disciplina, más que la ley de la colonia: *éntrale a los golpes si no nunca te dejarán en paz.*

Rafael comenta que toda la colonia era su *playground*. Llena de cerros y lugares donde uno podía jugar béisbol o andar en bicicleta. Ir caminando a la presa e inclusive podías bañarte ahí. Un lugar donde las personas les gustaban estar porque los terrenos eran de ellos, eran dueños. La familia de Rafael compró un terreno en el cañón en 1982, era una casa de madera que ya tenía una pila de agua, por lo que ellos ya no tuvieron que batallar tanto por el agua.

—Los servicios tardaron mucho en llegar —cuenta Rafael—. La urbanización era un proyecto que se decía que iba a llegar, pero parecía que nunca pasaba. Un proceso muy lento. Para cuando nosotros salimos de ahí ya estaban en proceso de construir las "urbis". No existía pavimentación, así que cuando llovía se ponía feo. Cuando fueron las lluvias de 1993 duramos casi como un mes sin clases. Porque no se podía entrar al cañón.

Uno de los grandes problemas que siempre se ha visto en el cañón del Sainz es el paso del agua. Como el nombre lo dice, es un cañón, y cuando hay lluvias el agua tiende a desembocar. El agua destruye las cosas a su paso. Se hace un río que tiene el control real de la colonia. La naturaleza retoma lo que es suyo. Las personas que viven en el Cañón enfocan sus preocupaciones en ese cuidado de su casa, en ese constante cuidado de su hogar de que

no se vaya a caer o que algo le pase al techo. Son sus casas y ahí vivirán por un buen tiempo. Tal vez hasta sus familias y las familias de ellos. Por lo que cuidan lo que tienen. Sin embargo, existe un choque con la urbanización y un fenómeno extraño. Con la creación de Urbis, casas baratas que uno puede adquirir con su préstamo de Infonavit, las zonas cerca del cañón del Sainz se llenan de gente que abandonan sus casas porque ya no las pueden pagar. Individuos que no están ahí porque quieren sino porque pueden. Un choque de tiempo y de intereses. Se satura el Cañón y cada vez hay más gente. Más carros, más movimiento, más delincuencia, más negocios, entre otras cosas. Las familias cada vez más temerosas a que sus hijos estén en las calles porque no es seguro. Muere el sentido de comunidad que se describe en aquel entonces. Ahora el bienestar de uno es el que hay que cuidar y atesorar, porque afuera es una selva. La selva de la competencia.

Se cuenta la historia de que la primera generación de la secundaria tuvo problemas con la directora al momento de su graduación. Por algunas diferencias ella decidió no hacerla. La comunidad del Cañón la celebró por su parte. Prestaron un taller mecánico e hicieron la fiesta. Rafael me dice: "Qué te puedo decir, éramos barrio". Hacían lo que querían y no había nadie que les dijera lo contrario.

En el cañón no hay un tiempo definido, es un lugar donde uno puede vivir varios años y sólo habrán pasado algunos. El tiempo transcurre diferente ahí. Tal vez un poco más lento. En ocasiones un poco más rápido. Alejado de la ciudad. Una comunidad aislada viviendo sus propios problemas. Peleando contra el agua. Contra el paso del río. Tratando de mantener sus casas a flote.

El éxito

Llegué a trabajar primero a la secundaria Nueva Creación, como auxiliar administrativo. Las instalaciones pertenecían a una primaria que las prestaba a la secundaria en las tardes. Recuerdo pensar: "Me van a tumbar". A la hora que nos íbamos ya era de noche y las personas salían a las calles. Los niños a la par de los *cholillos* de la esquina, sin miedo, sin diferencias. Yo era el extranjero, yo sí me miraba sospechoso, sin embargo, trabajaba en la escuela y la gente encuentra siempre un respeto por los burócratas, para mi suerte. Los ven con admiración, como si vieran en un abismo que no comprenden. Un mundo del cual saben que tienen que formar parte, pero no saben bien cómo.

En la escuela no había nada con que trabajar. Había un archivero lleno de documentos que cuando lo abrías salían brincando. "Mira, esto es lo que tienes que acomodar y archivar, aquí encontrarás lo que piden para cumplir lo que la supervisión solicita", me dijeron. Decidí "aventarme la misión". Siempre fui escéptico ante lo que estaba pasando, a mí nomás me dijeron que iba a trabajar con computadoras y me pareció bien. No sabía que me metía al mundo del *magisterio*. Una mafia bien establecida, llena de *grilleros* (personas que se quejan, pero no les importa más que su situación). Gente aferrada a una "plaza" que han perdido el rumbo de su trabajo. Tardé tiempo en deshumanizarme, pero cuando realmente sucedió fue cuando llegué a la siguiente escuela a la que me trasladaron, en una zona próxima llamada Urbi Villa del Prado Sección 2. Logré mi cambio a una escuela secundaria general, ya más establecida. Ahí siguió mi deshumanización y preparación a la

realidad burocrática. No era un ambiente fácil sino todo lo contrario, un ambiente hostil. Todos peleando por ser el mejor a costa del error del otro. Lo que hoy en día llaman un ambiente tóxico. Comencé a darme cuenta de que la escuela no había cambiado para nada. Es la misma a la que yo estaba acostumbrado cuando tenía 10 años. Una educación más parecida a una militarización que un espacio de aprendizaje. Herencia de una educación con índoles socialistas que llegaron con Cárdenas y aún no superamos. Fájate, zapatos blancos o negros, corte escolar; canta el himno nacional, honores a la bandera, las efemérides, quermeses; microautoritarismos; entre otras cosas. Algo de lo que pensé alejarme por completo con los estudios universitarios regresó. Ese sentimiento de terror, de miedo. De nuevo me gritaban que había llegado tarde. Me volví a sentir como un niño, pero en el mal sentido. Un niño regañado con miedo a tropezarme porque la directora me iba a llamar a su oficina. Después de casi dos años mi estima estaba por los suelos. La mayoría de mis compañeros me detestaban porque no tenía esa personalidad de "mafioso sindicalizado". Si alguna vez has conocido a un policía, sabrás a lo que me refiero: prepotentes, cínicos, ególatras, etcétera. Otra vez era el raro, el perdedor, el loco, "pero, ¿cómo puedes decir que estoy loco? Si fui a tus escuelas, fui a tus iglesias, fui a tus instituciones de aprendizaje" (Suicidal Tendencies, 1983).

Después de un par de años en la secundaria general en Urbi Villa del Prado 2, me cambiaron. Terminé decepcionado de la educación y su sistema. Estaba a punto de "tirar la toalla". Sí, tal vez existían muchos beneficios de ser sindicalizado y tener un trabajo de escuela con vaca-

ciones y un buen horario de 7 am a 2 pm o de 2 pm a 8 pm, Fovissste, bonos mensuales, entre otras cosas. Nada de eso era suficiente para soportar la degradación del espíritu que uno tiene que pasar estando en un lugar así. Solo existía una cuestión: formas parte o vas a sufrir.

La hipocresía no era algo que se vivía, era algo que se respiraba. Al menos puedo decir que nunca he sido muy susceptible a ser así. Nomás no se me da. Y tal vez eso significa que no sea apto para este tipo de trabajos. Las galletas, las sonrisas falsas, las pláticas sobre lo que alguien más ha hecho mal o bien, ¿qué dijo quién de qué? Nomás no es lo mío. Por lo tanto, era excluido. Si has visto algún episodio de la serie *Games of Thrones*, sabes que cuando alguien está desprotegido por su clan/casta, los demás se lo comen vivo. Esa es la trama del programa que aplica para el ambiente escolar: buscas con quién formar parte porque si no te asesinan, tener conexiones para que no te traicionen tan fácilmente. De igual manera se vive el ambiente en las oficinas de las escuelas. Cuando eres profesor te puedes escapar un poco de ello, aislado en un salón con tus alumnos. Cuando estás en la oficina es otro mundo. Oficio tras oficio, innecesario. Tan anticuado pero obligatorio. Si quieres hacer algo escribe un oficio. Si no quieres hacer algo escribe un oficio. Así tengo la forma de comprobar tu error, ¡tu equivocación, no la mía! El poder de la palabra desvanece, sólo existe el sello.

Después de dos años de un constante martirio, mi cambio se logró y me pudieron transferir al empleo que mantengo hasta la fecha. Llegué a una escuela secundaria técnica en el Cañón del Sainz. Jamás pensé que mi instancia en esta institución de aprendizaje iba a ser tan

prolongada. A primera vista, esta se asemeja más a una zona de guerra que a un ambiente educativo.

¿Qué futuro les depara a los jóvenes de una colonia marginadas? La promesa siempre es clara: si estudias, saldrás adelante. Haz lo que debes hacer y obtén el papel, "el papelito habla". Al menos los jóvenes lo tienen bien presente. El amor es un cuento del pasado. El amor romántico, el amor pasional, el amor que sea. El romanticismo ha muerto. Busca una pareja en *Tinder*, reúnete con él o ella, un tiempo de pasión y ya. Efímero. Un vacío hasta cierto punto poético, en el cual sólo nos quedamos con la emoción del momento. No hay nada trascendente. No hay tiempo para eso. Sabemos bien que el tiempo es valioso, *time is money* es lema americano. El tiempo significa ganancia o pérdida. A todas partes nos acompaña, no nos deja ¡ni por un minuto! Sin embargo, he aquí la paradoja: si vivimos en un tiempo de extremo nihilismo, ¿por qué no podemos prescindir del tiempo?

Hemos logrado destruir los romanticismos de nuestras vidas, pero el peso del tiempo sigue en nuestros hombros. Tal vez podríamos argumentar que esto es debido a que se entiende el tiempo en cuanto a nuestra *productividad*. Si bien ya sabemos que la vida carece de sentido. Lo sabemos en nuestros huesos. No hemos tenido que leer un libro para entender esto. Lo percibimos. Hay algo raro en ese muro que separa este país del otro y que mantiene las cosas como están. ¿Qué pasaría si caen? ¿Qué pasaría si cae la ilusión o el miedo? Todos sabemos que la división entre fronteras es una ilusión. No existe realmente. La playa de San Diego, California, es la misma que la de Tijuana. Pero vivimos bajo este

miedo: ¿qué pasaría si cae esa separación? Nada tendría sentido. El valor del dólar, de los productos, la vivienda y así sucesivamente caerían. Ni siquiera concebimos esto ya. ¿Cuál es el miedo que mantiene a la educación? El miedo que mantiene a la educación es el miedo al fracaso. A no tener éxito. El éxito es equivalente a bienestar. Pero el bienestar es instantáneo. Satisface un deseo y nuestra voluntad nos pone otro de frente. Compra, consume y tira. Así sucesivamente.

Las nuevas aplicaciones móviles nos enseñan ya esta noción, este entendimiento metafísico de la realidad: no hay significaciones eternas, no hay absolutos. Si conociste a una muchacha en Tinder en menos de una hora, así como viene ya se va. Así igual el feminismo moderno acuchilla el amor declarándolo hegemónico. El amor ahora se debe gestar en libertad. Estoy de acuerdo, sin embargo, parece que esto nos permite comprender el amor por su utilidad. El llorar y el sufrir son sentimientos que no sirven, que nos someten. Se puede observar esto claro en el cristianismo. Ahora con las redes sociales vivimos en la época del superhombre. Si quitamos lo irracional, el sentimiento de locura como al que refiere Erasmo de Rotterdam, nos quedamos con lo racional, lo útil.

Ahora bien, ¿qué tiene esto que ver con la educación o con la actividad de aprender? Muy sencillo, cuando se busca transmitir un conocimiento a un estudiante su mente ya está trabajando una pregunta que no puede bien formular pero que siempre está ahí: ¿Para qué me sirve? Si analizamos bien esta premisa podemos acercarnos a los principios de la desigualdad social.

Tomando en cuenta las respuestas de aproximada-

mente treinta alumnos del tercer grado —edad que se elige por su mayor comprensión de cognición— a la pregunta de "¿Quieres seguir estudiando después de la secundaria?", la mayoría responden que sí. Muchas de las respuestas abundan entre el "sí, quiero tener éxito en la vida" o "sí, porque quiero tener un mejor trabajo". Jazmín Catalán responde: "Sí, para aprender más, tener una carrera y ser alguien en la vida"; Pablo Lara dice: "Sí, porque no quiero batallar tanto"; Kender González Lerma dice: "Sí, pienso entrar a la prepa porque quiero tener un buen trabajo, poder trabajar en lo que me gusta y tener mucho dinero"; Kevin Cueto: "Sí, porque quiero que mi familia esté orgullosa de mí". Estas respuestas de los estudiantes del grupo 3C nos dicen algo claro: sin estudios no hay futuro. ¿Me sirve? Sí, ¿no? *Scrolling down.*

En ninguna respuesta, más que en unas cuantas nihilistas de "no me gusta estudiar", no existe otra realidad más que la realidad laboral. El estudio es para conseguir un empleo. Una capacitación para que el empleado sepa los básicos. Por lo menos los niños de la secundaria lo saben. Ellos ya no creen en ese romanticismo educativo tipo "la emancipación plena del hombre". Ya son un teórico de la educación más adelantado que el que egresa de la Normal Fronteriza para profesores. Son iluminados al nivel Siddharta Gautama, entienden que el mundo no existe. Pues el joven ya sabe la verdadera utilidad de la educación: el empleo. En cuanto más estudios mejor pagado. El éxito depende de que tanto dinero hay en tu bolsillo y sólo estudiando llegarás. La educación sienta las bases del juego. Determina tu estatus económico.

Estudiar, por ende, es una inversión. Pide dinero en

el banco e invierte en una educación, tal vez te caigan los dados ganadores y venzas el juego, ¡sal del círculo de la rata! Dice Kiyosaki. La pregunta aquí es: ¿nací siendo una rata o aprendí a ser una? ¿Se me enseña que estoy viviendo en los subsuelos o realmente si vivo ahí?

Se observa cómo ocurre con algunas culturas indígenas, el cual la escuela llega con el discurso de "modernizar". Tal es el ejemplo de los mapuches en América del Sur (Canal 22, 2017) para el cual la educación representa una "socavación" de sus lenguas y sus tradiciones. Llega con promesas de un futuro y una vida mejor, pero termina por aniquilar sus costumbres y reprimir. La educación es una socialización que no puede evitar ser arbitraria. Nunca ha pretendido destruir la sociedad de la cual emana, sino por el contrario reproducir los valores en el cual nace (Bordieu, 1979). Sin embargo, no sólo tiene la función de reproducir sino también de producir (Dubet y Martucelli, 1997).

Tal como una empresa, la escuela tiene un deber y una responsabilidad. El deber de producir en respuesta a la demanda y con ello hacer una responsabilidad de hacer producto de calidad. La escuela tiene a sus administradores, trabajadores, gerentes, etcétera. Los estudiantes son el producto. La creación de identidades, entes que son aventados al mundo laboral, a la competencia salvaje. Por ende, la escuela no sólo produce conocimiento, como se dice de algunas universidades. También produce desigualdades. Produce individuos con un valor laboral. Dubet y Martucelli (1997, p. 3) mencionan que una escuela tiene cada vez más semejanza a un "mercado". Un mercado en el que uno es capaz de escoger quién quiere

ser. Una tienda en el cual se te ofrece qué futuro quieres tener. Una fábrica de ilusiones, "puedes ser quien quieras ser, siempre y cuando haya trabajo de eso. Y si lo hay, por suerte, tienes que ser bueno y competir con un número indefinido de personas" (Rock, 2018). Un mundo de identidades en el cual el consumo es el sentido verdadero. Estudiar para tener un trabajo. Para vivir mejor. Tener una mejor casa, un mejor auto, mejor seguro; tener buenas vacaciones, que no falte el alimento, para ti y tus hijos; crecer, consumir y morir. Esa es la promesa. Lo único que queda es escoger en el pasillo del mercado cómo lo vas a consumir: ¿serás doctor, literato, mecánico, secretaria, chofer, etcétera?

La escuela no puede evitar crear desigualdades. No sólo en su esencia es desigual, o sea que no es lo mismo estudiar en una escuela que otra, sino que también produce diferencias subjetivas, asegura a unos y debilita a otros (Dubet y Martuccelli, 1996). La escuela asegura que unos individuos sean capaces de salir adelante y otros no. La mentalidad común refuta que depende de la voluntad de cada quien para salir adelante: "El pobre es pobre porque quiere". Pero este es el engaño. La escuela nunca pretende que todos salgan adelante, sino acomodar a todos en su respectivo lugar. Reproducir a la sociedad de la cual la educación emana (Bordieu, 1979). Desde un sentido spinoziano, un cuerpo nunca atentará contra sí mismo. El discurso ideológico funciona de igual manera. La educación nunca buscará acabar contra el mismo discurso que la mantiene, está en contra de su naturaleza.

En el capitalismo tenemos que entender que hay una

ley, tan clara como la ley de la gravedad, que determina que si unos viven bien es necesario que muchos otros sufran por ello. La economía mundial actual es un claro ejemplo de ello. Unos países viven a la costa de otros. La escuela no hace más que reproducir esta situación en menor escala. El sistema capitalista refuerza esa situación. Siempre beneficia a los que lo siguen ciegamente. A los que son exitosos. Por ejemplo, aquel que tiene un buen pago de nómina el sistema bancario lo beneficia dándole más crédito. Por ende, tiene más oportunidad de comprar más propiedad que puede aumentar su capital sucesivamente. El que no tiene buen nivel crediticio, ya que sus ingresos son menores, no le permite adquirir vivienda por lo tanto tiene que depender de aquellos que sí. "Nuestra 'avanzada' sociedad deja de lado a quienes no producen" (Sabato, 2000, p. 64). Para que el de abajo salga de ese círculo es necesario que sacrifiques tu tiempo y tu vida. Sacrifica tu vida para tener vida, ¡vaya ironía!

Para hacer una analogía del capital pensémoslo como un engrane. Para que un engrane se mueva, tiene que existir una fuerza constante que se aplica. Un momento en el cual se conserva la energía y otro en el que se desgasta. La cultura sostiene este engrane pues nos transmite los valores en el cual nos dice que es lo que merecemos. El valor de un objeto no es el mismo para el que jala el engrane y el que lo intenta detener. No es el mismo objeto. Este aprendizaje de significaciones se recibe en la casa, en la calle, etcétera, pero se legitima en la escuela.

La escuela nos enseña que siempre hay ganadores y perdedores. El que tiene buenas calificaciones y va a las mejores escuelas tendrá el mejor empleo. El que no lo

hizo ya sabe el destino de su vida. Esta idea se nos inserta como un chip a una computadora desde que nacemos. En las aulas los alumnos saben que hay unos con mejor promedio y otros con menor. A nivel escuela (local-interno) saben que hay unos que se les premia y otros que no. A nivel de escuelas (municipal-estatal) saben que hay unas mejores que otras. Al igual que los que desertan como los que no son capaces de entrar a las mejores escuelas. Sólo unos lo logran, los ganadores. Los perdedores se ven debilitados y el sistema los empuja hacia abajo. A los que salen del círculo de la desigualdad la educación representa fuente de progreso. Para los que no esto se vuelve una imposición de una realidad a la que no tienen más que formar parte. No todos están destinados a ser grandes empresarios o doctores porque: ¿Quién limpiaría tu casa? ¿Quién recogería tu basura? ¿Quién te entregaría tu hamburguesa? ¿Quién trabajaría las fábricas?

La sociedad vive de ese desequilibrio. Todos, por lo menos, hemos escuchado una vez en nuestras vidas que en Cuba uno puede haber estudiado medicina y ser un conductor de un taxi. En nuestras mentes pensamos asustados "¿Qué tipo de vida es esa?". Para qué me sacrifico si no obtengo nada a cambio. ¿De qué me sirve la educación si no es para aumentar mis bienes? No hallamos sentido en esto, pues, ¿puede haber sacrificio cuando la vida ha perdido el sentido para el hombre, o sólo lo halla en la comodidad individual, en la realización del éxito personal? (Sabato, 2000).

Si pusiéramos a los alumnos de la secundaria en el Cañón del Sainz, en la balanza de la desigualdad, podemos intuir que los trabajos para ellos ya están predestina-

dos. Su lugar en el tablero de ajedrez ya está determinado, por alguien de "arriba". La educación se volvió libre y gratuita para todos, sin embargo, no es lo mismo la escuela para aquellos que viven ya listos para ser dueños de las empresas o que estudian con el apoyo económico necesario que los chicos que estudian en el Cañón del Sainz. La masificación de la educación no vino con el plan de destruir la balanza sino hacerla más fuerte, solidificarla.

Desde el contexto francés, Dubet y Martucelli (1996, p. 52) mencionan:

> mientras la escuela republicana podía argüir su rol de justicia frente a una sociedad de injusta, la escuela de masas produce ella misma las injusticias por sus mecanismos selectivos, pues la igualdad formal esconde los diversos mecanismos gracias a los cuales ciertos grupos conservan sus privilegios. Ya no es la sociedad quien produce la injusticia: es la escuela misma.

Existen privilegios detrás de los intereses de la escuela hoy en día, el cual mantienen ciertas injusticias. Y no entendamos esto como una justificación para, por ejemplo, desertar de la escuela. Porque esa es la mentalidad de la víctima, el enemigo nietzscheano. Sino entender que es necesario develar las intenciones de la escuela para poder deslindar de ellas. La deserción es necesaria. Si no quiénes serían los peones del tablero. Imaginemos un juego de ajedrez donde todos son peones o donde todos sean piezas de rey o reyna. El juego no tendría sentido. Siempre tiene que existir la carne de cañón en toda estrategia. Tienes que aprender a sacrificar para poder ganar. Sabato (2000) escribe "la educación no está independizada del

poder, y, por lo tanto, encauza su tarea hacia la formación de gente adecuada a las demandas del sistema. Esto es en un sentido inevitable, porque de lo contrario formaría a magníficos 'desocupados', magníficos hombres y mujeres 'excluidos' del mundo del trabajo" (p. 11).

3

El maestro ignorante

Tenemos que tener claro que cuando hablamos del Cañón hay que tomar en cuenta que es un hoyo, en el sentido literal y el que no. Pues un cañón es una zanja rodeada por paredes que han tenido una erosión y por lo tanto produce un río. Las casas están construidas alrededor del río que, en ocasiones, toma el rumbo que quiere. Dejando calles erosionadas y llenas de escombro por el deslave.

Dicen que si te subes a uno de los cerros en el cañón puedes ver la escuela secundaria técnica, ya que está en el punto medio de la zona. El Cerro de la Cruz es un monte de la zona donde puedes ver casi todo el cañón y los jóvenes se van ahí a pasar tiempo con la pareja. Los chicos para pelear y probar qué tan hombres son. Algunos a consumir drogas o beber, etcétera. Puedes subir y desde ahí se ve la escuela en el centro. Como cualquier hoyo, es fácil quedar atrapado. Depende qué tan hondo sea el hoyo o qué tan dura haya sido la caída. Sin embargo, podemos decir que es un lugar oscuro donde las cosas que caen se pierden.

En el Cañón, al igual que en algunos pueblos, tienes la opción de salir o quedarte ahí para siempre. Muchas de las personas pasan sus vidas ahí, atados a los problemas

de la comunidad. Si tienen su hogar no tienen por qué irse a otra parte. Es su casa y la atesoran como tal. Otros se quedan ahí porque en ninguna otra parte podrían ser funcionales. El típico chico de barrio que conoce a todos y nomás pasea por las calles buscando a personas con quien hacer algo. No los quieren en ninguna parte por flojos y problemáticos. De trabajo en trabajo, nunca nada estable. Dependiendo de la madre, viviendo en su casa y sus ricas sopas. Esperando un par de pesos para comprarse una cerveza o un cincuenta de *cristal*. Igual alguien le pasa un cigarrillo de marihuana por ahí. ¿Por qué salir de ahí? Algunas mujeres quedan embarazadas y ahí crían a sus hijos y ya nomás el hombre se va a trabajar y vuelve ocasionalmente. O tal vez pertenecías a alguna "bolita", nunca tuviste oportunidad de un buen trabajo y te dedicaste a robar o mover alguna droga. Ahí quedaste en el cañón para siempre.

El papel que juega la escuela en este lugar es fabricar aspiraciones. Presentar otras formas de identidades de las cuales las personas pueden ser parte. Como un trapo mojado exprime a los mejores, a aquellos que están dispuestos a sacrificar su tiempo por otro estilo de vida. O que sus familias adoctrinadas por el estilo de vida urbana, sufriendo por dinero, le desean un futuro con menos problemas (esto es un engaño claro, quien más tiene, más necesita). Los presionan a salir del Cañón. Pues puedes quedar atrapado ahí y volver diez años en veinte años. La vida urbana te ayuda a administrar mejor tu tiempo. Exprimir cada minuto en tanto a la productividad y tu fuerza de trabajo. Afuera así es la vida, en el cañón es diferente.

Inclusive en mi propia experiencia han pasado ya varios años que se han sentido como más. Atorado en el Cañón del Sainz. Así, igual, muchos de los profesores que pertenecen a la secundaria. Año con año los profesores piden cambios a su sindicato a otra escuela, pero usualmente son intentos fallidos. Para muchos profesores y personal de apoyo de la secundaria, el Cañón también es un hoyo del cual es difícil escapar. Si te mandan con una plaza administrativa o de docente para ese lugar es difícil pedir un cambio. Al menos que decidas irte por un lugar que esté aún más lejos, pero inclusive eso es difícil. El personal de la secundaria también tiene años en el Cañón. Una de las secretarias está ahí desde que inició la escuela. La trabajadora social ya tiene unos veinte años en la escuela porque su plaza ya se desapareció, pero sigue existiendo en esa escuela. El contralor tiene trece años trabajando, sentado en la misma pequeña oficina. Escapar del Cañón es tan difícil como escapar de una prisión de alta seguridad. Los profesores pueden jubilarse aquí. Algunos por decisión, otros porque su cambio nunca ha pasado. Hay mucho trabajo qué hacer en el Cañón, podrán decir. Y sí, sí que lo hay.

Después de tantos años de estar en la escuela, y estar ahí no por decisión, crea un hastío por parte del personal. Dejar su casa, para ir a un trabajo, que para algunos es bien pagado, para otros no tanto. Pero están ahí, en una zona de confort. Nadie los ve. Nadie les puede decir si están haciendo bien o mal las cosas. Aislados entre los cerros, a la vista de los demás. Uno puede ser el profesor que quiera y no importa. Acá nadie sabrá si eres un buen profesor o uno malo. Sólo tu conciencia. Al cabo,

los niños siempre salen igual, ni peor ni mejor. Uno no les enseña nada. Sólo va a la escuela a trabajar, tal como Sísifo subía la piedra por el monte vez tras vez. Esa es su maldición. Lo único que se les enseña a los alumnos es a responder de manera mecánica. Entrega tu tarea, se califica. Abre tu libro y responde el ejercicio, se te califica y se valora tu esfuerzo. Acción, reacción. Toca el timbre, salen al receso. Toca el timbre regresan a clase. Se cierran las rejas a las siete de la mañana, se abren a las dos. El timbre, ese sonido tan liberador. Parecido al que suena en la fábrica cuando es hora de salir, irte a tu a casa a descansar.

Muchos de los trabajadores de la escuela no leen un libro de filosofía, algunos ni siquiera saben qué es eso. Tienen experiencia en su campo, no hay duda alguna. Pero las políticas de hacer al docente estar en un continuo aprender no llegan hasta acá en el Cañón. No se alcanzan a ver por los cerros. No cabe duda de que los profesores vayan a cursos y se les pone el sello igual. Al igual que los alumnos: Acción-reacción. Pero qué puedes hacer con alumnos que no tienen ningún tipo de interés por la escuela. Uno podrá ser el mejor teórico, pero cuando estás ante un grupo en el Cañón del Sainz no puedes evitar volverte en un fiel seguidor de Skinner y sus teorías de condicionamiento. Hasta que impartes clases entiendes la necesidad de los autoritarismos que uno siempre observa en las escuelas con regímenes clásicos.

Ahora bien, en la escuela secundaria, los profesores aplican las nuevas tendencias que se les exigen. Cada vez el profesor tiene que hacer menos y el alumno más. Eso es genial, pero siempre hay que pensar en el contexto. El fin de estas teorías es que el alumno

vierta su conocimiento sobre aquello en lo que trabaja. El maestro ignorante del que habla Jacques Ranciere (2003) es aquel docente que cree en que hay que encaminar al alumno, que el niño no puede llegar a ser sin las explicaciones del maestro. No puedo evitar pensar en los profesores de la secundaria y pensar que ellos ya han pasado de ser el maestro ignorante al iluminado. Siempre que pasas por los pasillos y observas los salones puedes ver al maestro sentado en su escritorio mientras los alumnos trabajan en su cuaderno alguna actividad que estuviera escrita en el pizarrón. Me quedo pensando, tal vez esto sea el futuro de la educación. Uno por el contrario que busca hablar e intenta buscar en el alumno la reflexión en cada alumno sigue siendo el profesor ignorante descrito por Ranciere, que cree que es necesaria su presencia.

Hay algunos a los que les importa y a otros que no les importa la educación de los niños. Muchos saben que sólo algunos de ellos tendrán un futuro el cual la educación les proporcionará un arma para la batalla, la competencia laboral. Pero sacar a los alumnos de su situación nunca ha sido el fin real de implementar más educación. Ahora la respuesta a todo es la educación. Pero a los dueños reales de todas las empresas que controlan el país no les interesa tener socios. Les interesa tener más individuos con un currículum para poder bajar el precio de cuanto se les paga. Entre más personas estudiadas, menos es el saldo de cuánto ganan. Es la ley de la oferta y la demanda. Entre más alumnos egresen de las universidades más baja el valor de su tiempo de trabajo. A los dueños del país no les interesa que haya personas con pensamiento crítico,

sino más alumnos que puedan hacer sin cuestionar. Que den por hecho esta realidad en las que se nos ha enseñado a vivir.

La educación es un discurso y hay que tener en cuenta esto para entender a dónde van a parar los jóvenes. El rey no quiere que el peón lo derroque. Quiere más carne de cañón que lo proteja. Para ellos tomar las decisiones reales. Y luego poder justificar: "Mira, sí apoyamos el país, les damos educación, pero el país no sale adelante". Les ponemos más exámenes a los maestros. Más escuelas; más exámenes; más formas de que los alumnos pasen sus materias. Pero la realidad es que no importa si saben o no, sino que estén dispuestos a sacrificar su tiempo por un cheque en su bolsillo.

Referencias

Bordieu, P. (1979). *La reproducción. Elementos de para una teoría del sistema de enseñanza.* México: Fontamara.

Brennan, N. (Productor), Burnham, B. (Director). (2018). *Chris Rock: Tamborine.* Estados Unidos: Jax Media.

Canal 22. (11 de junio de 2017). Paulo Freire: pedagogía del diálogo [Archivo de video]. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Cz5_dujSuFQ&t=214s

Castro, F. (2007). Crece Tijuana 3 Hectáreas por Día. *El Mexicano.*

Dubet, F., y Martuccelli, D. (1996). *La escuela: Sociología de la experiencia escolar.* México: Losada.

Presley, E. (1969). In The Guetto. Single. Estados Unidos: RCA Records.

Flennes, S. (Productora y directora). (2012). *The Pervert's Guide to Ideology.* United Kindom: Zeitgeist Films.

Pink Floyd. (1975). Welcome to the Machine. *Wish You Were Here*. LP. United Kingdom: Harvest Records

Sabato, E. (2000). *La Resistencia: Una reflexión contra la globalización, la clonación, la masificación*. México: Booket.

Suicidal Tendencies. (1983). *Institutionalized*. LP. Estados Unidos: Frontier Records

Wu-Tang Clan. (1993). Cream. *Enter the Wu-Tang*. LP. Estados Unidos: Frontier Records.

El eco en la pintura: Crónicas de un migrante

Iván Hernández Porras

Lienzo

Era un día como cualquier otro. Me encontraba en la oficina de retiros. Mi padre me había pedido que fuera a aclarar algo de su pensión. Él tiende a postergar los procesos burocráticos, dice que eso de hacer filas y llenar formularios no es lo suyo, pero ¿a quién le gusta invertir su tiempo en oficinas del gobierno para hacer trámites? En fin, la sala de espera era relativamente pequeña, cabían cinco hileras de aproximadamente ocho sillas metálicas; de esas que, aunque acojinadas, son todo menos cómodas lo cual va con la esencia hostil del lugar. Frente a la primera hilera cuelga del techo un contador de turnos que parece sentenciarnos con sus números cuadrados y rojos a una larga y organizada agonía. No había ventanillas en este cuarto, los clientes en turno pasaban a otro cuarto

para recibir atención. Las paredes de un tono gris, que sólo puedo describir como doloroso y monótono. Una puerta a cada extremo, una para ser atendidos y la otra, que sirve de división entre esta realidad, aparentemente ajena al paso del tiempo, y al mundo externo.

Con resistencia entré a buscar un asiento. Busqué un lugar vecino a una cara, si no conocida, dispuesta a pasar el tiempo. En mi pesquisa vi a una señora, que ya tenía en la sala de espera, lo que parecía eternidad y media. ¿Cómo me percaté de esto por sólo verla?, preguntarán. Su expresión facial emanaba odio y su mirada parecía que golpeaba inmisericordemente a la cuenta de números que aparentaba no llegar a su turno. Por lo que decidí dejarla en su papel.

Seguí examinando a los presentes. Después de unos minutos, mi mirada se enfocó en un hombre de entre cincuenta y sesenta años, pelo castaño, rizado y corto; de tez morena clara que daba la impresión de que, a diferencia de sus ancestros, él no se había expuesto a largas jornadas bajo el sol tropical. Traía un saco de vestir azul marino sobre una camiseta lisa gris, pantalones de mezclilla deslavados y zapatos deportivos. Usaba lentes de marco delgado y estaba leyendo un libro que se veía usado. Hipnotizó mi atención entera. Cómodo y atento a su lectura, desvió la mirada al contador electrónico como para verificar que su suerte le permitiría seguir leyendo.

No lo dejé de ver. Como si le hubiera hablado, volteó sin despegar los ojos de su libro, como para no perder la última línea del párrafo que leía. Intercambiamos miradas, nos saludamos por cortesía, y siguió leyendo. El contador nombró al siguiente afortunado

en ser atendido, y para mi suerte, el asiento contiguo a él se liberó. Tomé valor y dirigí mi esfuerzo a esa silla que ofrecía un posible escape de la lentitud que se palpaba en el ambiente.

Ya sentado disimulé lo suficiente mi deseo por descubrir qué libro, tan golpeado por el tiempo, estaba leyendo mi vecino. Sobra mencionar que mi proeza de espionaje no es envidiable ni sutil. Para mi sorpresa la portada del libro apareció mágicamente en mi regazo. Confundido volteé a ver al dueño, quien con amabilidad me sonreía.

—Es sobre historia del arte —dijo con voz suave.

No supe cómo reaccionar. Lo notó y continuó:

—Me pretendo retirar y aún no sé qué haré. Siempre me gustó la pintura…

Hizo una pausa.

—Alejandro —dijo, tomando su libro con la mano izquierda y estrechando la derecha para saludarme.

—Homero —le dije, estirando mi mano derecha para encontrarme con la suya—. Y ¿a qué se dedica? —le pregunté.

—Soy ingeniero civil —respondió con aire de orgullo.

—¿Cuántos años trabajó de ingeniero?

Remarcando cada palabra dijo:

—Treinta y cinco años —continuó hablando normal—, para el condado de San Diego —esta afirmación contenía trazas de cansancio.

—¿No le gusta lo que hace? —pregunté con curiosidad.

—No es eso, sólo que el puesto que desempeño demanda mucha responsabilidad y horas de trabajo.

Noté un acento sutil en su hablar.

—¿Es de aquí? —continué interesado.

Volteó a verme con cierto recelo. Después a ver su turno y lo confirmó con el contador. Y parecía que calculó el tiempo que podría regalarme. Suspiró profundamente, como resignándose a que tendría tiempo suficiente para contarme una tajada de su experiencia.

—Nací en San Diego, California, pero desde los tres hasta los doce años viví en Michoacán. Después, dos años en ciudad de México, y ya me mudé junto con mis hermanos a San Diego.

—¿Y eso que se vino del sur? ¿No encontró oportunidades o sólo es aventurero? —pregunté con tono burlesco.

—Más bien me obligaron las circunstancias.

Hizo una pausa, levantó la muñeca para exponer su reloj digital ochentero, que por lo visto había sobrevivido los golpes de la vida como su dueño; después de unos segundos de análisis, parecía convencido de su decisión, y con una mirada paternal continuó:

—Lo que pasa es que la mamá de mi mamá se enfermó y no había quién la cuidara; así que mi madre tomó a mis cinco hermanos y a mí, y nos fuimos a un pueblo de Michoacán.

Como maestro que se le ocurre una pregunta clave para integrar más su clase, preguntó:

—¿Has oído de Uruapan?

A esto asentí y continuó:

—Vivimos en casa de mi abuela dos años, era una casa de una planta, hecha de adobe, en el patio trasero, que fácilmente abarcaba dos lotes del tamaño de la construcción, tenía de todo tipo de árboles frutales, ahí me la pasaba todo el día, la luz del sol atravesaba las copas de los árboles y palmeras, y alumbraba lo suficiente para

saber que era de día; era como un paraíso personal, no escuchabas el paso de autos o el barullo de la gente fuera de la casa; fresco y protegido…

La pausa que hizo daba la impresión de haber vuelto en el tiempo a ese momento, y con la mirada fija en el piso terminó diciendo:

—Me encantaba esa casa. Pero al morir mi abuela nos cambiamos a una casa vieja, que en algún momento fue hacienda. Por vieja no me refiero fea, al contrario; era una construcción como, colonial. De esas casas que tienen un patio central y una fuente. Pero la dueña la dividió justamente a la mitad del patio para rentarla.

Mi mente empezaba a generar preguntas y, para mi sorpresa, brotaban en la conversación.

—¿Por qué no se regresaron a San Diego?

—No estoy seguro… mi papá seguía en Estados Unidos, pero nosotros nos quedamos en Uruapan. Entré a la primaria en el pueblo y me iba bien, la escuela era como mi lugar seguro, después del jardín de mi abuela —respondió.

—¿Entonces estaban divorciados?

—No. Siguieron casados hasta que ella murió. Pero no había mucha comunicación entre ellos, ni con nosotros. Algunas vacaciones fuimos a verlo, pero no mucho hasta que regresamos definitivamente a San Diego.

—Y ¿tu mamá en qué trabajaba? Digo, con tantos hijos, ¿cuándo encontró el tiempo para trabajar?

—Ella se dedicó completamente a nosotros, mi papá nos mandaba dinero. Me acuerdo de que salía con mi madre al mercado. Nada qué ver con los supermercados que acostumbramos acá. Era una media manzana

de pasillos de no más de metro y medio de ancho y los locales de tres por cinco, los más grandes. El color del piso de loseta despintado por años de recibir el roce de zapatos, huaraches y botas. La verdura recién llegada del campo todavía olía a tierra húmeda. El color del pescado, la carne y las especias era brillante. El barullo de los mercaderes invitando a comprar la mercancía del día se mezcla con la charla de los pobladores compartiendo las novedades del pueblo.

Alcancé a notar un brillo en su voz, la manera en que describía el lugar me transportaba a una imagen colorida y folclórica, pero curiosamente con un matiz sepia.

—Veo que te gustó vivir en Uruapan —agregué.

—Mucho. Disfruté el pueblo y su gente. Sin embargo, cuando tenía doce años, cambió todo. Mi mamá tenía meses sintiéndose cansada y se le dificultaba cuidar a mis dos hermanos más chicos.

—¿Qué le pasó? —pregunté con preocupación.

—Fue cuando la diagnosticaron de cáncer.

—¿La trataron en Michoacán?

—Al principio sí, pero conforme pasaban los meses ella no mejoraba. La llevamos a Morelia y, después de realizar lo que pensé eran interminables laboratorios y estudios, por fin concluyeron que la enfermedad ya se encontraba avanzada y era necesario manejarse en la ciudad de México.

—Y ¿qué hicieron?

—Al principio íbamos a los tratamientos, y nos quedábamos en el departamento de mi hermana Marta, la mayor. Ella ya estaba estudiando ciencias políticas en la UNAM. Era de estar dos o tres días en la capital y nos devolvíamos a Uruapan.

—¿Cuánto tiempo hicieron eso? —pregunté.

—Como —se contó los dedos de una mano con la otra—… casi un año, porque cuando yo tenía trece ya estaba en primero de secundaria y perdí el año para cuidar mi mamá. Que en realidad era para cuidar a mis hermanos menores. Ese año fue duro, la quimioterapia no sirvió y nos dijeron que no había qué hacer, solamente manejar el dolor y… esperar. Y la espera llegó a su fin, un día triste.

Su voz se entrecortó ligeramente, pero continuó:

—Hasta el último momento me siguió diciendo: "No dejes la escuela, mi'jo, la escuela es lo que te dará una mejor vida. Te hará un hombre de bien". Cuando el momento llegó, no nos sorprendió, pero no por eso nos dolió menos.

—¿Qué pasó después de que falleció tu mamá? —dije vacilando.

—Pues —se mordió el labio, su cara mostraba concentración fija—, Luisa, que tenía veinte, se casó antes que muriera mi mamá. Humberto, el segundo mayor, tenía dieciocho y estaba por terminar el bachillerato. María Eugenia, de dieciséis, estaba en segundo de preparatoria. Luego yo de catorce. Arturo de doce y la menor, Ana, de once; quedamos solos. Un hermano de mi mamá nos recibió en Uruapan. Pero no nos podía mantener. Recuerdo que se acercó conmigo después de hablar con los dos mayores, y me dijo: "Mi'jo, tu papá me pidió que los cuide hasta que pueda mandar suficiente para el pasaje de los seis", como criatura amenazada y sin posible escapatoria, respondí: "No me quiero ir… ¡no me voy a ir!". Qué más puedes esperar de un adolescente novicio. Sin experiencia del mundo. Sin malicia. Herido donde más le duele al mexicano —justificó con pena.

Pausó, suspiró profundamente y noté que empezó a juguetear con el libro que traía en las manos. Después de unos segundos continuó hablando:

—A pesar de saber que estaba malita, siempre tuve la esperanza de que el tratamiento que le daban en el hospital le ayudaría a curarse. Además, mi papá no era muy comunicativo. Nos proveyó desde que me acuerdo. Ahora puedo ver que siempre estuvo presente. Pero no como hubiera querido. A pesar de que no tenía voz ni voto en la decisión, me resistí a dejar mi familia, amigos y escuela... ¿Qué iba a hacer, y mucho menos saber, un chamaco de catorce años sobre la vida y decisiones?

Es importante aclarar que la migración es un proceso complejo que trae consigo retos para quien emigra como para quien recibe al migrante, dado que en la mayoría de los casos se trata de un encuentro de culturas diferentes. Como lo explican Zlobina, Basabe y Páez (2004):

> para los miembros del país de acogida [...] supone acostumbrarse a convivir con la diversidad que traen consigo las personas de otros países. Sus formas de actuar, pensar, sentir a menudo no son las mismas [...] rompen la relativa homogeneidad cultural e incluso pueden producir la sensación de que la identidad cultural o étnica propia está bajo amenaza. Así, uno de los retos para la población de acogida es tolerar y aprender a manejar la incertidumbre y el pluralismo cultural [...] A su vez, las personas que realizan la inmigración se ven rodeadas de normas, valores y costumbres que no les son familiares [...] Entonces surge la necesidad de hacer frente a la situación que, por un lado, cuestiona lo que los individuos habían aprendido y valo-

> rado durante toda su vida y, por el otro, exige adquirir nuevos conocimientos y habilidades para actuar competentemente en la sociedad anfitriona [...] Los conocimientos y los códigos culturales [...] no están recogidos en ningún manual y suelen estar implícitos en las situaciones [...] Por lo tanto, los miembros de otras culturas tienen que descubrir y comprenderla de modo ensayo-error, lo que conlleva el riesgo de malos entendidos y sufrimiento (p. 45).

En el caso de Alejandro, no se trata solamente de la pérdida de un ser querido, sino que su identidad como persona se ve amenazada con un cambio tan violento en un momento de su desarrollo tan vulnerable como lo es la adolescencia.

Bosquejo

—Cuando viajamos a Tijuana, después de una eternidad continua en camión de pasajeros —hizo una pausa y me volteó a ver con una mueca—, que contaba con su propio baño... me di cuenta cómo el paisaje cambiaba de un verde frondoso a chaparral y de repente a desierto. Esto fue devastador para mí. No conocía más que lo fértil del campo. Creo que lo más desolado en vegetación que había visto hasta ese momento en mi corta existencia era las llanuras de Querétaro, y es zona agrícola.

Me quedé cavilando ante tal aseveración. La zona metropolitana de San Diego, Tijuana, Tecate y Rosarito no es fértil en el sentido literal. Más bien es una fertilidad laboral, donde las oportunidades de crecimiento abundan. Muy diferente a la situación del resto del país. Pero Alejandro no tenía esa prioridad. Había dejado junto con

esa vegetación, la escuela, amigos, familia y, en especial, recuerdos. Fue arrancado de la tranquilidad junto con sus hermanos por lo que a él le concernía en ese momento, un capricho de su padre.

—Entonces llegaste a Tijuana, ¿con quién venías en el camión?, ¿quién los recogió en la central? —le pregunté con ansiedad.

—Llegué junto con mis hermanos Humberto, Arturo y Ana. Allí nos esperaba mi papá. Lo vi ojeroso, su tez ceniza, caminaba ligeramente jorobado; parecía que cargaba con sacos de cemento en sus hombros. Recuerdo que tenía tres veranos que no lo veíamos, desde antes que se enfermara mamá, de hecho. No habló mucho, sólo nos saludó y nos llevó a su panel color ocre. Nos ahogábamos en el silencio y el pesar de nuestra herida familiar. Creo que todos esperábamos con ansias llegar a un lugar donde sentirnos seguros y poder descansar.

—Era la primera vez que veía la ciudad de Tijuana, me sorprendió mucho. Las casas parecían tener una capa de polvo, me recordaban a una pequeña villa olvidada en una vitrina. Teníamos hambre, sueño, frío, no veníamos preparados para el clima, estábamos cansados, me sentía perdido, creo que mis hermanos se sentían igual que yo. El camino hacia la casa de mi padre, nuestra nueva casa, aún era largo, cruzamos a los Estados Unidos, pasando primero por un oficial que nos preguntó nuestra nacionalidad y a dónde nos dirigíamos, mi papá le dijo que a Potrero, nos deseó un buen día y seguimos nuestro camino, primero por una pequeña ciudad fronteriza, que se fue convirtiendo al paso de los minutos en vereda. La combinación del ronroneo del motor y lo distante de nuestro destino me

hizo sentir los párpados pesados y logró noquear mi curiosidad por conocer a dónde nos dirigíamos. Después de lo que parecieron horas, abrí los ojos y lo primero que vi fue a mi hermana Ana dormida, abrazando su maleta. Por la ventana observé pastizales entre colinas arboleadas; fincas y tractores estacionados en el borde de campos de cultivo. Las casas se veían más grandes que las de una ciudad. Se encontraban alejadas entre sí. Me recordó un poco a Uruapan. A pesar de eso, en el momento no disfruté el paraje, que eventualmente me sería tan familiar. Continuaba perdido en mis pensamientos y en la incertidumbre de qué iba a pasar, ¿qué más podía hacer un chamaco que sentía que lo había perdido todo?

—Sí conozco —interrumpí—, es muy diferente de Tijuana. ¿Cómo era la casa a la que llegaron?

Moviendo los ojos, los párpados entrecerrados, como buscando imágenes en un archivero dijo:

—Era una casa de campo. Grande, pero vieja. Casi como la hacienda en la que vivimos en Michoacán. Contaba con mucho terreno alrededor, pero se encontraba descuidado; tenía dos vehículos en reparación permanente, una cochera independiente del edificio principal, llena de cajas y cajas de no sé qué, me sentía aturdido, en cuanto bajamos las maletas de la camioneta, mi hermana Ana comenzó a llorar desconsoladamente, me sentí sofocado, como si alguien me hubiera dado un golpe en el estómago, abracé a mi hermana y me mordí los labios para no llorar, sentía que tenía que ser fuerte para ella, busqué la mirada de mi papá, esperando a que nos consolara y nos dijera que todo estaría bien pero, cruzamos miradas por un instante y abrió la boca como que nos quería decir

algo y las palabras no salieron, suspiró, agarró las maletas y se metió a la casa sin decirnos nada. Humberto y Arturo lo siguieron, yo me quedé con mi hermana en el exterior intentado calmarla.

Me quedé pensando en que su papá tenía factores de riesgo de depresión, como "bajo nivel de ingresos, un menor número de años de educación formal y ser viudo" (Rivas, 2011). No necesariamente mostraría sus emociones a sus hijos, en especial si ellos se encontraban viviendo el duelo.

—¿Por qué tu papá no les dijo nada en ese momento? —pregunté.

—No lo sé, en ese momento creí que éramos una carga para él. Los días siguientes fueron muy similares, mi hermana lloraba constantemente. Mis dos hermanos intentaron adaptarse a los nuevos cambios, como para poner el ejemplo. Y yo no sabía qué hacer. No sabía cómo reaccionar y el clima no ayudaba. Era enero y el frío era diferente al que conocíamos en el sur de México. Cuando el aire nos golpeaba la cara, parecía quemarnos en seco. Mi papá nos explicaba que en las montañas nevaba y por eso era tan diferente. De hecho, cuando nos decía esto, apuntaba al este donde podíamos notar las cúspides blancas en el horizonte.

Una semana después nos anunció que estábamos inscritos en la escuela y que iríamos a comprar algunos útiles escolares, esos días fueron de caos personal, estaba emocionado, pero nostálgico por mis amigos. Nervioso por un inicio nuevo. Enojado porque sentía que estábamos solos. Mi papá nos dejaba tareas domésticas que daban la impresión de querernos mantener ocupados

en la casa mientras él trabajaba. La sensación de estorbo agobiaba constantemente. Incluso llegué a pensar en no ir a la escuela y dedicarme a trabajar para independizarme lo antes posible. Tal vez llevarme a Ana a otro lugar, donde ella estuviera contenta y segura. Le comenté esto a mi hermano Humberto, pero se puso rojo de coraje y me dijo: "Recuerda lo que nos decía mi mamá: sólo estudiando tendrás una mejor vida, te hará un hombre de bien". No supe qué contestarle. ¿Cómo podía contradecir lo que mi madre me había repetido con tanta insistencia cuando me ofrecí a cuidarla ese último año que compartió con nosotros? A pesar de mi arresto domiciliario, dejé la idea por el momento y me dediqué a la escuela.

—¿Entonces, te quedaste en casa de tu papá? —le pregunté.

—Sí, me quedé —dijo con ligero orgullo—. Pero no me gustó. Así que para quitarme la idea de la cabeza de que me encontraba, junto con mis hermanos, en un lugar indiferente a nuestra presencia, me conseguí un trabajo en la granja avícola donde trabajaba mi padre.

—¿A los catorce y ya trabajando? —Interrumpí, después de calcular su edad—. Yo hasta que terminé la preparatoria busqué trabajo. ¿Qué hacía en la granja? —pregunté.

—Sí, ya a los catorce trabajaba. No era tan pesada la "chamba" —dijo, mientras empezaba a contarse los dedos de la mano con la otra—. Darles de comer a los animales, cuidar a los pollitos recién nacidos. Como trabajaba en la noche, tenía que verificar que los calentones funcionaran para que no se quedaran congelados antes de tiempo —sonrió ante la broma de mal gusto que acababa de

hacer—. Por las mañanas recogía los huevos que ponían las gallinas. Lo pesado de ese trabajo eran las horas. De ahí tomaba mis cosas, regresaba a casa y luego caminaba a la parada de camión que me llevaba a la escuela.

—Oiga, ¿y le quedaba lejos la escuela?

—Más o menos. La granja estaba en un terreno anexo a la casa de mi papá. La parada del camión estaría a… —alargó la vocal unos segundos mientras volteaba a ver el infinito en el techo—, unos cuarenta minutos caminando y luego el transporte tardaría… —volvió a estirar la vocal—, una hora en llegar. No estábamos cerca del pueblo, mucho menos de la ciudad.

Sorprendido continué mi interrogatorio: —¿A qué hora salía del trabajo? Y ¿a qué hora entraba a la escuela?

—¡Uy! Pues terminaba mi turno a las cinco de la mañana, pero me escabullía unos veinte minutos antes, para alcanzar a darme una ducha en la casa y salir pasadas las cinco. El camión llegaba a la parada cinco para las seis y arrancaba a las seis en punto. El timbre de la escuela sonaba a las siete. Si algo se retrasaba cinco minutos ya no estaría a tiempo.

—La primera semana… ¡Uf! —suspiró—. La primera semana de clases en un país extranjero —continuó con un tono de maestro que explica por primera vez un tema complejo a un alumno no muy brillante—, ahora es obligatorio el inglés en las escuelas mexicanas, ¿verdad? —no esperó mi respuesta—. Ah, pues cuando yo estudié la primaria ni se tenía en cuenta esa materia. Sólo en escuelas privadas y algunas secundarias públicas iban a la vanguardia —hizo una seña de comillas con las dos manos al decir la última palabra—. Yo tuve suerte de haber estudiado en

una de esas escuelas y, además, sacar buenas calificaciones. Pero no es lo mismo saber inglés de aula, a vivir en un lugar donde es el medio de comunicación principal.

No sé qué mueca he de haber hecho yo, porque continuó:

—Para responder a tu pregunta: no fue una semana placentera. No hablaba el idioma. No conocía a nadie. Entré a segundo semestre de preparatoria. Que fue una circunstancia curiosa, verás: todos los temas de ciencias, que había cursado hasta segundo de secundaria, eran más avanzados que los que se encontraban en el programa del primer semestre. Pero eso automáticamente me hacía el más joven del salón.

—¿Y cómo lo trataron sus maestros y compañeros? —pregunté.

—Mis maestros sin problema. Al contrario, encontré protección y apoyo en ellos. En especial el de física y el de matemáticas. Ellos me recordaban a mi mamá porque me repetían a menudo: "No dejes de estudiar, tienes el coco y puedes con la carga". En ocasiones, si dudaba de cómo actuar en alguna circunstancia, acudía a ellos. Podrías decir que sustituí la figura paterna que tanto necesitaba con sus consejos y palabras de aliento —respiró—. En cambio, mis compañeros… ¿Has escuchado sobre la segregación de grupos étnicos de los años cincuenta? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—Bueno. No es tan notable como en los años cincuenta. Pero existe. Por ejemplo: ves que los hispanos, asiáticos, afroamericanos y los caucásicos tienen sus espacios determinados, y nadie se mete con nadie… Bue-

no —dijo riendo sutilmente—, a excepción de algunos caucásicos. Se sentía cierta hostilidad de su parte. Había apodos y a veces te hostigaban. Nunca escaló de palabras. Mínimo conmigo. Siempre traté de tener un perfil bajo. Mi meta era, a final de cuentas, terminar el bachillerato e iniciar una carrera.

Esto me llamó la atención porque, como cita Serrano, Rojas y Ruggero a Vallejo:"de 35 a 70% de los niños y adolescentes que presentan rechazo escolar padecen simultáneamente trastornos afectivos y/o de ansiedad" (2013, p. 51). Además, Alejandro tenía factores que aumentaban la probabilidad de desertar la escuela, como ser parte de un grupo étnico minoritario, era inmigrante, pertenecía a una zona geográfica rural y estaba expuesto a discriminación o segregación (Casquero y Navarro, 2010).

—O sea que, hasta cierto punto, ¿te protegiste en la escuela? —le pregunté, recordando que un maestro nos contó que la buena educación afecta la permanencia escolar; según Latapí, un factor de la buena educación son los sentimientos dado que

> existe una conducción afectiva del pensamiento [...] pues nuestras disposiciones afectivas —simpatías, antipatías, prejuicios o deseos influyen en que atendamos más a unos argumentos y nos desentendamos de otros. Pensamos también con el corazón, al grado que no aceptamos como verdaderas sino aquellas cosas que previamente hemos amado (2002, p. 4).

Es decir, que los sentimientos de Alejandro fueron nutridos por los profesores que le apoyaban en sus creen-

cias ya establecidas, en él, por su mamá años previos. Por lo que la escuela se volvió su refugio.

—Sí, después de la granja, mi distracción preferida fue hacer trabajos para puntos adicionales en mi calificación; no porque los necesitara, sino que me daban otra cosa en qué pensar. Con el tiempo obtuve otra ganancia: mejoró mi dominio del inglés.

—Y ¿ya no volviste a tener la idea de irte de la casa de tu papá?

—Sí, mis hermanos se la pasaban en la escuela. Mi padre trabajaba todo el día. Había ocasiones que pasaban semanas y no veía a ninguno de ellos.

Esto me recordó de los defectos, a los que hace referencia Nussbaum, sobre la concepción de familia:

> tratan a la familia como algo naturalmente existente, identifican la familia con una esfera privada, y suponen la natural propensión de las mujeres a dar amor y cuidado. De este modo, este tipo de enfoques sobre la familia desconocen su carácter de institución socialmente construida, ignoran el accionar de las leyes y las instituciones políticas en la definición de aquello que se considera una familia, y omiten el papel de la socialización y de las costumbres en el moldeado de las emociones (Di Tullio, 2013, p. 61).

—Mucho tiempo pensé que no éramos una familia en realidad—continuó—. Eso me incentivaba a desear la independencia. Fuera del regaño que me dio Humberto, cuando por primera vez lo consideré, y mi dependencia económica, no había razón para quedarme.

—¿Qué optaste por hacer?

—Juntaría suficiente dinero para comprar un automóvil y me dedicaría a trabajar. Cuando estaba en el penúltimo año de preparatoria, nos empezaron a llevar al departamento de consejería. Lo que en México equivaldría a orientación vocacional.

—¿Qué te dijeron los consejeros?

—Había una señora que me insistía en tomar clases "relleno". Me decía que mi objetivo debía ser salir de la escuela listo para trabajar en lo que pudiera.

—¿Cómo en lo que pudieras? O sea que ¿no quería que siguieras estudiando?

—No precisamente. Lo que pasa es que la mayoría de los hispanos y afroamericanos no continúan su educación a colegios o universidades...

—De pura casualidad, ¿era blanca?

—Sí. Pero no pienso que haya sido racismo explícito, si es a lo que te refieres. Hay formas de discriminación sutil. Tal vez su experiencia con hispanos le había llevado a considerar que mi grupo étnico estaba constituido de trabajadores y no profesionistas universitarios. Lo cual no lo hace correcto, pero es lo que conocía. Además, no me obstaculizó tomar las materias avanzadas que le pedí.

Hay un tipo de racismo con manifestaciones sutiles, que Sears y Kinder, en 1970, denominaron racismo simbólico. Javaloy explica que "se trata de un racismo que no confiesa directamente su naturaleza, que se niega a declarar expresamente su tendencia a discriminar [...] y se refugia en sobreentendidos, supuestos y afirmaciones implícitas. Es, por tanto, sutil e indirecto" (1994, p. 23). Entonces Alejandro sí fue objeto de discriminación racial, y lo sabe.

Continuó después de una pequeña pausa:

—De hecho, le hubiera hecho caso de no haber sido por tres profesores, el de álgebra, el de cálculo y el de dibujo técnico, que tuve en años anteriores a acudir a las sesiones de consejería. Ellos me dijeron que podía ser ingeniero. De hecho, de ahí salió mi idea persistente por las materias avanzadas y conseguir los créditos suficientes para estudiar ingeniería. A pesar de que mi hermana Luisa no había terminado la carrera, yo ya tenía una meta académica más que ella.

Las dos grandes ventajas que tuvo Alejandro, que otros no tuvieron, fueron que él contaba con facilidad para las matemáticas, y que hubo quien se diera cuenta de este talento. Si no hubiese contado con el apoyo de una figura de autoridad, dada su edad y vulnerabilidad como migrante, no habría continuado sus estudios.

—¿Cómo influyeron esos profesores en ti?

—Me recordaban con cierta regularidad que tenía "cabeza" para las matemáticas y la física. En especial cuando estaba cansado por el trabajo y triste por mi situación familiar me venían como inyección de energía.

—Entonces, ¿le hiciste caso a la consejera? —cuestioné confundido.

—Desde luego que no —me dijo con satisfacción—. Cuando ella me recomendó que tomara pre-álgebra, yo tomé cálculo. Cuando me insistió que me inscribiera en física básica yo me inscribí en física avanzada. No lo hice por rebelde. En realidad, mi meta fue evolucionando de "salte de tu casa a como dé lugar" a "prepara el camino para asistir a la universidad".

Esto sólo comprueba que el contexto académico, profesores, y logros educativos, sus calificaciones

(Casquero y Navarro, 2010; Sandín y Sánchez, 2013), jugaron un papel crucial en su decisión por quedarse en la preparatoria y, además, continuar sus estudios universitarios.

—Y ¿ese cambio de planes se debió a tus profesores?

—En gran parte. Pero también influyó el hecho de que no quería trabajar tiempo completo para que me pagaran el salario mínimo. Vi a padres de amigos laborar horarios extendidos y apenas solventar los pagos del mes.

—Entonces ya no te compraste el auto que habías planeado —concluí con certeza.

—Sí me lo compré —dijo sorprendido de la conclusión a la que había llegado—. De hecho, hasta el último año de preparatoria no había gastado un sólo centavo de mis sueldos. Había logrado juntar ochenta por ciento del costo de un automóvil usado.

—¿Cómo conseguiste el resto?

—En un acto de desesperación le pedí a mi padre el resto del dinero. Para mi sorpresa sí me ayudó. Incluso me acompañó a comprarlo a Tijuana.

—Tiempo: ¿por qué no lo compraron en Estados Unidos? —de nuevo estaba confundido.

—Para infortunio de muchos, acababa de suceder una devaluación en México. Para mi fortuna, esa catástrofe económica había multiplicado mis ganancias al grado que me permitía comprar un vehículo nuevo. Cómo se mueve el mundo, ¿no? —dijo con incredulidad.

—¿Alguna chica que haya conquistado tu corazón? —dije burlonamente.

—De hecho, sí. Salí con una compañera que me gustaba mucho. Ya hablábamos desde antes que consi-

guiera el coche. Ya con "nave" la podía llevar a su casa. Nos volvimos novios por un tiempo.

—Y ¿qué pasó?, ¿por qué por un tiempo?

—Lo que pasa es que ya venían las aplicaciones para colegios y universidades. Yo ya tenía un buen promedio y una idea de lo iba a estudiar. Ella me platicó sus planes. Eran más románticos que realistas. Deseaba una familia casi inmediatamente terminando la preparatoria. Para mí fue una posibilidad seguir ese plan. Sin embargo, seguía en mi mente la firme convicción de no estancarme en un trabajo de salario mínimo.

—¿La cortaste?

—Le platiqué mi plan. Esperaba llegáramos a un acuerdo. Pero, no sobrevivió la relación a nuestros sueños. Pensé que estaba haciendo el error más grande de mi vida.

—¿Te arrepientes de esa decisión?

—Ahorita no. Y, de hecho, poco me duró la tristeza. A las semanas nos llevaron a visitar un colegio y dos universidades. Una de las universidades era privada. Fuera completamente de mi realidad socioeconómica. Las otras escuelas que visitamos eran viables. Pero, para ser sincero, me enamoré de la Universidad Estatal de San Diego. Lo grande del lugar. Sus edificios con arquitectura de inicios del siglo XX. Las áreas verdes bien mantenidas. Los espacios comunes llenos de jóvenes motivados por aprender. Aún me emociona recordarla.

—Suena como la escuela ideal. ¿Ingresaste a ella?

—Ahí está la cuestión. A pesar de ser estatal, requiere pago. Podía meter solicitud. Pero, como regla, nos aconsejaban que solicitáramos a varias escuelas para asegurar por lo menos un sí.

—Entonces, ¿solicitaste al colegio y la universidad que visitaron solamente?

—No. Un mes después de visitar las escuelas, fueron militares a darnos pláticas sobre las oportunidades que el ejército nos ofrecía. Siendo franco, endulzan el oído. Más a chicos de bajos recursos. Así que mis opciones eran el colegio, que no cobraba mucho; la universidad estatal, que me gustaba, pero su costo era limitante; y el ejército.

—Y, ¿qué terminaste decidiendo?

—Pues, buscar el medio para estudiar en la universidad. Hay becas gubernamentales para los estudiantes con buenos promedios y recursos limitados. Como yo me encontraba en ambos rubros, la solicité.

—Y… Te la dieron —concluí firmemente.

Soltó una carcajada.

—¡No! —entre la risa continuó—. El día que la solicité ya habían cerrado la convocatoria…

Me quedé sin palabras. Qué podía decir o preguntar.

—Para suerte mía, mi hermano Humberto me llevó, a pataletas, a la oficina donde reciben las solicitudes para las becas. Ya estando ahí, mientras esperábamos nuestro turno, se puso a platicar con la secretaria. A mi hermano le fluyen las palabras con facilidad. Después de unos treinta minutos la secretaria le preguntó que si qué tramite iban a realizar…

—¿Qué pasó después? —mientras me mordía las uñas de la ansiedad.

—Como por arte de magia, mi solicitud encontró lugar junto con las de los demás concursantes —dijo incrédulo.

Color

—Mientras mi futuro se decidía en un lugar desconocido, yo seguí atendiendo a la escuela y el trabajo. Lo que me preocupaba no era si entraba o no. Más bien, me preocupaba que, si llegaba a entrar, el traslado diario me costaría un buen billete. Entre gasolina, comidas, libros, copias y, obviamente, el tiempo —pausó un segundo para organizar su mente—. Desde luego era espacio mental perdido, porque aún no tenía garantizado que ingresaría a la escuela. Igual ahí estaba, preocupándome por el siguiente paso.

—Pero está bien, ¿no? Digo… Siempre un paso adelante —dije para mantener la conversación.

—Supongo, pero era algo incierto que sólo sumaba a mis preocupaciones reales. Como seguir trabajando para independizarme al terminar la escuela, faltaban escasos seis meses y aun no tenía dónde vivir al terminar…

—¿Cómo… tu padre te echó de la casa? —interrumpí con asombro.

—No, no, no… nada de eso. La estancia en casa de mi papá era más necesidad que otra cosa. A mis hermanos rara vez los veía. Creo que ellos también evitaban estar en ese lugar. Hasta los menores preferían quedarse en actividades extracurriculares y clubes de tarea a quedarse solos en casa de papá.

—¿Tu papá los llegó a golpear, gritar o agredir físicamente?

—No era eso. Mínimo a mí, estar en la casa me hacía sentir abandonado. A pesar de que mi papá nos proveía de lo básico, el descuido en todo lo demás que necesitábamos era tangible.

—¿Crees que no los quería?

Después de una pequeña pausa me dijo.

—No. Pienso que hizo lo que creía era necesario para sostenernos. Para él era prioridad que comiéramos y estudiáramos. Nunca nos gritó o lastimó. No tomaba. Sólo recuerdo que se la pasaba trabajando. Tampoco nos daba consejos —se quedó pensando y continuó inmediatamente—… bueno, sí me llegó a dar consejos como que no usara drogas y cosas por el estilo. Pero lo único que sí me acuerdo de que me dijo fue: "No busques enemigos porque, aunque no los busques, los vas a tener". Se me quedó muy grabado. No sé por qué, igual es porque casi no crucé palabras con él, o me lo tomé muy a pecho.

—Es cierto lo de los enemigos. Entonces no era mal hombre tu papá.

—No era mal hombre. De hecho, podrías decir que era un papá común y corriente. Lo que pasa es que mi padre no llenó el hueco que dejó mi mamá —concluyó.

—Entonces, ¿qué pasó en tu último semestre de la preparatoria? —pregunté, intentando cambiar el tema.

—Pues me llovieron emociones, buenas y malas.

—¿Por qué? —pregunté interesado.

—Para empezar, recibí carta de aceptación de la universidad estatal a la que esperaba entrar. Pero, no me había recibido noticias de la beca. Entonces no sabía si aceptar o declinar mi lugar en la universidad.

En la granja tenía un lugar seguro al terminar la preparatoria, pero ya no quería seguir trabajando ahí. Con lo que había juntado, y no me había gastado en el coche, podía independizarme. Igual rentar un lugar pequeño cerca de la ciudad y de la universidad, aunque sin

la beca la escuela seguía pendiente. Pero al estar cerca de la ciudad podría conseguir un trabajo menos —pensó cuidadosamente sus palabras—... rural, por decirlo de alguna manera.

Suspiró y, después de unos segundos, me dijo:

—Para esas fechas nos reunió mi papá una tarde a todos en la casa. Lo que nos pareció algo raro —levantó los hombros y frunció el ceño—. Ya que todos estábamos en la sala, nos dio un aviso, con tono seco dijo: "Perdí el trabajo en la granja...". Parecía de veras que nos estaba corriendo, pero continuó con un tono más ligero, hasta apenado: "Me iré a Tecate, allá tengo un rancho que puedo trabajar. Tienen que saber... me casaré a finales de este año". Eso fue devastador para todos. Nadie podía creer que a escasos tres años de la muerte de mi madre. Este... este hombre... —estaba temblando del coraje— haya siquiera considerado volverse a casar —volteó conmigo—. ¿Qué le pasa? —preguntó sin intención de que le respondiera—. Desde luego no nos pidió que nos fuéramos con él, solo tomó sus cosas y nos dejó la casa. Supongo que lo hizo por cortesía o por obligación moral, quién sabe.

»Esa fue la gota que derramó el vaso. Después de este evento, Humberto, que ya estaba rentando en San Diego, nos propuso que María Eugenia y yo nos fuéramos a vivir con él. En ese momento ya básicamente éramos independientes. Yo acepté la propuesta, pero hasta terminar el semestre en la preparatoria. Así estaría cerca de la universidad y no me pesaría pagar parte de la renta a mi hermana.

—Pero ¿cómo le harías con el pago de la escuela y la renta? ¿Qué no es cara la educación superior en Estados Unidos? —pregunté.

—Sí, es muy cara. Pero, para mi suerte, unos días previos al aviso de nuestro padre, me resignaba a negar mi lugar en la universidad, recibí una carta del estado en la que me confirmaban la beca que había pedido. Esto facilitó la decisión de marcharme con María Eugenia y Humberto a un departamento cercano a la ciudad.

—Entonces, ¿ya no consideraste el ejército?

—Por el momento no, porque me aceptaron en mi primera opción. Además, se acomodaron las circunstancias. Ya en la ciudad, la escuela me quedaba a veinte minutos en automóvil, había más oportunidad de conseguir un trabajo de medio tiempo y, con la beca, el pago de la universidad era viable.

—Te pagaron toda la escuela.

—No al cien por ciento. Era un poco menos de la mitad. El resto aún estaba planeando cómo solventarlo. Me habían platicado unos amigos que había créditos que ofrecía el estado a gente que deseaba estudiar. Antes de salir de la preparatoria debía informarme.

—Sí es cierto. Aún estabas en la preparatoria. ¿Qué pasó cuando terminaste?

—En mayo que fue la graduación aún tenía diecisiete años. Pero un mes después cumplí mis dieciocho primaveritas. Lo primero que hice fue emanciparme de mi papá. Ya tenía dinero suficiente. Era mayor de edad. Y, lo más importante, ya no vivía en la casa.

—¿Sí se fue a Tecate? —pregunté.

—Sí. Todavía fue a mi graduación, me felicitó y ya. Después de eso rara vez lo vi. Siguió manteniendo a mis dos hermanos menores, aunque no vivía ya con ellos.

—¿Dónde se quedaron Ana y Arturo?

—En la misma casa. Arturo ya tenía dieciséis, y Ana catorce. Te digo, ya éramos independientes. Sólo que mi papá les siguió depositando cada semana, ellos se administraban bien. Digo —sonrió y dijo—, siguen vivos.

—No pues, sí. Lo que no te mata, te hace más fuerte. ¿No?

—Algo así —dijo con resignación.

—Y ¿cómo te fue ya en la universidad?

—Entré con emoción al campus. La arquitectura. El ambiente estudiantil. Las clases. Me encantó.

—¿Dónde terminaste trabajando? —le pregunté con curiosidad.

—Pues con la beca en mente, busqué trabajo dándole prioridad al horario de clases. Fue difícil, porque también quería un sueldo considerable. Entré en desesperación y me resigné a trabajar en un restaurante de comida rápida como cocinero.

—¿Qué tal estuvo? He escuchado que es mucha carrilla en comparación con lo que te pagan.

Viéndome a los ojos me dijo:

—Con tal de decirte que no duré ni el mes —desviando la mirada y después de un suspiro continuó—, es más, ni regresé por mi primer y último cheque —soltó una carcajada—, y no volvería. Deja tú la carrilla. Era un estrés de inicio a final de jornada. No era el trabajo en sí. Simplemente me estresaba el tipo de actividad. Y, de nuevo, como si la situación hubiera estado planeada, en una de las horas libres que tenía entre clases mientras caminaba por el campus a la cafetería, me percaté que solicitaban ayuda en una de las oficinas de la universidad.

—Pero ¿ayuda voluntaria o ayuda pagada? —pregunté con malicia.

—Pagada, y bien. Digo, para ser de horario flexible y en la escuela. Así ya tenía un presupuesto real, para solicitar el crédito estudiantil.

—¡Guau! De veras qué suerte. ¿Qué horario tenías?

—No me creerás. Pero, tenía que llenar veinte horas a la semana. En sí, no contaba con horario fijo. Era una bendición. Así si había unas horas libres entre clases, me iba al archivo y catalogaba documentos. Me daban una cantidad de papeles y yo los archivaba en microfilm.

—Y ¿cuánto tiempo trabajaste ahí?

—Prácticamente toda la carrera. Ya para el último año hubo una convocatoria para un trabajo de practicantes de ingeniería. Pagaban mejor, y me proveía de experiencia profesional. Aunque había horario fijo, para ese nivel en la escuela casi no teníamos clases, entonces apliqué.

—¿Conseguiste el empleo?

—Sí, y todo cursó de maravilla. Hasta que terminé la universidad.

—¿Qué hiciste cuando saliste?

—He ahí el detalle. El internado solamente se destinaba para estudiantes de último año de ingeniería. Yo como graduado ya no podía trabajar ahí. Entonces como cualquier profesionista recién egresado me integraba a las filas del desempleo.

—¿Cuánto tiempo pasó para que consiguiera trabajo?

—Varios meses. Bueno, sí hacía colaboraciones con compañeros, pero nada estable. Dejé currículos en muchas empresas. Y… ¿te acuerdas de que en la prepa nos visitaron militares? Ah, pues ahora yo los visité.

—¿Te enlistaste en el ejército? —pregunté asombrado.

—¡No! —sonrió como si me hubiera jugado una broma—. Pedí trabajo como un externo. Un amigo me comentó que estaban solicitando a ingenieros para que diseñaran estructuras en una base militar en California.

—¡Oh! —exhalé con alivio, no estoy seguro por qué… Y continué—. ¿Para qué servirían los edificios que diseñarías?

—Para que los volaran con explosivos —dijo con calma.

No supe qué responder. Me produjo conflicto su tranquilidad, como si fuera completamente normal que diseñaras edificaciones para que las derrumbaran en instantes.

—¿Eh? —es lo único que pude balbucear.

—Sí, qué deprimente, ¿no? —dijo entre risas—. Creas algo sólo para romperlo. Que no es algo raro para los militares. Supongo que tienen que correr pruebas de sus herramientas. En este caso sus herramientas son bombas.

—Pues, sí. ¿Tomaste el trabajo?

—No —dijo aligerado—. Me respondieron de la oficina municipal de una ciudad cercana a San Diego que se llama Orange. De hecho, en ese condado se encuentra el parque de diversiones de Disneylandia. Ya estaba por entrar a trabajar. Tenía contemplado rentar un pequeño departamento cercano al trabajo y todo. Pero no me agradaba tanto la idea de vivir fuera de la ciudad que, hasta este momento, me había otorgado tanto. Además, es mi ciudad natal.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Una semana anterior a la fecha de ingreso al condado de Orange, me contestaron de la oficina municipal de San Diego —dijo con una sonrisa.

—¡Bah! Qué suertudo.

—¡Yo tampoco lo creía! —dijo con la misma sonrisa.

—Y, ¿qué pasó con el trabajo en Orange?

—Con toda la pena del mundo les llamé para disculparme. Imagínate, menos de una semana para entrar a trabajar y los dejé colgados. Pero mi prioridad era quedarme con un trabajo estable en la ciudad. De ahí en adelante fue trabajar y trabajar. Conocí a mi esposa unos años después. Y… pues aquí estamos.

Retrato

La gente dentro de la sala de espera empezaba a disiparse. El barullo era menos que al inicio de nuestra plática. No me fijé en la hora. Sólo sabía de la historia de Alejandro. Cómo de tener la vida resuelta en un pueblo del sur de México, una enfermedad cambió el rumbo de su vida. De ser un hijo querido y estudiante ejemplar, se convirtió en huérfano de madre, migrante y trabajador de granja. Siempre con las palabras de su madre haciendo eco en su memoria: "Sólo estudiando tendrás una mejor vida, te hará un hombre de bien"; terminó la escuela media superior, en contra de los obstáculos impuestos por una cultura ajena a la que conoció toda su vida.

Conoció que el racismo puede deshacer sueños, pero también aprendió que el apoyo puede fortalecerlos; conoció que para conseguir resultados se requiere esfuerzo y que éste consta de trabajo, perseverancia y, en especial, de un objetivo claro. Además, se percató de que sólo no se consiguen victorias, las relaciones que hizo tuvieron qué ver en su camino, ya que le ayudaron en la toma de decisiones o en mostrarle posibilidades u oportunidades que solo no hubiera conseguido.

—Oye, y ¿qué turno tienes? —me preguntó.

Exaltado busqué mi número. Cuando lo encontré me di cuenta de que mi turno había pasado hace tiempo. Cuando Alejandro se dio cuenta de la situación, me entregó un papel. Era su número. Sorprendido le pregunté:

—Y ¿tú?

—Yo ya resolví para lo que venía.

—Entonces, ¿qué hacías aquí? —pregunté sumamente sorprendido.

—Esperando a que mi esposa pase por mí —hizo una pausa para ver su reloj viejo—. Ya ha de estar esperándome.

Se levantó y me dijo:

—Buena plática. Espero que salgas pronto.

En ese instante vi a dos chicas, ambas no mayores de veintitrés años, que se acercaron a Alejandro y lo saludaron con cariño.

—¿Listo, pá? —le dijo la mayor.

Volteó conmigo y me estrechó la mano.

—¿Qué te dije? Ya llegaron por mí.

Le apreté la mano y le dije: —Ojalá puedas dedicarte a la pintura.

Con calidez me sonrió y sólo dijo: —Ojalá.

Referencias

Casquero, A. y Navarro, M. (2010). Determinantes del abandono escolar temprano en España: un análisis por género. *Revista de Educación*, 191-223. Recuperado de http://www.revistaeducacion.educacion.es/re2010/re2010_08.pdf

Di Tullio, A. (2013). ¿Hacia una justicia sin fronteras? El enfoque de las capacidades de Martha Nussbaum y los límites de la justicia. *Revista Internacional de Filosofía*, *58*, 51-68. Recuperado de https://revistas.um.es/daimon/article/view/144611

Javaloy, F. (1994). El nuevo rostro del racismo. *Anales de Psicología*, *10*(1), 19-28. Recuperado: http://revistas.um.es/analesps/article/download/29391/28451

Latapí, P. (2002). Una buena educación: Reflexiones sobre la calidad. [Conferencia]. México.

Mata, P., Aguado, T., Ballesteros, B., Gil, I., Hernández, C., Luque, C. y Téllez, J. (2007). Racismo, adolescencia e inmigración: reconocer y afrontar el racismo desde una perspectiva educativa. *Emigra Working Papers*, *78*, 1-19. Recuperado de https://ddd.uab.cat/pub/emigrawp/emigrawp_a2007n78/emigrawp_a2007n78p1.pdf

Sandín, M. y Sánchez, A. (2013). Resiliencia y persistencia académica en estudiantes inmigrantes. *Revista Iberoamericana de Educación*, *62*(1), 1-11. Recuperado de http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/44283/1/626224.pdf

Zlobina, A., Basabe, N. y Páez, D. (2004). Adaptación de los inmigrantes extranjeros en España: Superando el choque cultural. *Migraciones*, *15*, 43-84. Recuperado de https://revistas.comillas.edu/index.php/revistamigraciones/article/view/4259/4081

El laberinto de la utopía: Un difícil camino a la docencia

Viviana Avilés Ramírez

Ángela es una mujer de decisiones. A diferencia de otras personas, se formó un bosquejo de lo que quería para su vida, poco a poco buscó la manera de alcanzarlo, sin embargo, no sólo hace falta quererlo, a veces es necesario pelear y aferrarse. Ella nunca creyó que haber nacido entre llanos en Sinaloa le representaría una desventaja ante lo que quería convertirse.

El camino inició cuando al salir de ese lugar, y llegar a Tijuana encontró buenas y malas experiencias, parecía que viajaba dentro de un laberinto en donde a cada vuelta que daba el camino se volvía extenso, pero finalmente había una pared que no podía brincar y debía regresar.

Ángela se cansó de contar las veces que se topó con problemas que se hacían enormes paredes, pero no perdió de vista su objetivo: salir del laberinto en donde ella misma había entrado y en donde no podía quedarse para siempre.

Una infancia color rosa

No decidimos el lugar en donde nacemos, ni la familia que tendremos, o el momento en la historia que nos tocará vivir. Llegar al mundo es como si tuviéramos los ojos vendados y con el paso del tiempo quedan algunas opciones; continuar en ese camino que fue elegido tal vez por el destino o por simple casualidad o salir de éste e iniciar uno nuevo, nadie garantiza que será mejor o peor, pero sí que será nuestro. Antes de poder elegir y crear conciencia de lo que queremos, en el mejor o peor de los casos dependemos de esos seres que nos trajeron al mundo, sin saber qué tan buenos son y que tan preparados están para velar por el cuidado y protección de alguien indefenso.

Para Ángela, ésta no fue la excepción. Nació una madrugada en la que su padre tomó la decisión de golpear a su madre en el vientre y cuando paró, ella se dio cuenta de que venían dolores más fuertes, dolores que sólo una madre reconoce después de seis partos. Se acercó con su partera, pero ella le dijo que tenía que irse a la clínica porque después de tantos golpes tal vez su bebé ya venía muerta. No entendían cómo pero después de unas horas escucharon el llanto de Ángela, a su madre se le llenaron los ojos de lágrimas y después de unos días regresó a su casa.

Esa ranchería en Sinaloa que después de sus primeros años de vida la reconocería como su hogar, lugar a donde podía llegar al terminar una mañana de escuela y una tarde de juegos, pero que al caer la noche sería el último sitio en donde quisiera estar. Su padre nunca perdió la costumbre de golpear a su mamá, y de paso a quienes

trataban de impedirlo, aprendió a taparse los oídos y a distraer a sus hermanos más pequeños de aquellas largas noches de gritos y llantos. Tal vez al papá de Ángela nadie le platicó lo que escribió Juan Rulfo en *El llano en llamas*: "Nadie te hará daño, nunca, hijo. Estoy aquí para protegerte. Por eso nací antes que tú y mis huesos se endurecieron antes que los tuyos".

Ángela y sus hermanos ocupaban alguien que los cuidara en un lugar en donde sentirse seguros. Su madre lo hacía, pero no había mucho que ella pudiera cambiar cuando era ella quien les pedía ayuda al recibir tantos golpes. Fueron quince años de vivir en lo mismo. Ángela tenía siete años cuando ese infierno parecía llegar a su fin. Fue una noche en donde su hermano mayor alcanzó a levantar el tubo de metal con el que su papá había dejado inconsciente a su madre y él con más coraje que miedo lo persiguió por la casa hasta alcanzarlo con un golpe, fue así como el papá de Ángela desapareció entre los llanos que rodeaban su casa y fue el momento en que la infancia de Ángela empezó a ser color rosa.

—Yo siempre fui muy inquieta —cuenta Ángela—, me gustaba andar trepada en los árboles y como en la casa teníamos mucho terreno, había muchos árboles frutales, porque mi papá era poco hombre pero siempre un gran proveedor, tenía buena mano para sembrar, también se iba al monte y cazaba animales, se iba a pescar y todos los días teníamos comida en la mesa, eso sí nunca nos faltó y pues nuestra casa que también fue construida por él, aunque era de retazos pero ahí vivíamos, teníamos unas paredes de madera, otras de *fibracell*, ladrillos y lámina negra. Y aunque la casa era de él y de mi mamá, nunca

regresó después de esa noche, ni para reclamar nada, ya después de muchos años supimos de él porque mandó veintidós dólares para mis hermanos los cuates, no para mi mamá, ni para los demás, para sus hijos los cuates.

»Ya después de eso mi mamá tuvo que trabajar más, ella trabajaba en seis o siete casas y una de ellas era de unos ingenieros quienes también nos mandaban cosas para jugar, ropita y zapatos. Y a pesar de que mi madre no podía estar con nosotros todo el día y mis hermanos mayores se hacían cargo de nosotros, ella siempre llegaba y nos consentía, nos revisaba la tarea, nos ayudaba en lo que podía, nos hacía cena, y nos revisaba que hubiéramos preparado las cosas para irnos a la escuela al día siguiente.

»Hay algo que no puedo olvidar y era cómo en tiempo de frío nos preparaba para dormir: todos dormíamos en una misma cama, los ocho cabíamos ahí, quién sabe cómo, pero nos acomodábamos, y cuando llegaba la noche y mi mamá salía del trabajo nos metíamos a la cobija en ropa interior y ella sacaba nuestros *pants* y sudaderas que usábamos para dormir y prendía la hornilla de la estufa y nos gritaba: "¡Atentos que ahí les va!", y nos calentaba el *pants* y la sudadera, como si fueran tortillas y corría y nos decía: "Pónganselo rápido" y todos nos acostábamos con la pijama recién salida de la estufa. Eran detalles de mi madre que a pesar de su cansancio siempre estaba ahí para nosotros, para cuidarnos.

Ángela vivió situaciones difíciles, pero siempre tuvo a alguien que la ayudaba, y que le reafirmaba la idea de que siempre debía seguir yendo a la escuela. Su mamá siempre le inculcó que la escuela era lo único que iba a hacer que saliera adelante, ella miraba cómo todos sus

hermanos estudiaban, quienes mínimo llegaron a la preparatoria, y debido a esto seguía sus pasos y no dejaba de pensar que en un futuro ella también quería ser profesora, así como quienes le daban clases.

Ella nunca había leído a Saramago, pero si en ese momento lo hubiera hecho, se hubiera apropiado de sus palabras escritas en E*nsayo sobre la ceguera* —"Sin futuro, el presente no sirve para nada, es como si no existiese"—, y sería más fuerte su deseo de visualizarse como profesora, porque sabía que estaba en sus pensamientos, pero no cómo lo lograría, si lo lograría o simplemente seguiría como un sueño. ¿Es posible pensar que no es importante creer que puedes alcanzar el cielo? Que los sueños finalmente son sueños y casi siempre no pueden cumplirse. Vivir con la ilusión de cambiar tu destino en ese sitio en donde te tocó nacer se vuelve un punto de arranque para muchas personas y ese era el caso de Ángela.

—En el rancho todo era tierra y obvio que nuestra familia no era de las más adineradas. Vivíamos de lo que traía a la casa mi mamá y mis hermanos mayores, batallábamos, pero sabíamos que preferíamos eso que vivir con mi papá y sus golpes. Nos acostumbramos a ir y venir de la escuela, corriendo para alcanzar a hacer mandados y llevar para las tortillas o para ayudarles a los mayores con las obligaciones de la casa. Y aun así me quedaba tiempo para jugar, era bien curioso porque a pesar de todos esos maltratos siempre fui una niña alegre o tal vez era mi instinto de protección o mi escape de ese dolor, era extrovertida y todo el tiempo inquieta, brincando, la que organizaba juegos, me gustan hablar y participar en todo, aunque en los bailes no podía en

primaria y secundaria porque había que poner un gasto que no tenía, pero de ahí en fuera cosas que no tuvieran que ver con un dinero yo me ponía, necesitaba agregarle chispa a mi vida y olvidarme de situaciones nocturnas en mi casa, creo que desde chica fue mi instinto de protección, los juegos y el deporte.

»Como vivía literalmente en un pueblito, iba a una secundaria técnica agropecuaria. Yo estaba en apicultura, iba a las colmenas a exprimir la miel de las celdas, a limpiar y a capturar enjambres de los árboles y a ponerlos en las colmenas, todas esas cosas me tocaron. Ahí también nos daban atletismo. Yo creo que fue en las primeras cosas que me sentí plena, sentí que era lo mío hacer deporte y aunque me gustaba mucho trabajar en la escuela y siempre fui una alumna de dieces también me quedaba con ganas de hacer otras cosas, y el atletismo representó en la etapa de secundaria una luz en mi camino. Me sentí buena en algo, mi autoestima creció bastante porque me tocó ir a la Olimpiada Nacional, como pude porque mi nivel económico no era bueno, pero tenía ganas de hacerlo.

»Todos me veían raro porque corría descalza. Sí tenía tenis, pero eran unos tenicillos equis del *sobres*, de esos que sabes el sabor del chicle si lo pisas. Entonces mi preparación fue descalza, jalando llantas, poníamos los pilares de cemento como vallas, no había material, no había nada y mis profesores de educación física y mis asesores de ese entonces me motivaron muchísimo porque vieron que yo era buena en eso y fui a competir a la etapa municipal y fue súper increíble porque nos fuimos a la ciudad y todos con sus trajes aerodinámicos y con licras y yo con una playera y una licra normal, ellos no, de los

enterizos con figuras y *spikes* de esos con los piquitos, yo pisaba descalza el tartán en la pista y decía; "¡Ay qué padre, está blandito!", porque de correr en la tierra con las piedras ahí corría muy a gusto, hasta masajito sentía en los pies. Ahí quedé en primer lugar y nos fuimos a la etapa estatal en Culiacán y también lo gané y otro compañero y yo nos fuimos a la etapa nacional.

»Ahí ya fue otro nivel y no gané pero fue una experiencia grandísima para mí, recuerdo que la mascota del nacional era un teporingo y desde ese entonces se nos quedó el apodo. Todo eso fue gracias a los entrenadores y al profesor de educación física, ellos y mi familia siempre estuvieron presentes en eso que me encantaba.

¿Será necesario explicar con otras palabras aparte de las dichas por Ángela cómo la escuela, el deporte y sus profesores representaron un empuje personal en su vida? Ángela estaba dispuesta a lograr sus propósitos y siempre hubo alguien que la orientó, fue la combinación perfecta para que ella se diera cuenta que había más cosas que hacer afuera de su ranchito, que había personas que creyeron en ella y la apoyaron hasta el final. Puede ser que Ángela no estuviera consciente de lo que esto representaría en su vida, tal vez lo hacía por diversión, pero todas estas experiencias la llevaron a acercarse más a una expectativa de vida en donde el esfuerzo y la dedicación serían la clave para lograr sus objetivos.

Ángela pudiese ser un claro ejemplo de la filosofía de Paulo Freire (1994), cuando asegura: "La escuela es aventura, no le tiene miedo al riesgo y se niega a la inmovilidad. En la escuela se piensa, se actúa, se crea, se habla, se ama, se adivina. Le dice sí a la vida y no enmudece a nadie".

La escuela le enseñó a Ángela que nadie la podía parar, ni enmudecer, que, al contrario, podía acercarla a tocar con ambas manos sus sueños, a crear nuevos desde lo inimaginable y con esto ser partícipe de nuevas aventuras.

De la decisión a la incertidumbre

En la vida se trazan siluetas que al parecer estamos predestinados a seguir, las podemos ver como una cruz que hay que cargar cada que te despiertas y que poco a poco, sin darte cuenta, se convierten en tu camino, en una rutina, en una oportunidad de cambio o de mejora. Estas siluetas empiezan por ser una línea que se va formando por experiencias de vida, el contexto en donde naces, por expectativas o patrones familiares. Aunque no siempre es así, hay quienes nunca logran distinguirla y se pierden en el camino, u otros que al aventurarse a seguirla la cambian por completo. Pensando en Ángela, podemos recordar que vivió una infancia difícil, con carencias, pero acompañada siempre de su familia que lejos de seguir un patrón de violencia de su padre, optaron por caminar por el mismo sendero de trabajo y esfuerzo que su madre. Fue precisamente esto lo que la llevó a tomar decisiones que la siguen acompañando en la actualidad.

A pesar de que Ángela vivía en una ranchería y la situación que la rodeaba no era la mejor, tuvo la oportunidad de ir a la escuela y tener el apoyo de su familia. Sus hermanos mayores fueron quienes iniciaron con el ejemplo de trabajo y estudio, poco a poco ayudaron a su mamá a que entrara más dinero a la casa, y así su situación fue mejorando. Siempre habían sido una familia unida, pero ellos tenían su silueta trazada, misma que los llevó a ca-

sarse, tener hijos y a formar su propio hogar. La mamá de Ángela se fue quedando con menos responsabilidades de dinero y Ángela muy pronto se volvió la hermana mayor ya que sólo se quedaron sus hermanos los cuates, ella y su mamá. Sus hermanos seguían ayudándolos, los animaban para seguir estudiando, ella nunca dejó de tener en mente que quería ser profesora, en cada etapa de su vida escolar encontraba a otro profesor que dejaba huella en ella; la orientaban, le platicaban de lo maravilloso que era la ciudad, poder viajar, salir de ese sitio en donde muchos de sus excompañeros de la primaria o secundaria ya habían desertado y se encontraban trabajando en la pizca.

Cada una de las palabras de aquellos profesores entraban en su mente, sabía qué quería hacer, pero no encontraba la forma de lograrlo, ella se dio cuenta que a pesar de quererlo y sentir que ese era su destino; estudiar y ser profesora, había algo más fuerte que su sueño, el contexto en donde había nacido y por el cual quiso convencerse de que a veces los sueños son solo eso. Saramago, en su libro *Ensayo sobre la lucidez*, le hubiera explicado que tal vez ella sería como un río que no conocería otro camino que no fuera el mar, ese camino sería como el de muchos otros de su pueblo y su mar, sería ser madre de una numerosa familia. Y no significa que esto sea algo negativo, en una época en donde esto era lo más común también podría ser posible que alguien demostrara que podían tener otra vida, otro camino y otro mar.

—En la preparatoria me reprimí a entrar a la Normal, no sabía cómo hacerle si me iba a la normal rural, me iban a mandar a la sierra, tampoco podía irme a la de la ciudad porque no conocía nada. Mi mamá era muy

protectora y tradicional, sólo me decía: "¡Ay, hija, si no conoces a nadie y nunca has estado allá, ¿cómo te vas a ir? ¡Te va a pasar algo malo!". Fue así como tuve que meterme a estudiar otra cosa en el Tecnológico que era lo que estaba más cerca de donde vivía, me llamaba la atención, pero no era lo mío, porque yo desde la primaria sabía que quería ser maestra.

A veces la oportunidad de tener una profesión no es para todos, aún menos para quienes viven al día, con lo que pueden y lo que hay a su alrededor. Para fortuna de Ángela había una escuela en la que podía tener una segunda oportunidad, su familia la encaminó a que se centrara a estudiar y sus profesores la inspiraron para seguir con una carrera. Pero, qué pasa con aquellos jóvenes que su vida se desarrolla en un rancho, en un lugar alejado, en donde el trabajo impera y la familia te llama a seguir ayudando, a no perder el tiempo en la escuela, en donde no hay nadie que te aconseje, oriente e inspire. Cuando en una familia no hay un libro que leer, ni nadie que te enseñe a hacerlo. ¿Cuál es el camino que podrán seguir? ¿No habrá nada más que hacer, sólo aceptar su destino? Sin duda se encuentran en una gran desventaja, y la desigualdad en la que viven tiene más de un motivo que les impide aspirar a encontrar nuevos caminos.

Habría que preguntarnos qué fue lo que sucedió en la familia de Ángela, que a pesar de tener todo en su contra, sus hermanos estudiaron hasta la preparatoria, el mayor pudo terminar una licenciatura y ella se aventuró a lo mismo. ¿Sería su madre?, ¿la escuela?, ¿sus profesores?, ¿un sueño que alimentaron con esperanza y expectativas?

Posiblemente fue un poco de todo, esto que en conjunto la ayudaron a crear un nuevo ciclo de oportunidades.

—Yo sabía que estudiar me dejaría algo bueno, era mi oportunidad para hacer algo diferente, algo que no fuera trabajar en casas limpiando, en la pizca, o quedarme con alguien que me mantuviera y si me tocaba buena suerte que no me pegara, porque allá todos eran iguales, eran costumbres que tenían, eran de esos machos que creían que se tenía que hacer su voluntad, ellos mandaban y las mujeres callaban. Fue por eso por lo que entré al Tecnológico, pero me costó mucho trabajo, no porque no le entendiera, era porque no me gustaba. Yo fui una buena estudiante, en la primaria, la secundaria y en la preparatoria siempre tuve dieces, estaba en el cuadro de honor, andaba en todo, me gustaba la escuela. Y aunque no me gustaba la carrera que agarré también me iba bien en las clases, participaba y poco a poco los profesores me iban conociendo, me sacaba diez en los exámenes, ya me miraban como toda una ingeniera y era raro porque no era muy común allá en el pueblo, casi iba con puros hombres, pero ahí andaba yo, buscando la manera de seguir estudiando.

»Al final sólo estuve un semestre ahí, me salí, y me sentía tan triste por mi mamá y mi hermano que con todo el esfuerzo habían guardado para pagarme el semestre, pero no me quedó más que decirles, "gracias por todo, por el esfuerzo, pero esta no soy yo, no voy a hacer algo que no me gusta sólo por desesperación, yo voy a salir adelante y voy a estudiar para profesora, a lo mejor no ahorita ni en dos años pero lo voy a hacer". Y mi mamá con lágrimas en los ojos, un poco decepcionada y con un

suspiro me dijo: "Te va a gustar el dinero y después ya no vas a querer estudiar. Para profesora es bien difícil, luego en dónde vas a trabajar, aquí todo es por palancas, pero ni modo, es tu vida y tú decides". Me sentí mal porque me daba cuenta que habían dejado de creer en mí, yo la que siempre recibía diplomas, la aplicada, me había salido de la escuela, y no tenía ni idea de cómo le iba a hacer para estudiar de nuevo.

La mamá de Ángela tenía un presentimiento, ¿qué podía esperar ahora? Sabía que lo único que podía hacer su hija era irse a otra ciudad a buscar lo que quería y ella como Juan Rulfo en *El llano en llamas* sabía que, "de los ranchos bajaba la gente a los pueblos, la gente de los pueblos se iba a las ciudades. En las ciudades la gente se perdía, se disolvía entre gente". Y al disolverse ¿qué le esperaba a Ángela? Podría ser el mismo destino que en su rancho, pero en un lugar más grande, lejos de su familia. Y este también era el miedo de Ángela, el mismo miedo que la llevaba a imaginarse que dentro de tantas expectativas negativas podría encontrar una sola oportunidad que la hiciera sentir que haber dejado la escuela, había sido una buena idea.

—En esa semana que me salí, me habló un profesor del Tecnológico y me dijo: "¿Ángela, ¿cómo que te diste de baja de la escuela? Tú tienes mucho futuro aquí, regrésate, yo te ayudo, puedes buscar una beca". Y ya nomás le contesté que no era por eso, que quería estudiar otra cosa, para profesora, sólo me deseó suerte y colgó. Eso me hizo sentir todavía más presionada, si estaba haciendo lo correcto o no, pero algo me decía que debía seguir, qué tal si en un futuro podía ser yo la

que le marcara a un estudiante para decirle eres muy bueno, no te salgas, yo te ayudo, te consigo una beca. Sabía que en algún momento podría representar esto que siempre tuve en la escuela, profesores que creían en mí y que esto hizo que yo misma me sintiera segura de lo que quería.

Ir a contracorriente nunca ha sido sencillo, luchar por lo que quieres tampoco, es precisamente esto, una lucha en donde desde lo más profundo de tus pensamientos y sentimientos sacas fuerzas para continuar, para vencer las cosas negativas que tienes a tu alrededor. ¿Cómo vencer a la desigualdad en donde Ángela vivió tantos años? Y no hablo de una desigualdad en donde vivía en situaciones extremas en donde no tenía para alimentarse o un lugar que pudiera llamar hogar. Hablo de todas estas pequeñas situaciones que tuvo que vivir, y que se vuelven características de la falta de oportunidades. Pensar en no estudiar lo que deseaba sólo porque en su rancho no había esta posibilidad, o que no contaría con el dinero suficiente para ir y regresar a casa, comprar materiales, y después trabajar en lo que había elegido.

Ángela ni siquiera se imaginaba lo que le esperaba, pero tal vez en su mente escuchaba palabras que la impulsaron a buscar la manera de continuar con esa silueta que ella sola se había dibujado, la que tenía como río el trabajo incesante, para llegar a ese mar, que se convertiría en su anhelo más grande; ser profesora.

—Estaba allá en el rancho y me sentía preocupada porque no sabía ni cómo le iba a hacer, los años pasaban desde que me salí del Tecnológico y no podía estar en mi casa sin trabajar ni estudiar y un día marcó mi hermana

que se había ido a vivir a Tijuana y me dijo: "Vente para acá, hay mucho trabajo, a lo mejor puedes buscarle a la escuela". Sin dudarla le dije a mi mamá que me iba a ir para allá, que no se preocupara que iba a estar con mi hermana y agarré una mochila con poquita ropa, unos ahorros que tenía y me fui. Llegué a Tijuana en el 2004 y me sentía bien rara, estaba allá en el ranchito todo chiquito, con las mismas personas y de repente venir para una ciudad bien grande. A los días me puse a buscar trabajo, bien rápido que encontré, era recepcionista en una constructora. Le hablaba a mi mamá y le platicaba cosas que hacía acá y me decía: "Qué bueno, hija, pero búscale a la escuela, no te quedes así". Pero en ese entonces, la Normal de Tijuana no tenía tanta difusión como ahora, sólo sabía que estaba hasta Playas y se me hacía bien difícil por los horarios, porque no podía salirme de trabajar y lo fui dejando.

»En el 2008 me fui a vivir con mi pareja, él trabajaba también ahí en la constructora, pero era de los que andaban allá en las casas, nos iba muy bien a los dos trabajando ahí. Entre los dos ganábamos a la quincena como unos 13 400 pesos, rentamos una casota de un amigo ingeniero, era de dos pisos, tenía tres cuartos, la cocina era enorme y la sala también, tenía terraza, una estancia, cuarto de lavado y nada más usábamos un piso porque pues éramos dos, no ocupábamos tanto. Ahí duramos un año, luego nos cambiamos a otra casa que también era parecida. Estaba muy feliz porque de ganar unos cuantos pesos allá en el rancho a lo que estaba ganando acá, me sentía millonaria y olvidé muchas cosas que quería, ya miraba lo de ser maestra como algo bien alejado, lo con-

sideraba pero no creía que pudiera hacerlo todavía, los años pasaron y menos me acordaba de lo que miré en la prepa y ya hasta pena y nervios me daba, así que continué con mi trabajo y aproveché el dinerito para sacar una casita por Infonavit acá por Natura, estaba chiquita pero bonita y ya iba a ser mía. Me sentía más contenta todavía, ya tenía un carro, una casa, mi pareja y trabajo, nada más me faltaba para lo que había venido.

¿Qué certeza le dio a Ángela la prosperidad que encontró en Tijuana? ¿Qué fue lo que la hizo alejarse de sus metas, de sus sueños? Recordemos las palabras de Juan Rulfo en donde nos habla de la gente que se disuelve en las ciudades, y este era el miedo que tenía la mamá de Ángela al ver partir a su hija, y fue el mismo que la convirtió en profeta. Ella tenía en mente todo lo que quería para su futuro, pero el trabajo la consumió y formó otros deseos, una pareja, un hogar y estabilidad económica, el progreso la fue dejando en una zona de confort de donde ya era difícil salir. Eduardo Galeano en *Las venas abiertas de América Latina* nos dice: "Ni siquiera el progreso resulta progresista, porque hasta el progreso está en manos de pocos propietarios. El alimento de las minorías se convierte en el hambre de las mayorías". Y es así como las personas se disuelven, perdiéndose en ese camino, quedando aquellos que tienen mayores oportunidades, esos que no se ahogan en deudas, préstamos y en momentos. Porque, aunque creamos que las personas salen de esa desigualdad cuando el dinero no falta, si no hay certeza en el rumbo, se pierde todo en aquello que parece ser el momento perfecto para seguir viviendo y podemos regresar una y otra vez del sitio del que nos habíamos alejado.

—Yo me sentía muy feliz por todo aquello que había logrado, aunque algo me faltaba, mi pareja decidió invertir en un negocio propio, de materiales para construcción y entre los dos sacamos préstamos del banco, fuimos creciendo y ese fue el momento indicado para comentarle de mi idea de entrar a la Normal, fue en el 2012 cuando me armé de valor y saqué la ficha, me acuerdo que me costó 500 pesos y pensé que por 500 pesitos me quito la duda de toda mi vida. Llegó el día, hice el examen y al mes, en un domingo tenía que revisar el periódico para saber si había quedado o no, me levanté muy temprano, pero teníamos planes para ese día, iríamos a Rosarito porque él jugaría fútbol y no miré el periódico porque si no quedaba no quería andar triste todo el día así que mejor me cambié, agarré mis cosas y me fui. De tanto que anduvimos haciendo se me olvidó, hasta que llegué a la casa como a las ocho de la noche y revisé el periódico en la computadora y ahí estaba en la lista. Fue el sentimiento más grande de felicidad que he sentido en el pecho: bailé, grité, lloré y me reí sin parar, él también estaba muy contento.

»Siempre me imaginé estudiando para profesora y después de más de ocho años pude cumplirlo. Creía que quedar era lo más difícil, así que prácticamente ya me hacía con mi título en la mano. Recordé esos momentos en que era una excelente estudiante y me propuse lo mismo. Como a mi pareja le estaba yendo bien en el negocio decidí renunciar porque ya sólo quería dedicarme a estudiar y así fue durante los primeros semestres, pasó un año y yo encantada, con las prácticas, los profesores, las actividades, pero así, en un abrir y cerrar de ojos las cosas se

empezaron a poner difíciles. El negocio empezó a fracasar, no supimos organizar nuestro dinero y tuvimos que cerrar, nos quedamos sin trabajo y yo no estaba dispuesta a dejar la escuela, me quedaban tres años, estaba más cerca que nunca, buscamos la manera, aunque no se parecía nada a lo que ya nos habíamos acostumbrado. De repente todo se venía abajo de nuevo, empecé a vivir como en el rancho, pero con las exigencias de una ciudad y ahora con mi sueño apachurrado entre mis manos a punto de esfumarse, a punto de tomar voz propia y decirme: "en el fondo sabías que esto no iba a ser sencillo".

Entró Saramago y su *Ensayo sobre la lucidez* a la cabeza de Ángela: "Los momentos perfectos, sobre todo cuando rozan en lo sublime, tienen el gravísimo defecto de su corta duración". Puede ser que no lo haya escuchado con esas palabras o que Saramago tuviera el apellido de su madre o de sus hermanos, no supo quién, pero recordó que hubo alguien que se lo dijo. Aunque disfrutó los momentos, no hubo nadie que le enseñara a Ángela la importancia de ser constante, de cuidar su dinero, de planear una vida con ahorros, gastos de emergencia. A pesar de que ella había salido de aquel lugar en donde careció de tanto y las cosas ya no eran iguales, podemos inferir que en la escuela no le enseñaron que el dinero no dura para siempre y tampoco es sinónimo de éxito, que no es suficiente con salir del rancho y empezar a trabajar para que todo cambie.

La desigualdad que vivió Ángela la llevaba consigo, la encaminó a apresurarse en la toma de decisiones, a perderse en el momento, pudo recordar su infancia, adolescencia y aquellos caminos que tomaban sus vecinos,

sus hermanos, observar errores, percatarse que no estaba lejos de regresar a esos días y que seguía dentro de aquello que creía se había alejado, era necesario cambiar ideas, aceptar sus equivocaciones, soltar costumbres, alejarse de caprichos, arriesgarse, tener un plan de rescate y sólo así poder desprenderse de ella.

Aquellos días en donde Ángela empezaba a perder todo lo que había logrado, se volvieron oscuros, pero lejos de hundirse en sus problemas, mismos que apenas comenzaban, pensó en sus posibilidades, recordó las veces que cayó de los árboles cuando se subía a cortar la fruta que comería en el día, las veces que pudo defender a su mamá cuando recibía golpes, y cuando corría sin parar en aquellas competencias, todo eso significaba un esfuerzo para ella, del cual resultó vencedora más de una vez aunque la escuela no le dijo cómo hacerle, de eso que vivió también se aprende y estaba dispuesta a ponerlo en práctica.

La ambigüedad de los sueños

Los sueños tienen la característica de no distinguir entre individuos. Todos podemos detenernos un minuto, cerrar los ojos e imaginarnos en otro sitio o ver a futuro un anhelo, el único inconveniente es que cuando los abres y no estás listo para afrontar la realidad, se convierte en una carga, una frustración. Para soñar se necesita tiempo, minutos preciados que no cualquier persona puede perder cuando se trata de levantarse para sobrellevar un día más. Entonces quizás los sueños no son para todos. Quienes no encuentran el momento para cerrar los ojos e imaginarse en otra realidad, son aquellos que sólo tienen tiempo para pensar en qué será lo que comerán, cuántos

días más podrán seguir en una casa en donde se debe la renta, si podrán un día más trabajar horas extra o el cansancio los vencerá.

Esos sueños que se tienen mientras estás despierto e intentas ver a futuro se podrían convertir en el único motor de quien busca salir de una realidad que no les gusta, entonces entre cada parpadeo, hay un microsegundo que va formando para quien se lo permite un nuevo sendero que pronto encontrarán la manera de seguir, así que regresamos al inicio, los sueños no distinguen entre individuos y cada uno de ellos encuentra la manera de formarlos y cumplirlos. Tener una profesión podría ser un sueño recurrente, más aún cuando se trata de quien se ha imaginado infinidad de veces trabajando en lo que le apasiona, y que esto los lleve a salir del entorno de desigualdad en el que se encuentran. Tal es el caso de Ángela, ella siempre quiso ser profesora y por alguna razón se formó la oportunidad de iniciar con su meta profesional, misma que no tuvo un buen inicio.

—Todo se me empezó a complicar desde que el negocio quebró y ninguno de los dos teníamos trabajo, pero me acuerdo de que en un día de esos que estábamos buscando cómo hacerle, me llamó mi mamá y me dijo: "¿Cómo estás hija?". Yo ni sabía qué decirle cuando pasó todo esto, pero no podía mentirle, ella siempre había estado para mí. Le empecé a contar que nos había ido mal en el negocio y que no teníamos trabajo, siempre ha sido bien preocupona pero también encuentra las palabras adecuadas para ayudarme y hacerme sentir mejor, yo sólo sentía ganas de que me abrazara porque ya tenía varios años sin verla y la extrañaba como nunca. Cuando

le colgué y después de todos los ánimos que me dio parecía que las cosas iban a cambiar, aunque yo sabía que la realidad no era esa.

»Seguíamos en la casa que saqué de Infonavit pero vivía con un miedo de que en cualquier momento nos sacaran porque ya no la estábamos pagando. Mi pareja encontró trabajo rápido, pero todo el dinero se nos iba pagando los préstamos que habíamos pedido al banco, eso y para la comida de la semana porque no nos acostumbrábamos a andar con el estómago vacío. Yo pensaba en meterme a trabajar, pero de verdad que por la escuela no podía, a veces me tocaba ir a prácticas y era todo el día, nada más en el traslado en camiones y taxis se me iban unas dos horas y media, si estaba difícil así que ni modo, me aguanté con lo poquito que él ganaba y ahí acomodando los gastos la fuimos haciendo. Mi familia también me apoyó mucho, cuando podían me mandaban dinerito y eso lo iba guardando para pagar el semestre de la escuela, porque en ese momento esa era mi prioridad.

Ángela continuó con sus planes, sin embargo, sabía que el haber tomado la firme decisión de no trabajar durante el tiempo que fuera estudiante no iba a ser sencillo. Recordó sus días en el rancho, las veces que miraba a su hermano llegar cansado de la escuela, irse a trabajar y hacer sus tareas en lo que le quedaba del día, finalmente él lo logró y ella esperaba verse igual de feliz que aquel día que pudo ver a su hermano graduándose de una licenciatura. Ángela se sentía segura con lo poco que tenía porque a pesar de que el dinero era contado tenía a alguien que se preocupaba por ella y velaba por la estabilidad de

los dos. Después de tanto buscarle su pareja encontró un trabajo nocturno en la ruta de un taxi que le brindó más seguridad. A pesar de ello vivían en una casa que hacía meses ya no era suya y que tuvieron que dejar. Es así como viven infinidades de familias, con deudas, en una casa que se vuelve cada vez más difícil pagar, pero que es necesario hacerlo porque en las colonias en donde se vive trabajando y se trabaja para vivir es la única manera de ir consiguiendo un patrimonio.

—Me dolió mucho dejar mi casa, pero no podíamos seguir ahí, así que nos fuimos a vivir con mi suegra, fue amable con nosotros, nos dio un cuarto mientras nos acomodábamos, ya casi íbamos terminando de pagar lo que debíamos y pues la casa la dejamos por la paz. Era extraño vivir en la casa de su mamá, pero también me quedaba más cerca de la escuela y ya no nos teníamos que preocupar por tanto, aportábamos lo que podíamos porque ellos sabían nuestra situación. Siempre estuve agradecida, cuando llegaba en la noche de la escuela les llevaba pan para cenar todos juntos, era el único ratito que lo miraba a él, porque de ahí se iba a trabajar y ya regresaba cuando yo ya me había ido, así como quién dice, sólo llegamos a dormir. Pero bueno, en ese momento pensaba que todo estaba bien, pero parecía que salía de una para meterme a otra más difícil.

»Yo ni me imaginaba nada, pero un amigo de él fue a la casa un día que estaba trabajando y me contó que andaba metido en drogas. Yo no lo podía creer y duré días observándolo, fui viendo sus cambios de comportamiento y me convencí de lo que me contaron, entonces lo enfrenté, le dije que me había enterado de lo que

hacía, primero él lo negaba todo y lo harté de tanto decirle cosas y lo aceptó, me soltó toda la sopa. Su mamá se enteró y en ese momento yo hablé con uno de mis hermanos, le platiqué lo que sucedía y me dijo :"Vente a vivir conmigo, déjalo", y me fui a su casa como un mes, en ese mes fue bien difícil para mí saber que no estábamos juntos, al principio no quería saber de él pero me entró la necesidad de conocer qué había pasado. Preguntando me enteré de que su mamá lo había corrido y estaba durmiendo en el taxi de un amigo, cuando supe esto le dije a mi hermano: "Muchas gracias, pero ya no puedo estar aquí, no voy a estar a gusto, tengo que estar con él y ayudarlo".

Ángela no tenía ninguna obligación de cuidarlo. Nunca pensaron en casarse. Vivían felices uno al lado de otro, se formaron promesas que no fueron necesarias presentarlas ante un juez o en una iglesia, ella sabía que no podía dejar sola a la persona con la que había pasado tantos momentos y olvidándose de su comodidad, de lo que esto representaría para su presente y su futuro decidió ayudarlo. Y como García Márquez lo mencionó en *El general en su laberinto* (1989), le hubiera recordado que "la vida le había dado ya motivos bastantes para saber que ninguna derrota era la última" y aunque hubo un momento en que parecía que así sería, el tiempo no se detenía, sus sueños continuaban y el lazo que se fue estrechando en ellos fue suficiente para enfrentar juntos una nueva etapa.

—Cuando fui por él a la casa de su amigo, ya estaba muy mal, y yo peor porque me había hecho la fuerte y salvadora pero no tenía casa en donde vivir, no teníamos

trabajo, casi casi volvimos en donde comenzamos después de perderlo todo.

¿Qué podría tener Ángela si se enfocaron en vivir de nuevo día a día? Sin pensar en un futuro, en un plan de escape, se encontraban en el momento que fueron formando, ella nunca se dio cuenta de lo que pasaba con su pareja, y él jamás tuvo la fuerza para pedirle ayuda, tocaron fondo. Y lo único que Ángela se había encargado de fortalecer fueron amistades que en momentos tan difíciles como estos la apoyaron y para ella, esto valía más que todo lo demás que le faltaba.

—Yo me sentía desesperada y lo único que se me ocurrió hacer fue contarle a una amiga todo lo que me estaba pasando, que no tenía casa para vivir y que mi pareja tenía un problema de drogadicción. Ella vivía con su esposo y me prestaron un cuarto en donde tenían sus cachivaches, metimos la ropa en una maleta, era todo lo que teníamos. No nos llevamos nada, ella tenía un colchón individual y yo una laptop que me habían regalado en la que hacía mis tareas, nos dieron comida y todo lo que ocupábamos. Él ahí vivió su desintoxicación en ese cuartito de la casa de mi amiga, viendo series y cuando la desesperación le ganaba saliendo a correr y a caminar por la privada. Así estuvo varios meses encerrado, sin trabajar, no sabía ni cómo le hacía para seguir estudiando, como mi amiga estaba en la misma escuela me daba *raite* y también me apoyaba a veces con dinerito, de verdad que fue como un ángel para mí.

»En ese entonces su familia no lo buscó, sólo uno de sus amigos estuvo con nosotros, él me daba cien pesos diarios para que yo pudiera ir a la escuela, y justo en

esos días cobré mi seguro de desempleo que fueron como doce mil pesos y en cuanto su familia se enteró que había agarrado el dinero le cobraron no sé cuánto que les había pedido prestado, tres mil quinientos pesos que le debía al señor que le rentaba el taxi, pagué mi semestre de la escuela y los tres meses de la casa que rentamos al lado de mi amiga para ya liberarla un poco, y así se me fue el dinero, tapando unas deudas para encontrar otras. Ella nos prestó un colchón inflable que era en donde estábamos, unas cobijas que nos dio mi hermana y su mamá, nuestra ropa en una maleta, unos bloques que agarrábamos de asientos, y otros para poner la compu y hacerla como de televisión, y adoptamos a dos gatitas que fueron otra distracción para él, le ayudaron mucho, luego lo invitaron a trabajar de nuevo en la construcción y fue cuando empezó a recuperarse poco a poco y a levantarse otra vez.

Cuando la desesperanza llama, se cometen errores que lastiman. Ángela conocía muy bien lo inútil que era buscar un camino fácil para evitar penas, jamás pensó en drogarse, ella tenía en mente una meta fija que seguir, nada la podía alejar de su objetivo, y aunque ella no fue quien cayó en esta trampa, sufrió lo mismo que quienes viven por ella. No suena lógico pensar que alguien con tantos problemas económicos se vea influenciado por algo que finalmente acarreará más problemas, pero en un contexto en el cual es sencillo conseguir drogas, la lógica no parece entrar en el pensamiento de quien lo vive.

Su pareja tuvo a alguien que lo apoyara, que lo ayudara a salir de donde había decido entrar, no fue sencillo para ella, pero encontró la manera. Ángela estaba destinada a siempre encontrar la salida para sus momentos

de oscuridad. Tenía en la mente a su madre levantándose cada día después de los golpes que le daba su pareja y podía percatarse que de aquella mujer había heredado la fortaleza que necesitaba para afrontar los errores de otros.

—De verdad que esos días fueron muy difíciles, aunque tenía el trabajo, pues no nos iba bien. Yo llevaba ocho pesos para irme a la normal, sólo era lo de un pasaje y tenía que pagar dos y era caminar o encontrarme un *raite* que tatita Dios me mandaba o no sé qué rollo, hubo muchas veces que comía sólo una vez al día, el chef de la cafetería de la escuela siempre me daba un café, unas galletas o un burrito y era lo que comía, de regreso a la casa llegaba por treinta y cinco pesos de croquetas para los gatos, porque empezamos con dos, pero ya teníamos catorce. Compraba también unos bolillos, frijoles, leche y café, con eso vivíamos, eran cien pesos diarios que podía gastar, y de vez en cuando que mi mamá y mis hermanos me mandaban dinero, un profesor de la escuela también me apoyó mucho, me compraba comida porque se daba cuenta de cómo andaba batallando, todas esas personas fueron las que hicieron mantenerme en la Normal porque de verdad no sé cómo le hice para no tirar la toalla.

García Márquez, en *El general en su laberinto* (1989), menciona que "en la larga historia de la humanidad se ha demostrado muchas veces que la vocación es la hija legítima de la necesidad". Ángela se aferró a su carrera porque era lo único que tenía, por lo que había luchado tantos años y no quería perder. Sabía que era lo único que la iba a sacar de donde estaba, que era su luz al final del túnel, porque si dejaba esto en donde llevaba un poco más de tres años aferrada, no iba a haber vuelta atrás, no

encontraría nada que la llenara tanto como lo que amaba desde pequeña, se volvió su escape, en este proceso vivió de soñar el día en que egresara e iniciara con una nueva etapa en su vida.

—El trabajo en la construcción empezó a ir mejor, pero nosotros no, ya no éramos los mismos, habíamos dejado de tener tiempo para vivir, todo se convirtió en problemas de dinero, y creo que yo le recordaba muchas cosas difíciles y tristes que tuvo que pasar. Aceptamos que nuestras prioridades eran otras y que no podíamos seguir juntos, así que nos separamos. Yo hubiera pensado que después de tanto que compartimos estaríamos juntos siempre, pero no, nos dimos cuenta que después de ocho años juntos, las cosas no eran cómo lo esperábamos, yo lo había ayudado y él me prometió seguirme ayudando siempre que pudiera, así que con miedo y todo me regresé sola a mi primera casa en Natura, todavía no había nadie ahí, las cerraduras eran las mismas y sentí que era una señal para volver, total si me iban a sacar al menos lo había intentado de nuevo.

»Como yo seguía estudiando, todavía no trabajaba, y menos ahora que en la Normal teníamos que ir a prácticas en la mañana, regresar por la tarde a clases y a parte asistir a las asesorías para el documento de titulación. Él me siguió dando dinero cada semana, para mi comida, la escuela, el transporte, ya no estábamos juntos, pero me prometió que me ayudaría hasta que saliera de la escuela y así fue, mis hermanos y mi mamá tampoco me dejaron sola. Fueron momentos difíciles, pero al fin estaba terminando mi meta personal y no podía creer que después de todo lo que había pasado estuviera ya pagando lo de mi toga, pensando en la

fiesta de graduación, comprando la placa de agradecimiento para mi mamá, preparando los últimos detalles de mi examen profesional, y teniendo el apoyo de amigos y mi familia que era todo lo que completaba mi vida.

Hubiera sido preciso que Borges reforzara el camino recorrido por Ángela con estas palabras: "Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es". Ángela sabía quién era, sabía a lo que se había enfrentado, conocía que su camino había sido más complicado que el de muchos compañeros que estaban a su lado, recordaba haber vivido en seis casas diferentes, recordó noches caminando calles y pidiendo ayuda para llegar a casa, escuchaba el sonido de su estómago vacío, el ladrar de los perros cuando su pareja corría para matar su ansiedad que le provocaban las drogas, sentía el cansancio de noches enteras pensando en lo que debía hacer para que el día siguiente tuviera fuerzas para levantarse. Pudo darse cuenta de que en sus ojos se guardaron lágrimas de frustración, alegría, miedo, incertidumbre, coraje y también de esperanza.

Había encontrado su momento, ella sabía para siempre en quién se había convertido, conocía lo que la había forjado como una mujer fuerte y valiente, sabía que sus noches en vela tenían como resultado un título de licenciada, pensaba en la infinidad de veces que todo estuvo en su contra y a pesar de ello, podía decir orgullosamente que había egresado, que tenía una mención honorífica, que cada segundo dedicado y todo su esfuerzo había valido la pena y que eso que inició como un sueño ahora era tan real como siempre lo había imaginado.

Una nueva utopía

Alcanzar una meta de vida se puede convertir en una utopía, tal y como lo menciona Eduardo Galeano: "La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos, ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía? Para eso, sirve para caminar". Ángela había obtenido lo que siempre había soñado, por lo que luchó tantos años. No precisamente sólo en la Escuela Normal, fue desde el momento en el que se dio cuenta que vivir en aquel rancho de Sinaloa le representaría una de las primeras dificultades para poder ser profesora. Ahora tenía un título en sus manos y su madre por segunda vez había sentido el placer y la satisfacción que sólo una madre puede sentir cuando puede ver a sus hijos siendo felices con lo que hacen y con lo que quieren.

—Cuando salí lo primero que hice fue ir a ver a mi mamá, la fui a visitar a Sinaloa. Le llevaba la placa de agradecimiento que le mandé a hacer, ella no pudo estar presente en mi acto académico, me pesó mucho pero no juzgo a mi madre, ella tiene sus ideas y no quería salir de su casa, hace unos años se juntó con una persona y es muy feliz. Fue triste para mí porque esperaba verla ahí pero cuando llegué a Sinaloa le di la placa y aunque en el fondo estaba sentida con ella, no podía enojarme, ni evitar abrazarla y sentirme como niña de nuevo en sus brazos. No me aguanté y le dije que me dio tristeza que no estuviera conmigo, pero más que un reclamo fue un momento de desahogo, ella me abrazó y lloramos juntas. Me hizo saber que estaba orgullosa de mí y de todo lo que había logrado.

»La escuela para mí siempre representó un mundo de oportunidades y estar en la Normal fue lo más grande

que he tenido, fue un escalón para alcanzar la plenitud de muchos ámbitos en mi vida no solo en lo académico, la escuela, mi graduación y toda la etapa de estudiante, crecí y sufrí demasiado y por lo mismo aprendí muchas cosas también, disfruté muchísimo la escuela y creo que muchas ocasiones sentía que mis compañeros sólo iban a jugar que no le ponían la dedicación y el empeño suficiente como yo lo veía y les decía: "Es que sé a lo que vengo aquí, sé lo que quiero; ustedes lo ven como un requisito más, es el paso que sigue en su educación y para mí representa una mejoría en toda mi vida y es una meta que he anhelado tanto tiempo que para mí es algo grandioso estar aquí y disfrutar los trabajos, proyectos y tareas porque esto para mí es el empuje hacia mi estabilidad".

Ella estaba consciente de lo que representaba terminar de estudiar, podía tener un trabajo que la acercara a lo que siempre había querido. Pero si en la sociedad en la que vivimos tener un título y conseguir un trabajo fueran sinónimos, las cosas no se hubieran puesto de nuevo difíciles para Ángela, se dio cuenta que tenía que estar preparada para no contar con un salario, al menos durante los primeros seis meses, eso si bien le iba. Y ella cómo les podía explicar a los que le querían quitar su casa que sólo debían esperar seis meses más, para que le pagaran en su trabajo y poder realizar un convenio que no la hiciera perder la inversión que ya había realizado. No era sencillo trabajar en otra cosa mientras esperaba su pago, no podía hacerlo, porque no le quedaba tiempo, estaba ocupada en lo que siempre había querido hacer, trabajaba, pero sin un sueldo, debía esperar trámites y los bancos no le creyeron más, se dieron cuenta que vivía en esa casa que ya

no era suya, que había perdido desde hace años, así que solo le dieron un mes para salir de su hogar.

De nuevo se encontraba buscando un lugar en donde quedarse. Su expareja se había cambiado al mismo fraccionamiento en donde ella estaba, así que le ofreció un cuarto en donde un amigo y él vivían. Aquí pudo entrar ella y los catorce gatos que aún la acompañaban. A pesar de que ya no estaban juntos y el cariño que se tenían era sólo de amistad, las promesas no se olvidaban. Fue así como una vez más se encontraba compartiendo un nuevo momento de su vida con esta persona.

—Yo esperaba que ya fuera de las últimas veces que dependiera de él, de otras personas, no podía con la espera de al fin tener mi trabajo y no poder pagar mis deudas, de no tener una casa en donde vivir. Fue muy desesperante, pero ya había pasado, por tanto, ya me había tocado vivir de bolillos del Oxxo y café regalado, ya de qué más me podía quejar. Así que pensé; ¿qué me costaba esperarme seis meses más? Total, si algo había aprendido es que tarde o temprano llega el momento para todo.

La espera de Ángela había concluido, había llegado el día en el que recibió su primer cheque como profesora. Era un sentimiento indescriptible, jamás había pensado que podía conseguir ese dinero con su esfuerzo. Si bien su mayor pago había sido la satisfacción de poder con todo aquello que se había atravesado en su camino, esto le abría la puerta para una estabilidad económica, el momento en donde parecía que al fin todo había terminado.

—Anhelaba esto de verdad. Muchas veces me pregunté cuándo iban a parar de pasarme cosas malas sobre todo, digo, llegaron muchos momentos de crisis que me

ponía a llorar y le decía a Diosito, ¿qué he hecho mal en mi vida como para que me vaya tan mal? Pero al final supe que tenía una recompensa muy grande: me dieron mi plaza, aunque también le sufrí, siempre anhelé que las cosas se compusieran y no lo miraba cercano, porque los problemas fueron muy graves, pero ya tenía lo que siempre había soñado.

»Agradecí a todos los que me ayudaron y conseguí un lugar para vivir con una compañera del trabajo. Mi plaza ya era segura, tenía un pago que nada se comparaba a vivir de doscientos a quinientos pesos a la semana. Todo se puso en el camino correcto. Y empecé con la inquietud de seguir estudiando, de seguir preparándome y fue así como inicié con mi maestría, primero para mejorar en mi carrera y favorecer a mis estudiantes y segundo porque me gustaría dar clases en alguna universidad o en mi escuela que me dio las bases para empezar con todo lo que tengo ahora.

Ángela no olvida que siempre tuvo que batallar con algo. Nunca nada fue sencillo y la escuela, los momentos que vivió, la dejaron acercarse a formar un plan de vida que la ayudaría a jamás estar en el mismo lugar que hace algunos años. No es fácil salir triunfante de situaciones en donde la desigualdad impera, hay quienes se pierden en la desesperación y la desconfianza. Se hunden en la inseguridad y en las preocupaciones que les depara una vida con sacrificios para comer, trabajar y encontrar un lugar en donde se puedan sentir seguros. Sin embargo, como lo podemos leer en estas líneas que describen la travesía que Ángela vivió, podemos saber que no es imposible, se encontró en un vaivén de situaciones. De pronto obtuvo la estabilidad que necesitaba para asegu-

rarse de que quería seguir así el resto de su vida, y eso le dio fuerzas para recordar que si en un momento de su vida ya lo había logrado lo podía hacer de nuevo.

Ella no abandonó a la desigualdad cuando empezó a tener dinero, se alejó de ella cuando sus metas y expectativas se cumplieron, cuando por medio de la escuela encontró las herramientas para pensar a futuro y crear un plan de vida que le diera la oportunidad de tener una vida digna. Tener un trabajo fue lo que le brindó una estabilidad económica y con ello vinieron muchas cosas que la hicieron sentirse plena.

—Estar en la Normal era mi motorcito, un escape de lo que estaba pasando en casa y otra la esperanza de que algo mejor venía. En lo personal, y en lo profesional, por lo que representó para mí graduarme, no fue sólo una titulación sino vencer muchos problemas, obstáculos, vencer la desesperanza de algunos de mis familiares no de todos, mis propios límites. Aguanté de todo. Fue como ir en el autobús en donde ya no cabes y vas así en la esquinita del escalón agarrándote del tubito a punto de salirte. Algo así me sentía, ese era el pesero de la Normal y yo iba agarrada de la puerta colgada de los tubos. Esa era yo, aferrándome a ese transporte que me iba a llevar al lugar en donde estoy ahorita y que quiero ir más allá, porque en un futuro veo posibilidad de mejora y de tener mi casa.

Al final de esta historia que aún sigue viviendo Ángela, encontramos el poder de una decisión, la fortaleza de aquellas personas que logran salir adelante con todos los obstáculos que se presentan. Ángela puede decirnos que al fin su vida está completa y que se siente plena con

lo que ha conseguido a lo largo de los años y si comparamos la teoría de las 10 capacidades de Martha Nussbaum (2010) con la vida actual de Ángela encontramos que ella cuenta con una buena salud e integridad corporal, que ha desarrollado sus sentidos, imaginación y pensamiento, que tiene un vínculo con distintas personas, pudo planificar su vida, es capaz de vivir con otras personas, tienen vínculo con la naturaleza en donde podríamos hablar de una pasión por los perros y gatos que se encuentran en situaciones vulnerables, aprendió a tener un control de su entorno y tiene el tiempo suficiente para divertirse, y seguir aprendiendo.

Cada uno de estos aspectos se encuentran en la vida actual de Ángela, sin embargo, fue después de tanto caminar, de recorrer un sinfín de problemas que se interpusieron en su camino. Hoy se encuentra en otro momento de su vida, con nuevas metas y deseos, en una utopía en donde aún se encuentra caminando.

—A pesar de todo lo que me sucedió, no cambiaría nada de mi pasado, fui fuerte, valiente y me permitió llegar a donde estoy, pasé hambre y sufrí muchas desilusiones, pero me acercaron a encontrar la plenitud.

Ella tiene en mente las palabras de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*: "Una persona sufrida es menos sensible al dolor que las que apenas si ha sido tocadas por la adversidad".

La desigualdad, los problemas, los recuerdos tristes y alegres, las experiencias vividas le dieron la fortaleza para llegar en donde se encuentra hoy. Este mismo camino que puede ser encontrado por aquellos que tengan una esperanza por la cual se lucha desde su trinchera, tal

vez no completando una carrera como Ángela, pero sí encontrando la felicidad, desarrollando sus potencialidades y convirtiéndose en palabra viva.

Referencias

Borges, J. (1974). *El Aleph*. Buenos Aires: Losada.

Freire, P. (1994). *Cartas a quien pretende enseñar*. México: Siglo XXI Editores.

Galeano, E. (1971). *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

García, G. (1989). *El general en su laberinto*. Bogotá: Oveja Negra.

Nussbaum, M. (2010). *Las mujeres y el desarrollo humano: El enfoque de las capacidades*. Barcelona: Herder.

Paz, O. (1950). *Laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rulfo, J. (1953). *El llano en llamas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Portugal: Dorota Miśkiewicz.

Saramago, J. (2004). *Ensayo sobre la lucidez*. Portugal: Alfaguara.

La existencia de los absurdos: Un pasado desde los lentes del profesor Jesús Ortiz Figueroa

Edgar Graniel

A todas las personas que en su lecho de muerte contemplaron los sueños que nunca pudieron hacer realidad, las ideas que nunca se materializaron, los talentos, los dones y las habilidades que nunca usaron.

A través de los ojos del Prof. Jesús Ortiz Figueroa, quien a lo largo de su vida se ha dedicado a las causas sociales, inclusive más a los problemas individuales de aquellas personas que se encuentran en el círculo de la desigualdad, nos acercamos a conocer diversos casos que delatan la realidad que muchos padecen allí donde inicia la patria, en la ciudad de Tijuana, aquellos que algunos no quieren ver. Es preciso aclarar que por medio de su experiencia nos damos cuenta de cómo la educación se convierte en un puente que ha ayudado a muchos a cruzar ese umbral permitiéndoles romper el círculo de la desigualdad o el cómo rechazar la educación sepulta de manera significativa la vida de las personas.

Memorias

La noche oscura sin luna y el cielo inmenso se volcaban sobre la frontera más transitada del mundo. Entre sus bulevares y avenidas principales, así como sus calles, la gente caminaba como suelen hacerlo todos los días: manejando entre la histeria colectiva del tráfico, que ya es habitual. Con una mirada profunda, sonrisa en el rostro, apretando fuertemente el volante, se encontraba pensando entre la nada y el todo el profesor Jesús Ortiz quien para sus adentros y reflexiones propias que son dignas de su naturaleza se decía: *La identidad y la pertenencia tienen que ver con las raíces.*

Al voltear de un lugar a otro, cerca de la canalización del río Tijuana, se podían observar aquellos que no son propios de una vida digna y sí un daño colateral de un contexto que poco ha hecho por ellos, un contexto que, debido a las políticas migratorias del país vecino, la ineficacia de políticas públicas de los gobiernos actuales, así como la indiferencia de la sociedad los ha convertido en fantasmas y, en el mejor de los casos, carne de cañón de otros. Y es que no hay mucho que se pueda mirar cuando uno maneja sobre las arterias principales de la ciudad. Los ojos del profesor son los mismos de aquel empresario, doctora, reportero, estudiante o niño que por momentos se bañan en la realidad, misma que no es muy amigable con quienes llegan desde lejos, aquí donde comienza patria.

Y las raíces son las que hacen crecer las plantas, las que les permite florecer y dar fruto, y cuando uno no tiene raíces pues se muere, y las raíces tienen que ver con la historia, tiene que ver con los orígenes; entonces si uno quiere

tener fortaleza, tener consistencia y no ser líquido ni gaseoso, entonces tiene que fortalecer sus raíces. Eso pensaba frente al monitor encendido dispuesto a continuar su investigación para su proyecto de formación ciudadana, sin embargo, no dejaba de pensar en aquellos jóvenes de mirada triste de no más de quince años que momentos atrás en un semáforo se habían volcado con un trapo sucio para limpiar su carro mientras él negaba con sus dedos para que no lo hicieran; su cabeza daba vueltas y continuaba: *Y eso tiene que ver con el manejo del tiempo y del espacio, porque pues nosotros somos seres que no sabemos ni quiénes somos ni de dónde venimos ni a dónde vamos.*

Justo en dicho momento, interrumpiendo su reflexión, sonó su teléfono. No era llamada de trabajo, ni de su familia, ni de un amigo para saludarlo. Se levantó de su mesa, caminó por los pasillos, llegó al estacionamiento, se subió al carro y rápidamente manejó hasta un restaurante de comida china cercano, compró un lonche, regresó a su carro y se dirigió hacia una fábrica que estaba en proceso de construcción. Ahí, justo ahí, alguien lo esperaba, casi en medio de la nada y con la noche sobre sus hombros. Al momento de acercarse aquella persona con voz melancólica y pausada dijo: "No he comido nada en todo el día, con trabajo he llegado hasta acá". Con una sonrisa amable en el rostro, el profesor le entregó lo que había comprado y se despidió, regresó a la escuela. Terminando su reflexión, en voz alta sentenció: *A mí me gusta conocer el pasado porque eso me permite explicar mi presente y además nos prevé un futuro, porque el futuro es lo que vamos a hacer y el presente pues somos nosotros.*

Ese miércoles, a través del insomnio que llega cuando mágicamente todos duermen, las memorias se avivan, aprisionando al sueño, he ahí y bajo dicho escenario que a la mente de este maestro llegaron los recuerdos tanto de él como de los suyos, que van desde el viaje emprendido de sus padres desde el centro de la república hacia Baja California Sur hasta lo sucedido horas antes cuando Ana llamó en auxilio. Por unos segundos sonó en su cabeza el himno del Sinarquismo:

Grande, firme, violenta,
nuestra fe nos alienta.
Mil pasos adelante, ni uno atrás.
El cielo lo ha votado
y nos los hemos jurado:
¡la Patria victoriosa surgirá!

A ratos su niñez se asomaba por la ventana de los recuerdos. Visualizaba su primer hogar donde había plagas de pulgas; cuando su madre enfermó y su padre tuvo que ir a buscar trabajo a cientos de kilómetros de ellos y por ende separarse; aquel momento de la adolescencia donde vendía frutas para sobrevivir y no había nadie que lo acompañara por las noches.

Y es que la vida no es fácil en la frontera. Eso el profesor lo sabe bien. Muchos llegan hasta acá con la esperanza de una vida mejor, pero a veces lo mejor que pudieran hacer es no venir. Personas de todos los estados tienen una fe ciega en que con sólo llegar hasta acá la vida mejorará mágicamente, cuando no es así. Si bien hay mucho trabajo y cabemos todos, los lugares en donde se asientan aquellos que vienen desde cientos de kilómetros

de distancia, están en un grado de marginación que los arrincona a una falta de vivienda, carencia de servicios médicos y una malnutrición que los priva de las cuestiones más básicas que hacen que una vida sea digna como lo marca Nussbaum (2010).

Luego de varias horas de recuerdos constantes, el sueño por fin se liberó de la prisión que lo contenía, apoderándose así de Jesús Ortiz, acurrucándolo entre la luna y las estrellas, llevándolo de la mano a sus más profundos deseos, anhelos y miedos. Muy en el fondo de su inconsciente, victorioso de mil batallas, por fin se duerme y de su boca solo se escucha una palabra: *utopía*.

Como lluvia, caen sobre los tejados todos los recuerdos que no llegaron a tiempo a la hora de insomnio: su infancia en San Quintín y los cinco años que vivió con su familia teniendo como hogar una carpa fría y pequeña, el ver a su padre una y otra vez intentando sacarlos adelante; sin embargo, las causalidades de la vida lo llevaron a abismos profundos de los cuales el salir era aún más difícil: su hermano robando el único dinero que él tenía para la semana y su trabajo en la botánica con un patrón que le aconsejaba no estudiar para que se quedase ahí con él y dicho local fuera una herencia; así, gota a gota, recuerdo tras recuerdo, los sueños del profesor asedian su tranquilidad momentánea al dormir, llegando hasta aquellas figuras que fueron un referente para seguir adelante, pese a la adversidad que como olas enormes se alzaban sobre su vida; nos encontramos con un espíritu incansable e imbatible que no conoce poco sobre la tristeza, ni el esfuerzo, quien sacrifica lo suyo para los demás.

Pero la pregunta es: ¿Qué relación existe entre las últimas palabras dichas antes de dormir y su infancia en San Quintín? Su corazón le permitió navegar entre la soledad y las desdichas de los demás, el sacar almejas en la playa e ir a regalarlas es una de las tantas acciones que por nobleza lo han marcado. Para él, disminuir la brecha de la desigualdad social en Tijuana, de esos que menos tienen, o que la vida más les ha quitado es razón de vivir, no porque inmediatamente le cause un placer pasajero, si porque considera que la vida debería de regirse por medio de principios fundamentales como lo es el amor, cómo vamos a amar si no damos. Esa es la relación entre su utopía y su infancia. Él siempre ha dado, aunque después de decenas de años probablemente no ha terminado con esta desigualdad imperante, indolente, si ha transformado vidas que indiscutiblemente transforman otras. Es que eso, como lo marca Galeano, es la utopía: caminar.

Suena el despertador a las cinco de la mañana. Se levanta, camina unos pasos, toma un vaso de agua. El profesor se ha levantado como de costumbre. Al mismo tiempo, pero del otro lado de la ciudad, Ana apenas sale del trabajo. Cansada, con sueño y hambre, la comida china no ha sido suficiente ya que antes de ella, estuvo más de un día completo sin comer. Las luces de la ciudad poco a poco se van apagando, corre a la esquina y pierde el transporte público, las dichosas calafias que son un ícono de la ciudad, ahora tiene que esperar quince minutos más. El sol poco a poco va saliendo e iluminando todos los rincones. Una estrella se queda por un rato a hacerle compañía.

Por otro lado, el profesor se baña, escoge una camisa color azul cielo, limpia sus lentes, se prepara un ligero de-

sayuno —tres emparedados para ser precisos—, y en dos pequeños termos pone algo de café; Ana sigue esperando el transporte, el profesor, limpia sus zapatos, Ana se sube al transporte, no fueron quince minutos sino diez y eso para ella es ganancia, ya que recuperó algo que pensó que ya había perdido, algo más valioso que todo en el mundo junto, algo que cuando se pierde a todos les duele por igual: el tiempo.

Después de escuchar las noticias, el profesor se sube a su carro, enciende la radio, avanza con calma hacia su trabajo. Por su parte, después de pasar treinta minutos en la calafia, Ana se baja en una esquina, camina ocho calles con sus sueños rotos de la mano, mientras avanza, observa los muros grafiteados que hay a su alrededor, un perro muerto con olor fétido está en la esquina de su calle, la maleza cubre las banquetas despintadas; le da la vuelta, llega a su puerta, entra, ahí hay alguien que la espera.

Así es la vida en la frontera: dura, seca, difícil. Pese a ello también hay almas nobles, buenas, cálidas, que están para servir, para dar, enseñar. Hay realidades distintas. Algunos yacen muertos en vida, ya que ésta misma se los tragó, les pasó por encima antes de que se dieran cuenta o tal vez fue su contexto, sus malas decisiones, las circunstancias; esa causalidad definitiva, si partimos desde el supuesto que somos nuestro contexto, condenaríamos a millones en el país, cientos de miles en el estado, miles en la ciudad; mientras maneja la duda lo aqueja, pese a los años invertidos la pobreza no se acaba, hasta en cierto punto, de manera absurda, parece que se multiplica.

Al voltear el semáforo se torna en rojo. En el mismo momento se acercan los mismos jóvenes que el día

anterior se habían volcado sobre su carro. Esta vez el profesor baja la ventana, les da un par de emparedados y un termo con café. Ellos con una sonrisa de melancolía que uno esboza cuando piensa que todo está perdido pero el milagro se da, le aprietan la mano y corren a sentarse en el pasto ese que está algo seco, muerto.

El semáforo cambia a verde.

Causalidades

Aquí estamos, aquí se lucha, se suda, se lamenta, se ríe y se goza, cuando hace frío a veces se llora, pero también se vive y se arde.

La temperatura marca ocho grados, un poco más frío de lo habitual. El aire se cuela por ese techo que está semidestruido, que su esposo prometió que repararía, pero aún no lo ha hecho, se le ha olvidado, pero se lo vuelve a prometer cada vez que se emborracha; tiene hambre, abre esa alacena vieja y deteriorada que consiguió de un vecino que la había tirado. La abre y no hay nada. Vaya sorpresa, aunque para ella ya es algo común. Va al refrigerador, algo busca y no encuentra. ¿Cómo puede ser posible que el hambre que sufre no sea saciada por algo de comer? ¿Cómo es posible que no haya nada en toda la casa que pueda ingerir, que le brinde algo de energía a su cuerpo? La respuesta obvia: desigualdad.

Su vida podría ser consecuencia de una mala planificación familiar. Quizás ella jamás se sentó a pensar en su futuro, qué haría en dos años, en cinco, en diez, cómo se miraría cuando tuviera treinta, y es que pocos de

esos de los que no tienen tanto pueden planificar su vida, ya que por las carencias que noche a noche los acompañan viven sólo el presente, o mejor dicho sobreviven sólo en el presente. Así como ella, la noche anterior, cuando decidió llamarle al profesor para poder comer un poco —su último recurso cuando está desesperada. ¿Por qué lo hace? ¿Por qué se atiene a él? ¿Una dependencia? A lo mejor es su pedazo de luz entre tanta oscuridad, de esa que está llena su vida, pero ahí está, una y otra vez salvándola. ¿Qué hace ella para salvarse a sí misma? Una respuesta es que ya no se droga; otra es que ahora sí está decidida a dejar a su marido y lo va hacer porque lo tiene escrito en las venas, porque ya no aguanta los insultos, los regaños, los golpes, la violencia, el hedor a cerveza por las noches, las promesas falsas y vacías, porque ya no aguanta más el no tener un futuro, y es que la gente se cansa de tanta desolación, de vivir triste siempre, y que te falte el aire, ese que te da tranquilidad cuando no tienes problemas, de no ser feliz, de no probar la dicha.

Hay una cierta cantidad de enojo al saber que aquellos que menos se esfuerzan son los que más tienen y los que más se esfuerzan son los que menos tienen, por lo menos así lo piensa ella, o no. ¿Cómo va a pensar con el estómago vacío? No lo hace, Ana es nada en esos momentos, cuando el hambre la carcome. Es un fantasma más, de esos que hay en la ciudad. Es invisible ante los ojos de otros, no sabe lo que les depara el futuro a sus hijos, a ella misma. A veces se pregunta qué fue lo que hizo mal. O Si pudiera regresar al pasado, ¿cambiaría algo para que su vida fuera diferente? Tal vez no se habría escapado de la secundaria cada vez que tenía la oportunidad para

irse a fumar, tal vez hubiera reflexionado un poco más al momento de tomar la decisión de seguir estudiando o no, tal vez se habría cuidado para no embarazarse antes de lo debido, o informarse acerca de métodos anticonceptivos. Lo cierto es que su vida es un conjunto de consecuencias de las decisiones que por más de veinticinco años ha tomado. El dejar a su primer esposo puede ser el único acierto que ha tenido y la única oportunidad tangible de mejorar su condición social.

Ana ha sufrido las consecuencias de un sistema que no es bondadoso con aquellos que nacen en el sur de la república, con aquellos que su color de piel es morena, esos que alguna vez fueron llamados por Vasconcelos como la raza de bronce. En un país como el nuestro, aquí en América Latina, si naces en una comunidad marginada, o algunos de esos estados que, pese a que pasan los años y gobiernos, siguen en condiciones de pobreza, eres de tez morena, tienes rasgos indígenas y eres mujer, naces, de alguna manera, con un destino predicho. Y es que aquí donde comienza América Latina sí existe discriminación por el color de piel, sí hay una brecha salarial entre hombres y mujeres, sí existe una desigualdad mayor entre los más ricos y los más pobres, esto de acuerdo con *El Informe Kliksberg* (2013). Por lo tanto, quizás Ana no tenga toda la culpa del todo.

Tomando en cuenta a Moreno (2003), el estado, como tal, no cumple con el factor social de garantizar las aspiraciones de una vida digna y el bienestar social de los individuos, lo cual implica acceso a un trabajo remunerado y a la previsión social en situaciones de riesgo. El incumplimiento a los estándares vitales básicos para la

ciudadanía es claro, ella lo siente en su piel, cuando enferma ya que su trabajo no le brinda seguridad social y la vive en carne propia.

El profesor Jesús Ortiz, en su momento, intervino en su vida. La conoció hace años, cuando ella era más joven y su mirada irradiaba esperanza, de esa que todo mundo tiene, cuando aún conserva sueños que anhela cumplir. Ese día, su teléfono sonó y escuchó una voz: "Me dijeron que usted me puede ayudar, lo necesito". Bajo esas palabras y después de escuchar su historia, el profesor acudió a la casa de aquella joven que con voz temblorosa le había marcado. Al llegar, tocó la puerta, y ahí, justo detrás de ella, se encontraba una mujer con los labios algo resecos, un poco despeinada junto con su hija que aparentaba no más de ocho años.

La joven tenía la marca de un fuerte golpe en el pómulo izquierdo; sus brazos se encontraban llenos de moretones, algunos más recientes que otros. Le explicó que la noche anterior su esposo, quien ya no vivía con ellos, se encontraba drogado, la había golpeado, y que gracias a su vecina quien llamó a los oficiales, estos llegaron para llevárselo, pero por cuestiones de la justicia mexicana, ella no quería denunciar ya que la familia de su expareja es peligrosa. No sabía qué hacer, por tal motivo era inminente que el joven golpeador de mujeres llegaría en las próximas horas a desquitarse.

El profesor Ortiz decidió quedarse para cuando llegara dicha persona. A su vez alertó a un par de oficiales, amigos suyos, para que estuvieran cerca por si algo pasaba. Alrededor de las seis de la tarde, un par de horas después de haber llegado y con el sol poniéndose al oeste,

el joven apareció, algo sucio, maloliente, desganado. Se sorprendió al tocar la puerta y que quien abriera fuera el profesor, e inmediatamente lo increpó con un aire de agresividad para preguntar quién era y que hacía ahí. El profesor, calmado, sin titubear, le dijo: "Es la última vez que le pones un dedo encima a esta mujer". Lo alertó que cerca de ahí había un par de oficiales. El joven mirando sobre sus hombros se percató de ello, y accedió a retirarse de manera pacífica, sabiendo que aquella mujer a la cual había golpeado la noche anterior se encontraba ya con un ángel guardián que la protegería.

La violencia es algo común entre aquellos que menos tienen. Las drogas, de igual manera. Pareciera que entre mayor desigualdad se sufre, mayor facilidad hay para conseguir estupefacientes, mayor es la violencia que se ejerce, que existe entre las parejas, como si se tratara de algún tipo de frustración que quisieran sacar, violentando a los otros, la desesperanza abraza con fuerza a estas personas. El caso de Ana no es único, es el de muchas mujeres que comparten el mismo destino, quizás por las malas decisiones que tomaron o simplemente porque la vida no es bondadosa. Sin embargo, siempre hay luz al final del túnel y uno decide si cruzarlo o no. Ana miró esa luz cuando el profesor respondió aquella llamada.

Aquella semana, algo lluviosa, por cierto, el profesor Ortiz trabajó arduamente para ayudar a Ana, debido a que el lugar en donde vivía no era de ella y no tenía trabajo desde hace algunos meses. El profesor optó por proponerle llevar a sus hijos a una casa hogar, misma que era dirigida por unas madres. Haciendo uso de sus contactos, los niños, quienes no estudiaban, comenzaron a ha-

cerlo y por algún tiempo el futuro tomó un mejor cauce para ellos. Ana comenzó a trabajar en una fábrica, cada que podía acudía a visitar a sus hijos para saber cómo estaban. Para ella, aunque el cielo estuviera nublando, tenía color. Aquel brillo en sus ojos de esperanza se intensificó.

La intervención del profesor fue oportuna, y es que la esperanza de tener un futuro mejor para algunos se vive cuando los problemas se van quedando de lado, cuando hay suficiente para poder comer, cuando no se pasa hambre. Si bien algunas personas logran de cierta forma salir de la desigualdad que adolecen o transitan entre la necesidad y la estabilidad a lo largo de su vida, hay un factor primordial que les permite tener esa motivación que los mueve hacia adelante y es generarse expectativas. Ana las tuvo, ella sí quiso un futuro mejor, sí se vio cerca de alcanzarlo, sí alcanzó la luz al final del túnel y salió por él para encontrarse que hay más puertas afuera que tenía que cruzar. Sin embargo, las malas decisiones nos conducen a lugares donde no queremos estar, y éstas se disfrazan de oportunidades, así fue como Ana, con una ilusión pasajera, recibió un día la llamada de su padre, desde Nayarit.

Escuchó por teléfono una oportunidad disfrazada que la llevaría a tomar una de las decisiones que la colocaron en el lugar que se encuentra. Su padre le mencionó la posibilidad de vender unas tierras por una muy buena cantidad de dinero, le pidió que fuera ya que parte de la venta sería para ella, pero la necesitaba allá. Su padre, ya algo viejo, cansado, con ciertos achaques por la edad, aplanado por la vida de cierta forma, le pedía volver a su tierra natal. Ana, quizás por el afán de mejorar todavía

más su situación y tratando de planear su vida mejor, decidió ir, pero llevándose a sus hijos. Al platicarle al profesor, éste le aconsejó que no se los llevara: "Primero ve tú", le dijo, "observa las posibilidades que hay. Ellos están muy bien aquí estudiando y con las madres". Pero ella no hizo caso. Acudió a la casa hogar y sacó a sus hijos, pese a las advertencias de las madres, quienes le dijeron que si se los llevaba no los aceptarían de nuevo. Tentando a su suerte, Ana hizo caso omiso. Y la vida pasó sobre de ella después de dicha decisión.

Al llegar a Nayarit, esperando vender rápido para poder regresarse, la situación de la venta del terreno se complicó. Debido a que fue mala negociadora, o tal vez a que quienes querían comprar eran sumamente abusivos, al final termino vendiendo de forma desventajosa. Lo que ganó, poco, por cierto, de la venta del terreno se diluyo rápidamente. Los planes que tenía con dicha venta, como era costumbre en su vida, no le salieron.

Ana volvió tiempo después, junto con su familia que ahora había crecido. Volvió con una losa en la espalda llena de problemas. Las adicciones la alcanzaron a ella, a su hijo de en medio, sin embargo, las letras no alcanzaron a sus pequeñas que regresaron sin todavía saber leer y automáticamente adentradas a un túnel el cual no tenía luz al final, o por lo menos no se alcanzaba a ver.

El profesor Ortiz no se equivocó. Ana cometió un error, no midió las consecuencias que sus acciones tendrían, tanto para sí como para sus hijos. Ahora, ya no sólo ella tenía un futuro incierto e inestable, sino también su hija que ahora tenía un par de pequeños, así como su hijo, que las cadenas de la drogadicción lo sometían fuer-

temente. Por último, sus dos pequeñas que ahora ya no lo eran tanto, a los once y trece años seguían sin saber leer. Por no tener una educación, su futuro era tan incierto como un barco en medio del océano sin combustible. Si bien, en el pasado el profesor trató de evitar que el futuro de ellos, quizá no tanto por Ana, no llegará a ser así, tal parece que lo pudo evitar, pese a hacer todo lo que estaba en sus manos. La casualidad no se asomó por la ventana y no hubo dardos perdidos que lastimaran a alguien, pero sí decisiones que no fueron las correctas, que llevaron a Ana a un cauce de acciones que la pusieron en donde está.

Busca en los gabinetes de otro mueble y tampoco hay nada, cansada, triste y con recuerdos de aquellas fechas donde existía esperanza, se acuesta en su cama, junto a su hija la más pequeña, la cual al sentir a alguien en la cama se despierta y dice: "Mami, tengo hambre". Ana ha regresado a casa después de trabajar toda la noche.

El margen de error para quienes padecen la desigualdad es muy pequeño. No tienen oportunidades como otros las pudiesen tener, no tiene una red que los proteja de una caída, de una mala decisión. Parece que caminan sobre una cuerda floja y el más mínimo error los puede condenar. Las situaciones de aquellos que la padecen son sumamente desalentadoras, porque pareciera que la vida les tiene un camino que no será muy amable. Tan sólo en América Latina, la desigualdad es mayor que en África, de acuerdo con *El Informe Kliksberg* (2013), lo cual provoca problemas macroeconómicos, donde existen pocos consumidores, fuga de capitales, un desarrollo empresarial limitado, que ahogan a los países y a su gente, derivado de ello hay problemas sociales como la

delincuencia, la drogadicción, el tráfico de personas, la malnutrición.

Todos estos problemas sepultan a una sociedad, la asfixian, poco se puede hacer para cambiar las situaciones que vulneran a estas sociedades y menos se podrá cuando no hay interés ni voluntad social o política para hacerlo. La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) recomienda que, para generar igualdad de condiciones, se tiene que garantizar la prestación de servicios públicos gratuitos y de alta calidad, como la salud o la educación. Para Ana no ha sido así. Pese a este panorama poco esperanzador, hay figuras como la del profesor Jesús Ortiz, que comprenden que hay diversos caminos pasa salir adelante. Uno de ellos es la educación, los modelos a seguir, es decir, esas personas que inspiran a ser mejor y a salir adelante pese a las adversidades. Quizá la familia de Ana, sin esa red que antes mencionamos, cayó de golpe en la realidad, pero si esa decisión —la de irse con sus hijos— no hubiera sido tomada, tal vez el futuro para esa familia sería otro.

Circunstancias

> *Si asumes que no existe esperanza, entonces garantizas que no habrá esperanza. Si asumes que existe un instinto hacia la libertad, entonces existen oportunidades de cambiar las cosas.*
>
> Noam Chomsky

No elegimos nuestra familia y eso pesa, se repite el profesor Jesús Ortiz, acostado sobre su cama. Es que el insomnio

lo acompaña de nuevo, pero eso no le molesta. De cierta forma ha aprendido a vivir con él, le agradece porque los momentos de mayor lucidez han sido en noches como ésta, donde todo mundo duerme y existe una satisfacción y tranquilidad pasajera en saber que todos los que amas se encuentran dormidos sobre sus camas y nada ni nadie puede hacerles daño. Esto le permite con serenidad pensar en esos los cuales para él no son fantasmas, sino víctimas de su condición social. Sabe por supuesto que si bien existen barreras para que las personas salgan, como se dice coloquialmente, "adelante", éstas pueden ser derrumbadas con una buena dosis de educación; la generosidad y altruismo son, como todo el mundo sabe, dos de las mejores características del género humano, como lo dice Saramago (1995), mismas que no son impropias del profesor Ortiz.

Sigue pensando en aquellos jóvenes a los cuales les regaló emparedados y un poco de café hace un par de semanas, y es que hoy los volvió a ver del otro lado del semáforo, ahora ya no limpiando carros, sino haciendo malabares. *Vaya agilidad*, pensó en la mañana. Hace cuentas en su cabeza porque la crisis económica nos pega a todos por igual, nuestro maestro no es un multimillonario; revive a través de la memoria su cruce con la vida de otros, esos a los cuales les ha tendido la mano. Reflexiona sobre los errores que ha cometido, los cuales han sido varios desde su perspectiva; busca la manera de no repetirlos, sin embargo, un caso especial acompañado de tres nombres toca su puerta y pasan sin invitación alguna. Su mente ahora está invadida y acorralada, sumergida en un bucle de tiempo, que le hace pensar en ese caso especial.

Trata de comprender por qué Emilio no quiso seguir estudiando cuando lo tenía todo para entrar a la universidad. Ya lo habían aceptado en el Tecnológico, pero decidió no seguir adelante, tal vez para mandarse sólo de una vez por todas. *La rebeldía de los jóvenes los lleva a tomar decisiones que definen sus vidas*, piensa nuestro guerrero antes de quedarse dormido.

Emilio, ahora ya con dieciocho años, tiene una historia particular y representa para el profesor un gran reto. Quizás no lo quiere ver como un fracaso, pero sí como un éxito frustrado; la vida de este joven sería muy diferente si el profesor no hubiera intervenido y no sólo la de él, también la de su *cuate* Sebastián y su hermana mayor, Adriana. Sus vidas dignas de un drama novelesco nos llevan a pensar sobre el vaivén de la vida, todas aquellas circunstancias que nos dirigen de un lado y del otro, que nos hacen tener y nos hacen deber.

El cruce de nuestro protagonista con estos jóvenes nos remonta a trece años en el pasado. Como de costumbre, el teléfono sonó, una dulce y cálida voz se escuchó del otro lado, esa voz que le hace sentir paz, esa melodiosa voz, que no podría ser otra más que la de su hija. La cual le mencionó que había unos pequeños niños que necesitaban ayuda para salir de un lugar. Se trasladó dicha mañana, algo fría, por cierto, lo cual era de esperarse ya que una nevada acababa de azotar la ciudad vecina. Llegó al lugar que se encontraba cerca del bordo internacional, ahí en donde la ley no es ley, el trasiego de drogas está a la orden del día al igual que el tráfico de personas; aquel lugar no era estéticamente agradable a los ojos, tenía una fachada algo deteriorada y las personas que paseaban

cerca de ahí no se miraban precisamente amigables, más bien todo lo contrario.

Abrió la puerta una señora con mirada de indiferencia, cuyas ojeras eran notables. Lo invitó a pasar pidiéndole que esperara en el vestíbulo. Un hombre ebrio iba saliendo de un pasillo, caminó directamente hasta la puerta para salir, justo en ese momento, del mismo pasillo, otra persona de hombros anchos, bigote acentuado y gafas rayadas, caminó de manera pausada por delante de tres niños quienes a simple vista se miraban descuidados, con mirada perdida, desnutridos, con algo de miedo. La persona de gafas rayadas le comentó que los habían dejado a cambio de dinero: "Los tuve que aceptar porque si no alguien más lo hubiera hecho". El profesor agradece el gesto de dicho hombre.

Un prostíbulo no es un lugar propio para dejar a tus hijos, ni mucho menos para cambiarlos por dinero, eso había pasado con estos pequeños. A las horas de que su padre los dejara en ese lugar, se comunicaron con quienes podrían darles una vida, misma que no tenían, pues vivían en el basurero de la ciudad, ese lugar conocido como el "hoyo", el cual se encuentra a las afueras, conocido por ser receptor de aquellas personas que la fatalidad de la vida los ha golpeado. Quienes viven allí son adictos, personas cuyo futuro se encuentra estancado, o truncado, mejor dicho, sumergido en un abismo sin fondo. Las casas —si es que se les puede llamar así— son hechas de la misma basura; ya que justo ahí, se traslada toda la de la ciudad, tal vez por eso algunos lo consideren habitable, para encontrar algunos tesoros que otros tiran. El "hoyo" es indescriptible. No hay palabras que puedan resumir el

nivel de marginación de las personas que lo habitan, ni hay un estándar que logre medir el nivel de pobreza, malnutrición o desdicha de quienes residen en esa esquina del mundo. De allí vienen justamente aquellas miradas perdidas, esas que han sido rescatadas por el profesor, que fueron vendidos básicamente por su padre, sin embargo, por desafortunada que parezca esta situación, tal vez con dicha acción una luz apareció en sus vidas después de mucho tiempo. Si naces en el "hoyo", vives ahí y no logras salir pronto, estás destinado a no "ser". Como diría Saramago (1995): "La vida es frágil si se le abandona". El mundo abandona a quienes nacen allí.

La vida de Emilio y su hermano Sebastián, con cinco años cada uno, así como la de su hermana Adriana, de nueve, darían un giro de 180 grados. Por primera vez, luego de mucho tiempo, sabrían lo que era bañarse diariamente con agua caliente, comer tres veces al día y tener una cama cálida. La ilusión volvió a esos pequeños ojos. Chispas brotaban de ellos. La gente que los rodeaba ahora los miraba con dulzura, tratándolos con cariño; los tres ahora vivían en una casa hogar, donde sus amigos no eran personas adultas, ni drogadictos, al contrario, compartían una característica en común: todos estaban ahí porque sus vidas, pese a sus cortas edades, habían sido difíciles; eran visitados constantemente por el profesor y su hija, quienes platicaban con ellos, les llevaban algún regalo y compartían historias. Quienes alguna vez sufrieron la indiferencia de la vida hoy los abrazaba, dibujando una oportunidad en el futuro.

Ingresaron a estudiar, ya que era fundamental que cuanto antes pisaran una escuela, debido a que jamás lo

habían hecho. No habían sostenido un lápiz en su mano, ni escuchado las risas de varios niños al mismo tiempo dentro de un salón de clases; no habían tenido la oportunidad de estar donde se supone debían de estar hace mucho tiempo; para Adriana, quien no sabía leer ni escribir, era primordial hacerlo. De no ser así, su destino estaría sellado. Así, ingresaron a estudiar.

Educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima, quizás una buena educación no siempre derive en buenos resultados, lo mismo que un amor correspondido no siempre implica una vida feliz, como menciona Savater (1997), sin embargo, para ellos es una oportunidad que crea un puente entre la desigualdad que ellos ignoran y la movilidad social que en el futuro podían tener. Para el profesor Ortiz, la verdadera educación como para Savater, no sólo consiste en enseñar a pensar, sino también en aprender a pensar sobre lo que se piensa crear momentos de reflexión, porque sabía que eso sería determinante para su futuro.

El tiempo pasó y el pasado se hizo presente, pese a lo bien que eran tratados, y que la vida les había sonreído de cierta forma, Sebastián ya con once años, luego de seis años de ser básicamente rescatado, sin consultarlo con nadie, ni con su cuate Emilio, sólo se fue, en una noche junto a las estrellas que desaparecen en el alba, sin dejar huella. Poco se pudo saber de las razones que lo llevaron a tomar tal decisión, de los demonios que muchos llevamos dentro, aquellos que mal aconsejan, puede que después de pensarlo y ver todos los días en la escuela, desde que él tenía cinco años, a sus compañeros abrazando a

sus padres cuando estos los iban a recoger, le hiciera sentir un vacío, de esos que no se llenan por más que uno clama el dicho "barriga llena, corazón contento". Es falso. Al final de cuentas, él no sabía lo que era recibir el abrazo de alguien que lo amara, no tenía a quien escribirle en esas fechas donde se festeja a quien nos dio la vida. No se necesita ser adulto para que se te rompa el corazón, para que se te estruje y sientas que no puedes vivir. No necesita ser adulto para sentir un vacío que te carcoma el alma, para querer saciarlo. Así, Sebastián decidió dejar lo que tenía para buscar a su padre y lo encontró.

La soledad duele. Young (1982) nos dice que ésta se define como la ausencia real o percibida de relaciones sociales satisfactorias. Esto se puede traducir en no tener un padre, una madre que acompañara a Sebastián durante su vida. En síntesis, de acuerdo con Young, la soledad se define como un fenómeno multidimensional, psicológico y potencialmente estresante; resultado de carencias afectivas, sociales y/o físicas, reales o percibidas, que tiene un impacto diferencial sobre el funcionamiento de la salud física y psicológica del sujeto. Bajo este esquema, Sebastián sufría, dolía.

Parece que el hoyo lo atrajo de vuelta, pese al tiempo que había estado lejos, no tardó mucho en encontrar aquel lugar donde la vida es frágil. Ahí estaba con su padre, ese que en algún momento lo abandonó, o, mejor dicho, lo vendió. Pasaron algunos meses y el profesor Jesús no ubicaba el paradero de Sebastián, hasta que decidió ir al hoyo con ganas de no de encontrarlo ahí, ya que de ser así significaría que su futuro estaría de alguna manera comprometido. Al llegar, después de mucho tiempo de

no haber estado ahí, preguntó por las casas, con las personas, pero nadie sabía nada. Con un aire de satisfacción, luego de más de una hora preguntando y no encontrarlo, regresaba de vuelta a su carro. De pronto escuchó una voz, una que él conocía, que recordaba bien, en ese momento un ligero aliento de decepción salió por lo labios del profesor. Caminó unos pasos, movió una cortina y ahí estaba Sebastián, acostado en un sofá con los resortes de fuera, y a lado de él unas jeringas.

Cuando un adolescente vive en un entorno familiar multiproblemático, debe recibir ayuda externa de corte profesional, y sería ideal que la familia participe activamente en un proceso de terapia familiar para entender y ayudar al adolescente, como menciona Rojas (2013). Sebastián no tuvo esa ayuda, porque no tenía familia. Bueno, sí, pero su padre era drogadicto, el modelo que eligió seguir no era el correcto. El mismo autor nos menciona que los adolescentes que están en lucha interna con sus sentimientos, que no logran canalizar y descargar adecuadamente y de forma constructiva sus inquietudes y emociones, suelen encontrar en los efectos de las drogas la mejor salida a su angustia o desesperación, dado que la droga los libera artificialmente de esas tensiones; así, el joven aprende a evadir de la realidad. Sebastián tenía una realidad que deseaba evadir.

Convencer a Sebastián de que regresara no fue fácil. El hoyo lo había transformado, ahora necesitaba rehabilitarse. Por otro lado, Emilio estudiaba. No era bueno para ello, pero se esforzaba, sin embargo, pese a su esfuerzo, parecía que una muralla invisible no dejaba que todos aquellos aprendizajes abstractos que se miraban en clase

pudiesen llegar a su cabeza, de cierta forma era complicado para él, más que para los demás, pero seguía tratando. Por su parte, Adriana ya de quince años, empezaba a tomar decisiones que de cierta forma moldearían su futuro.

El teléfono suena. El profesor contesta. Se escucha una voz que le avisa que Sebastián se había vuelto a escapar. Tenía cerca de veinte minutos que se había acostado, luego de un largo día de trabajo. Se sentó sobre su cama e intentó comprender lo que estaba pasando, por qué Sebastián había roto sus promesas. ¿Cómo se escapó de la casa de rehabilitación? La respuesta de a dónde iría era evidente: el "Hoyo". Pero para que llegue ahí pasarán algunos días, eso lo sabe el profesor. Sin embargo, opta por levantarse y acudir a la casa de rehabilitación, le explican que se saltó la barda y no lo encontraron. Con una mirada de tristeza, el profesor agradece la información, pide una disculpa y regresa a su carro. Vuelve a su casa, se acuesta, pero no puede dormir. Su tranquilidad ha sido robada; lo que no sabe es que esta escena se repetirá cinco veces más hasta que ya no pueda hacer regresar a Sebastián y el hoyo lo haya consumido.

Pasada una semana, el profesor acude a ese lugar donde sabe que lo encontrará. Sebastián no quiere regresar. Después de una hora de plática, el profesor logra convencerlo de que vuelva, haciéndolo reflexionar sobre su futuro, sobre su vida, tratando de arrancarle esa venda que cubre sus ojos y le impiden ver la realidad tal y como es, así como las consecuencias de sus acciones. Sebastián sin estar convencido completamente accede a regresar.

Parece que los problemas acorralaban al profesor. Ahora Adriana no está, se ha ido, pero no sola sino con

un joven dos años mayor que ella de la misma casa hogar. Parece que está de moda fugarse de noche y que es divertido perturbar los sueños de quien trata de brindarles un futuro. Adriana salía todas las noches a platicar en unos escalones que daban de frente al comedor de la casa junto con un joven que, así como ella había sido abandonado desde pequeño. Ambos se identificaban bien, las risas eran constantes, sinceras además de eso tenían algo en común, que permitió que crearan un lazo, al cual llamaron "amor". Así, con su amor de adolescentes, un amor inmaduro y esa falta de visión que caracteriza a los más jóvenes, decidieron que estaban listos para vivir su vida, sin prever todo lo que implicaba, ni aquellos fantasmas que los acompañarían luego de tomar esa decisión. No lo pensó, prácticamente con los ojos cerrados se aventó al precipicio, dio así un paso en falso que la alejaría de aquel camino que el profesor había diseñado para ella seis años atrás, y que por supuesto era sumamente diferente a lo que pasaría en su vida luego de haberse "enamorado".

No fue encontrada hasta después de varios meses. El profesor, al igual que con Sebastián, la convenció de regresar, de replantearse su futuro, lo cual fue de cierta forma fácil ya que en esos meses había valorado lo que tenía y sufrido las inclemencias de la vida que es cruel con aquellos que no reflexionan sobre sus acciones, ni saben planear sus pasos. Sin embargo, las madres de la casa hogar ya no permitieron que se quedara, por haber quebrantado una de las reglas principales. Por tal motivo el profesor le permitió vivir con él los siguientes meses, de nueva cuenta la reinsertó en el sistema educativo, esperando que la educación hiciera lo suyo y le brindará una

perspectiva que la ayudara a iluminarse, para no cometer errores de nueva cuenta.

Semanas después de haber sido convencida de regresar a ese lugar cálido que brindaba una protección misteriosa y acogedora, misma que era hogar del profesor, se escapó, de noche como es costumbre, con el mismo joven que antes lo había hecho. A la mañana siguiente el profesor se dio cuenta, pudo llamar a la policía, pudo haber salido a buscarla en las colonias aledañas, pudo seguir intentando convencerla, pero se dio cuenta de que para que puedas ayudar a alguien primero esa persona tiene que quererlo, Adriana no lo quería. Ese amor adolescente era suficiente para cubrirse del mundo para ella. Aunque fuera una mentira, eventualmente la vida haría lo suyo.

Los años pasaron y Sebastián ahora se había escapado por cuarta vez. El profesor sabía dónde encontrarlo. Fue directamente hacia allá, donde Dios se ha olvidado del mundo; casualmente ese día era el cumpleaños de Sebastián, quien al ver llegar el profesor irónicamente le preguntó si le había traído un regalo. Era una burla evidente, Sebastián ya no era tan pequeño ahora con dieciséis años —seis de ellos en una rehabilitación que parecía no tener fin—, se encontraba ahí, aparentando más años de los que tenía, de cierta forma resentido con la vida que le tocó vivir. Su padre hace cuatros años había fallecido de una sobredosis ahí mismo en el lugar que se traga los sueños de quienes lo habitan. No se escapaba porque quisiera drogarse, se escapaba para poder ver al hombre que le dio la vida, todo lo demás sólo había sido circunstancial. La muerte de la única persona que para él

representaba ese modelo a seguir, lo hundió en una depresión profunda que haría casi imposible que este joven se recuperara de su adicción. Ahí frente al profesor ese día, después de haberle hecho aquella pregunta irónica, lloró inconsolablemente y le pidió que lo sacará de ahí. El profesor Jesús, conmovido con las lágrimas de aquel joven que hace mucho no miraba, accedió hacerlo.

Sebastián entró de nuevo a otra casa de rehabilitación. Sus primeros meses fueron fundamentales para que pudiera recuperarse, así lo hizo, este joven a diferencia de su hermano Emilio, no terminó la primaria ni los niveles subsecuentes. Por ello el profesor necesitaba que se recuperara ya que planeaba que culminara con su educación y así darle las herramientas necesarias para su vida; como si esto se tratara de una carrera contra el tiempo, el cual se le había venido encima. Aquel hombre que años atrás en aquel prostíbulo vio tres vidas, cada una con gran potencial para ser vivida, hoy miraba, no su fracaso o sus planes frustrados, sino una realidad imperante en la sociedad mexicana. Se dio cuenta de que no basta con crear las condiciones para que una persona se desarrolle, sino también que éstas deben de querer hacerlo, para ello se necesitan modelos que puedan seguir, alguien que les brinde cariño y pueda ayudarlos a curarse de su pasado. Esa piedra en el corazón de Sebastián es sumamente pesada, aplastó sus ilusiones más de cuatro veces, lo que se traducía a regresar al lugar donde alguna vez vivió.

Tal vez Sebastián sí gozó de cariño, es innegable. Todos aquellos hechos y personas que de manera bondadosa trataron de aligerar el peso de aquella piedra

que sofocaba al joven que añoraba tener un padre, sin embargo, él no quería que ese padre fuese otro, que no fuera el suyo.

La vida de Sebastián ha estado marcada por pequeños autosabotajes que le han arrebatado el futuro, que le quitaron las oportunidades de vivir una vida normal, ahora, después de aquel llanto y con dieciséis años en la piel, estaba dispuesto a retomar su vida. Fue perdiendo aquel instinto de arruinarse a sí mismo, lo que permitió que terminara con la educación primaria y secundaria de manera abierta, dichas acciones que, si bien se dicen fácil, fueron sumamente difíciles para él, pues se enfrentaba con el peor enemigo que pudiera tener: el mismo.

Emilio, por su parte, luego de varios años había tenido un espejo muy grande. No era el profesor, ni su padre, era su hermano, su cuate, a quien miraba con una tristeza muy grande, porque era su sangre, era su piel, le parecía sumamente inconcebible que su hermano no pudiera superar aquella adicción a las drogas, que los problemas fueran interminables y que las malas decisiones lo acompañaran siempre. Emilio, con dieciséis años había logrado terminar todos los niveles y ahora estaba a punto de terminar la educación media superior; planeaba entrar a la universidad, lo cual para el profesor significaba una victoria no para él, sino para Emilio, ya que tenía las herramientas necesarias para continuar con su vida sin ayuda, cuando él lo decidiera. Lo decidió muy pronto.

Justamente luego de terminar la preparatoria con las siguientes palabras se dirigió hacia el maestro: "Quiero ser libre, ya me cansé de estar obedeciendo". Dicha decisión lo encaminó a salir a buscar su vida, el

profesor sólo le dijo: "Aguántate un poco más, cuatro años no son muchos, espérate a terminar la universidad". Sin embargo, a Emilio quien la vida no lo había tratado tan mal en comparación de su hermano, optó por seguir su camino.

Para el profesor, Emilio no había sido un fracaso, ya que había terminado la preparatoria, esto de la mano con lo que había aprendido que estimuló sus procesos cognitivos le permitía pensar de manera más profunda, le permitiría en un futuro hacerse cargo de su vida, sin embargo, sus hermanos corrieron con una suerte distinta. Adriana, que había escapado de la casa del profesor con aquel joven de la casa hogar, ahora a sus veinte años sufría las consecuencias de aquellas malas decisiones. El profesor, pese a que no fue a buscarla como lo hizo con Sebastián, nunca estuvo lejos de ella. Pasado algunos meses, pudo hallarla, pero esta vez no para pedirle que regresará. Lo único que quería saber era cómo estaba, cuando por fin pudo verla, se encontraba embarazada y con una hija pequeña de tres años, quien parecía que adolecía de desnutrición. Su esposo trabajaba en una calafia, no como conductor, sino como aquellas personas que gritaban para que los pasajeros se subieran, ya que no podía ser "calafiero" porque no tenía licencia. Se miraba, como suelen decir, "desganado", como si el mundo se le hubiera echado encima. Por lo tanto, el profesor se comprometió para que pudiera obtener una. Así pasó, lo apoyó económicamente para que este pudiera tramitarla, lo que le permitiría ser conductor de transporte público, ayudaría a aumentar sus ingresos y así mejoraría la vida de Adriana.

La desigualdad de oportunidades que existen en México provoca que las condiciones sociales del entorno definan la vida de las personas, dependiendo del lugar en donde nacen. Bajo este sentido, la pequeña hija de Adriana ya tenía desventajas para alcanzar una igualdad de oportunidades que no la sentenciara a tener una vida como la de su madre, su pequeña hija quien ha crecido en y se desenvolverá con carencias a lo largo de su infancia en un ambiente económico desfavorable, acumulará desventajas que la acorralarán a formar parte de una clase social que se ve marginada con respecto al acceso a la educación, la salud y la justicia. Para esta pequeña no existe una garantía de movilidad social, la cual le permitirá a pesar de las condiciones sociales que afrontará moverse de un lado de la brecha económica en que nació, por medio del esfuerzo. Lo cierto es que en este país no existen garantías que por medio de la lucha constante se salga adelante, esto de acuerdo con el informe *Movilidad Social en México* (Orozco et al., 2019).

Son las diez de la noche, hace un poco de frío. Los perros empiezan a ladrar y se contestan entre sí por las calles, quien está poniendo atención escucha cómo una ventana se quiebra, tal vez por una piedra o un golpe con la mano, el silencio llega, avisando que algo está pasando. Los perros se callan y por un momento, la calma que se había perdido en esas calles se recobra, pero sólo para dar aviso de que hay un huésped no esperado en una de esas, como puede y de prisa, algo sucio, delgado, respirando miedo, un joven sale corriendo con las manos llenas. Los perros empiezan a ladrar nuevamente, pasan la voz entre las casas, entre las calles hasta que el mensaje se pierde y

el joven se aleja; entre sus manos se pueden apreciar algunas cosas que él cree que son de valor: un alhajero que está vacío, pero no lo sabe todavía, una mochila negra que pesa bastante. Sebastián supone que es una computadora, pero ignora que lo único que hay ahí son muchas hojas que para él no significan nada. Por último, quizás lo único de valor que ha logrado obtener es una billetera con unos cuantos dólares. Quizás lo que ha robado en esta noche le alcance para algunas dosis de cristal, pero es evidente que tendrá que volver hacerlo. Poco sabría Sebastián que su destino estuvo sellado aquel día que dejó la casa hogar y regresó por primera vez al "hoyo" ese que parece que está maldito. Así Sebastián ya no sólo es un drogadicto. Ahora es un delincuente, se ha vuelto parte del cáncer que azota a la sociedad.

El llanto de su pequeño la despierta, como puede se levanta, y su hija pequeña también es despertada sin querer por aquel pequeño niño que llora, tiene hambre, su madre lo acerca a su pecho para calmarlo y así sucede. Son las dos de la mañana, siente algunas pataditas de su bebé en su vientre, se escuchan los perros ladrar, como todas las noches. Ahí donde vive no es un lugar seguro para que sus hijos crezcan. Los robos, asaltos y asesinatos son cosas comunes de esa colonia, justamente lo que se puede esperar de una de las ciudades más violentas del mundo y en sus áreas con mayor marginación. Pasan algunos minutos. Su pequeño bebé se queda dormido, ella lo acuesta a su lado con mucho cuidado para no aplastarlo. Los fantasmas del pasado rondan su mente, le hacen recordar ese par de veces que se escapó de quienes la cuidaban y ahora se arrepiente Adriana, solloza un poco y se queda dormida.

El sol está saliendo, mismo que avisa que es la hora de regresar a casa. Decide caminar para ahorrarse cerca de ochenta pesos ya que a estas horas de la mañana (5:00 am) el transporte suele cobrar un poco más, se toca las bolsas y se siente algo feliz, recibió una buena propina esta noche, a diferencia de las anteriores, con lo que ha ganado le alcanza justamente para poder comprarse ese par de tenis que necesita y otra camisa ya que la tiene está algo vieja. Tiene que apurarse para dormir un poco y salir de nueva cuenta en seis horas para seguir trabajando. Se arrepiente un poco de no seguir estudiando, pero ahora sabe que necesita hacerlo y piensa disculparse con el profesor, no para que este lo ayude, sino porque sabe que la decisión que tomó hace algunos meses fue incorrecta y realmente no lo pensó muy bien. Por ahora solo se dedicará a trabajar para juntar el pago de su inscripción a la universidad.

Suena el despertador a las 4:40 de la mañana. El profesor coge su ropa y entra al baño, sale, se empieza a cambiar, busca una corbata que combine con su camisa azul cielo, va a la cocina, se prepara un café negro —porque dice que así se despierta más rápido—, prepara unos emparedados extras, al igual que lleva un termo extra de eso que él llama el elixir de la vida. Son las 6:00 am, se sienta un rato en su sala para escuchar las noticias, sale de su casa, prende su carro, como hace un poco de frío regresa a su cuarto y toma un suéter más grueso, observa algunos que ya no suele usar, los toma; se dirige al carro, sale. Va manejando y se desvía de su ruta habitual, recorre cuatro calles más, llegando hasta una casa que parece abandonada. Al escuchar el ruido del carro, sale un par

de muchachos que vio en el semáforo la vez pasada, baja la ventana, se acercan y el profesor con una sonrisa en el rostro le entrega los emparedados, el termo con café y un par de suéteres. Ellos agradecen, el profesor se va.

El juego en esta vida si se nace en México al igual que en la mayoría de los países de América latina, está inclinado hacia un lado, si naces con ciertas condiciones sociales y económicas. Las vidas de estos tres jóvenes estuvieron delineadas por un factor que es producto de la desigualdad, afectando la toma de decisiones, provocando la drogadicción en alguien, un embarazo temprano y la mala planeación personal en otro.

Muchos de aquellos que son vistos con indiferencia, de esos que padecen hambre por lo menos una vez a la semana, que batallan en épocas de lluvia porque su casa tiene goteras y necesitan buscar baldes para que las gotas caigan en ellas, muchos de esos que pasan frío en invierno, de esas personas de anhelos rotos u olvidados, por lo menos alguna vez soñaron que todo sería diferente. Sin embargo, los caminos trazados para ellos se rigieron por un color de piel, un código postal, un apellido; esto quiere decir que algunos nacieron con ventajas sobre otros para alcanzar el ideal de la vida occidental, muchos otros nacieron con kilómetros de desventajas para poder lograrlo, porque el contexto donde naces sí es determinante para ser. Somos una construcción social, histórica, familiar, cultural y económica de nuestros tiempos y en estos que no son diferentes a los otros, existe una brecha socioeconómica demasiado amplia y nacer a un lado de esta brecha se traduce en estar en desventaja.

Delirios

La educación es válida y valiosa, es al propio tiempo un acto de valor, de coraje frente a un orden mundial inequitativo y poco justo que hace de la educación un bien selectivo, que convierte la ignorancia en parte de su margen de ganancia.

—Savater

En esta vida, a través de las experiencias propias y el aprendizaje de las experiencias de los otros, el profesor entiende que la justicia sería en materia social, la igualdad de oportunidades para el bienestar. Quien no cuenta con los bienes básicos, salud, educación, hogar, trabajo, de hecho, no es libre: no es libre para escoger la forma de vida que prefiera, que es la definición del bien de cada uno, o de lo que hoy llamamos bienestar, al igual que el filósofo lo piensa Rawls (1996). Tomando en cuenta lo anterior, las condiciones sociales con que se nace definen el grado de libertad que tendremos, define si seremos presas de un sistema excluyente para quienes menos tienen o una cárcel para aquellos que ingresan a ese juego donde sólo unos pocos tienen la ventaja de equivocarse constantemente sin tener consecuencias a diferencia de aquellos que no cuentan con una segunda oportunidad.

No es una fortuna poder desarrollar nuestras capacidades a lo largo de la vida, sin embargo, es difícil, más cuando el contexto no ofrece las posibilidades de ser exitoso en ello, como lo marca Nussbaum (2010), el hacerlo permitiría al ser humano desarrollarse en todo

su esplendor y vivir una vida digna, desde el punto de vista de este escritor, una vida plena. La plenitud entonces se convierte no en la cima de la montaña a la que todo mundo aspira llegar, sino a la aventura en que se convierte la vida misma, como antes se citaba a Galeano sobre el concepto propio de utopía, por imposibles que parezcan desarrollar cada una de estas capacidades, que para ello son, para tratar de hacerlo, se debe buscar las condiciones para lograrlo y a través de la educación ayudar a los otros, quienes nacieron perdiendo. Un reto complicado en este pleno siglo XXI es el disminuir la brecha de la desigualdad para que todas aquellas personas que no han gozado de los derechos que permiten que una vida sea digna y de los avances tecnológicos/científicos lo hagan, ya que estos beneficios, al igual que la desigualdad, se traducen en esperanza de vida, así como la calidad de ésta.

La lucha por disminuir esta brecha imperante en la sociedad y no exclusivamente de México, recae sobre los hombros de quienes han podido satisfacer sus necesidades básicas o desarrollando sus capacidades, permitiéndoles lograr preocuparse por los otros, asumiendo una alteridad inherente, característica fundamental de quienes viven en cierto grado de plenitud. Es inobjetable que la educación genera un puente que permite cruzar la brecha social de un lado a otro, sin embargo, para quienes más incompletos están, el apoyo humano hablando de cariño, comprensión y empatía es el complemento indicado para arrancar de las manos el alma de aquellos oprimidos por un sistema que los creó y se rehúsa a brindarles una oportunidad, de aceptarlos.

Como sociedad, si asumimos por conveniencia, comodidad e indiferencia que aquellos que son vulnerados son fantasmas, al no contar con una red de seguridad cuando caen al equivocarse o nacen debiendo más de lo que pueden generar, estaremos creando un entorno que nos absorberá en un clima inoperante y abyecto al desarrollo de la vida humana social, lo cual conllevará a que problemáticas como delincuencia, drogadicción, narcotráfico —que son cánceres extenuantes que acosan a las comunidades—, se incrementen, redirigiendo el futuro a un destino contrario a lo que aspiramos. De aquí la importancia de que actuemos no sólo para evitar un futuro que no deseamos, sino para hacerle justicia a aquellas personas víctimas de la desigualdad que, al igual que nosotros en algún momento de sus vidas, tuvieron un sueño, pero la realidad se los tragó. Los abatió. Tenemos el deber social, la responsabilidad de ser luz e iluminar el camino de quienes nos rodean, ya que ellos iluminarán a otros. Si actuamos, la desigualdad puede ser reducida. Y lo será.

Referencias

José, J. (2001). La soledad como fenómeno psicológico: un análisis conceptual. *Salud mental*, *24*(1), 19-27. Recuperado de https://www.medigraphic.com/pdfs/salmen/sam-2001/sam011d.pdf

Kliksberg, B. (2013.) *¿Cómo enfrentar la pobreza y la desigualdad? Una perspectiva internacional.* Buenos Aires: Ediciones Ética y Economía/Universidad Ricardo Palma.

Moreno, L. (2003). *Ciudadanía, desigualdad social y Estado del Bienestar*. Barcelona: Ariel.

Morin, E. (2001). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. *Ra Ximhai, 1*(3), 653-665. Recuperado de http://www.redalyc.org/pdf/461/46110314.pdf

Nussbaum, M. (2010). *Las mujeres y el desarrollo humano: el enfoque de las capacidades*. Barcelona: Herder.

Orozco, M., Espinoza, R., Fonseca, C. y Vélez, R. (2019). *Informe: Movilidad social en México 2019. Hacia la igualdad regional de oportunidades*. México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias. Recuperado de https://ceey.org.mx/wp-content/uploads/2019/05/Informe-Movilidad-Social-en-M%C3%A9xico-2019.pdf

Rawls, J. (1996). *El liberalismo político*. Barcelona: Crítica.

Rojas, V., Rodríguez, C., Zereceda, G. y Campos, F. (2013). Abuso de Drogas en Adolescentes y Jóvenes y Vulnerabilidad Familiar. Oficina de las Naciones Unidas Contra la Droga y el Delito (UNODC). Recuperado de https://www.unodc.org/documents/peruandecuador/Publicaciones/Publicaciones2014/LIBRO_ADOLESCENTES_SPAs_UNODC-CEDRO.pdf

Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid: Alfaguara.

Savater, F. (1997). *El valor de educar*. México: Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América.

Young, J. (1982). *Loneliness, depression and cognitive therapy: Theory and application*. Nueva York: Wiley.

¡Don Beto, ya tenemos carretera!: Encontrando el camino a la vida

Luis H. Vigueros

Nadie puede encontrar su camino sin perderse varias veces.

Anónimo

Introducción

La vida de don Beto es una historia de retos, desafíos y sueños, similar a la de otras personas. A través de su historia encontramos cómo el deseo de superarse está acompañado de valores que le permiten crecer y madurar aún en medio las situaciones más complicadas que pudo experimentar y va más allá demostrando que cuando la educación falla y los talentos personales no son suficientes, hay un Dios dispuesto a levantar la vida de cualquier persona no importa el estado en que se encuentre, convirtiéndola en una vida con propósito. Surgiendo y superando el círculo de desigualdad social, es una historia que encierra la misma expresión de ilusión que tienen los habitantes de cualquier

poblado lejano cuando pavimentan sus calles y que a la vez genera un sentimiento de que todo va a estar bien pues se oye decir: *¡Por fin ya tenemos carretera!*

Abriendo caminos

Es importante tener un destino, pero lo mejor es tanto el inicio como el recorrido del mismo del camino...

México a mitad del siglo XX

Hablar de la desigualdad social en México es remontarnos muchos años atrás en la historia, a un México recién salido de una larga guerra de independencia; es hablar de un país que está empezando a construir su propio camino; incluso y tal vez, es hablar de las bases de una nación. A pesar de los muchos cambios que ha experimentado el país no es suficiente para erradicar la desigualdad social que se ha extendido desde los estados del sur hasta la misma frontera norte, pareciera que la sociedad mexicana está "peculiarmente prisionera de su pasado con un futuro frustrado" (Van Young, 2010, p. 495); sin embargo, surgieron muchos esfuerzos de una sociedad incipiente por tratar de salir adelante: un claro ejemplo de ello lo encontramos en el llamado "milagro económico mexicano", cuyo propósito gubernamental se orientó a buscar el beneficio económico de los más pobres dándole prioridad al campo mexicano, pero desafortunadamente "la concentración de la riqueza en la distribución del ingreso nacional generaron formas de vidas cotidianas y culturas muy diferentes entre las diversas clases sociales" (Absalón, 2005).

Por otro lado, el sistema educativo experimentaba mu-

chos cambios, José Vasconcelos como secretario de educación pública, pretendió disminuir el analfabetismo fundando escuelas rurales y centros culturales en las comunidades tanto indígenas como las más apartadas de las ciudades, en donde cada maestro rural era considerado un *apóstol de la educación*, según la propia perspectiva de Vasconcelos (Vázquez y Egremy, 1994) y aun así solamente se logró reducir 0.2 por ciento de analfabetismo en el país y es que en el modelo de escuelas rurales se cursaba sólo hasta tercero de primaria, pero en 1958 se cambió el plan de estudios en la educación primaria y se extendió de tres a seis años (Absalón, 2005).

Durante el final de la década de 1940 e inicio de 1950, México vivía una gran división social donde el humilde campesino sobrevive de sus siembras gracias a la sumisión ante el poder omnímodo, hechos que son relatados magistralmente en las obras de Juan Rulfo, en las cuales encontramos retratos de campesinos casi muertos de hambre sobreviviendo en pueblos polvorientos, sufriendo el despojo de sus tierras, viviendo en constante dolor cuya esperanza es similar a la de un penitente camino a su ejecución. Quienes logran salir de sus pobres tierras se encaminan, llenos de sueños y aspiraciones, a las grandes ciudades sólo para enfrentarse a la "delincuencia oficial de la burocracia" (Benítez y González, 2004) y continuar sumidos en la desgracia, pero ahora una desgracia citadina.

Congregación Vicente Guerrero-Rancho Palo Blanco: Una marcada desigualdad social

En ese contexto nació don Beto, como él mismo dice: "Vicente Guerrero es un lugar tan apartado de la ciudad y tan desconocido que no figura ni en el mapa", de hecho, le

llamaban congregación porque era conformado por varios caseríos muy alejados entre ellos.

—Algunos lo conocen como rancho Palo Blanco y saben del rancho porque el camino pasa por allí, bueno, actualmente ya es una carretera, si no fuera por eso nadie sabría que existe el lugar —suspira don Beto.

Llama la atención conocer que en pleno siglo XXI todavía existen comunidades donde no hay escuelas, no cuentan con servicios médicos básicos; es lamentable darse cuenta de que lugares como el rancho de Palo Blanco tienen menos de diez años con drenaje, agua potable y energía eléctrica.

Don Beto nació el 23 de marzo de 1948, y cuenta:

—Cuando naces en una población tan pequeña, muchas cosas van mal, por ejemplo, mi acta de nacimiento dice que nací un 14 de julio de 1948, aunque realmente nací un 23 de marzo, pero como pertenecíamos a un municipio muy distante se tenían que juntar varias notas de nacimiento y cuando había las suficientes, unas diez o quince, entonces una persona del rancho iba a darlas de alta. A veces, al hacer las actas de nacimiento ponían las fechas de cuando te daban de alta y no la fecha de cuando naciste, esto para evitarse más problemas e indagaciones; así nos trataban por ser de los pueblos más alejados del municipio.

Desafortunadamente, en nuestro país, el campesino es visto como una masa humana manipulable a favor de actores políticos y pocas veces se les mira como la base generadora de los productos primarios, como la base de la economía de un país en desarrollo. Por lo tanto, el trato que recibe un campesino no es el mismo que recibe

una persona de clase social media alta, es decir, existen preferencias sustanciales y mejores servicios para quienes tienen mejor posición económica, es lo que se llama el "desencanto del materialismo estructural" (Van Young, 2010, p. 496). Esto se refleja también en las casas que hay en el rancho y que María Sánchez lo expresa atinadamente al describir a las comunidades rurales en su obra Las veredas de la incertidumbre:

> La desigualdad existe desde hace mucho tiempo y sigue presente. Junto a viviendas de piedra, *block* o madera se encuentran otras de bejuco y cartón, la verdad es que en las casas más pobres se vive muy mal, todo el tiempo se mete el agua y algunas veces el viento se puede llevar las láminas del techo (Sánchez y Almeida, 2005, p. 112).

—La gente se acostumbra a vivir así —dice don Beto—, a sobrevivir conformándose con lo que tiene, creyendo que pudiera estar peor y agradeciendo por lo poco que es suyo. Mira, vivíamos en tres cuartos con paredes y techo de madera, en un cuarto dormía mi mamá con las muchachas, en otro dormíamos los hombres y en el último dormía mi papá. Había una cocina de paredes de otate con lodo y techo de palma, en ella teníamos una hornilla para cocinar con leña; los trastes los lavaban con agua del río que estaba como a cien metros. Comíamos en una mesa vieja debajo de un enorme árbol de aguacate; no había agua potable, para tomar agua o bajábamos al río o sacábamos del pozo. Aunque todo era muy natural y puede parecer como un sueño para muchos, de verdad, no había una meta que anhelar, un futuro al cual aspirar, un destino al que arribar y cuando vives así eres como un

barco a la deriva, a donde llegues será un buen puerto y si nunca llegas no se perdió nada.

Don Beto suspira largamente y luego continúa: —No te creas, es muy difícil ver algo bueno o positivo en esa situación, las horas se hacen largas, los días eternos y los años interminables.

La familia

Tal vez por esta misma situación don Beto recuerda cariñosamente a su padre, a quien amó, admiró y respeta mucho a pesar de tener más de cuarenta años de fallecido; cuando habla de su padre, don Beto cierra sus ojos.

—Mi padre trabajaba arduamente en el campo —dice con voz temblorosa y sincera—, así trataba de mantener a la familia, de lo poco que sembraba y de lo que cosechaba; el lema que nos enseñó desde pequeños y que al menos a mi quedó bien marcado es: siempre hay que trabajar, pero nunca robar. Él parecía incansable, a veces el trabajo era duro, pero él se levantaba a la mañana siguiente para ir al campo nuevamente, así vez tras vez; yo lo miré cansado muchas veces y me preguntaba: *¿Acaso siempre viviremos así?* Y no es porque no había tenido oportunidades para dejar el campo, más bien es porque a veces el temor a cosas nuevas siempre se apodera de los más desvalidos. Él fue uno de los primeros petroleros en el estado de Veracruz, pero cuando llegó la expropiación petrolera de 1936, con el presidente Lázaro Cárdenas, a él le tocó salir de Petróleos, vivió ese cambio, es más, cuando las empresas petroleras extranjeras dejaron el país y lo tomaron manos mexicanas, lo invitaron a regresar y firmar con el sindicato petrolero mexicano.

Después de hacer una pausa, como meditando lo que pasó en ese entonces, continúa: —La falta de cultura y educación no le permitieron llegar muy lejos, no tenía estudios, no sabía ni leer ni escribir, así que se apoderó el miedo de él y prefirió dedicarse al campo que tomar la decisión de ser un petrolero mexicano.

»Mi papá tenía miedo a todo lo que era el sindicato y esas cuestiones de política y habladurías, él decía que eran muchos pleitos para pocos pesos es porque solamente a él le interesaba trabajar para comer, no quería pelear un puesto o una dirigencia.

Aunque muchos historiadores hablan de que en esos años México vivía tiempos de prosperidad, la realidad era otra. Los organismos federales, en lugar de favorecer a los más débiles y marginados, se encargaron de servir a los intereses de los mismos organismos otorgando poder ilimitado a los funcionarios y creando una pesada cadena de burocracia que sofoca a los menos protegidos. Todavía experimentamos este decadente círculo vicioso y "sus efectos no se apagan en nuestros años y no terminarán mientras el país no establezca instituciones específicas capaces de realizar el milagro de servir a la población civil" (Valadez, 1967, p. 388). En el transcurso del tiempo hemos sido testigos de estos efectos en cualquier lugar de la República Mexicana acentuado la desigualdad social.

—Mi mamá siempre fue una mujer fuerte y entrona —dice don Beto y al recordar a su mamá se nota un pequeño brillo en sus ojos—. Ella siempre se las arreglaba para darnos algo de comer, no siempre comíamos carne porque no había tiendas para comprar carne, quiero decir que sólo cuando alguien del rancho mataba [así le

llaman al matar a un cerdo, un becerro o un borrego] podíamos comer un poco de la carne pues cuando lo hacían era porque tenían fiesta y nos invitaban, si no mi mamá mataba una gallina para comer. Cuando crecí me iba de cacería si quería comer carne y cazaba conejos, patos, chachalacas, gallaretas, codornices y mi mamá las guisaba muy rico.

»Ella llevó la batuta en la casa, organizó a los hijos de tal manera que cada quien tenía cosas que hacer, por ejemplo, yo nunca me paré en la cocina para hacerme algo de comer, es más ni siquiera para lavar un plato, eso era deber de mis hermanas, así decía mi mamá. Mi deber desde pequeño era estudiar en la mañana y en la tarde ir al campo con mi papá. Mis hermanas desde pequeñas se encargaron de hacer de comer para todos, de limpiar los platos y vasos, de servirnos la comida; no importaba en qué momento llegaras, en ese instante sacaban la masa, echaban leña a la hornilla para hacer tortillas y comida, después recogían los trastes y los lavaban; así se la pasaban todo el día.

Los hábitos culturales se transmiten de generación en generación, y en las zonas marginadas se ejerce esta transferencia como una ley de vida que es muy difícil de cambiar, aunque sea dolorosa o insatisfactoria las personas se aferran a ella como si fuera el único bote salvavidas en medio de un naufragio de ilusiones y esperanzas; en otras ocasiones la perpetuidad de estas costumbres se debe a la ausencia de opciones de cambio (Levi-Strauss, 1981). Vemos como este escenario se repite una y otra vez en distintos lugares del país y en distintos momentos de la historia en donde:

> la vida de los niños cambia de manera bastante brusca a los ocho o diez años, de pronto es como si se convirtieron en pequeños adultos: las niñas empiezan a echar tortillas, a acarrear agua y a cuidar a los hermanitos más pequeños; los niños y los adultos a traer leña. Tendrán que combinar estas actividades con la escuela, aunque los más pobres ni a la escuela van, un coscorrón en la cabeza o un regaño será la manera de corregirlos por no obedecer las órdenes de los adultos, por no recoger un grano de maíz tirado en el suelo o por romper algún utensilio en la casa (Sánchez y Almeida, 2005, p. 118).

Don Beto sonríe un poco.

—Puedo decir que la cocina era un lugar reservado para ellas, nadie podía entrar a la cocina, sólo mis hermanas y mi mamá. —Hace una pausa para reír más fuerte—. Imagínate cuando llevé a mi esposa, fue un buen *round* el que nos echamos porque mi esposa quería ayudar en la cocina y mis hermanas no la dejaban.

La niñez

Don Beto sigue recordando sus inicios y habla de cuando era un infante.

—Cuando éramos niños no teníamos muchas cosas como juguetes y cosas de esas, pero nos conformábamos con lo que teníamos, por ejemplo, jugaba con una piedra o con una vara de limón o con cualquier cosa que tuvieras a la mano, lo importante era imaginarse las cosas; la mayor parte del tiempo la pasábamos descalzos y nuestros pies se acostumbraron al frío del piso húmedo o a lo caliente de las piedras, a las espinas del camino, teníamos

zapatos pero los usábamos sólo en ocasiones especiales; en el rancho no había escuela y teníamos que caminar como media hora para llegar a la escuela primaria Carlos A. Carrillo. Los grados que se impartían, como era escuela rural, llegaban solamente hasta tercero, porque era obligatoria, por así decirlo, y eso si el maestro estaba dispuesto porque renunciaban normalmente a los dos o tres meses, aunque recuerdo a nuestro maestro de tercero, él sí tenía ganas de enseñar y se preocupó por nosotros tanto que nos daba clases extras como cubriendo cuarto y quinto, claro las clases costaban cinco pesos mensuales por chamaco y así él se ayudaba y nosotros también. Debido a que solamente teníamos un salón, había niños de mi edad y otros mayores, estaban Servando, mi sobrino, Nidia, una prima, Chucho, otro primo; algunos como el Chanquilón estudiaron hasta segundo, mi hermana mayor también llegó a segundo. Los únicos que aprovechamos las clases extras fuimos mi hermana Ofe y yo, los demás se quedaron un poco atrás, ellos nos decían: "¿Para qué estudiar? Si no vas a comer de letras y números, es pura perdedera de tiempo eso de la escuela".

Esta expresión pareciera una sentencia realista o simplista pero lo que refleja es el ideal de vida de muchas personas que no han comprendido que la educación sirve para la realización del ser humano, no es un fin sino un medio para completar la humanidad de quien estudia (Savater, 1997, pp. 63-64) plantando la semilla de la ilusión y esperanza en lugares donde sólo hay vacío e ignorancia.

Don Beto se levanta de su asiento y camina meditando el futuro de aquellos que expresaron su nulo deseo de estudiar:

—Después de muchos años volví a ver a esos compañeros y la verdad se quedaron muy atrasados, fue triste ver que no quisieron salir, que no quisieron estudiar; hasta uno que otro me comentó que estaban arrepentidos por no haber estudiado, aunque sea haber terminado la primaria, hoy no tienen nada. Te voy a decir un secreto que pocos quieren reconocer y es que hay mucha riqueza en el campo del pobre, pero se pierde porque falta visión; falta visión para planear la misma vida, para soñar, para aspirar a algo más; la vida te da mucho.

Las veredas que se heredan

Hay cosas que hacemos que nos parecen correctas, pero que al final de cuentas nos conducen al error.

Proverbios 14:12,
Traducción en Lenguaje Actual

¿Herencia cultural?

Una de las características que sobresalen dentro de la desigualdad social es que las historias se repiten de una generación a otra, como si se enseñara un camino que es recorrido de manera inconsciente una y otra vez. Es sorprendente observar cómo los errores de los padres se transmiten y reproducen como una calca en los hijos, en los nietos y a veces hasta en los bisnietos. ¿Podría decirse que esta desigualdad social es resultado de una herencia cultural?

Un ejemplo para aclarar esta pregunta es el caso del hombre que llega borracho a casa, golpea a su esposa y maltrata a sus hijos; mientras son infantes, los varones se prometen que jamás serán igual a su padre, nunca serán

borrachos y menos golpearán a su esposa e hijos; las hijas se proponen no casarse con un alcohólico o una persona violenta; pero con el paso de los años, la forma continua de abusos y golpes de parte del padre transforma a los infantes en lo que más odian: los hombres se convierten en alcohólicos que golpean a sus familias, las mujeres terminan casándose con un alcohólico o una persona que hace lujo de violencia familiar.

Es entonces cuando surgen las inquietantes preguntas: ¿Qué pasó con esa generación? ¿Por qué se perpetuó esta especie de maldición familiar?

Es que, así como se transmiten las buenas costumbres, los valores y hasta la forma de alimentarse, también se heredan los esquemas de conducta y comportamiento que tienen: "la característica de aprenderse y se ha transmitido de una generación a la siguiente en forma de una tradición social, de una herencia cultural que no es una herencia biológica ni tampoco una herencia individual sino eminentemente social" (Berdichewsky, 2002, p. 60).

—Mi niñez la pasé muy junto a mi familia —recuerda don Beto—. En ese tiempo las familias eran muy unidas, bastante unidas, es decir, no era un ambiente como de andar lejos de la casa a menos que fuera por el trabajo, en cuanto a lo demás recuerdo que siempre estábamos juntos todos; bueno solamente Remita que se casó muy joven, tenía como doce o trece años, pero estaba Santos, Timo, Cleme, Mago, Elenita, Juanito, Ofe y yo. De ellos aprendí muchas cosas buenas y malas, también de los que crecieron cerca de nosotros, miré cómo vivían, entonces adopté algunas cosas buenas y rechacé las cosas que no les miraba un buen futuro. Como estábamos acostum-

brados a una vida prácticamente limitada, en el rancho y con los vecinos éramos como una familia grandotota, todos nos conocíamos, teníamos las mismas tradiciones y costumbres.

Don Beto recuerda su hogar y a cada uno de los miembros de su familia, ellos le han dejado enseñanzas para la vida, cada cosa que vivía con ellos le ayudó para formar su propio camino tratando de tomar lo mejor de las experiencias que observó en otras personas y no caer en los mismos errores para así aspirar a algo mejor cada día.

Al fin de cuentas el hogar y la cultura familiar se construye donde se vive, de tal forma que como seres humanos somos capaces de identificar los lugares adecuados a los cuales acceder así como los lugares qué evitar; el hogar es reconocer a las personas y sus costumbres para apreciarlas y practicarlas cotidianamente (Shapiro, 1993).

Lewis (1966) describe que cuando los niños de los barrios bajos o campesinos tienen entre seis o siete años normalmente ya han asimilado actitudes y valores básicos de su subcultura; a partir de ese momento ya no están preparados psicológicamente para sacar pleno provecho de los cambios en las condiciones o las oportunidades de progreso que puedan aparecer en el transcurso de su vida. Aunque no siempre es así.

—Cuando era pequeño siempre fui muy unido a mi papá —dice don Beto—, le gustaba mucho que estuviera con él. Mi papá siempre trabajaba en el campo, yo estudiaba en la mañana y las tardes las pasaba con él, platicábamos mucho de cómo él se sentía, me contaba de lo que esperaba de mis hermanos y de mis hermanas, por ejemplo, él quería que alguien le ayudara en el campo,

alguien a quien le enseñara toda la labor de sembrar y cosechar, de preparar la tierra, de plantar la semilla, pero mis hermanos habían crecido así que se apartaron y lo dejaron sólo.

Las veredas que se heredan

Don Beto añora ese tiempo y entre sus recuerdos continúa platicando.

—Como pasaba mucho tiempo con él, veía en mí esa ilusión de perpetuar la tradición familiar de la siembra y la cosecha, incluso cuando tenía siete años hizo algo que me marcó, por así decirlo, pues aparte de enseñarme a trabajar la tierra y llevarme a la milpa, me preparó un azadoncito chiquito, me lo regaló, apenas si podía con él azadón; así me traía muy junto a él, yo daba tres azadonazos por aquí y por allá, él hacía lo demás pero lo importante es que me traía muy cerquita siempre; eso me dejó una marca en la mente y corazón ya que me emocionaba tomar esas herramientas para ayudar a mi padre, bueno, mi ayuda era mínima pero me sentía muy bien tratando de ayudar, así lo hice durante mi infancia; conforme crecí me fui dando cuenta que yo no quería ese camino para mí, es que miraba que la situación estaba muy dispareja en cuanto a los pesos, por ejemplo un petrolero ganaba mucho dinero, hablamos de unos cuatrocientos pesos a la semana mientras un campesino ganaba como ocho o nueve pesos al día.

En contadas ocasiones las tradiciones familiares no se pueden perpetuar porque algunos miembros reconocen que no es el camino que desean transitar, aunque en la mayoría de los casos la realidad lleva a "una pregunta

recurrente en lo que atañe a las dificultades de las modernas comunidades campesinas y es ¿hasta qué punto son víctimas de sus propios valores?" (Harris, 2009, p. 318).

—De mis hermanos también aprendí muchas cosas y tomé para mí sus experiencias para repetirlas o para evitarlas. Ellos entrenaban béisbol entre semana, los miraba pues el campo estaba frente de donde vivíamos, así que cuando una pelota salía del campo yo iba a buscarla y se las regresaba; era un niño, pero me gustaba eso: el batear, el jugar. En ese tiempo jugar era algo como una herencia de familia, aparte de que era el único deporte que se jugaba en Vicente Guerrero. Entre los nueve y diez años me empezaron a dar chance de tomar el bate como recompensa por andar buscando las pelotas que salían del campo.

El camino del béisbol y otras veredas

Don Beto recuerda sus inicios en el deporte que le ayudó a salir del rancho y le permitió conocer ciudades y gratas experiencias. Todo comenzó con uno de sus hermanos:

—Timo me enseñó a jugar beis. Él era un tremendo *pitcher*, tenía un brazo envidiable y ponía la bola donde quería, así que me lanzaba unas dos o tres bolas en cada oportunidad, eso me gustaba, fui aprendiendo a identificar los lanzamientos y creciendo en el juego; a los doce años comencé a jugar un béisbol organizado, o sea con uniforme y todo bien; pero lo que más recuerdo de mi hermano Timo es que no le gustaba entrenar, él tenía ese don de *pitcher*, como era joven tenía fuerza en sus lanzamientos, pero en lugar de entrenar se la pasaba tomando; le gustaba la música, vaya que cantaba y tocaba la guitarra muy bien, además era un enamoradizo. Todo eso no le

permitió llegar lejos como beisbolista y como persona. Me enseñó a jugar, pero lo que más aprendí fue que, aunque tengas un don, debes ser responsable y disciplinado, de lo contrario todo se termina perdiendo.

La vida es un largo camino que recorrer, en este camino habrá muchas veredas las cuales se caracterizan por las decisiones que tomamos, a veces esas decisiones marcan y sellan el destino que seguirán nuestros pasos; para lograr un buen camino y arribar a un mejor destino, el ser humano debe definir lo que hace y deja de hacer, esto permitirá que "dirijas todo tu esfuerzo y energía a lo que es importante. Te conviertes en una persona efectiva al ser selectivo" (Warren, 2003, p. 13).

—Cuando tenía un poco más de doce años recuerdo que platiqué con mi papá y le dije que quería salir, quería jugar béisbol pero que le iba ayudar en el campo y así fue; en la semana entrenaba y el fin de semana me iba a trabajar con él, desde el viernes en la tarde me dejaban salir de los entrenamientos con la condición de estar el domingo temprano para jugar béisbol y el sábado todo el día lo dedicaba a trabajar con él. Nunca tomé el trabajo del campo como una forma de vida para mí sino como ayuda a mi padre en su larga faena, quería darle así un poco de descanso. Al principio no le gustó la idea, pero se fue acostumbrando además mi mamá lo alentaba pues ella siempre me quiso mucho y se llenaba de orgullo cuando le comentaban que su pequeño hijo estaba dando jonrones en la ciudad de Naranjos, Cerro Azul y Poza Rica.

Uno de los puntos que influyen en el estado de desigualdad social es que somos muy desconfiados de las

innovaciones y cambios, por eso en muchas ocasiones nos aferramos a los viejos estilos de hacer las cosas, otros creen que la vida será un círculo del que solamente algunos podrán salir airosos así que al intentar algo nuevo lo hacen con miedo a despertar la envidia en sus amigos y parientes (Harris, 2009, p. 326).

—Cuando tenía alrededor de dieciséis años, me di cuenta de que mi hermano mayor, Santos, estaba estudiando para técnico en reparación de radiocomunicaciones, aunque era un curso por correspondencia le ayudó y aprendió mucho, tanto que le sirvió para tener un mejor trabajo. "No vivas sólo de béisbol, aprende algún oficio, haz algo más", me decía mi hermano, así que busqué un curso, me llamó la atención el de técnico en motores a diésel y lo estudié; me mandaban las clases por correo con fotos reales de las partes de los motores; hacía exámenes, trabajos, tareas que regresaba por el mismo correo, al final me dieron el título de Técnico en Motores a Diésel. Aunque el béisbol seguía siendo mi primera prioridad, ahora tenía una segunda opción para salir adelante y no depender únicamente del béisbol. Aprendí que debes vivir con una perspectiva de vida más amplia y no cerrarte a sólo lo que te gusta, debes tener alternativas para crecer y vivir, pues de lo contrario si sólo dependes de una opción y esa se cae, tu vida se caerá y fracasarás.

La mayoría de las personas viven solamente con una opción para la vida, se aferran a ella como si fuera el único medio que existe para salir adelante. Culturalmente la gente no tiene consciencia del futuro, sino que vive solamente el presente, no planean y no toman precauciones respecto a lo que quieren tener, es que en su mente existe

sólo el hoy y el ahora, no saben qué habrá mañana y no se preparan para ello, es una cultura de la pobreza que tiende a perpetuarse (Harris, 2009, p. 325).

—Cuando fui adolescente y joven tenía metas bien claras y definidas, a los dieciocho años debía jugar en segunda fuerza, a los veinte años en primera fuerza para dar el salto a la ligar mexicana a los veintidós o veintitrés; todo iba bien pues a los diecisiete ya estaba en segunda fuerza, mi hermano Juanito ya jugaba para la primera fuerza. Fue entonces cuando conocí la discriminación conmigo y con mi hermano. Primero, los entrenadores y algunos jugadores nos discriminaron por ser de piel morena, nos decían "los negros" y nos trataban muy diferentes a los demás, como cuando te menosprecian; querían que fuéramos sus sirvientes y eso no lo aprobamos, mi hermano y yo nos esforzamos por demostrar con calidad en el juego lo buenos que éramos y de esa manera callamos muchas bocas. Había tenido entrenadores de liga americana en la liga infantil, entonces tenía un nivel de juego muy bueno; al principio, cuando llegaba a un equipo, siempre se burlaban de mí, me despreciaban o discriminaban, pero cuando entrenaba y jugaba me ganaba el respeto de todos, nunca tuve que pelear a golpes, siempre quise demostrar lo bueno que era con excelentes jugadas, buenos batazos, apoyaba para que el equipo ganara, eso me abrió muchas puertas.

Dentro de la desigualdad social existe el racismo, que:

> es una forma de prejuicio como también de discriminación, pero se ha convertido igualmente en una expresión ideológica. En este sentido ha servido para racionalizar y justificar la desigualdad social y económica particu-

larmente contra minorías étnicas o nacionales (Berdichewsky, 2002, p. 52).

Éste es una constante que siempre está presente en la vida de los más pobres.

—Hubo dos cosas que de plano enfriaron mis deseos de jugar a nivel profesional —don Beto recuerda con tristeza—, primeramente, tenía como veinte años cuando conocí esas cuestiones de política y favoritismos, es decir, gente que... bueno, usando una mejor palabra, gente que se arrastra, o sea, que son barberillos y se acomodan por labia y verbo más que por cualidades; era increíble que muchos que ni bateaban, ni jugaban, ni entrenaban estuvieran como titulares sólo porque se llevaban bien con los mánager, porque les cargaban las mochilas, les limpiaban el carro, les pagaban las cervezas; eso me daba mucho coraje y desilusión. La segunda cosa que me dolió mucho fueron los representantes o agentes, ellos te firman y si sales bueno, te acomodan en un equipo grande llevando cierta ganancia o porcentaje de tu pago; había un buscador que quería firmar a mi hermano, pero él no le firmó y cuando llegó al profesional éste buscador estaba dirigiendo la organización y ahí se desquitó: mi hermano fue bloqueado, relegado y excluido del primer equipo, tuvo que regresar a primera fuerza. Entonces me propuse jugar por jugar, por deporte y no por un compromiso económico u obligación.

Harris (2009) muestra que la mayoría de las personas que viven en pobreza miran al sistema social en términos de fallos, motivos y opciones personales en donde se puede culpar a los demás de la situación pro-

pia o salir adelante a pesar de la misma situación. Lo importante en cualquier escenario es comprender qué es lo que guía tu vida. Si se tiene bien definido lo que se quiere en la vida entonces se puede tomar el camino correcto, pues "cuando la vida tiene sentido puedes soportar cualquier cosa. Cuando no lo tiene, resulta insoportable" (Warren, 2003, p. 12).

—No me arrepiento de haber tomado esa decisión, no fui a la liga mexicana, pero me quedé en primera fuerza y eso me llevó a recorrer el país, conocí estados como Tamaulipas, San Luis Potosí, Puebla, Tlaxcala, Hidalgo, Zacatecas, Sinaloa, Sonora y Durango. En ese tiempo radicaba en Poza Rica, entrenaba y vivía como pelotero profesional, aunque trabajaba en petróleos como mecánico de motores me llevaban a jugar a todos lados, incluso fui parte de la selección estatal de sóftbol y de béisbol. Eran buenos años.

Dicen que recordar es volver a vivir, en los ojos de don Beto se mira una chispa de esperanza, de sueños y alegrías; continúa recordando: —Cuando tenía como veinticinco años, en un partido en Pachuca, un manejador me miró jugar, al final de la serie se acercó conmigo y me ofreció lo que yo quisiera para jugar con él. Recuerdo que lo único que pedí era trabajar en una empresa de motores a diésel; éste manejador era jefe de mantenimiento en Diésel Nacional (Dina) donde ensamblaban la mayoría de los autobuses de México, así que me abrió las puertas para trabajar ahí. Ganaba como la mitad de lo que tenía en Pemex, pero estaba en donde quería y me trataban como un jugador estrella. Por fin había alcanzado lo que pretendía, me había forjado mi propio camino.

No quiero esto para mí

Al llegar a este punto muchos dirían que don Beto alcanzó el éxito, salió de la pobreza, discriminación y construyó su propio camino, sin embargo, no estaba satisfecho, se sentía vacío, cansado. Había visto cómo algunos de sus hermanos cayeron presa de los vicios como el alcoholismo, tabaquismo arruinando sus vidas, sus familias, aunque trató de alejarse de esas veredas fueron más fuertes las cadenas hereditarias que las ganas de triunfar. Su vida se tornó un aburrido círculo rutinario, entre semana trabajaba para el fin de semana jugar, después festejar con cervezas y tequilas ya sea el triunfo o la derrota.

—Me cansé de esa vida, me desgasté buscando algo que no encontré con el alcohol o el trabajo, dentro de mí me repetía vez tras vez: *No quiero esto para mí, no es vida así.*

Cuando se toman decisiones basadas en las circunstancias, estados de ánimo o las mismas presiones de la vida te esforzarás demasiado en encontrar un propósito para darle sentido a la vida "eso causa estrés, cansancio y conflicto" (Warren, 2003, p.13).

Encontrando tu camino

Lo que eres es el don de Dios para ti; lo que haces contigo mismo es el don tuyo para Dios.

Proverbio danés

Caminando sin esperanza

Hay un momento en la vida que es necesario tomar una decisión respecto a lo que se ha hecho y lo que se va a

hacer; es una decisión que afectará el futuro personal y muy probable las siguientes generaciones; es una decisión que forzosamente va a involucrar experiencias, sentimientos y pensamientos. Una decisión que se toma partiendo de "una mezcla de aspectos racionales y emocionales" (Rodríguez, 1980, p. 376).

Al llegar a esta parte en su historia, don Beto, un poco melancólico, comparte:

—Mi vida había caído en una triste rutina que se componía de trabajo, deporte, parranda. Era famoso, muchos me conocían y saludaban cuando andaba por la calle, pero no me sentía contento; tenía miedo de terminar como los del rancho: haciendo lo mismo cada año, viviendo sin sentido y sin futuro. Traté de apoyar a algunos paisanos, incluso llegaron a vivir conmigo, busqué alguna forma de sentirme útil, de no ser solamente una persona que trabaja y sobrevive; pero de tanto en tanto me sentía igual: vacío y sin sentido.

Muchas personas confunden el tener esperanza con la ilusión de poseer más y mejores cosas, quieren llenar ese vacío de una vida plena con automóviles, casas, aparatos eléctricos y todo lo que se relaciona con una aparente buena vida cuando realmente la esperanza radica en "la liberación del eterno hastío"(Fromm, 1970); otros, se saturan de actividades y quehaceres para disimular su vaciedad, pero pocos están conscientes que cada elección que tomamos es de acuerdo a la esperanza con la que vivimos; ésta elección "podrá ser tan trivial como decidir entre pedir un helado de chocolate y uno de vainilla o involucrar el destino y la vida de millones de seres humanos" (Rodríguez, 1980, p. 375).

El camino del amor

—Un día, andando en ese camino de desencanto por la vida —dice don Beto—, fui a una pastelería, íbamos a festejar el cumpleaños del hijo de un compañero de equipo, pero en esa pastelería me encontré con una persona que me impactó mucho. De repente mi corazón latía fuerte, muy fuerte. Platicamos un buen rato para conocernos más, bueno, fueron como un par de horas. Dicen que no existe el amor a primera vista, pero vaya que me dejó prendido esa muchacha. De ahí en adelante visité esa pastelería a diario, salí con esta señorita en varias ocasiones; me enamoré, no había tenido tiempo para el amor, entre entrenamientos, partidos, trabajo y parranda no me había percatado de ese vacío en mi vida.

Don Beto suspira un poco al recordar este momento, es un cambio trascendental en su vida, así que con un brillo de alegría en sus ojos continúa.

—Conforme pasó el tiempo, tomamos la decisión de casarnos y así lo hicimos en noviembre de 1975; me sentía renovado, recorrimos muchos lugares de vacaciones; ella me acompañaba cuando jugaba; los fines de semana íbamos a los bailes; paseamos, comimos y disfrutamos esos momentos. En septiembre de 1976 nació mi primer hijo, cuando lo tomé en mis brazos sentí que mi corazón se apachurró, fue una experiencia única, era increíble que ese tierno bebé llevara en parte mi propia sangre, es un milagro el tener a un hijo; realmente no puedo describir lo que sientes y piensas en esos momentos, solamente sé que tiernamente le besé la frente y le prometí que lucharía para que su vida fuera mejor que la mía.

Las decisiones que el ser humano toma, en la mayoría de los casos están fuertemente influenciadas por lo que le rodea, llámense presiones sociales, culturales o sentimentales, todas generan un conflicto interno detonando gran tensión y ansiedad por encontrar una solución (Rodríguez, 1980, p. 380) que se puede convertir en el combustible para el motor de superación y aspiraciones a un futuro mejor.

A pesar de mis buenas intenciones —recuerda tristemente don Beto—, mi vida no cambió en nada, aunque algo que marcó mucho mi mente sucedió en un baile. Mi hijo tendría cuatro o cinco meses, fuimos mi esposa, un par de primos más chicos de edad y yo. Al llegar nos pusimos de acuerdo, bailaríamos un rato mi esposa y yo mientras mis primos cuidaban al bebé y después nos turnaríamos para descansar, bailar y cuidar al bebé. En un momento fui al carro para relevar a mis primos, ellos estaban muy al pendiente de mi pequeño, uno se me acercó y me dijo: "Parientito, tu hijo vale oro, nosotros vamos a cuidarlo bien; para nosotros este pequeño es oro macizo". Eso me dejó pensando en la importancia de mi hijo y el valor que le daba en mi vida.

Don Beto, al igual que muchas personas, muestra deseo de ser diferente, de no quedarse en una vida normal; trata de trascender, de ser algo más que un buen ciudadano o buen deportista o buen trabajador, quiere ser el mejor esposo y el mejor padre; es que el hombre "aunque no tiene instinto de hormiga podría soportar perfectamente una existencia de hormiga. Sin embargo forma parte de la condición humana el que el hombre no esté satisfecho con ser una hormiga" (Fromm, 1970) debido

a su capacidad, sus aspiraciones y principalmente porque está vivo.

¡No quiero esto para mi hijo!

—Entonces sucedieron tres cosas que terminaron transformando mi vida... —un largo suspiro acompaña el sentimiento que don Beto guarda en su corazón al relatar esta parte—. Primero, después de un año y medio de casados, mi esposa comenzó a asistir a una iglesia cristiana evangélica; nunca fui de fuertes creencias religiosas, me había dedicado sólo al deporte y al trabajo. No le impedí que fuera, incluso algunas veces la acompañé y aunque no entendía lo que decían, trataba de apoyarla; noté que mi esposa cambió mucho desde que empezó a asistir a la iglesia, se volvió muy paciente, siempre estaba optimista y alegre, dejó de ir a los bailes y puso mucha atención en nuestro hijo.

En este punto los ojos de don Beto se llenan de lágrimas pues recuerda dolorosamente lo que estaba pasando con su hijo de dos años.

—Mis compañeros de equipo utilizaban a mi hijo para patear, morder, escupir o decir groserías a los demás. Le decían: "Te doy cinco pesos si muerdes a fulanito". Otros le decían: "Te doy cinco pesos si escupes al de atrás". Así traían a mi hijo, como mensajero de maldades. Al principio me daba risa lo que él hacía, pues entre cervezas y licor no comprendía el impacto que eso produce en la mente y comportamiento de un niño, pero mi esposa sí observó el daño que se le hacía a mi hijo y me aclaró que ese ambiente no era adecuado para él. De ahí en adelante ya no me acompañó a los partidos de beisbol, ni a fiestas con mis amigos.

»Un domingo llegué muy borracho a casa. Mi esposa estaba preparando la cena. En cuanto entré me dirigí al baño, tenía muchas náuseas por el estado alcoholizado en el que venía; mi esposa le indicó a mi hijo que me preguntara si quería cenar, mi pequeño de unos tres años abrió la puerta del baño y me preguntó si quería cenar, con un ademán le indiqué que se retirara afirmándole que deseaba cenar; mi pequeño se fue corriendo a la cocina y cuando llego con su mamá le dijo: "Dice que sí, con su atolote [vómito]". Eso me hizo reaccionar y meditar en lo que estaba haciendo con mi pequeño, le estaba enseñando a ser alcohólico, le estaba mostrando con mis propios actos que emborracharse es normal, le estaba enseñando que, si la familia tiene problemas, el alcohol es un escape aparente a esos problemas. Esa fue la segunda cosa que me cimbró de los pies a la cabeza; entonces me dije: ¡No quiero esto para mi hijo! ¡No deseo que viva esta vida desdichada e infeliz! ¡No quiero que experimente la monotonía rutinaria y se conforme con eso porque su papá se lo enseñó así!

Don Beto recuerda que esa noche lloró amargamente como pocas veces en la vida, se había dado cuenta que todo lo que había vivido y logrado no era suficiente, que la forma de vida que estaba llevando conducía a su familia a un estado de pobreza, fracaso y vacío. ¿Cuántos padres hay que viven en esta misma situación y no puedan cambiar? No es suficiente con buenas intenciones pues "todo lo que hacemos en el hogar lo perciben los hijos. Estamos enseñando todos los días, y en cada momento... los niños son un reflejo de nosotros" (Grams y Grams, 1984).

—La tercera cosa que cambió mi vida y me trajo una nueva esperanza, fue algo más que un milagro —cuenta don Beto—. Continué asistiendo a las reuniones con mi esposa, algunas veces discutíamos porque parecía que todos se sentían perfectos, como si nunca se hubieran equivocado. Yo le insistía en que para perfectos sólo don Perfecto Hernández, todos los demás nos equivocamos tarde o temprano. Esas discusiones llegaron a tal grado que una ocasión le grité muy decidido a mi esposa: "¡Estoy cansado de tu religión, es tiempo de decidir, o soy yo en tu vida o es tu Dios!". Pensaba que con eso ella dejaría de ir a la iglesia, pero la respuesta que me dio fue la que menos esperaba: "¡Me quedo con mi Dios!", respondió con determinación.

»Nunca olvidaré esa tarde —continúa don Beto—. No había tomado mucho, así que llegué a la iglesia donde estaba mi esposa e hijo, claramente recuerdo que el predicador estaba comenzando su sermón; lo primero que mencionó es que ninguno de los presentes era perfecto, coincidí con él, no hay nadie que sea perfecto así que por más que me esfuerce en tener buenas acciones, por más que me empeñe por ser el mejor deportista, por más que busque ser el mejor padre o esposo siempre cometeré errores, siempre tendré fallas. Es porque, como seres humanos, estamos llenos de imperfecciones, además nuestra tendencia es continuamente hacer el mal así que nos vamos a equivocar, vamos a fallar, vamos a errar. El predicador mencionó que la palabra pecado proviene de un término griego que bien se puede traducir como fallar, errar; eso no me gustó porque sentí que insinuaba que yo era un pecador.

Don Beto hace énfasis en este punto y dice: —La Biblia, en el libro de Eclesiastés 7:20 dice: "Sin embargo, no hay en este mundo nadie tan bueno que siempre haga el bien y nunca peque" (Traducción en Lenguaje Actual), fue duro aceptar que me había equivocado justificándome en éxitos, fama, familia. Mi realidad: yo era un pecador.

»Mis pensamientos trataban de debatir esta triste idea cuando el predicador volvió a captar mi atención, él dijo: "Es importante comprender que por cuanto todos pecamos estamos destituidos de la gloria de Dios. ¿Qué significa eso? Que el pecado nos aparta de Dios, nuestro pecado nos aleja de Dios creando una barrera que impide acercarnos a Dios. ¿Por qué es importante acercarnos a Dios? Porque solamente en Dios alcanzamos la perfección, es decir, solamente en Dios podemos a ser justificados, esto significa que sólo en Dios podemos encontrar la solución a nuestros errores, únicamente en Dios podemos encontrar la forma de reparar nuestros fallos y desatinos".

Don Beto suspira un poco para continuar.

—Estaba peleando con tratar de aparecer bueno, justo, perfecto y ahora éste predicador me dice que estoy lejos de Dios por mi culpa, me dejó perplejo y más porque citó un versículo, Romanos 6:23, que dice: "Porque la paga del pecado es muerte…". Para terminar de rematar, comenzó a contar una historia acerca de un rey llamado Belsasar, el soberano del imperio babilónico, como tal hizo un gran festín, comida, desenfreno en todos los sentidos. Se sentía el rey perfecto y exitoso, pero esa noche le llegó un mensaje de parte de Dios: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto". El predicador dijo: "Cuando te paras en la balanza divina, tus acciones buenas, tus éxitos y logros pe-

san menos que todas tus fallas y errores, entonces también estas falto y mereces la muerte por tus errores".

»Me sentí apabullado, aunque estaba un poco alcoholizado, esas palabras estaban taladrando fuertemente en mi interior. Pensamientos como: ¿Qué puedo hacer para inclinar la balanza a mi favor? ¿Qué va a ser de mí ahora? Sentí que no tenía salida, estaba siendo acusado, enjuiciado y sin abogado.

»En ese momento había un gran silencio en el lugar, todos estábamos atentos a lo que este hombre iba a decir: "La Biblia dice: Más Dios muestra su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros. El sacrificio de Cristo en la cruz del Calvario no fue para hacerse un héroe, no fue para presumir un acto de valentía; su sacrificio fue para expiar nuestras culpas, perdonar nuestras fallas. Las consecuencias de nuestros errores tenían que ser pagadas y eso lo hizo Jesús".

»Esa noche aprendí que no estoy solo en esta vida, que es muy desgastante e inútil el esforzarte para salir de una vida monótona. La perfección se encuentra solamente en Dios. Cuando lo aceptas en tu corazón es como la luz que ilumina la oscuridad y el hastío; como un amanecer lleno de esperanza, fe y amor.

¿Acaso se le puede llamar a esto un renacer espiritual? Muchas personas experimentan cambios en sus vidas cuando aceptan dogmas, doctrinas o preceptos religiosos; pero don Beto experimentó algo más que eso en aquella noche, conoció lo que es la fe. Fromm define la fe como "la convicción acerca de lo no probado. La fe, al igual que la esperanza no es predecir el futuro, sino la visión del presente en un estado de gestación" (Fromm, 1970).

—Recuerdo que el predicador nos pidió que cerráramos los ojos para hacer una oración; al hacerlo me vi como vestido con harapos, mis ropas sucias estaban llenas de groserías, oliendo a suciedad, alcohol y cigarrillo. Miraba a los que me rodeaban, ellos estaban limpios y resplandecientes. No podía permanecer así, entonces abrí mis labios y lo único que dije fue: "Dios, si en verdad existes, si realmente soy un sucio pecador; si es cierto que me amas, por favor, perdóname, lava mis maldades, límpiame de mis pecados. Ya no quiero seguir viviendo vacío y sin sentido excusando mis errores en falsos éxitos deportistas. ¡Por favor, perdóname y ven a mi corazón!".

»No supe cuándo ni cómo, pero estaba de rodillas, llorando a más no poder, ¿Cuánto tiempo pasó? No lo sé, pero mis lágrimas no eran de amargura, frustración o desesperación; eran lágrimas que realmente me limpiaban por dentro.

La vida de don Beto cambió por completo esa noche, aunque no comprendía lo que estaba pasando con él, le preguntó a su esposa qué había sucedido. Y su esposa sólo le contestó: *Es que estás encontrando tu camino.*

Don Beto pidió perdón a su esposa e hijo; comenzó a retirarse del béisbol y aunque los compromisos deportivos lo mantuvieron activo por un año más, él no volvió a probar una gota de alcohol, ni fumar un cigarrillo y menos decir malas palabras. "La religión tiene significado para los individuos, les ayuda a enfrentarse a la adversidad y la tragedia; les proporciona esperanza de que las cosas mejoraran" (Kottak, 2010).

—A partir de ese momento, mi vida comenzó a cambiar, mis amigos me miraron como un bicho raro y nos

empezamos a distanciar. Entonces recibí la invitación de una persona de la iglesia para ir a una comunidad llamada El Vite a construir un templo. Acepté ir, pero no sabía qué iba a hacer en realidad. Nunca había oído el nombre de ese lugar, cuando llegamos tuvimos que dejar los autos en una planicie, era la entrada a un barranco, en el fondo se miraba la comunidad, no había carretera, sólo una vereda que cruzaba un par de ríos y una zona boscosa.

La mejor parte de la vida del ser humano es cuando se puede dar en servicio, pero no todos están dispuestos a servir a los demás y mucho menos invertir tiempo o dinero en una empresa que no redituará; es parte de la desigualdad social que ha marcado al corazón mexicano, es un renglón que es imperativo cambiar.

Don Beto expresa una grata emoción al contar cómo llegó a esa comunidad.

—Tardamos casi tres horas en llegar a la comunidad, fue un largo recorrido pero los paisajes fueron únicos, había muchos árboles: nogales, aguacates, cedros e higos; los ríos con agua limpia y cristalina. El recorrer esa vereda fue especial, pero al llegar a la comunidad me sorprendió que no había los servicios básicos de drenaje, agua y luz; la mayoría de las casas eran muy pobres: paredes de cartón o madera, techos de láminas viejas y oxidadas. Sin embargo, las personas de la comunidad salieron a recibirnos como héroes. Pocas veces bajaba alguien a visitarlos, en contadas ocasiones podían subir y salir de la comunidad. Miré la necesidad en sus rostros, en sus miradas, en su forma de recibirnos. No podía quedarme sin hacer algo, así que me propuse apoyar lo más que pudiera, ya sea con economía, con ropa, con alimentos, con

mis propias fuerzas, para servir a esa comunidad y a todas las que me invitaran.

¡Ya tenemos carretera!

El justo florecerá... aún en la vejez fructificará, estará vigoroso y verde.

Salmo 92

Desde 1980, don Beto apoyó la construcción de varios templos por todo el país para que las personas encontrarán esa esperanza de vida que él buscó durante mucho tiempo en el deporte y los vicios. Estudió la Biblia y se preparó como ministro para ayudar quien lo necesite. Alex Rovira describe que la felicidad se logra cuando dispones de tu vida para servir a otros, el darte a los demás genera una completa felicidad (Rovira, 2008).

En 1986, una fuerte crisis económica nacional desestabilizó muchas empresas que se declararon en bancarrota o tuvieron despidos masivos de personal. Don Beto fue una de esas víctimas. Buscó empleo infructuosamente en varios lugares, hasta que en 1988 decidió migrar a la ciudad de Tijuana con su familia. Significaba un cambio y empezar de cero, de la nada. Don Beto su familia estaban preparados para este cambio, dispuestos a levantarse a pesar de la difícil situación y a apoyar a quién lo necesite.

—Recuerdo la primera impresión que tuve de Tijuana cuando llegué en 1988 —dice don Beto—. Era un contraste muy marcado entre las personas que estaban en el centro, pues había alegría, música, baile, comida, dinero, gente bien vestida que disfrutaba de esos lugares mientras que en las partes más alejadas había hambre,

desnudez, carencias; en las casas, si así le podemos llamar a un cuarto de cartón, no había agua, luz; apenas se escuchaba el silbido del aire que entraba por las rendijas de los cuartos. Los pocos que teníamos un plan claro para vivir nos esforzábamos por alcanzar nuestras metas, por establecernos lo más pronto posible. Pero los que no, estaban sin destino y sin camino; sin saber a dónde ir, sin saber cómo vivir, algunos llevaban varios años así y ya se habían acostumbrado a no tener nada, a no vivir de nada. Mirar a estas personas viviendo así me recordó mis orígenes y surgieron ganas de ayudarles, fuimos a los cañones con ropa, con despensas de comida; pero sobre todo con el mensaje de amor, fe y esperanza.

En el transcurso de estos años, don Beto también ha regresado a su tierra, en ocasiones para apoyar a los más jóvenes de su familia, en otras ocasiones para llevar comida, ropa, calzado a las familias más pobres, pero siempre acompañado del mensaje de aliento y esperanza que hay en Dios, de esa manera les apoya en momentos de crisis.

Don Beto recuerda un comercial que allá en los años ochenta salía en televisión, trata de un niño que corriendo se dirige a un ancianito y emocionado le dice: "¡Don Beto, don Beto ya tenemos carretera!", haciendo referencia a que el progreso estaba llegando a su comunidad. Exactamente eso se repite cada vez que visita su ranchito, las personas salen a recibirle y él emocionado les dice: *¡Ya tenemos carretera!*

Tal vez se encuentra viviendo en el octavo estadio del ciclo de vida de Erikson, donde ha alcanzado la integridad y la sabiduría, donde no hay miedo a morir, ni temor a lamentarse por un hubiera que no existe, pues se

siente satisfecho por lo que ha vivido (Frager y Fadiman, 2010, p. 170) y lo que Dios ha hecho con él y aunque parezca que los setenta años representan vejez no es así.

—Me siento como de unos cuarenta años, hago ejercicio todavía, es que así es como preparo mi cuerpo físico y preparo mi interior con la palabra de Dios.

Ha sido una larga plática con don Beto, quien se levanta de la silla donde está, me invita a caminar por las calles donde vive y que conozco bien porque ahí viví mi adolescencia y juventud. No me resisto porque es un hombre que tiene mucho que contar, mucho que enseñar.

—Y de paso —me dice sonriendo—, le compramos un ramo de flores a tu mamá, que no debe tardar en regresar, pues fue al hospital llevando alimento a familiares de los pacientes.

Referencias

Absalón, M. (2005). *Historia de México.* México: DGETI.

Benítez, M., y González, Y. (2004). *Historia de México.* México: Nueva Imagen.

Berdichewsky, B. (2002). *Antropología social: Introducción, una visión global de la humanidad.* Chile: LOM.

Bruce, F., Marshall, I., Millard, A., Packer, J. y Wiseman, D. (1991). *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza* (Primera edición). Ecuador: Certeza Unida/Lámpara.

Christenson, L. (1970). *La familia cristiana.* Estados Unidos: Caribe.

Frager, R. y Fadiman, J. (2010). *Teorías de la personalidad.* México: Alfaomega.

Fromm, E. (1970). *La revolución de la esperanza: Hacia una tecnología humanizada.* México: FCE.

Grams, D. y Grams, B. (1984). *Familia, fe y felicidad.* Colombia: Vida.

Harris, M. (2009). *Antropología cultural.* Madrid: Alianza.

Kottak, C. (2010). *Introducción a la antropología cultural. Espejo para la humanidad* (5ta. edición). España: McGraw-Hill.

Levi-Strauss, C. (1981). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades* (6ta. edición). México: Siglo XXI Editores.

Lewis, O. (1966). *La vida, una familia puertorriqueña en la cultura de la pobreza: San Juan y Nueva York.* Nueva York: Random House.

Rodríguez, A. (1980). *Piscología social.* México: Trillas.

Rovira, A. (2008). *La buena vida.* México: Aguilar.

Sánchez, M. y Almeida, E. (2005). *Las veredas de la incertidumbre.* Puebla: Universidad Iberoamericana.

Savater, F. (1997). *El valor de educar.* México: IEESA.

Shapiro, H. (1993). *Hombre, cultura y sociedad.* México: FCE.

Valadez, J. (1967). *Historia del pueblo de México, desde sus orígenes hasta nuestros días.* México: Editores Mexicanos Unidos.

Van Young, E. (2010). Economía, política y cultura en la historia de México: Ensayos biográficos, metodológicos y teóricos de tres décadas. México: Colsan/ El Colef/Colmich.

Vázquez, M. y Egremy, N. (1994). *Historia de México.* México: Limusa/Noriega.

Warren, R. (2003). *Una vida con propósito, ¿Para qué estoy aquí en la tierra?* México: Vida.

Pastor:
Una mirada al niño corazón y fortaleza

Juan Rhi

Al final del camino me dirán:
—¿Has vivido? ¿Has amado?
Y yo, sin decir nada,
abriré el corazón lleno de nombres.

Pedro Casaldáliga

Introducción

El presente texto contiene la narración de supervivencia de un niño en la precaria región de la sierra norte de Durango, donde se reconoce la fortaleza de la condición humana y de cómo se forja. Desde la temprana edad de seis años con los primeros recuerdos, de ser "regalado" a un tío lejano, como consecuencia de la gran pobreza económica de sus padres y el exceso de la prole donde estaba inmerso. La presente es la historia de vida, nos permite dar una amplia perspectiva de la desigualdad social que prevalecía en esta región, donde en primer lugar se describe al principal personaje de "Pastor: Una mirada al niño corazón y fortaleza".

Se explicita la infancia de Pastor, inmerso en una pobreza extrema no congruente a nuestros conceptos de desarrollo social contemporáneos, y que al no tener conciencia social de vida por ser tan joven, lo acepta como normal y, aun así, puede determinar que era feliz.

Posteriormente se narra el comienzo traumático de una aventura, y que posiblemente por ser el más pequeño, debió ser cedido por su madre de entre todos los elementos de la gran plebe, ya que había infantes que no eran hijos biológicos de ella (hijos del abuelo). Así es obligado y amarrado por la fuerza a una bestia de carga para ser transportado a su nuevo mundo desconocido, donde el tío lo requiere porque no tiene hijos varones, pero la realidad contundente llega a descararse; más que un "hijo varón" necesitaba un "esclavo".

En esta historia solamente vamos a centrarnos en sus primeros años de vida, de la infancia a la adolescencia; ya que es tan prolifera que nos "daría para más decir", de cómo rompió el ciclo de pobreza y desigualdad social en el trayecto dirigido a su vida adulta, eso quedaría en escritos futuros, por el momento nos fascinaríamos con conocer al niño corazón y fortaleza.

El comienzo

Pastor procedía de una familia numerosa donde carecían de los recursos necesarios para su autosostenimiento, de padre trabajador minero, en la sierra de Durango, allá por la década de 1930. Pastor nace y se desarrolla en la zona rural, donde persiste la explotación minera ubicada en Tayoltita, una población y centro minero del Estado mexicano de Durango, localizada en la región de las quebradas,

cabecera del municipio de San Dimas, en la Sierra de Durango. Su ubicación y transporte hacia el resto de Durango siempre han sido complicados, la riqueza minera donde se extrae principalmente oro ha permitido su supervivencia, más no su desarrollo. Riquezas al no quedarse en la región, ocasiona las grandes desigualdades sociales que prevalecen y dan lugar a un sinfín de fenómenos sociales diversos. Entre ellos la narración de vida que nos acontece en este relato de nuestro personaje principal.

Tomando conciencia de la realidad social

El primer golpe que lo catapulta a tomar conciencia de una oscura realidad social es la inesperada muerte de su padre, pero el hecho que corona su apertura a una realidad de desigualdad social es la delirante salud y esperada muerte de su madre, la impotencia de no contar con los recursos básicos para soportar este traumático suceso en su joven vida.

Al tomar conciencia de un futuro incierto y en contubernio con su hermano mayor, opta por salir del yugo traumático del tío y buscar nuevos horizontes de vida no sin antes robarse a su hermana menor. En el constante peregrinaje de un lugar a otro, ve llegar su adolescencia; y a falta de guías sociales que equilibren su conducta social, se torna en un joven violento y temido. En consecuencia, enfrenta y afronta a la autoridad social local, después de una gran golpiza por parte de elementos seudopoliciacos, sin buscarlo templan su fortaleza por lo que retoma su camino hacia un equilibrio de desarrollo social.

En su forzada adolescencia empieza a trabajar formalmente dentro de los aserraderos como chofer de camión

y, como es común en esas sociedades de antaño, empieza una vida de "juntado", en este caso de casado (matrimonio que a la fecha sostiene) dentro de una vivienda rústica para trabajadores llamado "torito". Al sufrir un accidente dentro del aserradero y tener asistencia médica temporal, ve más ventajas de servicios de salud como trabajador minero; valorando el gran riesgo que representaba regresar donde su padre murió, es ahí donde se impuso más su necesidad, que su razón. Posteriormente sólo le quedó la razón y ante hechos sociales se vio obligado sin su familia a buscar nuevos horizontes de vida. A la larga, después de un sin número de acontecimientos, manda por su esposa e hijos, que se quedaron esperando en Tayoltita, hasta a la ciudad de Obregón (su nuevo mundo ordinario), donde le esperan nuevos retos de vida teniendo como guía a ese niño corazón y fortaleza.

Etapas de preparación hacia un mundo ordinariamente desconocido

Se evidencia, con gran contundencia y claridad, la desigualdad social de los trabajadores y sus familias. Esta historia se centra en la representación de la pobreza rural y la desigualdad social; de las pésimas condiciones laborales de los trabajadores, que al mismo tiempo nos va narrando una historia de vida. Como los que trabajaban a destajo, y eran conocidos como "eventuales", eran los más explotados, no les pagaban lo justo por trabajos hechos, pasando invisibles por no ser de "base" en la administración de la compañía minera, pagando un precio más bajo de lo estipulado, al extremo de que, si reclamaban lo mínimo, fueran suspendidos temporalmente o simple-

mente despedidos. Por lo que muchos trabajadores sostenían y soportaban junto con sus familias tales injusticias, con la promesa probable de ser parte de la "base" y tener los pocos beneficios de comida y elementales servicios de salud.

Considero que era una manera de controlar a los que sí estaban dentro de una nómina minera, para hacerles ver en todo momento, lo que podía pasar si se les ocurría exigir y sobre todo protestar en contra de ellos.

Esta situación nos recuerda la novela del periodista Upton Sinclair (1906), *La jungla*, que describe las duras condiciones de trabajo, la pobreza extrema y la explotación que enfrentaban los trabajadores, principalmente inmigrantes, en la industria de envasado de la carne en Chicago.

En un paralelismo polarizado con Pastor, donde estas historias se entrecruzan, con la descripción de situaciones similares de los trabajadores pobres y la corrupción profundamente arraigada de las personas en el poder. La queja de Sinclair se hizo famosa: "Apunté al corazón del público y por accidente lo golpeé en el estómago". *La jungla* podría considerarse una de las novelas norteamericanas más influyentes desde el punto de vista político del siglo pasado, pues después de leer esta novela, el presidente Theodore Roosevelt, sentó los precedentes para la Administración de Alimentos y Medicamentos en aquel país.

De las ramas a la raíz de la razón de Pastor

La historia de vida de Pastor comienza a narrarse con una increíble lucidez, señalando que, a los seis años, siendo el más pequeño de los hermanos biológicos de la madre, lo cedió a un tío comerciante de la región, creyendo que

podría tener mejores probabilidades de llevar una mejor vida, ya que el tío no tenía hijos.

La realidad fue que Pastor se vio obligado a trabajar para contribuir con el sustento familiar del tío y sus pares. Estas experiencias vitales le dieron a Pastor, fortaleza y una perspectiva del mundo, que en mi opinión detonó la capacidad de poder, para romper el ciclo de pobreza y desigualdad social en su vida adulta.

En este sentido, Pastor señala:

—Mi vida ajena a la niñez fue ruda, de maltrato físico, de profunda pobreza y de desigualdad social; propiciaba la exclusión social del trabajador ya sea minero o del aserradero, por eso ante tanta violencia vi la necesidad de migrar de ese mundo rural injusto a otro mundo urbano posiblemente igual de injusto, pero donde yo podía aplicar lo mal o lo bien aprehendido.

Pastor es un hombre robusto, de mirada afable y profunda que a sus ochenta y seis años grita la experiencia de vida; pero sólo en los recuerdos del futuro, del presente o posiblemente sólo del pasado. Hombre de independencia y criterio férreo traducido actualmente en una satisfacción y pleno bienestar familiar.

Afirmando haber nacido sin un "haber" definido y asegurando haber practicado involuntariamente los "haberes" establecidos, cumplidos de igual forma a una obligación como si fuera su profesión, rehusándose a renunciar desde su naciente corazón y fortaleza.

La voz ordinaria de la raíz-razón

—Me llamo Pastor Carrillo Quinteros, nací en San José de Bacis, estado de Durango, México; mi papá, como su

papá, se llamó Macedonio Carrillo Villalobos; mi mamá Sofía Quinteros Rodríguez; nací el 30 de marzo del 1933, me pusieron de nombre Pastor, porque ese día en el pueblo se festeja San Pastor. Fui el quinto de mi familia, nos criamos en un "ranchito" fuera del pueblo de mi papá. Había chivas y vacas, éramos felices porque todos los días nos desayunábamos y por supuesto jugábamos. En el corral mi mamá nos daba unas "gorditas" de harina, corríamos hacia ella no sin antes hacer fila fuera del corral, porque siempre había otras gentes o más niños. Recordando que aparte de nosotros, había otros tres niños, siempre creí que eran mis hermanos de mi mamá, al tiempo supe que quedaron huérfanos y que eran de mi abuelo, por eso yo creía que éramos hermanos, porque ahí los miraba y total, que de todos los chamacos se hacía una fila.

»Además, mi hermana mayor que nos cuidaba parte del día, no nos ordeñaba las chivas, nos organizaba y en un tiempo señalaba con su dedo acusativo, "Sigues tú, ahí está la chichi de la chiva", y directo nos la tomábamos, pura leche calientita, todos los días desayunábamos en el corral y de ahí a la casa.

Jean Piaget (1969) nos brinda una concepción ampliamente holística o sistémica en su planteamiento de los estadios, periodos o etapas del desarrollo infantil. Reconoció que la existencia de sus estructuras de ensamble topaba con un fenómeno que él mismo había consignado en desfases o desajustes en la aplicación de la misma estructura en varios dominios. Estas etapas se desarrollan en un orden fijo en todos los niños y en todos los países. No obstante, la edad puede variar ligeramente de un niño a otro.

Pero, en qué instante dentro de estas sociedades rurales, Jean Piaget (1969), en su teoría de desarrollo infantil nos muestra cómo y cuándo somos niños. En el caso de los niños como Pastor, ¿quién nos puede explicar cómo y cuándo a esos niños, los podemos obligar a ser "hombres"?

—Recuerdo haber tenido unos cuatro años, que estoy y me divierto con mi papá. En aquellos tiempos era común tener armas; los domingos que no trabajaba, y al vivir a las afueras del pueblo, allá en el estado Durango, que era zona minera, enfrente de la casa había muchas aves como las guacas, ¿ya sabe lo que es una guaca?, allá le dicen "urracas", con una "colota" bien bonita, con el rifle tumbaba un ave de esas muy bonitas. Lo que era meramente ignorancia, porque mataron al animal nomás por matarlo, yo llegué a matar aves más grandes que nosotros.

»Nada, pues esa ocasión mi papá tenía el rifle debajo de la cabecera de la cama. Era una carabina treinta-treinta, entonces mi hermano, el que me seguía, me dice: "Ponte allá, te voy a tirar un balazo", me dice dentro de la casa, pues yo fui fuera y frente a la casa, inocentemente abrí los brazos, para que me tirara el balazo; agarra la carabina, como estaba muy pesada se hincó y se acomodó con un banco para tirarme.

»En un instante lo accionó, pero para esto lo volteó, ubicó el rifle en el piso y lo "cerrojó" con la mano apoyándose en el piso. Por supuesto, que él era mayor por dos años, lo "cerrojó", subió el cartucho y se empezó a acomodar para apuntar y disparar. Para entonces mi mamá andaba lavando en el arroyo, de regreso en cuando entró alcanzó a ver; cómo se quedaría de sorprendida, que

alcanzó a gritar y pudo desviar el rifle; pues el chamaco lo tiró ahí en la cama y corrió al monte. Era un rancho, ahí nomás había esa casa, mi mamá fue corriendo detrás de él con una rama, lo correteó hasta que lo alcanzó y le puso una tremenda garrotiza, claro que, a mí de paso, para que aprendiéramos a no jugar con armas de fuego. Por último, me dio un garrotazo por tonto, porque me fui a poner para que me tirara, pues no sabía que mataba, me gritaba: "las balas por no rodear, te atraviesan".

»Hasta la edad de qué sería… seis años, cuando llegó un día un tío de mi mamá a visitarnos, no sé, pero creo que venía de otro pueblo llamado San Dimas, Durango. Allá era comerciante, al visitar a su mamá iba de paso rumbo a su pueblo cuando llegó a nuestra casa con un fin ya establecido.

»No era común su visita, pero esa vez nos llevaba paquetes de dulces y galletas y cosas de esas, porque nadie lo conocía. Estando ahí le dijo a mi mamá y lo tengo bien presente, le dijo "Sofía dame un muchacho, tú tienes muchos"; mi mamá no lo pensó y eso se me hizo muy raro; volteó a vernos y al instante, tal vez por intuición o a sabiendas de lo que pasaría todos corrimos a escondernos debajo los camastros, con la sorpresa que me tocó a mí… Sorprendido y forcejeando de un pie me sacó y le dice a mi tío "llévate este". Aún gritando y suplicando no hubo salvación, simplemente me cedió.

»Me amarraron a una mula y me llevó rumbo al pueblo donde aún vivía su mamá, que por cierto estaba cerca; ya de regreso llegamos a la casa de mi mamá. Donde tontamente quería creer que era solo un paseo, pero en el fondo sabía que no era así, mi imaginación volaba

o mejor dicho me negaba a aceptar que mi mamá, por alguna rara razón y que a la fecha no sabría justificar, el porque me regaló... Reflexionando el día de hoy, pienso que lo hizo para salvarme de un destino incierto, justificando que por ser el menor de sus hijos tenía más probabilidad de adaptarme, en realidad no le sé.

Recordando a Jean Valjean, personaje de *Los miserables* de Víctor Hugo (1962), cuando hace creer a todos que muere ahogado, al aventarse al mar con grilletes y cadenas; regresa a su fortuna enterrada cerca de casa de los Thénardier, donde se topa con Cossette, una niña que decide llevarse para protegerla de sus "cuidadores" porque sólo la explotaban. En este caso, con Pastor fue todo lo contrario: fue cedido a sus "cuidadores", voluntariamente por sus padres biológicos, sin sospechar que sería explotado, por no decir esclavizado, pensando que sería para mejorar las condiciones de vida de su hijo más pequeño.

—De regreso y de paso, esta vez aceptando en el fondo de mi ser, mi triste y común destino de esa cruel realidad, destino que muchos de nosotros como niños soñábamos sólo en nuestras propias pesadillas, en mi caso, pesadilla hecha realidad... fui regalado, aunque pensando en los demás hermanos ahora recapacito y veo que de alguna manera también corrieron semejante destino.

»Entre sollozos, lágrimas y dolor, mi mamá me aconsejó: "Mira, te vas a ir con mi tío, él tiene muchas cosas bonitas en su casa y te va a tratar bien", total que me dio un beso y me convenció. Bueno, eso digo yo, porque en el fondo no sabía distinguir entre la pobreza y la abundancia, apenas entendía esas cosas.

»Para entonces, un día nos fuimos de madrugada,

cruzando la Sierra, de un extremo a otro llegamos al pueblo de mis pesadillas. Duramos tres días a lomo de caballo o posiblemente más, no lo recuerdo, se me hacía eterno mientras estaba despierto, ya que dormido solo quería soñar no estar ahí y así llegamos allá, al pueblo que marcó mí difícil destino. El tío no tenía hijos, era un señor mayor y la mujer todo el tiempo permanecía en la choza, así pues, siempre me tenía a vista y no me dejaba salir, a no ser por un mandado o a dar de comer a los animalitos.

»A los ocho días de estar allá, por curiosidad, me fui cerca por toda la orilla del pueblo, viendo las casas y las personas que ahí vivían; pero como no avisé a nadie, el tío me fue a buscar, por supuesto que al encontrarme me golpeó. Fue la primera *cueriza* que me dieron, bueno, me pegó con una tabla en las nalgas, entonces dijo: "para que no te andes yendo sin permiso".

Aquí empezó mi calvario

—La "cueriza" representó mi iniciación a lo que estaba destinado. Se trataba principalmente de mantener limpio y sobre todo dar de comer a los cochis, a las gallinas, a los conejos. Recuerdo que para darle de comer a los conejos tenía que traer del monte una hierba que les gusta mucho. Al seguir la ruda rutina del trabajo, sin darme cuenta y posiblemente para no recordar y olvidar mis raíces, empecé a adaptarme al rol de trabajo que me obligaban a realizar sin tener en cuenta que era un niño de siete años de edad.

»Dentro de la rutina diaria las personas se conocen, por lo que enfrente de la casa había unas vecinas que veían y se daban cuenta por qué me tenían ahí, por supuesto,

para trabajar, ya que me veían que nunca iba a la escuela; cuando el tío como comerciante llegaba de una ruta, era para cargar mercancía y al otro día salía, siguiendo un calendario de salida y visita a los pueblos circundantes. Le gustaba ir a un pueblo llamado Socavón El Mineral, donde sacaban puros minerales; en otro estaba San Vicente, entre estos pueblos organizaba su rutina de ventas, por lo que iba y venía el mismo día con su mula y su caballo cargado de mercancía usada; además de mucha mercería, más mercería que ropa, ese era su comercio. Me encargaba de ayudarle a preparar la mercancía, claro está que no debía descuidar mis deberes con los animales y su mantenimiento, reflexionando ahora, no sé cómo un niño tan pequeño que era, podía hacer todo eso.

»Por eso cuando podían las vecinas al ver a mi tío, le reclamaban y le decían: "Para qué se trajo a Pastor si no lo va a llevar a la escuela, póngalo en la escuela o llévelo a su casa con su familia, lo trajo nomás a que le trabaje, él está chiquito, no alcanza a hacer todo lo que le tienen que hacer y de pilón le pegan". Todas las personas alrededor se daban cuenta de este detalle y las vecinas eran voluntariamente mis abogadas constantemente lo refutaban.

Si retomamos la novela de *Los miserables*, Pastor nos recuerda a Gavroche, un muchacho que ha pasado por tantas situaciones como hambre, pobreza, pero es tan gentil, generoso y con ideas revolucionarias; él es hijo de los Thénardier, abandonado, por cierto, igual que a nuestro personaje.

En realidad, muchas cosas eran tan gratificantes para Pastor, como la mayoría de los niños a esa edad, se encontraban por vez primera en sus vidas del lado re-

ceptivo respecto a la atención completa de un árido entorno. No quería manifestar esa inquietud inicial frente a la situación, ya que su única preocupación real era la posibilidad de perder su espacio solitario al ver llegar a su verdugo. Era un acontecimiento tan importante en su corta vida, que podría haber continuado haciendo todas las preguntas posibles, aunque obviamente nadie sabía las respuestas.

Sabemos que, si no se proporciona a los infantes experiencias en forma de juegos durante sus primeros años de vida, sus posibilidades de alcanzar el potencial intelectual con el que nacieron, probablemente se verán reducidas (Gordon, 2019).

Si el pie derecho estaba en el huarache equivocado era asunto sin importancia, la casualidad decidía en este caso y tampoco tuvo problemas con los botones pues, aunque la mayoría de las prendas tuviesen ojales, ya no mostraban ningún botón alguno.

—Recuerdo que empecé a trabajar a los siete años, tenía que levantarme a las tres de la mañana a darle comida a los caballos, que estaban a unas cuantas cuadras de allí en la caballeriza, la mayoría de las veces salía cansado en la noche y en la mañana no me quería levantar o simplemente no despertaba.

»Mi tío me tenía cerca porque yo dormía en el piso de su cama, con el propósito de despertarme en cualquier momento, al estar cerca me aventaba un "chanclón", o una de esas botas que se usaban con muchos ojillos, así me levantaba, por supuesto después le seguía un grito abierto.

»Lo primero era agarrar los morrales del maíz e iba

a las caballerizas, donde él me dejaba arriba del pesebre por no poder cargar las sillas de los animales. Les ponía esos morrales en el hocico a los animales y comían solos, tenía que esperar y estar atento a los morrales, por lo que en una hendidura entre el pesebre y la pared me acomodaba de pie muy forzado, y así podía completar lo que me faltaba de sueño. Cuando el caballo terminaba de comer me pegaba con el morral y me despertaba, entonces ya le quitaba el morral y lo acomodaba ahí pegado al pesebre.

»Estando arriba del pesebre les ponía las sillas, me bajaba por otro lado y le amarraba la brocha al pincho, lo hacía también con la mula porque eran animales muy mansitos. Pienso que, como me consideraban como ellos mismos, se acomodaban y me guiaban para que yo les pusiera los enseres y de ahí me los llevaba para la casa antes que amaneciera, donde él los cargaba con costales, mochilas o cajas, cargaba primero a la mula y después al caballo, iban bien cargados al rumbo que le tocaba.

Lo que se aprecia en este momento, son las habilidades tempranas que Pastor adquiría obligadamente en sus cuidados propios, para satisfacer sus necesidades básicas como lo sería servirse algunos frijoles cocidos de una olla, con una mano mientras sostenía una tortilla en la otra mano.

Ya desde su muy temprana no niñez

Pastor era capaz de seguir instrucciones verbales, y no solo eso, el poder cuidarse a sí mismo, sus términos de capacidad de supervivencia, aventajan con mucho a los niños de ciudad.

—Los caminos rurales no eran seguros en ese tiem-

po, era común asaltar a los "fayuqueros" y mi tío era uno de ellos; en los malos caminos sólo se podía transitar a caballo o mulas de carga, allá no subían vehículos de motor, solo en la zona urbana de Tayoltita podían circular.

Por esta razón, el tío "fayuquero" llevaba a Pastor como "escudo", porque había un gran respeto a la vida de los niños, pasaba el peligro hasta un lugar donde habría más tráfico de personas.

—Desde entonces, de ese modo, me iba con él a esa hora todos los días, me iba caminando adelante de los caballos al centro del camino, en una especie de "guía bandera" por lo menos una hora y media. Si el tío sentía que no había riesgo de que lo asaltaran, me mandaba de regreso a la casa. Ya por la tarde había de esperarlo en el último punto seguro donde lo había dejado, y ese era mi tarea de todos los días. Al llegar a la casa me sobraba quehacer, ya que repetía una y otra vez la misma rutina; lavar al cochi, barrer el gallinero, recoger los blanquillos, limpiar el frijol y moler el café. Tenía trabajo de más, eso sí, todo lo que podía hacer y por supuesto hasta travesuras propias de un niño, aunque sabía que todos los días me pegaban, no sin antes gritarme, cuando no una vez hasta varias veces al día. Por lo general por detalles sin importancia a lo que yo ya estaba acostumbrado, en especial a los golpes de la señora, que por cierto ya no los sentía o posiblemente ya no me importaba. Pero eso sí, cuando me pegaba mi tío, me pegaba con la cuarta y fuerte, casi se me acaban las nalgas; en ocasiones me jalaba de los pelos y de las orejas, eso sí que dolía.

»Chamaco, a los siete años, la señora hacía una especie de pasteles en forma de flautas y me mandaba venderlas y las vendía, a esa edad me mandaban a ven-

der porque todos me compraban, ahora pienso que posiblemente por cómo me veían. Era lo mismo cuando las gallinas ponían mucho blanquillo, me mandan a vender a seis centavos el blanquillo. Entonces la señora, o sea mi "tía", tenía en la pared una cazuela, ahí escondía la feria, de donde le robaba dos centavos, a veces un centavo, lo que podía, y con eso compraba los recortes de los jamoncillos o las orillitas, que eran unos dulces que me gustaban mucho.

»No, pues yo encantado, pero un día de antojo, pensé en ir a comprar un jamoncillo, bajé la cazuela y había muchos pesos, pues agarré lo que me permitía mi mano y me fui a comprar los jamoncillos. No, pues con lo que llevaba me dio un paquetón de jamoncillo, aun así, me sobró una feria, que puse en un rincón del gallinero.

»Al rato la señora se dio cuenta que faltaban monedas, a sabiendas que fui yo, me preguntó por las monedas. No, pues me puso una zarandeada buena y como no me pudo sacar la verdad, la mujer me pegaba con un tapujo y me amenazaba con decirle a mi tío. Pero antes, un pariente me agarró y me dio consejos de que debía decir la verdad y una vez más me reclamaba donde dejé el dinero que agarré de la cazuela, como chamaco me planté a decir que no sabía, pues dicho y hecho, le dijeron a mi tío en la noche cuando llegó.

Los tapujos son tiras de telas de fibras pesadas con mecates, que se usan para tapar los ojos de las bestias, para que se dejen ensillar o se dejen guiar moderadamente sin violencia. En ocasiones eran usados para castigar a los niños que no obedecían órdenes de los adultos, a los jóvenes se les golpeaba con una correa de piel trenzada llamada

"cuarta" o "justa" también conocido como "fuete".

—Bueno pues llegó mi tío en la noche y ya le va diciendo la señora, no preguntó ni averiguó nada, nomás me jaló y me agarró de la mano, a jalones de cabellos y orejas salimos de su casa por un callejón hacia donde estaba el corral. Un mecate que colgaba de la viga de madera en el gallinero, lo agarró con la mano que tenía la cuarta, me lo puso en el cuello y le jaló, pero yo me zafé y de un salto me monté sobre la viga. Ahí me trató de alcanzar con la "cuarta", hasta que se cansó, ya que era mayor el señor, al ver que no lloraba y me aferraba a la viga, después de tanto grito se fue. Al rato y permaneciendo en alerta, me di vuelta cayendo al piso, en el gallinero esperé a que oscureciera, furtivamente me metí a la casa y me tendí a dormir, asustado pensé: "Eso me pasa por andar de rata".

»Pasando este pormenor, sin perdonar los sermones, gritos, golpes y jalones de cabellos y orejas; me pusieron a lavar trastes y limpiar las lámparas. Con tal suerte que al tener las manos húmedas y estando limpiando dos bombillas se me "zafaron" de las manos y se rompieron, corrí a tirar los vidrios debajo de unas piedras para evitar una segura paliza. Sabía que se iban a dar cuenta, por lo que tenía que comprarlas. Al no tener dinero la cazuela de la tía, recurrí a unas alcancías metálicas de formas cuadradas con candados que tenía mi tío escondidas, ahí guardaba monedas de plata, de veinte y veintidós centavos, los llamados "cero siete veinte".

»Como las alcancías tenían candados, las levanté y con un cuchillo estuve picando en la rejilla donde se meten las monedas, de repente salen muchas monedas sobre el escritorio de mi tío, junté todas las monedas que salieron,

corrí al centro y compré las bombillas, con la emoción de regresar no me di cuenta que tenían unas rayitas alrededor, por supuesto que la feria que sobró, también la escondí.

»Bueno, coloqué los focos y en la tarde que llegaron lo primero que vio la mujer fueron las bombillas, notó la diferencia, y me preguntó extrañada por qué había tallado la bombilla, a lo que contesté que como estaba rayada, con la fibra de los trastes las limpié. Sorprendentemente lo creyó, bueno, eso pensé.

»El tío tenía un chamaco por otro lado, lo llevaban seguido a la casa y le daba dinero entre otras cosas, como trompos y juguetes, yo no lo podía ver porque a él le daban cosas y a mí nada. Un día de coraje salí corriendo y por descuido un perro me tumbó, provocándome una herida en la cabeza, por lo que me llevaron al doctor para revisarme y que me cosiera.

»Y así pasaron los tiempos, creo que debo de haber tenido ocho años. El tío de vez en cuando me llevaba al pueblo donde vivían mis papás; al vivir en otro lugar, pude constatar el grado extremo de pobreza en el que vivíamos, condición extrema que no la volví a ver en otra parte. La situación de mis padres se agudizó porque la salud de mi papá menguó por el trabajo dentro de las minas; el golpeteo de las máquinas afecta mucho a los pulmones, además porque no había medios mecánicos para hacer un "barreno" para los explosivos, sólo a base de puros golpes de martillos que hacían los trabajadores con sus manos, por lo que el desgaste humano era acelerado; así pues, después de tanto desgaste y trabajo, mi papá murió a los cuarenta y dos años.

—"Los telegramas", en aquella remota región por de-

cirlo así, eran un hombre a caballo que le decían "propio", iban de un pueblo a otro, estos hombres a caballo llevaban mala o buenas noticias, al verlos pasar de lejos daban miedo, ya que por lo regular llevaban malas noticias; que por cierto los caballos llamados "criollos" eran muy especiales ya que corrían en terrenos escabrosos por las brechas veredas resbalosas y peligrosas, que al llevar malas noticias los relacionábamos con los caballos del diablo.

»Y llegó ese hombre "telegrama" fuera de la casa, "rayó" su caballo porque las calles estaban empedradas, cuando se bajó el jinete, escandalizó corriendo con las espuelas puestas hacia la puerta de la casa, subió y ahí estaba mi tío, le dice: "Vengo de Contra Estaca, que lleves al chamaco porque su papá está muy grave". Yo andaba barriendo y entonces me percaté de la llegada del caballo. Me estremecí porque sabía que al estar ahí era por algo malo y desgraciadamente fue cierto.

»Al acercarme alcancé a escuchar en voz baja al "propio" decir que mi papá estaba muy mal y sin pensarlo, salí corriendo "disparado" ajeno a los gritos de mi tío, pensando que no me iba a llevar; en ese mismo momento el tío montó su caballo porque lo tenía amontillado fuera de la casa. No me alcanzó porque como niño corría sin pensar por las barrancas para tratar de acortar camino y así lo hice. No paré de correr durante las dos horas y media que se hacían normalmente, no sé cuánto o cómo dejé de correr, sólo recuerdo que llegué corriendo a la casa donde sabía que estaba mi papá.

El pueblo se ubicaba junto a una ladera, tenía un camino principal para poder llegar, acortando camino yo llegué por la barranca. Cuando llegué hasta la casa, no-

más yo faltaba, recuerdo que mi papá parecía estar esperándome para platicar solamente conmigo, aunque no sé por qué me consideraban distinto a los demás chamacos, pero en ese instante, al verme, él se dirigió a mí y me hizo preguntas; que cómo estaba, que cómo me sentía y esas preguntas que por alguna razón siempre me hacían.

»Al rato llegó mi tío con el caballo completamente bañado de sudor y "bofeado" por el gran esfuerzo que le hiciera hacer el tío, aunque él ya era un hombre mayor y no tenía la fortaleza de tal hazaña. Con las espuelas puestas se bajó precipitadamente y directamente se dirigió al "cuarto" donde estaba mi papá agonizante sobre un pequeño catre. Llegó, lo saludó y mi padre a duras penas dijo unas frases en tono franco y directo, frases que posiblemente temía no poder decirlas, ya que dolorosamente las gritó: "Te estoy esperando, quiero que veas a mi hijo como si fuera tu hijo", como si sospechara algo lo azuzó violentamente, "prométemelo". A lo que mi tío desconcertado y sorprendido, obligadamente contestó: "Te prometo que lo voy a ver como si fuera mi hijo, pues ya lo tengo". Pues ahí, después de que terminamos esa extraña promesa, a mi papá finalmente se recostó y en su último suspiro, vi cómo murió.

»Recordando esos amargos momentos y sabiendo que todos queríamos mucho mi papá, a la fecha no me explicó todavía por qué todos nos hicimos bola en un cerrado abrazo todos los hermanos, tal vez porque estábamos sufriendo el mismo dolor o sólo por instinto natural de conservación. Yo era el quinto, atrás de mí había dos más pequeños que aún no sabían a ciencia cierta qué pasaba, pero intuían algo muy malo ya que no dejaban de llorar.

Recuerdo que, para llevar el cuerpo de mi papá al panteón, nos tuvieron que encerrar en una habitación a todos juntos, pienso ahora, para evitar que pudiéramos lastimarnos.

Podemos mencionar a Herrera (1939), en su novela *Juan Varela*, donde critica el sistema social vigente en la época, donde el ordenamiento jurídico costarricense propiciaba la exclusión social del campesino y empobrecimiento.

Aquí trasponemos el gran paralelismo de nuestra historia con la narrativa social de la década de los cuarenta en Costa Rica, evidenciando que no sólo en este rincón de México se llevaba a cabo la exclusión social, demostrando que existía una necesidad por denunciar la injusticia del orden social capitalista en Latinoamérica, para oponerse a la explotación de las clases pobres por parte de los grupos privilegiados y para propiciar una profunda transformación de la sociedad de modo tal que se brinde igualdad y justicia para todos.

Cruzar el primer umbral y entrar al mundo especial

—A la muerte de mi padre, tuve la "ventaja" de regresar con mi tío, en cambio mi madre desconsolada y con una plebe que mantener en aquella pobreza extrema, se vio obligada a seguir con menos de lo que tenía. No sé si algún día sabré lo que en realidad sufrió mi madre, ya que ahora sé que en realidad le quedaba poco tiempo de vida, enferma, abandonada y sobre todo sin esperanza.

»Al regresar con mi tío, me sentía perdido, sentía que algo no estaba bien, ya que no hacía caso, ya no quería tener la responsabilidad de los animales, ni del trabajo que me imponían, yo creo que hasta se cansaron, porque

ya me regañaban y pegaban menos. A los golpes ya no respondía, menos a los regaños, inclusive me daba igual, al no hacer completo el trabajo lo tenían que hacer ellos, yo creo que fue cuando se dieron cuenta que era demasiado lo que yo tenía que hacer, la prueba era que muchas cosas las dejaban de hacer por falta de tiempo o, mejor dicho, por no poder pagar a otros con dinero.

La escuela como crisol social desconocido

—Por fin, en vista de mi rebeldía, el tío me puso en la escuela, por supuesto, como resultado por la presión y petición de mis vecinas. En ese momento, personalmente no estaba mi cabeza para la escuela, además me sentía fuera de lugar ya que había niños que sabían más que yo.

»Total que no funcionó la escuela, al ser la primera vez que pisaba una, hubo problemas. La realidad es que no me hallé: era rebelde y violento, no sabía convivir, me peleaba de todo. Era el resultado de una vida de lucha y trabajo infantil.

»Como consecuencia de no poderme comunicar y sobre todo me aislaba cada día más de ellos, mi tío me llevaba más seguido para con mi mamá y mis hermanos, los cuales vivían en un sólo cuarto. Me dejaban allá unos días y aún con la gran pobreza terrible y ya sin mi papá, me sentía feliz porque estaba con mis hermanos y sobre todo con mi mamá.

»En una ocasión, cuando me quedaba por unos días, algo extraordinario sucedió en una noche. Después de un buen día de risas y de juegos, mi madre nos tendía a dormir en el suelo a todos juntos y por alguna extraña razón era el último de la fila. Estaba acostado boca abajo

y de repente sentí un "pajuelazo" por la espalda, bueno entre la espalda y la nalga, un "pajuelazo" con un cinto. Sorprendido por no saber qué pasaba, me volteé, lo primero que vi fue a mi mamá, con lo que le reclamé por qué me pegaba. Ella, llorando, me dijo: "Es que a ti no te había pegado". Pensé que en ese momento se le antojó pegarme y bueno, me quedé dormido y satisfecho por esa ocasión.

»Al morir mi padre, la minera no daba compensaciones para con la familia del fallecido, al contrario, pasaban a formar parte de la peonada, grupo de trabajadores encargados de realizar las labores más duras, si bien no trabajaban directamente para la minera, sí tenían que hacer trabajos relacionados con ella.

»Esta es la masa proletaria, que es vista como "eventuales" por quienes pertenecen al grupo administrativos de la minera, factores generadores de desigualdad social, encontramos numerosas referencias a las pésimas condiciones socioeconómicas e higiénicas en las que vivan los "eventuales", habitantes de pueblos cercanos y lejanos de esta región, que migraban a la zona para trabajar como mineros, al no conseguir trabajo terminaban acabados por las pésimas condiciones en que las compañías mineras concesionadas a los americanos, los obligaba a laborar y a vivir una desigualdad social extrema.

»Incluso la comida es escasa en ese lugar, la escasa paga en forma de "pagarés" que recibían los hombres que laboraban para la minera, sólo podía ser gastada en las tiendas, que en la mayoría de las ocasiones eran propiedad de personal de confianza de esa compañía, pues no existían más sitios en los cuales pudieran comprar víveres. Además, los trabajadores muchas veces eran es-

tafados descaradamente por los "jefes" y no tenían más remedio que callar, pues siempre estaba cerca un agente policial dispuesto a defender al dependiente usurero.

»Esta situación la vivieron mis tíos y mi mamá, cuando deciden no comer más la comida que les daban en el campamento de la mina en la cual laboraban, acuden al comercio informal a comprar víveres para cocinar ellos su propia comida, en los "toritos", como ya se había mencionado anteriormente, eran un espacio limitado con láminas o de material sobrante, que la compañía minera proporcionaba a trabajadores en "nómina", que no formaban parte del campamento para eventuales.

»Después de estar un tiempo con mi mamá, volvía otra vez a trabajar con mi tío. Creo que esa era la oscura intención de mi tío: psicológicamente me preparaba para obligarme a hacer el trabajo que había dejado pendiente y que la intensión de llevarme más seguido con mi mamá. Para que me diera cuenta que podía ayudar o perjudicar a mis hermanos y sobre todo a mi mamá; ya que en cada visita lo poco que le llevara, era lo único que tenía y que para mi mamá era mucho más de lo que esperaba. Aun así, cuando regresaba de la casa donde vivía mi mamá, me daba cuenta de la pobreza terrible, calculo que no puede haber otras gentes tan pobres como mi mamá y así con todo esto era feliz de estar con ella.

»Al poco tiempo su salud fue menguando, quedó afectada por el fino "polvillo" de las minas, que al respirarlo se convierte en veneno que afecta mucho al hombre y por ende a la mujer, y mi madre no fue la excepción, murió a los dos años posterior a la muerte de mi padre. Así que, si sacamos la cuenta, yo tenía siete años cuando

murió mi papá, ocho todavía, no tenía ni los nueve años cuando murió mi mamá dentro de aquella pobreza.

»Por eso, al principio de esta historia real de mi vida, decía que fui el primero en ser cedido al tío de mi madre, ya que, a la larga, era el fin de todos mis hermanos; esa sería la razón principal de que mi mamá decidiera que yo fuese el primero, ya que tenía la esperanza de que en vida me viera crecer fuera de esta gran desigualdad social que persistía en esa región. Posteriormente, a la muerte de mi madre, todos mis hermanos quedaron a la disposición del buen o mal corazón de los parientes cercanos de mis padres ahora fallecidos.

La novela *Mamita Yunai* también cuenta con un narrador protagonista llamado José Francisco Sibaja (Sibajita). En la tercera parte de la novela podemos leer este pasaje:

> —Hermano —le dije—, al día siguiente de aquello me sacaron también a Limón con una fiebre espantosa. Yo me opuse a que me llevaran al Hospital de la Compañía. No quería morirme como un perro allí, como se mueren tantos infelices. ¡Hospital, así llaman a ese matadero!, ningún liniero quiere ir a él —suspiró Herminio— [...] Pensar que todas las quincenas hay que aflojar la plata pa' ese famoso hospital. ¡Cuántos miles de dólares no se echará a la bolsa la Compañía! (Fallas, 2009, p. 197).

El autor transcribe una problemática social, de la cual él personalmente como trabajador de la Compañía, fue testigo vivencial. Por eso, trata en la medida de lo posible, hacer una reproducción objetiva de la realidad, lo extraordinario de estas dos historias realistas es tener un gran paralelismo en tiempo y forma en donde se denun-

cia la explotación del trabajador junto con sus familias, resultando una marcada desigualdad social.

La realidad en ambas historias refleja el *modus vivendi* de las personas dominadas y marginadas, en busca de una mejor calidad de vida, fueron absorbidas por el hambre voraz de compañías que sólo dejaban familias enteras a muertes tempranas y a sus proles a una deriva social extrema.

En esta región norte del país, ya desde la década de los treinta, el expansionismo imperialista se da desde que estas empresas mineras y madereras que con poder económico compran —además de todas las prerrogativas que un gobierno corrupto les podía brindar— las tierras para crear grandes extensiones dedicadas a la tala de árboles y a la explotación de recursos naturales, como en este caso la minería.

Socialmente provocaron una tremenda pobreza extrema y una desigualdad social marcada por la denigración laboral y de esta manera construir los ambientes laborales más sórdidos para la concentración humana: sobreexplotación y denigración. Con ello se dan una serie de abusos en contra de los trabajadores y sus familias incluidas, siempre en beneficio de sus intereses y en detrimento de la parte más vulnerable, la salud.

El segundo umbral y el regreso al mundo ordinario

—Bueno, ya cuando mi mamá murió, empezó inmediatamente lo esperado, la repartición de los hermanos. Así pues, un tío hermano de mi papá que se llamaba Chon, recogió a mi hermana mayor y a mi hermana chiquita, que era la más chiquita de todas mis hermanas, él recogió

a las dos mujeres. Quedamos mi hermano y yo, el mayor, pues era un adolescente. Al ser mayor no lo volví a ver por mucho tiempo, porque él, o se salió de allá de los minerales con alguien o subió a la sierra y llegó a la ciudad de Durango y fue a dar hasta Torreón, en realidad no sé.

»Por allá duramos años sin vernos ya que todos se fueron. Quedamos así como los pollitos: cada quien por su lado, quedando tres; primero se fue mi hermano mayor, ahí nos dejó, luego se fue mi hermana y su hermana la chiquita al pueblo que está por el mismo río para arriba, sólo quedamos tres; el más chiquito, el que estaba detrás de mí y el que le seguía, estábamos los tres pero yo tenía que regresar, y como lo dije antes, era el único que tenía a dónde ir, pues me regresé otra vez al pueblo de San Dimas.

»Pero me acuerdo que en las minas dentro de los pueblos, donde se daba el dinero, siempre había ruido, por las famosas "radiolas". Era una diferencia tremenda, de lo que era la barranca donde había minerales, en la sierra era más pobre. Ah, pues "la radiola" era una novedad para mí, porque nunca había visto una cosa de esas, qué tan bonito que "cantaba las músicas". Todo eso me recuerdo. Me paré en una calzada, porque eran por las calzadas por donde se fueron mis hermanas. Por esas mismas calzadas serían las que nos separarían, caminos opuestos que tenía que bajar al mismo tiempo que cruzar el río y agarrar otro destino, otro camino. Pero en un momento algo me detuvo: una canción que nunca olvidaré, pues ya voltea para todos lados y al tiempo de seguir mi destino, por lo pronto a caminar, a caminar con el recuerdo y al mismo tiempo despedida por esa canción

que se tocaba mucho en la radiola: "Ay, si algún día te ves abatida y el desengaño te hace llorar, entonces ven a mis brazos y cura la herida en mí".

»Grabé en mi mente esos pedacitos, nunca se me olvidaron y en ocasiones inconscientemente me acuerdo de otras frases separadas de esa hermosa canción. Bueno, acepté mi destino, agarré mi camino hasta que llegué al pueblo a San Dimas y "a lo que te truje, Chencha", como decimos, en otras palabras: a seguir trabajando, a barrer, dar de comer a las gallinas, lavarle al "cochi" y todo ese rollo.

»Ahí llegamos, un chamaco de diez años, entonces empecé a ser conocido por la gente: de repente me veía vendiendo piñones, naranjas, frutas entre tantos trenes de pasajeros y de carga, como era madera y minerales, que salían en el mismo día. Ah, pues ahí a veces, entre corridas de tren de pasajeros, que llegaba y no llegaba, nos metíamos a un vagón vacío a organizar peleas de box, eso sí, con o sin guantes, así a mano pelona y nos pegamos una "madrizas".

»Cada quien se ponía de acuerdo con un compañero de pelea, claro que había veces que pasaba el tren de pasajeros y nosotros agarrábamos de prisa nuestra mercancía a venta cuando podíamos, ya todos raspados o moreteados. Al final, agarraba mi canasta y me iba con la señora que era la que me habilitaba y me decía: "¿Qué pasó, mi'jo, no vendió nada?", yo decía, con mi ojo morado, que no llevaba gente el tren y no, no vendía nada.

»Así, en esa etapa de mi vida andaba cerca o pasaba de los once años, porque duré más o menos ese tiempo. En alguna ocasión, al ir a ver a mi hermana que vivía con una tía en los aserraderos, que contaban con un salón de actos donde eran centro de reunión social de todos los

pobladores cerca de la comarca. Atrás de esos salones de actos, nos reuníamos muchos chamacos de diferentes edades en las horas que no había trabajo, entonces nos poníamos los guantes y organizábamos todo el tiempo peleas de box. Era una actividad común en aquella época, más en nosotros como chamacos que había medios de diversión limitados a actividades más sociales.

»Ah, pues, al llegar, nadie sabía que yo iba bien entrenado. ¿Qué pasó? Pues que los agarré desprevenidos y a todos les pegué, bueno, nomás uno me golpeó mucho. Eso sí, no se me olvidó, porque estaba muy alto me golpeó mucho la cabeza y eso que era conocido mío, por lo que fui al arroyo para refrescarme la cabeza pensando no volverme a poner los guantes por la golpiza que me dio.

»Recuerdo que me retaron insistentemente y me los puse tres veces más, eso sí, terco de que nos golpeamos mucho. Pero un día me movió las quijadas de lo duro que me pegó, por lo que él, con la ayuda de otros hombres más grandes, con una toalla me la acomodaron, me dolió y no sé me acomodó, bueno y ya no quise usar los guantes y pasó el tiempo, pero él siempre me buscaba, ahora sin guantes por lo que siempre me andaba buscando donde quiera que estaba para provocarme a pelar, aunque no era el único. Personalmente no quería nada con él, ya nos habíamos golpeado mucho y además me regaló una chamarra de mezclilla. Recuerdo que yo no tenía chamarra alguna, siempre con los brazos pelones en enero, ya que no contaba con una chamarra, posiblemente porque no estaba acostumbrado, pero en fin, yo tenía la ropa no más la que traía hasta entonces. Un día se me arrimó a una señora que asistía gente. Al darme de comer y gracias a ese

muchacho que me regaló la chamarra, me sentía grande porque tenía chamarra de mezclilla.

»Después de tanto que me buscaba y me buscaba, donde quiera que anduviera; siempre quería pelear conmigo, un día que estábamos en las gradas de un llano donde jugaba básquet mi hermano mayor, fue a buscarme, me provocó y como que estaba de mal humor no le aguanté y nos trenzamos a golpes sin guantes. Era tarde, nos pegamos durísimo, nos chorreó "el gallo" por todas partes, cuando otros se dieron cuenta, corrieron a ver la pelea, mi hermano nos separó. Como no le gustaba que me pusiera los guantes nos agarramos a "pelones", me reclamó y me dijo: "No lo vuelvas a hacer, nos separaron y ya nunca me volvió a buscar".

»A los días, pasó una compañía que daba juguetes a los niños pobres a los hijos de los trabajadores y a mí me tocó estar ahí, entonces me escondí para no causar lástima. Después me encontraron y me dieron un tambor, una pistola revólver y una pelota. Fue la única vez de mi infancia que recibí un juguete. Después de que acepté con pena, las risillas que había en aquellos chamacos. Lo que me llamó mucho la atención fueron "las posadas", había un señor joven y alto, era hermano del cura en la iglesia chiquita.

»Cuando recién llegamos a la zona llamada Tinaja, que se localiza en el Municipio Durango del Estado de Durango, a una mediana altura de 1 900 metros sobre el nivel del mar, el que la hacía de cura porque era un lugar chico, cuando había "posadas" nos regalaban dulces y todo eso. No me gustaba estar cerca, de lejos veía las posadas con todo el "chamaquero" y un día me llamó y me preguntó: "¿Ya hiciste tu primera comunión?". En

realidad no sabía lo que me estaba preguntando, se dio cuenta y me dijo: "Vete a la iglesia mañana". Por ir a la fiesta no me acordé, pero y él me arrimó de la oreja, a la iglesia para hacer mi primera comunión. Gracias a él, fui el único de toda la raza mis hermanos que tuve "primera comunión". Otro detalle que también fui el único de tener la cartilla militar. Presté el servicio militar ya grande, bueno creía que tenía 18 años, pero a ciencia cierta no sabía qué día había nacido, por lo que pregunté a la tía Olga: "¿Qué día nací, cuando nací?", le comenté, "Tengo que darme de alta, quiero prestar el servicio militar, porque quiero tener mi cartilla", ya que era una forma de sentirme grande e importante. Me dijo: "Pues creo que naciste el seis de agosto o el nueve de agosto, por ahí, lo que sí estoy segura del treinta y tres", me di de alta con el nueve de agosto, mi cartilla dice nueve de agosto y esa no la borra nadie, aunque no era esa mi fecha, total que marchamos allá en la sierra con un profesor encargado, entonces pasó el tiempo y me enfermé y de un dolor ciático que me dio y ya no pude marchar, pero me presentaba todos los días todos los días y me la dieron.

»Un día, mi hermano mayor fue a la ciudad la capital de Durango, le pedí de favor que buscara mi acta nacimiento, debe estar por allá en algún archivo. La encontró y me la llevó, fue cuando supe que día nací: el treinta de marzo del treinta y tres.

Una pequeña ventana al mundo exterior

—En ocasiones el cine era una pared de adobe y le ponían una sábana o manta blanca. Era un local donde ponían sillas, como no traíamos dinero, mi amigo, que

se llamaba Manuel Casio García y éramos de la misma edad, nos brincábamos atrás de la pared de la pantalla lisa, nos deslizábamos entre la pared y la pantalla, hasta llegar abajo, él se iba por un lado y yo por el otro y nos acomodábamos en las sillas. Ni cuenta se daban, porque pues ya cuando caíamos ahí ya había más gente y estaba lleno el cine. La primera vez que conocí el cine estaba muy pequeño, pues me acuerdo, como si fuera un sueño, porque era cine mudo. Al no tener dinero siempre nos metíamos de trampa, ya era costumbre de ir al cine así, más cuando eran las películas de texanos, allá del llanero solitario, de toros, de esas películas eran las que veíamos nosotros, las de los texanos, de aquellos años nos gustaban los caballos y los balazos y todo ese rollo, aunque he de decir que no éramos los únicos que íbamos a dar ahí en el hoyo por donde pasábamos.

Pastor refiere que posteriormente a la muerte temprana de su padre minero y su madre, los seis hermanos de siete, siguieron la misma suerte o posiblemente peor, así tomó la promesa de volverlos a unir, por lo que esta historia continuará.

Conclusión

Esta historia de vida, que a pesar de la desigualdad en las oportunidades educativas, evidencia que para transitar en el trayecto de la escolaridad básica, se tenía que tener el apoyo de la familia, que él no poseía, pero que de alguna manera conoció y superó los contextos de desventaja económica y sociocultural, llegando a apoyar y desarrollar a sus ocho hijos con niveles de educación media superior e universitaria, que en esta historia de vida

no se refleja, ya que quedaría pendiente en una próxima entrega, como herramienta social para transmitir y transformar un entorno social más favorable para su familia.

La familia, desigualdad social y escuela, como eje principal de este libro, da cuenta de cómo nuestro personaje principal, Pastor Carrillo, rompe el ciclo vicioso ante sus raíces de desigualdad social y se niega a compartir con sus pares mediatos, familiares futuros, esa condición social extrema de donde partió. Sobre la promesa de unirlos a todos, la cumplió, porque en su casa de ciudad Obregón, todos sus hermanos y pares cercanos llegaron a vivir con él y fue punto de partida para iniciar nuevas formas de vida hacía nuevos destinos, en este caso en particular, Tijuana.

Amén de que esta historia se documente en una segunda parte, podríamos adelantar que, actualmente, Pastor vive en compañía de su esposa, siendo el patriarca de la familia Carrillo en esta ciudad de Tijuana. Su experiencia humana, su trayecto de vida desde su infancia, hasta los días actuales, a la edad de 86 años, donde se observa la fuerte convicción en las palabras de la escritora mexicana Rosario Sansores en el fragmento de su poema *Sabiduría*:

> Ser como el sol sereno que marcha hacia su ocaso y no estorbarles a otros la libertad ni el paso. Un día fuimos jóvenes e impulsivos, reímos y lloramos, a veces, sin motivo. Pero la primavera pasó, y es torpe idea creer que, en el otoño, la vida también sea, promesas e ilusiones y suspiros ardientes.

Hemos llegado al final, y dejo las palabras de Sir

Rudyard Kippling, en su famoso poema *Si*:

> Si entre la turba das a la virtud abrigo;
> si no pueden herirte ni amigo ni enemigo;
> si eres bueno con todos, pero no demasiado;
> si puedes llenar los preciosos minutos
> con sesenta segundos de combate bravío,
> tuya es la tierra y todos sus codiciados frutos,
> y lo que más importa: ¡serás hombre, hijo mío!

Referencias

Fallas, C. (2009). *Mamita Yunai*. Costa Rica: Editorial Costa Rica

Gordon Training. (2019). Teacher Effectiveness Training (T.E.T.). *Gordon Training International*. Recuperado de http://www.gordontraining.com/teachertrainingprogram.html

Herrera, A. (1939). *Juan Varela*. Costa Rica: Editorial Costa Rica.

Hugo, V. (1962). *Los miserables*. Barcelona: Vergara

Piaget, J. (1969). *Psicología y pedagogía*. Barcelona: Ariel

Sinclair, U. (1906). *La jungla*. Estados Unidos: Doubleday.

Epílogo

Néstor de J. Robles Gutiérrez

Debo comenzar esta *coda* agradecido de ser parte de la formación de *Educación en la frontera vulnerable*, en todos sus aspectos. Este es el cuarto grupo de la Maestría en Educación de Cetys Universidad que culmina un proyecto narrativo-pedagógico, y puedo reconocerme en todas las historias que se han escrito —en especial en los de este volumen— pues siendo hijo de padres que migraron de Guadalajara a Tijuana a mediados de la década de 1980, en busca de mejores condiciones de vida, puedo confesar que también sufrí la desigualdad y la marginación. Pero María Guadalupe y Martín, mis padres, se esforzaron y tuvieron la visión de que en la escuela tendría acceso a un abanico de oportunidades. Así fui el primero en la familia en culminar una carrera universitaria. En las letras logré romper con ese círculo de la precariedad del que tanto se ha escrito en este libro.

Como editor del Programa Editorial del Cetys, he sido testigo de la evolución de este maravilloso proyecto. Fue el mismo Alberto Gárate quien me invitó a formar parte de la clase que inicialmente se llamaba

Libro Pedagógico Artesanal, en 2014, cuando el primer grupo ensenadense devoraba sus uñas por los nervios y las ansias de tener su primer libro listo a tiempo. Ahí conocería a Mireya Salazar, cómplice de esta aventura editorial, pieza clave en la gestión y administración de estos libros. Con Liliana López ya había colaborado dos años antes, en 2012, en el libro *La generación nini: Los hijos de la precariedad*, el primer proyecto editorial que trabajé con CETYS.

Mi responsabilidad inicial fue ofrecer nociones del diseño editorial, pero me pareció pertinente y atinado abordar también la segunda parte de la escritura —digo segunda, porque la primera descansa en la imaginación—: la estructura de las historias. Me propuse, entonces, recurrir a la médula de éstas con la ayuda de *El héroe de las mil caras*, de Joseph Campbell, para charlar sobre los arquetipos y el monomito, o el viaje del héroe, que es la madre de la estructura narrativa. No exagero. En resumidas palabras, reza: todas las historias son una. Es decir, las historias tienen ecos, en donde reaparecen personajes, pero cambian las circunstancias. Si bien, un héroe es un "ser mitológico engendrado por una divinidad y un humano", aterrizado a nuestro plano, es cualquiera que realiza grandes hazañas. ¿Y, a poco no, un educador es alguien que realiza grandes hazañas? Lo es también, con mayor razón, un migrante o un sobreviviente de la precariedad.

Campbell demuestra que el monomito es un estilo de vida: desde que nacemos, nuestras experiencias están conformadas por pequeñas aventuras. Así, pues, los personajes de las historias presentadas en este libro

son héroes de carne y hueso. Me atrevo a decir que son personajes, porque en eso se convierten cuando se plasman en papel: los autores sufren un desdoblamiento que causa catarsis. La clave de una historia interesante reside en la pasión que sentimos por ellas. Los temas de desigualdad, familia y escuela los hicieron decidir desde el principio el enfoque.

En esta ocasión el fuerte del trabajo se concentró en la escritura y desarrollo del capítulo, pues el diseño editorial correría por nuestra cuenta para aligerar esa actividad. Durante las asesorías platicamos con cada autora y autor, y pudimos notar el compromiso con el tema que cada uno presentaba, así como las ideas compartidas, todas ellas con una convergencia en común: demostrar que la educación y la familia transforman... y deberían hacerlo para bien.

En general, los autores adoptaron la teoría académica y todos los recursos narrativos a su alcance para darle voz a los protagonistas de sus historias con enfoques biográficos: conocimos a mujeres y hombres que han tenido que enfrentarse a las anticuadas tradiciones de la cultura mexicana que, afortunadamente, poco a poco se están erradicando, pero que en su momento fueron obstáculos. Fue a través de la educación —y a veces la espiritualidad— que encontraron una vocación y rompieron el círculo.

No queda más que agradecerles el interés por el contenido de estas historias. Espero que se hayan contagiado por el conocimiento, la experiencia y la emoción de estos educadores iluminados por el halo de sus mentores.

Sobre los autores

Fabiola Arreola Rodríguez es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) y maestra en Educación con especialidad en Desarrollo Organizacional por Cetys Universidad. Actualmente disfruta de una de sus más grandes pasiones: la docencia. Es académica en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la UABC, donde imparte las asignaturas de Planeación y Gestión de Proyectos en la licenciatura de Ciencias de la Comunicación, y Creatividad Personal, Dinámica Familiar, y Desarrollo de Habilidades para el Servicio en el programa de Educación Sustentable para Adultos Mayores. Su objetivo es lograr un aprendizaje significativo en los alumnos, pero sobre todo tiene la convicción de que la educación va más allá del conocimiento.

Viviana Avilés Ramírez (Tijuana, 1993) es maestra en Educación por Cetys Universidad y licenciada en Educación Primaria por la Escuela Normal Fronteriza Tijuana. Actualmente se desempeña como profesora de educación primaria. "El laberinto de la utopía: Un difícil camino a la docencia" es su primer texto publicado.

Edgar Graniel es licenciado en Educación primaria por la Escuela Normal Fronteriza Tijuana y maestro en Educación por Cetys universidad. Actualmente se desempeña como docente, además de ser conferencista y tallerista sobre temas educativos.

Sus intereses principales giran en torno a la transformación de la sociedad a través de la educación y la valoración de la historia mexicana por medio del proyecto que encabeza denominado "Acción Histórica".

Iván Hernández Porras (Tijuana, 1986) estudió medicina en la Universidad Autónoma de Baja California. Ha sido docente de las materias de Español y Lectura y Redacción, además de asesor de estudiantes de premedicina y medicina. Le han invitado como orador en múltiples exhibiciones literarias. Es escritor colaborador de un libro de fisiología. Actualmente desempeña un rol académico y administrativo en la Escuela de Medicina de la Universidad Xochicalco, campus Tijuana; además de estudiar la Maestría en Educación en Cetys Universidad, campus Tijuana.

Marco Antonio Martínez Cota (Tijuana, 1988) es licenciado en Filosofía y Letras en la uabc y actualmente cursa la maestría en Educación con énfasis en Desarrollo Organizacional en el Cetys. Participó en el coloquio Filosofía y Música gestado por la facultad de Humanidades en la uabc, al igual que otro coloquio en Estética y filosofía del Arte presentado en la sala Horst Matthai. Actualmente se desempeña como auxiliar administrativo en la Secundaria Técnica 34 y se desenvuelve parcialmente como docente y músico.

Juan Rhi es egresado de la licenciatura como Cirujano Dentista en la unam en 1980 y docente del Centro de Investigación cise; con Maestría Práctica Docente por la Universidad Pedagógica Nacional en 2015 y Maestría en Educación de las Matemáticas por Cetys Universidad en 2019. Actualmente es docente de Entomología y Física Forense en la Universidad de Xochicalco, y es titular en el Sistema Cobach de las asignaturas en Física y Química del Estado de Baja California.

Pertenece a la tercera generación de migrantes coreanos en México con origen del Puerto de Chemulpo, Seúl, en 1905, durante el porfiriato, para trabajar el henequén en Yucatán. Testigos mudos de la Revolución Mexicana y de la Segunda Guerra Mundial hasta la llamada cuarta transformación.

Luis H. Vigueros es originario del estado de Hidalgo. Cursó una Ingeniería en Sistemas Computacionales. Actualmente cursa la Maestría en Educación en Cetys Universidad. Desde 2004 se ha desempeñado como docente en el sistema Conalep y desde 2011 en la preparatoria del Cetys. Cuenta con Profordems y Certidems, así como certificaciones en informática y estudios de capacitación continua. Ha sido invitado a participar en el Modelo de Formación Dual como docente asesor; en 2017 contribuyó en la Revisión de Programas de Estudio en la Preparatoria Cetys. Casado y con dos hijos, su vida se mira inmersa en el área pedagógica. Su frase: "El deber de todo maestro es inspirar la vida de sus alumnos".

Educación en la frontera vulnerable: Narrativa sobre desigualdad social en Tijuana, de Mireya Salazar Robles, Liliana López León y Néstor de J. Robles Gutiérrez (coordinadores), se terminó de imprimir en noviembre de 2019 en los talleres gráficos de Comersia Impresiones, S. A. de C. V., Insurgentes 1793-207, colonia Guadalupe Inn, C. P. 01020, Ciudad de México.
El cuidado de la edición estuvo a cargo del Programa Editorial del CETYS Universidad. El tiraje consta de 300 ejemplares.